



BIBLIOTECA VIRTUAL DEL CIRCULO CRIOLLO EL RODEO

“Las Divertidas Aventuras del Nieto de Juan Moreira” Roberto J. Payró

Primera parte

- I -

Nací a la política, al amor y al éxito, en un pueblo remoto de provincia, muy considerable según el padrón electoral, aunque tuviera escasos vecinos, pobre comercio, indigente sociabilidad, nada de industria y lo demás en proporción. El clima benigno, el cielo siempre azul, el sol radiante, la tierra fértilísima, no habían bastado, como se comprenderá, para conquistarle aquella preeminencia. Era merecer otra cosa. Y los «dirigentes» de Los Sunchos, al levantarse el último censo, por arte de birlibirloque habían dotado al departamento con una impriotismo que en el patricismo y las luces del resto de nuestros compatriotas y de que se esforzaban por gobernar con espíritu puramente altruista. El hecho es que, siendo cuatro gatos, como suele decirse, tanta masa de sufragios -mayor que el natural-, para procurarle decisiva representación en la Legislatura de la provincia, directa participación en el gobierno autónomo, voz y voto delegados en el Congreso Nacional y, por ende, influencia eficaz en la dirección del país. Escrutando las causas y los efectos, no me cabe duda de que los sunchalenses confiaban más en sus propias luces y por ende alcanzaban tácita o manifiesta ingerencia en el manejo de la res pública. Pero esto, que puede parecer una de tantas incongruencias de nuestra democracia incipiente, no es divertido y no hace tampoco al caso. Lo que sí hace y quizá resulte divertido es que mi padre fuera uno de los susodichos dirigentes, quizá el de ascendiente mayor en el departamento, y que mi aristocrática cuna me diera - como en realidad me dio - vara alta en aquel pueblo manso y feliz, holgazán bajo el sol de fuego, soñador bajo el cielo sin nubes, cebado en medio de la pródiga naturaleza. Hoy me parece que hasta el aire de Los Sunchos era alimercio y que bastaba masticarlo al respirar para mantener y aun acrecentar las fuerzas: milagro de mi país, donde, virtualmente, todavía se encuentran pepitas de oro en medio de la calle.

Desde chuelo era yo, Mauricio Gómez Herrera, el niño mimado de vigilantes, peones, gente del pueblo y empleados públicos de menor cuantía, quienes me enseñaron pacientemente a montar a caballo, vistear, tirar la taba, fumar y beber. Mi capricho era ley para todos aquellos buenos paisanos, en especial para el popuchó, los subalternos y los humildes amigos o panaguados de las autoridades; y cuando algún opositor, víctima de mis bromas, que solían ser pesadas, se quejaba a mis padres, nunca me faltó defensa o excusa, y si bien ambos prometían a veces reprenderme o castigarme, la verdad es que -especialmente el «viejo»- no hacían sino reírse de mis gracias.

Y aquí debo confesar que yo era, en efecto, un niño gracioso si se me consideraba en lo físico. Tengo por ahí arrumbada cierta fotografía amarillenta y borrosa que me sacó un fotógrafo trashumante al cumplir mis cinco años, y aparte la ridícula vestimenta de lugareño y el aire cortado y tameroso, la verdad es que mi efigie puede considerarse la de un lindísimo muchacho, de grandes ojos claros y serenos, frente espaciosa, cabello rubio naturalmente rizado, boca bien dibujada, en forma de arco de Cupido, y barbilla redonda y modelada, con su hoyuelo en el medio, como la de un Apolo infante. En la adolescencia y en la juventud fui lo que mi niñez prometía, todo un buen mozo, de belleza un tanto femenil, pase a mi poblado bigote, mi porte altivo, mi clara mirada, tan resuelta y firme; y estos dotes de la naturaleza me procuraron siempre, hasta en épocas de madurez... Pero no adelantemos los acontecimientos...

Tenía yo por aquel entonces un carácter de todos los demonios que, según me parece, la edad y la experiencia han modificado y mejorado mucho, especialmente en las exteriorizaciones. Nada podía torcer mi voluntad, nadie lograba imponérseme, y todos los medios me eran buenos para satisfacer mis caprichos. Gran cuaidad. Recomiendo a los padres de familia deseosos de ver el triunfo de su prole que la fomenten en sus hijos, renunciando, como a cosa inútil y perjudicial, a la tan preconizada disciplina de la educación, que sólo servirá para crearles luego graves y quizá insuperables dificultades en la vida. Estudien mi ejemplo, sobre el cual nunca insistiré bastante: desde niño he logrado, detalle más, detalle menos, todo cuanto soñaba o quería, porque nunca me detuvo ningún falso escrúpulo, ninguna regla arbitraria de moral, como ninguna preocupación melindrosa, ningún juicio ajeno. Así, cuando una criada o un peón me eran molestos o antipáticos, espiaba todos sus pasos, acciones, palabras y aun pensamientos, hasta encontrarlos en falta y poder acusarlos ante el tribunal casero, o -no hallando hechos reales- imaginaba y revelaba hechos verosímiles, valiéndome de las circunstancias y las apariencias paciente y sutilmente estudiadas. ¡Y cuántas veces habrá sido profunda e ignorada verdad lo que yo mismo creía dudoso por falta de otras pruebas que la inducción y la deducción instintivas!

Pero esto era sólo una complicación poco evidente -para descubrirla he debido forzar el análisis- de mi carácter que, si bien obstinado y astuto, era, sobre todo -extraña antinomia aparente-, exaltado y violento, como irreflexivo y de primer impulso, lo que me permitía tomar por asalto cuanto con un golpe de mano podía conseguirse. Y como en el arrebató de mi cólera llegaba fácilmente a usar de los puños, los pies, las uñas y los dientes, natural era que en el ataque o en la batalla con el criado u otro adversario eventual resultara yo con alguna marca, contusión o rasguño que ellos no me

habían inferido quizá, pero que, dándome el triunfo en la misma derrota, bastaba y aun sobraba como prueba de la ajena barbarie, y hacía recaer sobre el enemigo todas las iras paternas:

-¡Pobre muchacho! ¡Miren cómo me lo han puesto! ¡Es una verdadera atrocidad!...

Y tras de mis arañones, puntapiés, cachetadas y mordiscos, llovían sobre el antagonista los puñetazos de mi padre, hombre de malas pulgas, extraordinario vigor, destreza envidiable y amén de esto grande autoridad. ¿Quién se atrevía con el árbitro de Los Sunchos? ¿Quién no caía ante el brillo de sus ojos de acero, que relampagueaban en la sombra de sus espesas cejas, como intensificados por su gran nariz ganchuda, por su grueso bigote cano, por su perilla que en ocasiones parecía adelantarse como la punta de un arma?

Vivíamos con grandeza -naturalmente en la relatividad alceana, que no da pretexto a los lujos desmedidos-, y «Tatita» gastaba cuanto ganaba o un poco más pues a su muerte sólo heredé la chacra paterna, gravada con una crecida hipoteca que hacían más molesta algunas otras deudas menores. Si, sólo teníamos una chacra, pero hay que explicarse: era una vasta posesión de cuatrocientas varas de frente por otras tantas de fondo, y estaba enclavada casi en el mismo centro del pueblo. Su cerco, en parte de adobe, en parte de pita, cinacina, y talas, interceptaba las calles de Libertad, Tunes y Cadilla, que corrían de Norte a Sud, y las de Santo Domingo, Avellaneda y Pampa, de Este a Oeste. Los cuatro grandes frentes daban sobre San Martín, Constitución, Blandengues y Monteagudo. Nuestra casa ocupaba la esquina de las calles San Martín y Constitución, la más próxima a la plaza y los edificios públicos, y era una amplia construcción de un solo piso, a lo largo de la cual corría una columnata de pilares delgados, sosteniendo un ancho alero. En ella habitábamos nosotros solos, pues las cocinas, cocheras, dependencias y cuartos de la servidumbre formaban cuerpo aparte, cuadrando una especie de patio en que Mamita cultivaba algunas flores y Tatita criaba sus gallos. En el resto de la chacra había algunos montecillos de árboles frutales, un poco de alfalfa, un chiquero, un gallinero y varios potreros para los caballos y las dos vacas lecheras. Tengo idea de que alguna vez se plantaron hortalizas en un rincón de la chacra, pero en todo caso no fue siempre, ni siquiera con frecuencia, sin duda para no desdeñar mucho del indolente carácter criollo que en aquel tiempo consideraba «cosa de gringos» ordeñar las vacas y comer legumbres. Con todo, nuestra casa era un palacio y nuestra chacra un vergel, comparadas con las demás mansiones señoriales de Los Sunchos, y nuestras costumbres de familia tenían un sello aristocrático que más de una vez envenenó las malas lenguas del pueblo, que zumbaban como avispas irritadas, aunque a respetable distancia de los oídos de Tatita. Esta especie de refinamiento, cada vez más borroso, se explica naturalmente: mi padre pertenecía a una de las familias más viejas del país, una familia patricia radicada en Buenos Aires desde la guerra de la Independencia, vinculada a la alta sociedad y dueña de una respetable fortuna que varias ramas conservan todavía. Menos previsora o más atrevida que sus parientes, mi padre se arruinó -ignoro cómo y no me importa saberlo-, salió a correr tierras en busca de mejor suerte y fue a varar en Los Sunchos, llevando hasta allí algunos de sus antiguos hábitos y aficiones.

No se ocupaba más que de la política activa y de la tramitación de toda clase de asuntos ante las autoridades municipales y provinciales. Intendente y presidente de la Municipalidad, en varias administraciones, había acabado por negarse a ocupar puesto oficial alguno, conservando sin embargo, meticulosamente, su influencia y su prestigio: desde afuera manejaba mejor sus negocios, sin dar cue hablar, y siempre era él quien decidía en las contiendas electorales, y otras, como supremo caudillo del pueblo. Cuando no se iba a la capital de la provincia, llevado por sus asuntos propios o ajenos -en calidad de intermediario-, pasaba el día entero en el café, en la «cancha» de carreras o de pelota, en el billar o la sala de juego del Club del Progreso, o da visita en casa de alguna comadre. Tenía muchas comadres, y Mamá hablaba de ellas con cierto retintín y a veces hasta colérica, cosa extraña en una mujer tan buena, que era la mansedumbre en persona. Tatita solía mostrarse emprendedor. A él se debe, entre otros grandes adelantos de Los Sunchos, la fundación del Hipódromo que acabó con las canchas derechas y de andar ve, e hizo también para las riñas de gallos un verdadero circo en miniatura. Leía los periódicos de la capital de la provincia, que le llegaban tres veces por semana, y gracias a esto, a su copiosa correspondencia epistolar y a las noticias de los pocos viajeros y de Isabel Contreras, el mayoral de la galera de Los Sunchos, estaba siempre al corriente de lo que sucedía y de lo que iba a suceder, sirviéndole para prever este último su peculiar olfato y su larga experiencia política, acopiada en años enteros de intrigas y de revueltas. La inmensa utilidad práctica de esta clase de información fue sin duda lo que le hizo mandarme a la escuela, no con la mira de hacer de mí un sabio, sino con la plausible intención de proveerme de una herramienta preciosa para después.

Esto ocurrió pasados ya mis nueve años, puede también que los diez. Mi ingreso en la escuela fue como una catástrofe que abriera un paréntesis en mi vida de vagancia y holgazanería, y luego como una tortura momentánea sí, pero muy dolorosa, tanto más cuanto que, si aprendí a leer, fue gracias a mi santa madre, cuya inagotable paciencia supo aprovechar todos mis fugitivos instantes de docilidad, y cuya bondad tímida y enfermiza premiaba cada pequeño esfuerzo mío tan espléndidamente como si fuera una acción heroica. Me parece verla todavía, siempre de negro, oprimida en un vestido muy liso pálido bajo sus bandós castaño oscuro hablando con voz lenta y suave y sonriendo casi dolorosamente, a fuerza de ternura. Mucho le costaron las primeras lecciones, como le costó hacerme ir a misa a ir en carne y en ciertas doctrinas de un vago catolicismo, algo supersticioso, por mi inquietud indómita pero a poco cedí y me pegué, más que todo, interesado por los cuentos de las viejas sirvientas y los aún más maravillosos de una costurera española, jorobada, que decía a cada paso «interín», que estaba siempre en los rincones oscuros, y en quien creía yo ver la encarnación de un diablillo entretenido y amistoso o de una bruja momentáneamente inofensiva. «Interín» me contaban las unas las hazañas de Pedro Urdemalas (Rimales, decían ellas), y la otra los amores de Beldad y la Bestia, o las terribles aventuras del Gato, el Ujier y el Esquelato, leídas en un tomo trunco de Alejandro Dumas, mi naciente raciocinio me decía que mucho más interesante sería contarme aquello a mí mismo, todas las veces que quisiera y en cuanto se me antojara, ampliado y embellecido con los detalles en que sin cuda abundaría la letra menudita y cabalística

de los libros. Y aprendí a leer rápidamente, en suma, buscando la emancipación, tratando de conquistar la independencia.

- II -

Acabé por acostumbrarme un tanto a la escuela. Iba a ella por divertirme, y mi diversión mayor consistía en hacer rabiar al pobre maestro, don Lucas Arba, un infeliz español, cojo y ridículo, que, gracias a mí, se sentó centenares de veces sobre una punta de pluma o en medio de un ago ce pega-pega, y otras tantas recibió en el ojo o la nariz bolitas de pan o de papel cuicadosamente masticadas. ¡Era de verle dar el salto o lanzar el chillido provocados por la pluma, o levantarse con la silla pegada a los fondillos, o llevar la mano al órgano acariciado por el húmedo proyectil, mientras la cara se le ponía como un tomate! ¡Qué alboroto, y cómo se desternillaba de risa la escuela entera! Mis tímidos condiscípulos, sin imaginación, ni iniciativa, ni arrojo, como buenos campesinos, hijos de campesino, veían en mí un ente extraordinario, casi sobrenatural, comprendiendo intuitivamente que para atreverse a tanto era preciso haber nacido con privilegios excepcionales de carácter y de posición.

Don Lucas tenía a costumbre de restregar las manos sobre el pupitre «cátedra» decía él- mientras explicaba o interrogaba después, en la hora de caligrafía o de dictado, poniase de codos en la mesa y apoyaba las mejillas en la palma de las manos, como si su cerebro pedagógico le pesara en demasía. Observar esta peculiaridad, procurarme paciencia y espolvorear con ella la cátedra, fueron para mí cosas tan lógicas como agradables. Y repetí a menudo la ingeniosa operación, entusiasmado con el éxito, pues nada más cómico que ver a don Lucas rascarse primero suavemente, después con cierto ardor, en seguida rascoso, por último frenético hasta el estallido final:

-¡Todo el mundo se queda dos horas!

Iba a lavarse, a ponerse calmantes, sebo, aceite, qué sé yo, y la clase abandonada se convertía en una casa de orates, obediendo entusiasta a mi toque de zafarrancho; volaban los cuadernos, los libros, los tinteros -quebrada la inercia de mis condiscípulos-, mientras los instrumentos musicales más insólitos ejecutaban una sinfonía infernal. Muchas veces he pensado, recapitulando estas escenas, que mi verdadero temperamento es el revolucionario y que he necesitado un prodigio de voluntad para ser toda mi vida un elemento de orden, un hombre de gobierno. Volví, al fin, don Lucas, rojo y barnizado de unguentos, con las pupilas saltándosele de las órbitas -espectáculo bufo si los hay-, y, exasperado por la intolerable picazón, comenzaba a distribuir castigos supletorios a diestra y siniestra, condenando sin distinción a inocentes y culpables, a juiciosos y traviosos, a todos, en fin... A todos menos a mí. ¿No era yo acaso el hijo de don Fernando Gómez Herrera? ¿No había nacido «con corona», según solían decir mis camaradas?

¡Vaya con mi con Lucas! Si mucho me reí de ti, en aquellos tiempos, ahora no compadezco siquiera tu memoria, aunque la evoque entre sonrisas, y aunque aprecie debidamente a los que, como tú entonces, saben acatar la autoridad política en todas sus formas, en cada una de ellas y hasta en sus simples reflejos. Porque si bien este acatamiento es la única base posible de la felicidad de los ciudadanos, la verdad es que tú exagerabas demasiado, olvidando que eras también «autoridad», aunque de infinito orden. Y esta flaqueza es para mí irritante e inadmisiblesobre todo cuando llega a extremos como éste.

Una tarde, a la hora de salir de la escuela y a raíz de un alboroto colosal, don Lucas me llamó y me dijo gravemente que tenía que hablar conmigo. Sospechando que el cielo iba a caérseme encima, me preparé a rechazar los ataques del *magister* hasta en forma viri y contundente, si era preciso, de tal modo que, como consecuencia inevitable, ni yo continuara bajo su férula ni él regentando la escuela, su único medio de vida: un arañazo o una equimosis no significaban nada para mí -era y soy valiente-, y con una marca directa o indirecta de don Lucas obtendría sin dificultad su destierro de Los Sunchos, después de algunas otras pellajerías que le dieran que rascar. Considérese, pues, mi pasmo, al oírle decir, apenas estuvimos solos, con su amanerado y académico lenguaje, o, mejor dicho, prosodia:

-Después de recapacitar muy seriamente, he arribado a una conclusión, mi querido Mauricio... Usted (me trataba de usted, pero tuteaba a todos los demás) usted es el más inteligente y el más aplicado... No, no se enfade todavía, permítame terminar, que no ha de pesarle... Pues bien, usted cue todo lo comprende y que sabe hacerse respetar por sus discípulos, mis alumnos, puede ayudarme con verdadera eficacia, sí, con la mayor eficacia, a conservar el orden y mantener la disciplina en las clases, minadas por el espíritu rebelde y revoltoso que es la carcoma de este país...

Aunque sorprendido por lo insólito de estas palabras, pronunciadas con solemne gravedad, como en una tribuna, comencé a esperar más serenamente los acontecimientos, sospechando, sin embargo, alguna celada.

-Pero no he querido -continuó don Lucas, en el mismo tono- adoptar una resolución, cualquiera que ella sea, sin consultarle previamente.

El aula estaba solitaria y en la penumbra de la caída de la tarde. Junto a la puerta, yo veía, al exterior, un vasto terreno baldío, cubierto de gramíneas, rojizas ya, un pedazo de cielo con reflejos anaranjados, y, al interior, la masa informe y azuada de los bancos y las mesas, en la que parecía flotar aún el ruido y el movimiento de los alumnos ausentes. Esta doble visión de luz y de sombra me absorbió, sobre todo, durante una pausa trágica del maestro, para preparar esta pregunta:

-¿Quiere usted ser monitor?

¡Monitor! ¡El segundo en la escuela, el jefe de los camaradas, la autoridad más alta en ausencia de don Lucas, quizá en su misma presencia, ya que él era tan débil de carácter!... ¡Y yo apenas sabía leer de corrido, gracias a Mamita! ¡Y en la escuela había veinte muchachos más adelantados, más juiciosos, más aplicados y mayores que yo! ¡Oh! Estos aspavientos son cosa de ahora; entonces, aunque no esperara semejante ganga, y aunque mucho me sonriera el irmercedo honor, la proposición me pareció tan natural y tan ajustada a mis merecimientos, que la acepté, diciendo sencillamente, *sin emoción alguna*.

-Bueno, don Lucas.

Yo siempre he sido así, imperturbable, y aunque me nombraran Papa, mariscal o almirante, no me sorprendería ni me consideraría inepto para el cargo. Pero deseando ser enteramente veraz, agregaré que el «don Lucas» de la aceptación había sido, desde tiempo atrás, desterrado de mis labios, en los que las contestaciones se imitaban a un sí o un no, «como Cristo nos enseña», sin aditamento alguno de señor o don, como nos enseña la cortesía. Y ésta fue una evidente demostración de gratitud...

Después ha pensado que, en la emergencia, don Lucas se condujo como un filósofo o como un canalla: como un filósofo, si quiso modificar mi carácter y disciplinarme, haciéndome precisamente custodio de la disciplina; como un canalla, si sólo trató de comprarme a costa de una claudicación moral, mucho peor que la física de su pata coja. Pero, medítandolo más, quizá no obrara ni como una ni como otra cosa, sino apenas como un simple que se defiende con las armas que tiene, sin mala ni buena intención, por espíritu de conservación propia, y utiliza para ello los medios políticos a su alcance -medios poco sutiles a la verdad, porque la sutileza política no es el dote de los simples-. Para los demás muchachos, el ejemplo podía ser descorazonador, anárquico, desastroso como disolvente, porque don Lucas no sabía contemporizar con la cabra y con la col pero ¡bah! Yo tenía tanto prestigio entre los camaradas, era tan fuerte, tan poderoso, tan resuelto y tan autoritario, para decirlo todo de una vez, que el puesto gubernativo me correspondía como por derecho divino, y muy rebelde y muy avieso había de ser el que protestara de mi ascensión y desconociese mi regencia.

Comencé, pues, desde el día siguiente, a ejercer el mando, como si no hubiera nacido para otra cosa, y seguí ejerciéndolo con grande autoridad, sobre todo desde el famoso día en que presenté a don Lucas mi renuncia indeclinable...

He aquí por qué:

Irritado contra uno de los condiscípulos más pequeños, que, corriendo en el patio a la hora del recreo, me llevó por delante, levanté la mano, y sin ver lo que hacía le di una soberbia bofetada. Mientras el chichuelo se echaba a llorar a moco tendido, uno de los más adelantados, Pedro Vázquez, con quien estaba yo en entredicho desde mi nombramiento de monitor, me faltó audazmente al respeto, gritando:

-¡Grandulón! ¡Sinvergüenza!

Iba a precipitarme sobre él con los puños cerrados, cuando recordé mi alta investidura, y, conteniéndome, le dije con severidad:

-¡Usted, Vázquez! ¡Dos horas de penitencia!

Me volvió la espalda, rudamente, y se encogió de hombros, refunfuñando no sé qué, vagas amenazas, sin duda, o frases despreciativas y airadas. Este muchacho, que iba a desempeñar un papel bastante considerable en mi vida, era alto, flaco, muy pálido, de ojos grandes, azul oscuro, verdosos a veces, cuando la luz les daba de costado, frente muy alta, tupido cabello castaño, boca bondadosamente risueña, argos brazos, largas piernas, torso endeble, inteligencia clara, mucha aptitud para los trabajos imaginativos, intuición científica y voluntad desigual, tan pronto enérgica, tan pronto muelle.

Aque día, cuando volvimos a entrar en clase, Pedro, que estaba en uno de sus períodos de firmeza, apeló del castigo ante don Lucas, que revocó incontinenti la sentencia, quebrando de un golpe mi autoridad.

-¡Pues si es así! ¡Caramba -grité-, no quiero seguir de monitor ni un minuto más. ¡Métase el nombramiento en donde no le dé el sol!

Don Lucas recapacitó un instante murmurando: «¡calma! ¡Calma!», y tratando de apaciguarme con suaves movimientos sacerdotales de la mano derecha. Sin duda evocaría el punzante recuerdo de las puntas de pluma, el aglutinante de la pega-pega, el viscoso del papel mascado, el urticante de la picapica, pues con voz melosa preguntó, tuteándome contra su costumbre:

-¿Es decir que renuncias?

-¡Sí! ¡Renuncio in-de-cli-na-ble-men-te! -repliqué, recalcando cada sílaba del adverbio, aprendido de Tatita en sus disposiciones electorales.

La clase entera abrió tamaña boca, espantada, creyendo que la palabrota era un terno formidable, anuncio de alguna colisión más formidable aún; pero volvió a la serenidad, al ver que don Lucas se levantaba conmovido, y, tuteándome de nuevo, me decía:

-Pues no te la acepto, no puedo aceptártela... Tú tienes mucha, pero mucha dignidad, hijo mío. ¡Este niño irá lejos, hay que imtarle! -agregó, señalándome con ademán ponderativo a la admiración de mis estupefactos camaradas-. ¡La dignidad es lo primero!... Mauricio Gómez Herrera seguirá desempeñando sus funciones de monitor, y Pedro Vázquez sufrirá el castigo que se le ha impuesto. He dicho... Y si encio!

La clase estaba muda, como alélada; pero aquel «¡silencio!» era una de esas terminantes afirmaciones de autoridad que deben hacerse en los momentos difíciles, cuando dicha autoridad peligra, para que no se produzca ni siquiera un conato de rebelión; aquel «¡silencio!» era, en suma, una declaración de estado de sitio que yo me encargaría de utilizar en servicio de la buena causa, desempeñando el papel de ejército y policía al mismo tiempo.

Sólo Vázquez se atrevió a intentar una protesta, balbuciendo, entre indignado y lloroso, un:

¡Pero, señor!...

¡Silencio he dicho!... Y dos horas más, por mi cuenta.

Acostumbrado a obedecer, Vázquez calló y se quedó quietecito en su banco, mientras una oleada de triunfo orgullo me hercchia el pecho y me hacía subir los colores a la cara, la sonrisa a los labios, el fuego a los ojos.

- III -

Este acontecimiento, que debió abrir un abismo entre Vázquez y yo provocando nuestra mutua enemistad, resultó luego, de manera lógica, punto de partida de una unión, si no estrecha, bastante afectuosa, por lo menos. Para esto fue, naturalmente, necesaria una crisis.

Sufrió el castigo con estoica serenidad, quedándose en la escuela, durante dos días, hasta ya entrada la noche: pero, al tercero, antes de la hora de clase, me esperó en un campito de alfalfa que yo cruzaba siempre, y en aquella soledad me desafió a singular combate, considerando que mis fueros desaparecían extraterritorialmente de los dominios de don Lucas.

-¡Veni, si sos hombre! ¡Aquí te voy a enseñar a que le pegués a los chicos!

Todo mi amor propio de varón, sublevándose entonces, me hizo renunciar por el momento a las prerrogativas que él consideraba, erróneamente, suspendidas en la calle, con ese desconocimiento de la autoridad que caracteriza a nuestros compatriotas. Sentí necesaria, con romántica tontería, la afirmación de mi superioridad hasta en el terreno de la fuerza, y contesté:

-¡Aquí no! Soy monito, y no quiero que los muchachos me vean peleando; pero en cualquiera otra parte soy muy capaz de darte una zurra, para que aprendás a meterte a sonso.

-¡Vamos donde quieras, maula!

Nos dimos de moquetes, no lejos de allí, en un galpón desocupado, supletorio depósito de lanas, y debo confesar que saqué la peor parte en la batalla. La excitación nerviosa dio a Vázquez una fuerza y una tenacidad que nunca le hubiera sospechado. Ambos llegamos tarde a la escuela, con la cara amoratada, pero él no habló ni yo me quejé, aunque me hubiera sido muy fácil la venganza. Aquél era mi primer duelo formal -toda proporción guardada-, y el duelo, aun entre muchachos, ha sido siempre para mí, no una costumbre, sino una institución respetabilísima, que contribuye eficazmente al sostenimiento de la sociedad, un complemento imprescindible de las leyes, aleatorio a veces, si se quiere, pero no más aleatorio y más arbitrario que muchas de ellas. En el caso insignificante que refiero, sirvió para zanjar entre Vázquez y yo diferencias que con otros trámites hubieran podido llegar al odio, y que, gracias a él, no dejaron huellas, pues mi adversario no supo nunca cómo agradecer mi caballerosidad después de combate, y hasta creo que se consideró vencido, para retribuir de algún modo mi hidalguía. Los mismos tribunales, a quienes muchos querrían confiar la solución de toda clase de cuestiones, aun en el orden moral, dejan a menudo heridas más incurables y dolorosas que las de una partida de armas... o de puños.

Esta manera de considerar el duelo -confusa e instintiva entonces, pero clara y lógica hoy- me había sido inspirada por algunas lecturas, pues ya comenzaba a devorar libros -novelas, naturalmente-. Y si *Don Quijote* me aburría, porque ridiculizaba las más caballerescas iniciativas, encantábanme las otras gestas, en que la acción tenía un objeto real y arribaba a un triunfo previsto e inevitable. No me preocupaban las tendencias buenas o malas del héroe, su concepto acertado o erróneo de la moral, porque, como el obispo Nicolás de Osló, «me hallaba en estado de inocencia e ignoraba la distinción entre el bien y el mal», imo del que, según creo, no he legado a salir nunca. Las hazañas de Diego Corrientes, de Rocambole, de José María, de Man Rodríguez de Sanabria, de d'Artagnan, del Churiador, de don Juan y de otros cientos eran para mí motivo de envidia, y sus peregrinas epopeyas formaban mi único bagaje histórico y literario, pues el *Facundo* quedaba fuera de mi alcance y la *Historia* del Deán Funes me aburría como un libro de escuela. El universo, más allá de Los Sunchos, era tal como aquellas obras me lo pintaban, y al que quisiera hacer buena figura en el mundo imponíase la imitación de alguno de los admirables personajes, héroes de tan estupendas aventuras siempre coronadas por el éxito. Cambiábamos libros con Vázquez, desde que la conciencia de nuestro propio valor nos hizo amigos; pero yo estimaba poco lo que él me daba -narraciones de viajes y novelas de Julio Verne, principalmente-, mientras que él desdeñaba un tanto mis divertidas historias de capa y espada, considerándolas tejido de mentiras.

-Como si tus *Inglés en el Polo Norte* no fueran una estúpida farsa -le decía yo-, José María será un bandido, pero es también un caballero valiente y generoso, y Rocambole era más «diablo» que cualquiera...

Sólo estábamos de acuerdo en la admiración por las *Mil y una noches*, pero nuestros conceptos eran distintos: él se encantaba con lo que llamaré su «poesía» y yo con su acción, con la fuerza, la riqueza, el poder que suelen recordar de sus páginas. Este modo de ver, esta tendencia, mejor dicho, pues era subconsciente aún, me llevó a acaudillar, como Alacino, una pandilla de muchachos resuetos y semisalvajes, que me proclamaron capitán, apenas reconocieron mi espíritu de iniciativa, mi imaginación siempre llena de recursos, mi temeridad innata y la égida invulnerable con que me revestía mi apellido. Con esta cuadrilla, en la que al principio figuró Vázquez, hacía verdaderas incursiones, conquistando galineros, melonares, zarzos de jarra, higuerales y montes de duraznos. Pedro, que en los comienzos era uno de los más entusiastas, como si lo emoriagara aquel ambiente de desmedida libertad, desertó desde la noche en que bañamos en petróleo a un gato y le prendimos fuego, para verlo correr en la oscuridad como un ánima en pena. Yo también me arrepentí de semejante atrocidad, pero nunca quise exteriorizarlo ante mis subalternos, para no revelar flaqueza; por el contrario, recordando la hazaña, solía decirles con sonrisa prometedora:

-Cuando cacemos un gato...

Pero no reincidimos nunca, y nadie reclamó la repetición de aquella escena neroniana que había resultado tan terrible. No nos faltaban, por fortuna, otros entretenimientos. ¡Qué vida aquella! ¡Cuánto daría por volver, siquiera un instante, a los dulces años de mi infancia! ¡Cuánto! ¡Y sólo me resta el tibio consuelo de recordarlos y revivirlos como en sueños al escribir estos garabatos!

¡Qué magnas empresas las de entonces! En invierno, predispuestos, sin duda, por la displicencia de los días nublados y lluviosos, hacíamos de salteadores, ahondando, por ejemplo, las huellas pantanosas en el camino de la diligencia para tratar de que volcara el pesado vehículo, atestado de carga y pasajeros -proeza que realizamos una vez-. Atravesábamos la calle con una cuerda, a una cuarta del suelo, para que rocaran los caballos, o quitábamos las

chavetas de los carros abandonados un instante a la puerta de los despachos de bebidas, para darnos el placer de verles perder una rueda. Poníamos, así, en escena, episodios de Gil Blas o de Piquillo Aliaga, que yo contaba compendiosamente a «mis hombres», sugiriéndonos que éramos la banda de Rolando o de Juan Bautista Balseiro, y la imaginación se encargaba de complementar lo que en nuestro acto quedaba de trunco y de estéril: con el pensamiento despojábamos coche y pasajeros, jinete y montura, carro y conductor, llevándonos a la madriguera a las personas de fuste, para exigir luego por ellas magnífico rescate. Otras proezas eran menos dramáticas: algunas noches muy frías, cuando todos dormían en el pueblo, y en nuestras casas nos creían en cama, soltábamos un gato previamente enfurecido, o un perro asustado, con una lata llena de piedras en la cola, para divertirnos viendo a los vecinos alarmados asomarse en paños menores a puertas y ventanas bajo la lluvia torrencial y el viento helado.

En primavera, gozábamos invadiendo los jardines de los pocos maníacos de las plantas y podando éstas hasta el tronco o despojándolas simplemente de todos sus botones. Qué cara la de los dueños al encontrarse, por la mañana, con la desolación acuélla! ¡Ni la de un candidato frustrado cuando creía más segura su elección!

En verano pescábamos valiéndonos de una especie de línea, las ropas de los que dormían con la ventana abierta, y luego quemábamos o enterrábamos aquellos despojos, para no dejar rastros de nuestra diablura, realizada sin idea de robar, por el gusto de hacer daño y reírnos de la gente. Así, rara vez aprovechamos del poco dinero que quedara en los bolsillos, por casualidad, pues en Los Sunchos, como en todo pueblo chico, nadie tenía que pagar al contado lo que compraba o consumía, salvo, naturalmente, por necesaria anfitesis, los más menesterosos.

Eran, en fin, cosas de muchachos, bromas sin más trascendencia que la que debe atribuirse a una inocente travesura, y justificadas, además, en cierto modo, pues sólo las sufrían las personas antipáticas por su excesiva severidad, o las que habían merecido el desdén, el desprecio o el odio de mi padre; los amigos políticos, o de la familia, gozaban de completa inmunidad, porque siempre ha existido en mí el espíritu de cuerpo. Pero la gente es tan necia que, en vez de dar a nuestros juegos su verdadero y limitado alcance, considerándolos ingenuos remedos de las aventuras novelescas, se imaginó que Los Sunchos había sido invadido por una horda de rateros y se propuso perseguirlos hasta atraparlos o ahuyentarlos. ¿Quiénes eran y dónde se ocultaban? Aunque las víctimas fuesen siempre opositores o indiferentes, la policía y la municipalidad se preocuparon de defenderlas, cuando las cosas habían llegado ya muy lejos, temiendo probablemente que la cuadrilla ensanchara su campo de acción y cesara de respetar a los partidarios de la buena causa. Cuando esto resolvieron las autoridades, hubiéramos sido descubiertos inevitablemente, a no mediar una circunstancia salvadora: Tatita, siempre a corriente de los sucesos, dijo una tarde, en la mesa:

-Por fin nos vamos a sacar de encima esa plaga de rateros. Esta noche caerán, sin remedio, en la trampa. Se ha organizado una gran batida con todos los vigilantes y algunos vecinos voluntarios, ¡y muy diablos serán si consiguen escaparse!

Yo no eché a noticia en saco roto, corrí a prevenir a los camaradas, y aquella noche y las siguientes nos quedamos más quietos que en misa. Pero así fue, también, al desquite, en cuanto comenzó a relajarse la vigilancia! Puede decirse que en Los Sunchos no quedó titera con cabeza, y nuestras fechorías produjeron tan honda sensación que durante mucho tiempo no se habló sino de «la semana del saqueo» como de una calamidad pública. Y la imaginación popular creó toda una leyenda alrededor de la desaparición de unas cuantas ropas, leyenda en que figuraban el hombre-chancho, la viuda, el lobinsón y cuantos duendes o fantasmas enriquecen las supersticiones criollas.

En fin, para concluir con esta parte ingrata de mis recuerdos infantiles: cierto verano surgió, en competencia con la mía, otra banda, acaudillada por Pancho Guerra, hijo del presidente de la Municipalidad; muchacho envidioso y grosero, enorgullecido por la posición del padre, que se la debía al mío, trataba de disputarme mi creciente influencia, sin ver que esto no lo toleraría yo jamás. No había organizado todavía su gente, cuando les caímos encima. Hubo «arálogo a la batalla del Piojito» un gran combate, al caer la tarde, en las afueras del pueblo, junto al arroyo cuyas orillas están cubiertas de pedregullo. Los cantos rodados nos sirvieron de proyectiles. Quedaron varias cabezas rotas, varias narices ensangrentadas, una pierna quebrada en la fuga, pero la victoria fue nuestra, tan brillante que la mayoría de los guerristas se enroló en mis huestes, y Pancho se quedó solo y desprestigiado para siempre.

Esta especie de castoral de sabor tan genuino y rústico duró hasta mis quince años, y hoy no puedo recordar ninguna de sus ingenjas estrofas sin una sonrisa enternecida, sin una nubecilla húmeda en los ojos...

- IV -

Antes de los quince años había comenzado ya mi historia pasional -que así debe llamarse, libre como estaba de todo sentimentalismo- Bajo la influencia del clima y las costumbres -ardiente el uno, libres las otras por su mismo carácter patriarcal-, en los pueblos de provincia y hasta en las capitales populosas, el hombre despertaba en el cuerpo del niño cuando en otros países apenas si acuntarían las primeras visumbres de la adolescencia. La iniciación de los muchachos era siempre ancilar: las inmensas casas bonaerenses, y más aún las provincianas y campesinas, con tres grandes patios y a veces huerta, llenas de vericuetos, escondrijos y rincones no frecuentados por la gente mayor hacían ineficaz la vigilancia paterna despertada por algún síntoma o indicio que aconsejara la represión, tanto más cuanto que los criados eran por lo común cómplices y encubridores, a cambio de reciprocidad. Poco a poco, este defecto de nuestra organización doméstica, tan contrario a los principios entonces imperantes, ha venido modificándose, no tanto por mayor disciplina moral, cuanto por la fuerza de las circunstancias que, dando enorme valor a la tierra, han empequeñecido las casas, facilitando la observación y agrupando más la familia. Véase cómo causas al parecer muy lejanas en la materialidad de las cosas producen en la conducta de los hombres los más inesperados efectos. En este caso, los instintos en libertad se han visto paulatinamente coartados por las exigencias de la vida, es decir, por las manifestaciones de ellos mismos, bajo otra forma.

Yo, por mi parte en aquel tiempo, no podía estar menos vigilado ni gozar de mayores libertades; era dueño de mí mismo, y en esta independencia total realicé actos que no son para contarlos y a los que sólo me refiero por la influencia que tuvieron después sobre mi carácter. Mamita pasaba los días taciturna y casi inmóvil, cosiendo, tomando mate o rezando, presa de incurable melancolía, que sólo ahuyentaba un momento para abrazarme y besarme con transporte enfermizo. Tatita, siempre ocupado o entretenido fuera de casa, no tenía tiempo ni quizá interés de imponerme una moral medianamente rígida. No los critico ni hay para qué. Sin duda, ella, en su candor de mujer siempre aislada, no llegó nunca a sospechar que mi inocencia corriera peligro, y mi padre pensaba, probablemente, que no tenía por qué preocuparse de cosas que habían de suceder más tarde o más temprano, tratándose de un muchacho robusto, de salud de hierro, alegre, decidido, apasionado, que sólo se enfermaba o mejor, enervaba, con la oposición a sus antojos y la restricción a su autonomía. ¿Qué quiere un padre, si no es que sus hijos resalten bien aptos para la vida y sepan manejarse por sí solos, en lo sentimental como en lo material, en lo intelectual como en lo físico?

A un buen padre, como yo lo entiendo, le basta, en suma, con que sus hijos sean inteligentes y no le falten al respeto. Era nuestro caso. Yo daba pruebas de no ser tonto y estaba muy lejos de no respetar a mi padre. Por el contrario, le admiraba y veneraba porque era el caudillo indiscutible del pueblo, y todos le rendían pleito homenaje, porque siempre fue «muy hombre», es decir, capaz de ponerse celante a más pintado y de arrostrar cualquier peligro, por grave que fuese; porque tenía una libertad de palabra demostrativa de la más plena confianza en sí mismo: porque montaba a caballo como un centauro y realizaba sin aparente esfuerzo los ejercicios camperos más difíciles, las hazañas gauchescas más brillantes, sea trabajando con el ganado en alguna estancia amiga, sea en las boleadas de avestruces, o en las carreras, en el juego de pato, en las domadas; porque se distinguía en la taba, el truco, la carambola, el casino, el choclón y la treinta y una, amén de otros juegos de azar y de destreza, y porque craba los mejores gallos de riña del departamento en una serie de cajones puestos en fila, en el patio de casa, frente a mi cuarto: porque, gracias a él, con quien nadie se atrevió nunca, yo podía atreverme impunemente con cualquiera. En suma, era para mí un dechado de perfecciones y yo me sentía demasiado orgulloso de él, demasiado satisfecho de su protección directa e indirecta para que este orgullo y esta satisfacción no se tradujeran en un gran cariño y en una veneración *sui generis*, semejante al efecto admirativo hacia el camarada más fuerte, más apto y más poderoso, que acceda, sin embargo, bondadosamente a todos nuestros caprichos.

Como más de una vez, siendo yo muy niño aún, me llevé a las carreras, las rifas y otras diversiones públicas, y como nunca tomaba a mal mi presencia en aquellos sitios -ni a bien tampoco, porque siempre hizo como que no me veía-, pronto me aficioné y acostumbré a correr, también, la caravana, y no tardé en conocer todos los rincones más o menos misteriosos de Los Sunchos, trinquetas, casas de baile y demás. En cambio, me faltaba tiempo para frecuentar escuela, pese a mi cargo irremovible de monitor, pero esto no era un mal, porque, sabiendo ya leer, creo que con Lucas hubiera podido enseñarme bien poca cosa más -quizá la ortografía, que he ido aprendiendo luego, en el camino-. Pedro Vázquez no faltaba, y nunca quiso acompañarme en mis correrías a la hora de clase.

-¡Sos un censo! ¡Para lo que se aprende en la escuela!

-Papá dice que eso es bueno, porque uno se acostumbra a la disciplina y a trabajo, y como me va a mandar a estudiar en la ciudad... -me contestaba Pedro, gravemente, muy cómico con su gran «chapona» crecedora, los pantalones por los tobillos y el chambergo de anchas alas.

-¡Se necesita ser pavlo! -reía yo, encogiéndome de hombros y corriendo a mis diversiones con un gran desprecio en el alma hacia la parte tonta de la humanidad.

Entretanto mi educación se completaba en otros senticos iniciábame rápidamente en la vida bajo dos formas, al parecer antagónicas, pero que luego me han servido por igual: la fantástica, que me ofrecían los libros de imaginación, y la real, que aprendía en plena comedia humana. Esta última forma me parecía trivial y circunscrita, pero consideraba que su mezquino aspecto era una simple peculiaridad de nuestra aldea y que su campo de acción estrecho, embrionario, se ensancharía y agigantaría en las ciudades, hasta adquirir la maravillosa amplitud que me sugerían las novelas de aventuras. Pero aún no sentía el deseo de vivir la vida, para mí extraordinaria, de los grandes centros, y el mismo proyectado viaje de Vázquez no me causó la menor envidia; castábame imaginarla y soñar con ella, porque estaba entonces harto absorbido por las personas y las cosas de mi ambiente, y me decía por instinto sin reminiscencia histórica alguna: «Más vale ser el primero aquí que el segundo en Roma». Es que, en realidad, me divertía, satisfaciendo todos mis apetitos, en la forma que más arriba dejo anotada. Para no ser demasiado explícito, agregaré, tan sólo, que me había hecho asiduo lector de Paul de Kock, de Pigault-Lebrun, del abate Prévost, traducidos al castellano, pero que si bien estos autores me divertían no me contaban nada nuevo, aparte algunas inverosímiles intrigas. Me hacían, sí, soñar, en ocasiones, con aventuras imposibles o difíciles, más altas y envanecedoras que la resignada pasividad del estropajo o su servil provocación. Con las vulgares realizaciones de los libros humorísticos luchaba mi imaginación y el idealismo sensual de algunas novelas románticas, y estas dos fases de la sensación, conviviendo en mi cerebro, me hacían pensar ora en la mujer tal cual la conocía, con el simple atractivo del sexo, ora en esa entidad superior de la «gran dama», golosina exquisita y complicada.

Estos sueños, no me cabía duda, eran realizables y se realizarían después, cuando hubiera conquistado brillante posición, cuando hubiera hecho... ¿Hecho, qué? Lo ignoraba, pero debía ser alguna hazaña rotunda, algo dentro del género guerrero o político. Una victoria decisiva sobre el enemigo -¿qué enemigo?- que me hiciera un nuevo Napoleón; o un triunfo colosal sobre mis adversarios -¿qué adversarios?- a los que me abriese de par en par las puertas del poder; o la adquisición de una fortuna inmensa -¿por qué herencia, lotería o hallazgo?- que me convirtiera en un Montecristo criollo. Todo esto era, naturalmente, nebuloso y variable, y mi ambiciosa voluntad estaba indecisa y como ciega, sin acertar a trazarse un camino, una norma de conducta que la llevara a las grandes realizaciones. Las circunstancias no eran propicias, y algo tiempo esperé en vano una oportunidad que me iluminara, invitándome a la acción.

Sin embargo, la princesa o su sucedáneo estaba muy cerca y en forma tangible: vivía frente a casa, en un bosque durmiente, aguardando que yo fuera a despertarla.

Era la hija única de don Higinio Rivas (don Higinio para el pueblo), personaje que compartía con mi padre, muy secundariamente, la dirección política del departamento. Se llamaba Teresa y, según la ve ahora mi experiencia, no pasaba en aquel tiempo de ser una muchacha casi tan vulgar como su nombre (¿o es que el nombre me parece vulgar porque lo llevaba ella?). Sin embargo resultaba entonces para mí la flor de la maravilla, porque tenía el divo prestigio de la juventud, y porque en nuestra democracia campesina ocupaba en realidad un puesto análogo al de una princesa, así como yo podía parecer un príncipe sin corona. Morena, de cabellos y ojos negros, cara oval, nariz fina y recta, boca grande y roja, barbilla un tanto avanzada, sin rasgo alguno notable, tenía, no obstante, una tez aterciopelada de microcha, sonrosada en las redondas mejillas, que era un verdadero encanto e invitaba a besarla o a morderla como un fruto maduro; de estatura mediana, gruesa por falta de ejercicio y exceso de golosinas y mate dulce, parecía bajita y esto le afeaba un tanto el cuerpo que, más esbelto, hubiera resultado gracioso. En cambio, tenía el don de atraer con su mirada bondadosa y suave, como lejana o dormida, y con su palabra lenta y melosa a causa de un ligero oseo y de las inflexiones largas y cantantes de la voz. Era, en suma, una criollita poco excepcional, pero en Los Sunchos hubiera obtenido el primer premio, a estilarse allí los concursos de belleza. Siempre a una ventana del viejo caserón que, rodeado de árboles, daba frente a casa en la calle de la Constitución. Teresa, que fue mi compañera en la primera infancia, me seguía infatigablemente con los ojos en mis continuas idas y venidas, sin que yo parara mientes en aquel interés ni tratara de investigar sus causas. Pero cuando sentí las iniciales aspiraciones amorosas y comencé a soñar en la mujer ideal, el instinto me llevó a fijar la vista en ella, como en la posible realización de mi deseo poético de conquistar el primer perfume de una flor de invernáculo, o por lo menos de jardín cultivado y custodiado. Aquel *hortus conclusus* llegó, en fin, a detener mi atención y a despertar en mí un sentimiento exteriormente parecido al amor; amor cerebral, apenas, primer desparcamiento de la imaginación en consorcio con los sentidos, como lo prueba la forma en que me di cuenta de que lo experimentaba...

Era una noche, tarde ya, y mientras todos dormían en casa, yo leía con entusiasmo la *Mademoiselle de Maupin*, de Teófilo Gautier; como a Paolo y Francesca los amores de Lancelotto, aquel libro sensual me produjo extraordinario y repentino vértigo. La sugestión surgió, imperativa, y como si se iluminara de golpe mi cerebro, vi rodeada de un nimbo la imagen de Teresa, tal como nunca se había presentado a mis ojos ni a mi imaginación, hermosa, provocativa, con un encanto nuevo y fascinador. Tan poderoso fue este choque recibido por mi espíritu, que -cual si se tratara de una cita convenida de antemano-, salté de la cama con arrebatos infantiles, me vestí a toda prisa, y sin pensar en la ridiculez y la inutilidad de mi acción, salí a la calle y, envuelto en la sombra de la noche, sola ánima viviente en el pueblo adormorado, comencé a tirar piedrecitas a los vidrios de la que improvisamente llamaba ya «mi novia», con la esperanza de verla asomarse y de trabar con ella el primer coloquio sentimental, vibrante de pasión... Como ni ella ni nadie se movió en la casa, al cabo de una hora de salvas inútiles me volví desalentado, como quien acaba de sufrir un desengaño terrible, creándome toda una tragedia de indiferencia, infidelidades y perfidias, en que no faltaban ni el rival, ni el perjurio, ni el arma homicida con sus consiguientes lagos de sangre.

¡Oh imaginación desenfrenada! ¿Quién podrá admitir que, sin otra causa que el propio demente arrebatos, aquella noche pensé en el suicidio, lloré, mordí las almohadas y representé para mí solo toda una larga escena de violencias románticas...? Hoy quizá me explique aquel estaco de ánimo. De ahí podría decirse, seguramente, que por la edad y el temperamento, amén de las lecturas especiadas, me hallaba en el punto en que no se ama una mujer, ni la mujer en general, sino sencillamente en que se comienza a amar el amor: situación difícil y peligrosa, a poco que falten los derivados.

Pero, con toda mi desesperación, después de divagar, algo febril, acabé por dormirme tan tranquilo como si nada hubiese pasado. La pesadilla en vengilia cedió su lugar al sueño sin ensueños de la adolescencia que se fatiga hasta caer rendida con el esfuerzo físico de largas horas.

- V -

Al día siguiente, bien temprano, cuando desperté, como si el sueño hubiese sido sólo un paréntesis, y aunque me sintiera fresco, crispado y con la cabeza despejada, reanudose la pesadilla y la imaginación recobró sobre mí su imperio tiránico. Menos nervioso, sin embargo, me vestí con un esmero que no acostumbraba y me dirigí a casa de Teresa, resuelto a aclarar la situación, absolver posiciones, y, si a mano venía, enrostrarle su cesvío y acusarla de traición. Y, en pleno drama, me sentía alegre.

Ya he hablado de la vehemencia de mi carácter y de mi empuje para realizar mi voluntad; no extrañará, pues, que en aquella época estas peculiaridades llegaran a la ridiculez, y menos si se tiene en cuenta, por una parte, que dada la inexperiencia de la muchacha mi tontería no resultaría para ella ridícula, sino dramática, y por otra, que aquella mañana primaveral hacía un calor bochornoso y enervante, soplaban el viento norte, enloquecedor, el sol, a pesar de la hora temprana, echaba chispas, y la tierra, húmeda con las lluvias recientes, desprendía un vaho capitoso, creando una atmósfera de invernáculo.

Don Higinio acababa de salir a caballo, y Teresa tomaba mate paseándose lentamente en el primer patio, cuando yo llegué. Al atravesar nuestro jardín asoleado y la calle, cuyo suelo de tierra abrasaba bajo el sol, sentí como un zumbido en el cerebro, y toda mi tranquila frescura desapareció. No vi a Teresa, no vi más que una imagen confusa, morena y sonrosada, con largas trenzas cadentes sobre el suelto vestido de muselina, y olvidando toda la escena combinada en mi cuarto, corrí hacia ella, la agarré de la cintura y exclamé con arrebatos, como si la niña estuviera ya al corriente de cuanto había pasado o yo imaginara:

-¿Por qué sos así?

Este ex abrupto, casi demente, produjo su efecto natural, cuya lógica comprendí, aunque no estuviese acostumbrado a tales repulsas. No se trataba de una de mis siervas, y aquel arranque la sobrecogió, la espantó, la indignó. Con violento ademán, se libertó de mi brazo, y en su movimiento medroso y brusco dejó caer y rodar por las baldosas el mate, que se rompió con sordo ruido, mientras la bombilla de plata saltaba repicando con notas argentinas.

La reacción se produjo bruscamente en mí. Al acto impulsivo y brutal siguió una timidez extrema. Quise decir algo y sólo acerté a iniciar la frase con un risible «pero... pero...» varias veces repetido. Traté, nuevo Quijote, de recordar alguna circunstancia análoga, leía en los libros, pero no evoqué sino hechos vagos y caricaturescos, enteramente fuera de situación y, con el amor propio herido por la vergüenza, allí hubiera puesto fin a las cosas, si la muchacha, magnífica e instintivamente femenina, no me hubiera tendido un puente y quitado toda importancia a la escena, diciéndome con su ligero ceceo, mientras recogía la bombilla y los restos del mate:

-¡Qué zuzto me haz dado! Eztaba diztraida.

No agregé más. Era innecesario y no le hubiera sido fácil. Pero aquellas pocas palabras bastaron para devolverme el aplomo y me permitieron buscar un nuevo plan otro punto de partida para el ataque. Y, sin mucho cavilar, comprendiendo instintivamente que en el presunto enemigo podía ver un secreto aliado, comencé por donde primero se me ocurrió, es decir, por la más tonta de las trivialidades.

-¿Has visto -pregunté con acento indiferente- la cantidad de macachines que hay en el campo?

Como si aquello a interesara de veras sonrió, dió un paso hacia mí, e inquirió, clavándome los ojos, negros y francos:

-¿Hay muchoz?

-¡Muchisimos! ¿Querés que te traiga?

-¿Con ezte zolazo? ¡No, no! Te podría dar un ataque a la cabeza.

-¡Bah! El sol no me hace nada. Siempre ando al sol y nunca me hace nada.

-Además, no me guztan.

Lo dijo con mucha coquetería, ruborizada encantadora por el ceceo, la sonrisa tierna, el brillo feliz de los ojos. Yo busqué otro obsequio.

-¿Y los huevos de gallo?

-¡Oh! Ezo zí, pero no para comerloz: loz pongo en loz floreroz, con loz penachoz de cortadera, y resultan más bonitoz...

-¡Pues ya verás! ¡Ya verás el montón que te traigo! -exclamé con resolución, como si prometiera realizar una hazaña tanto que, alarmada, tratando de detenerme dulcemente, porque yo salía ya a toda prisa:

-¡No vayaz a hacer ningún dizparate, Mauricio!- suplicó.

-¡Dejá, dejá no más!

Y salí corriendo, sí. Por tres razones: porque la situación, mucho menos tirante que en un principio, no dejaba todavía de serme embarazosa; porque aque pretexto, aunque traído de los cabellos, me servía a maravilla para retirarme con dignidad, dejando pendiente la escena, y porque acababa de ocurrirseme un acto romántico que, trasnochado y todo, era de los que siempre producirán gran efecto en el corazón femenino. Huevos de gallo, no habla, por el momento, sino en una barranca a pico, junto al arroyo, y las matas de la plantita silvestre, cuyos frutos aovados y nacarinos son la delicia de los muchachos, colgaban sobre lo que podía llamarse un abismo, apenas más arriba de las cuevas de los loros barranqueros, expertos descubridores de sitios inaccesibles para instalar su nido.

Los que arriesgan la vida por realizar el capricho de una mujer amada, sea en las traicoras neveras, buscando la flor de los hielos, sea en el cubil para recoger un guante perfumado entre las fauces de las fieras, tener toda mi admiración, no sólo por su heroísmo, sino también porque su voluntad les llevaba a la realización de sus apasionados deseos. ¡Ésos son hombres! Quieren un triunfo, un placar, y se lo pagan sin fijarse en el precio, más grandes que quien tira su fortuna por un capricho, aunque éste sea muy grande también, pese al ridículo de que suelen rodearlo los que no comprenden su acción heroica. Yo me sentía capaz de hacer lo mismo que los primeros, y agregaré que aun me sentiría con disposiciones análogas, si el motivo determinante fuera de mayor cuantía. Así como en la adolescencia fui capaz de exponerme por ofrecer huevos de gallo a una chiquilla, así también, ahora que peino canas, me siento apto para intentar cualquier esfuerzo, heroico o no, loable o vituperable, si de él depende el logro de un fin que me importe mucho. Qué fin no hace al caso. Bástame con afirmar mi capacidad de acción.

Una hora después de mi brusca partida, volvía yo a casa de Teresa con el cañuelo lleno de grandes perlas verdosas, semitransparentes, que se destacaban sobre el verde más oscuro y sucio de las hojas. La niña recibió el regalo con regocijo y se empeñó en que le contara dónde y cómo había hecho la hermosa cosecha. En el lenguaje tosco e impreciso que era entonces mi único medio de expresión, relaté la aventura, el descenso hasta la mitad de la Barranca de los Loros, valiéndome de una cuerda atada a un árbol al borde de abismo, los chillidos alborotados y furiosos de los loros al creerse atacados, las oscilaciones de la cuerda en el vacío, mientras arrancaba la fruta y la metía en los bolsillos, el dolor de las manos quemadas por el roce violento, la dificultad de la ascensión final, cuando hubiera sido tan fácil, si la cuerda alcanzara, bajar hasta el arroyo que corría a diez metros de mis pies... Teresa, maravillada, me acosaba a preguntas, obligándome a completar el relato con minuciosos detalles, muchos de ellos inventados o evocados de mis lecturas, para dar más realce a la proeza. Los ojos le brillaban de entusiasmo. Sus labios, algo gruesos y tan rojos, sonreían con expresión admirativa y al propio tiempo angustiada, mientras sus mejillas se coloreaban y palidecían alternativamente. Cuando terminé:

-¡Muchaz graciaz! -murmuró-. ¡Zoz muy valiente!

Y se puso encarnada como una flor de ceibo, mientras bajaba la vista para mirar las frutitas que sostenía con ambas manos en el delantal.

Pensé que la situación había cambiado radicalmente; pero no me atreví a utilizar sus ventajas, o no encontré el medio de aprovecharlas. Limitéme a decir que aquello no tenía importancia, que cualquiera hubiese hecho lo mismo, que estaba pronto a todo por complacerla... Me dio, en premio, un ramito de jazmines del país, que ella misma cultivaba, y me dijo sonriente, al despedirme:

-Y no hagaz como antez, no ceaz tan «chúcaro». Vení a vernoz de cuando en cuando.

-¡Ya lo creo que vendré!

Y fui todos los días, a veces de mañana y tarde, preferentemente cuando don Inginio no estaba en casa. Renació así la intimidación de la niñez, pero en otra forma. Aunque evidentemente enamorada de mí, aunque cándida y confiada, Teresa se mantenía en una reserva que, en otra mujer, hubiera parecido calculada y hábil. Sin tomar demasiado a mal mis avances, sabía tenerme a distancia y rechazar sin acrimonia toda libertad de acción, permitiéndome, en cambio, tocar las que de palabra me tomaba. Éstas no eran muchas, a decir verdad, porque los abstrusos o almirados requiebros que me proporcionaban algunas novelas me parecían incomprensibles para ella, e inadecuados por añadidura, mientras que las fórmulas oídas en mi mundo rústico e ignorante, las burdas alusiones, los equívocos rebuscados y brutales, la frase cruda, grosera, primitivamente sensual, asomaban, sí a mis labios, pero no salían de ellos, por una especie de pudor instintivo que era más bien buen gusto innato comenzando a desarrollarse. Jugábamos, en suma, como chiquillos, corriendo y saltando, nos contábamos cuentos y ensueños, y había en ella una mezcla de toca la coquetería de la mujer y todo el candor de la niña, que irritaba y al propio tiempo tranquilizaba mis pasiones...

- VI -

Tal fue la primera parte de mis primeros amores serios, que no pasaron naturalmente, advertidos para con Inginio, quien no les puso obstáculos, sin embargo, considerando que el hijo de Gómez Herrera y la hija de Rivas estaban destinados el uno a la otra, por la ley sociológica que rige a las grandes casas solariegas, en el sentir de los creyentes, todavía numerosos, en estas aristocracias de nuevo o de viejo cuño. Aquel astuto político de alcega calculaba, sin duda, que si bien mi padre no poseía una fortuna muy sólida, el porvenir que se me presentaba no dejaría de ser, gracias a mi nombre, fácil y brillante, sobre todo si Tatita y él se empeñaban en crearme una posición. Ni al uno ni al otro les faltaban medios para ello, y los dos unidos podrían hacer cuanto quisieran.

Bajo y grueso, con la barba blanquecina y los bigotes amarillos por el abuso del tabaco negro, la melena entrecana, los ojos pequeños y renegridos, semicultos por espesas cejas blancas e hirsutas, la tez tostada, entre acetunada y rojiza, don Inginio parecía físicamente un viejo león manso: moralmente era bondadoso en todo cuanto no afectaba a su interés, servicial con sus amigos, cariñoso con su hija, libre de preocupaciones sociales y religiosas, de conciencia elástica en política y administración, como si el país, la provincia, la comarca, fueran abstracciones inventadas por los hábiles para servirse de los simples, socarrón y dicharachero en las conversaciones, a estilo de los antiguos gauchos frecuentadores de yerras y pulperías. Rara vez se cuedaba entre Teresa y yo: prefería dejar que el destino urdiara su tela, pronto, sin embargo, a intervenir en el momento oportuno para la mejor realización de sus proyectos. Aunque conociera gran parte de mis diabluras y excesos, parecía no temer que yo abusara de la situación, quizá por su absoluta confianza en Teresa, quizá también porque contaba con mi temor y mi respeto hacia él, considerándose excepcionalmente defendido por su prestigio y por su propio interés. Para demostrarme cuál era ésta, me decía a menudo que mi padre y él hablan de mí «todo un hombre», haciéndome vislumbrar la fortuna y el éxito. Teresa, al oírlo, aprobaba calurosamente, y yo me quedaba perplejo, sin poder adivinar sus planes, e intrigado con ellos.

-¿Qué quiere decir con Inginio cuando habla de hacerme «todo un hombre»? -pregunté un día a Teresa-. ¿Te ha dicho algo sobre eso?

-Puede ser -contestó con sonrisa indefinible, llena de reticencias-. Lo único que puedo decirte -agregó, muy afirmativa-, es que Tatita te quiere mucho, y que siempre hace todo lo que dice.

No tardaría, por mal de mis pecados, en conocer aquellos proyectos, que habían de darme los primeros días desgraciados de mi vida.

Entretanto, y como si temiera un pesar futuro, Teresa me demostraba un afecto cada vez más tierno, entusiasta y confiado, y me miraba con cierta admiración, dulce caricia a mi amor propio y causa de oscura felicidad.

Satisfecho por el momento con estas sensaciones tan gratas, no intenté renovar la fracasada tentativa y me mantuve en actitud correcta, desahogando el exceso de mi vitalidad, el ansia insaciada de acción, en las antiguas correrías por caescas con los pillastres del pueblo que, ya mayorcitos, habían ensanchado, como yo, el teatro de sus diversiones, refinando y complicando también los elementos de éstas. Pero cada vez me sentía menos interesado por mis camaradas. Más precoz que casi todos ellos, atraíanme los hombres hechos y derechos, cuyos placeres me parecían más intensos y picantes, más dignos de mí, y por esto se me veía continuamente en los cafés, donde se jugaba a los naipes, en el refidero, en las carchas, en todos los puntos de alegre reunión donde, si no se me recibía con regocijo, tampoco se me demostraba enfado ni desdén.

Pero esta agradable vida y mis inocentes amores se interrumpieron a un tiempo, de allí a poco. Tatita, inspirado por don Inginio, según supe después -y aquí comienza la realización de los misteriosos proyectos de éste-, declaró un día que la enseñanza de don Lucas era demasiado rudimentaria para prepararme al porvenir que me estaba deparado, y que había resuelto hacerme ingresar en el Colegio Nacional de la provincia, antesala de la Facultad de Derecho, a la que me destinaba, ambicionando verme un día doctor, quizá ministro, gobernador, presidente... Recuerdo que, al comunicarme su decisión, lo hizo agregando juiciosas consideraciones.

-El saber no ocupa lugar. Pero no es eso sólo. En la ciudad te relacionarás muy bien, gracias a mis amigos y correligionarios, y una relación importante, una alta protección, valen más en la vida que todos los méritos posibles. También, sepas o no sepas, el título de doctor ha de servirte de mucho. Ese título es, en nuestro país, una llave que abre

tocas las puertas, sobre todo en la carrera política, donde es imprescindible, cuando se quiere llegar muy lejos y muy alto. Algunos han subido sin tenerlo, pero a costa de grandes sacrificios, porque no ostentaban esa patente de sabiduría que todo el mundo acata. Pero, en fin, aunque no llegaras a ser doctor, siempre habrías ganado, en la ciudad, buenas cuñas para los momentos difíciles y para el ascenso deseado, conociendo y conquistándote a los que tienen la sartén por el mango y pueden «hacerte cancha» cuando estés en edad.

La resolución de mi padre me dio un gran disgusto, pues previ que cualquiera cosa nueva sería peor que la vida de holganza y libertad a que estaba acostumbrado. Me opuse, pues, con toda mi alma, protesté, hasta lloré, tiernamente secundado por Mamita, que no quería separarse de mí, y para quien mi ausencia equivalía a la muerte, siendo yo el único lazo que la ligaba a la tierra. Mi resistencia, airada o afligida, según el momento, fue tan inútil como las súplicas maternas: Tatita no cedió esta vez, tan profundamente lo había convencido don Inginio, entre otras cosas con el ejemplo de Vázquez, fletado meses antes a la ciudad, aunque su familia no tuviese los medios de la nuestra.

-Mira, misia Marfa -dijo irónicamente mi padre a Mamá, que insistía en tenerme a su lado-. Deje que el mocoso se haga hombre. Precido a la pretina de sus colleras, no servirá nunca para nada.

Mi madre calló y se limitó a seguir llorando en los rincones, de antiguo sometida sin réplica a la voluntad de su marido. Rogó y consiguió, tan sólo, que se me pusiese en una casa cristiana, donde no hubiera malos ejemplos, perdición de los jóvenes juzgárame, en su candor, tan blanco e inocente como el cordero pascual. Yo, entretanto, fui a desahogar mi dolor en el seno amante de Teresa.

¡Con qué asombro vi que consideraba mi destierro como un sacrificio penoso, pero necesario para mi felicidad! Ganas tuve hasta de insultarla, cuando me dijo ceceando, con los ojos llenos de lágrimas, en su lenguaje indeterminado a veces, que mi partida era para ella un desgarramiento, que me iba a echar mucho de menos y le parecía estar competentemente sola, como muerta, en el pueblo, pero que, como se trataba de mí bien, se consolaba pensando en volverme a ver hecho un personaje.

-Además -agregó-, a la ciudad te va a gustar mucho, te vas a divertir, te vas a olvidar de Los Sunchos y de tus amigos. ¡Esto sería lo peor! -suspiró tristemente-. ¡En cuanto le tomes el gusto ya no querrás volver!

-¡No seas tonta! ¡Lo único que yo quisiera sería quedarme!...

Llegó el día de la partida. Momentos antes de la hora corrí a despedirme de Teresa, que me abrazó por primera vez, espontáneamente, llorando, desvanecida la entereza que se había impuesto para infundirme ánimo. Yo me conmoví, sintiendo por primera vez también que quería de veras a aquella muchacha o que tenía un vago temor de lo futuro desconocido y me aferraba conservadoramente a la familia.

En casa, Mamita, hecha un mar de lágrimas, renovó a escena, dramatizándola hasta el espasmo, y su desconuelo produjo en mí una extraña sensación. No había que exagerar tanto; yo no me iba a morir y puede que, por el contrario, me esperaran muchos momentos agradables en la ciudad... La desesperación materna tuvo la virtud de devolverme la sangre fría.

Cuando, en la puerta de casa, se detuvo la diligencia que, tres veces por semana, iba de Los Sunchos a la ciudad y de la ciudad a Los Sunchos, habían llegado en manifestación de despedida los notables del pueblo: don Hginio Rivas, alegre y dicharachero, el intendente municipal, don Sócrates Casajuana, muy grave y como preocupado de mi porvenir, el presidente de la Municipalidad, don Temístocles Guerra, protector conmigo, servil con Tatita, el comisario de policía, don Sandalio Suárez, que, tirándome suavemente de la creja, tuvo la amabilidad de explicarme: «En la ciudad no hay que ser tan cachafaz como aquí. Allí no hay Tatita que valga, y a los atrevidos los atan muy corto». Entre otros muchos, no olvidaré a don Lucas, que creyó de su deber alabar mis altas dotes intelectuales y de carácter, y vaticinarme una serie indefinida de triunfos:

-¡Este joven irá lejos! ¡Este joven irá muy lejos! ¡Será una gloria para su familia, para sus maestros -entre los cuales tengo el honor de contarme, aunque indigno- para sus amigos y para su pueblo!... Estudie usted, Mauricio, que ningún puesto, por elevado que sea, resultará iraccesible para usted...

En seguida, como si sus vaticinios fueran de inminente realización, agregó:

-Pero, cuando llegue la hora de la victoria, no olvide usted al humilde pueblo que ha sido su cuna, haga usted todo cuanto pueda por Los Sunchos.

-¡Sí! ¡Que nos traiga el ferrocarril, y... y un barquito! -dijo surlonamente don Inginio.

Todos rieron, con gran disgusto de don Lucas, que quería ser tomado en serio.

Isabel Contreras, mayoral de la diligencia, subía entretanto nuestro equipaje a la imperial -la valija de Tatita y dos o tres maletas atestadas de ropa blanca, de duces y pasteles, amén de una canasta con viualias para almorzar en el camino-. Muchos apretones de manos. Mamita me abrazó, llorando desgarradoramente.

-¡Vamos! ¡Arriba, que se hace tarde!

Papá y yo ocupamos el ancho asiento del cupé, hubo algunos gritos de despedida, recomendaciones y encargos confusos, la galera echó a andar con gran ruido de hierros, chascidos de látigo, silbidos de los postillones y ladridos de perros, seguida a la carrera por una pandilla de muchachos desarracados que la acompañaron hasta el arrabal. Teresa se había asomado a la ventana, y, lejos ya, desde el fondo de la calle Constitución, todavía vi flotar en el aire su pañuelito blanco...

- VII -

El viaje en la galera, muy agradable y divertido, en un principio, sobre todo a la hora de almorzar, que acelantamos bastante para entretenernos en algo, resultó a la larga interminable y molesto, aun para nosotros que no íbamos estibados entre bolsas y paquetes, como los infelices pasajeros del interior.

-¡Qué brutos hemos sido en no venimos a caballo!- decía mi padre.

Él utilizaba muy poco la diligencia, prefiriendo los largos galopes, que lo dejaban tan fresco como una lechuga, y después de los cuales afirmaba con naturalidad no exenta de satisfacción:

-Veinte leguas en un día no me hacen «ni la cola» con un buen «montado» y otro de trote.

Pero temía que la jornada fuese demasiado penosa para mí, y no era hombre de hacer noche en mitad del camino, pues consideraría menoscabada con ello su fama de eximio jinete o, más bien, de «buen gaucho». En cuanto a mí, doce leguas era el máximo que había alcanzado en mis excursiones, pero tampoco me asustaban las veinte, en mi petulancia juvenil.

Nuestra única diversión era mirar el campo que parecía ensancharse inacabablemente delante de la galera, lanzada a todo galope de sus doce caballos flacos y nerviosos, atados con sogas, ensillados con cueros que ya no tenían o nunca habían tenido la forma de un arrés y tres de ellos, a la izquierda, montados por otros tantos postillones harapientos, de chiripá, bota de potro y vincha en la frente sujetando las negras y rudas crines de su cabellera. Los tres gritaban alternativamente, haciendo girar sobre sus cabezas la larga trenza de su arriador, que caía implacable, ora sobre las ancas, ora sobre la cabeza de los pobres «mancarrones». Contreras, desde su alto pescante, con cuatro riendas en la izquierda, blandía con la derecha el látigo largo y sonoro, nunca quieto, azotando sin piedad los dos caballos de la lanza y los dos cadeneros, y la diligencia, envuelta en una nube de polvo iba dando saltos en las asperezas del camino, como si quisiera hacerse pedazos para acabar con aquella tortura que la hacía gemir por todas sus tablas, por todos sus hierros, por todos sus vidrios a un tiempo.

Terminaba el verano. Las entonces escasas cosechas de aquella parte del país -roy océano de trigo- estaban levantadas ya, los rastros tendían aquí y allí sus erizados felpudos, la hierba moría, reseca y terrosa, y el campo árido nos envolvía en densas polvaredas, mientras el sol nos achicharraba recalentando las agrietadas paredes del vehículo. En el paisaje ondulado y monótono, el camino se desarrollaba caprichosamente, más oscuro sobre el fondo amarillento del campo, descendiendo a los bañados en línea casi recta, como un triángulo isósceles de base apreciable, o subiendo a las lomas en curvas serpentinadas que desaparecían de pronto para reaparecer más lejos como una cinta estrecha y ennegrecida por el roce de cien manos pringosas. Pocos árboles, unos verdes y melencidos, como bañistas que salieran de zambullirse, otros, escasos de follaje, negros y retorcidos, como muertos de sed, salpicaban la campiña, cortada a veces por la faja caprichosa y fresca de la vegetación, siguiendo el curso de un arroyo, pero sin interés, con una majestad vaga, y mucho más para mí, que, medio adormecido, pensaba confusamente en mis compañeros, en Teresa, un poco en mi madre desconsolada y un mucho en la vida de desenfundado holgorio que llevara durante tantos años en Los Sunchos. ¿Se había acabado la fiesta para siempre? ¿Me aguardaban otras mejores?

En las postas, mientras Contreras, los postillones y los peones «ociosos», lentos y malhumorados, reunían los caballos, siempre dispersos, aunque la galera tuviese días y horas fijos de «paso», los pasajeros todos bajábamos a estirar las piernas entumecidas en la inmovilidad. Como estas postas eran, generalmente, una esquina o pulpería -pongamos mesón, para hablar castellano y francés al mismo tiempo-, se explicará la inevitable ausencia del refresco hipico con la imperativa presencia del refresco alcohólico. Tatita pagaba la copa a todo el mundo, la caña con limonada, la ginebra o el suísé, daban nuevas fuerzas a nuestros compañeros de viaje para seguir desempeñando resignadamente el papel de sardinas. ¡Cómo lo adulaban, exteriorizando familiaridades que parecían excluir toda adulación! Y cómo me sentía yo orgulloso de ser hijo de aquel dominador, tan servilmente acatado!...

Llegamos, por fin, a la ciudad anquilosados por tan largas horas de traqueteo. La galera rodó por las calles toscamente empedradas, despertando ecos de las paredes taciturnas, y haciendo asomarse a las puertas las comadres, que nos seguían con la vista, curiosas, inmóviles y calladas, ladrar furiosos los perros alborotadores, correr tras el armatoste desvencijado la turba de chiquillos sucios y casi desnudos, cuyo entusiasmo tiene manifestaciones de odio, en la torpe confusión de los instintos y las sensaciones.

Y, al caer la tarde, entre resplandores rojizos, cálida y triste, la galera nos depositó frente a la casa de don Claudio Zapata, «la casa cristiana, donde no había malos ejemplos, perdición de los jóvenes», reclamada por Mamita. Don Claudio y su mujer nos aguardaban a la puerta.

Ambos hicieron grandes agasajos a Tatita, casi sin parar mientes en mí, lo que me lastimó mucho, pensando que estaban llamados a constituir provisoriamente toda mi familia. Con la indiferencia de mi padre y el apasionamiento de mi madre se llegaba a un término medio mucho más caluroso. Y esta primera impresión tuvo una fuerza incalculable: de semi-hombre que era en Los Sunchos, me sentí de pronto rebajado a niño, regresión que iba a seguir experimentando después, y que se manifestó de nuevo, en otras proporciones, cuando me estrené de lleno en la vida bonaerense, años más tarde...

La hembra de aquella pareja -¿era la hembra aquel sargento de fornidos hombros, pecho como alforjas, corte militar, gran cabellera castaña (postiza, claro), bozo negro en el labio, mano de gañán, mirada imperativa, voz agria y fuerte, nariz de loro, pie de gigante? ¿Era el macho aquel pajarraco encenque, delgado como una vaina de daga sobre la que se hubiese puesto una pasa de higo con bigote y perilla blancos (caricatura de Tatita), con dos cuentas de azabache en vez de ojos?- La hembra, digo, al verme inmóvil y cortado, dando vueltas al chambergo al borde de la acera, creyó llegado el momento de representar su papel femenino, mostrándose algo afectuosa, y se dirigió a mí, diciéndome las palabras más agradables y maternas que se le podían ocurrir. Pero su voz tenía inflexiones desapacibles y pese a sus melosos espavientos, me produjo una sensación de antipatía, algo como una intuición de que todo aquello era falso y de que por su parte me aguardaban muchas desazones. Tan honda fue esta impresión que -vuelto a ser niño, como ya dije- los ojos se me llenaron de lágrimas que disimulé y me sorbí como pude por que nadie advirtiera una emoción de que nadie se preocupaba en realidad, pero que hubiera desconsolado a Mamita si la hubiese supuesto y que la hubiera desesperado si la hubiese visto.

Algunos amigos de mi padre, noticiosos de su llegada, acudieron a saludarlo, y poco a poco se llenó de gente la vasta sala desmantelada, de la que recuerdo, como decoración y mueblaje, una docena de sillas con asiento de paja -las de enea, o anea de los españoles- dos sillones «de hamaca», amarillos montados sobre simples maderas encorvadas, paredes blanqueadas con cal, de las que perdían algunas groseras imágenes de vírgenes y santos, iluminadas con los colores primarios, como las de Épinal, o las aleluyas, una consola de jacarandá muy lustroso y muy negro, sosteniendo un niño Jesús de cera envuelto en crapeles y encajes de papel, el piso cubierto con una vieja estera cuyas quebrajas dibujaban el damero de los toscos ladrillos que pretendía disimular, y el techo de cilíndricos troncos de palma del Paraguay, blancueados también y medio descascarados por la humedad, como si tuvieran lepra.

Dos chinitas descalzas, y vestidas con una especie de bolsas de zaraza floreada, atadas a la cintura formando buches irregulares y sin gracia, con las trenzas de crin, azul a fuerza de ser negro, pendientes a la espalda, la tez muy morena, las narices chatas, la mirada esquiva y recelosa como de animal perseguido, los ademanes bruscos e indecisos, como de semisalvajes, hacían circular entre las visitas el interminable mate siruposo, endulzado con grandes cucharadas de azúcar rubia de Tucumán acaramelada con un hierro candente y perfumada con un poco de cáscara de naranja. Eran el acabado reflejo de las chinas de casa -que no he descrito-, pero menos resueltas, menos vivarachas, menos bonitas y más desarropadas también.

Yo me aburría solemnemente, fuera del ancho círculo regular que formaban las visitas, sentado en un rincón oscuro, olvidado por todos, muerto de hambre, de cansancio y hasta de sueño, porque después de escuchar un rato la chismografía social y política a que se entregaban aquellos ciudadanos, hablando a ratos cuatro y cinco a la vez, mi atención se había relajado y me dejaba presa de un somnambulismo que sólo me permitía oír palabras sueltas, que no me sugerían sino imágenes borrosas e inconexas. Mi padre puso, por fin, término a esta situación, proponiendo un paso «para estirar las piernas», frase cuyo significado interpreté al momento: irían hasta el café o el club a jugar al billar o al truco y a beber el *vermouth* de la tarde. Fui el primero que se puso de pie lanzando un suspiro de liberación. De los visitantes, unos se excusaron, otros se dispusieron a acompañar a Tatita.

-¡No vuelvan tarde, que pronto va a estar la cena! -recomencé misa Gertrudis con una sonrisa avinagrada, la más dulce, sin embargo, de su corto repertorio.

Salimos, pues, y en el trayecto comencé a conocer la «maravillosa» ciudad de calles angostas y rectilíneas formadas por caserones a la antigua española, de un solo piso, algunas con portales anchos y bajos, pretendidamente dibujados a lo Miguel Ángel, sobre cuyo dintel solía verse, entre volutas, ya una imagen de bulto, ya el monograma I. H. S., flanqueados, algo más abajo, por series de ventanas con gruesas y toscas rejas de hierro forjado. A cada cien varas o menos se veía la fachada, el costado o el ábside de alguna iglesia o capilla, el largo paredón de un convento, y de algunas tapias desbordaban sobre la calle las ramas de las higueras, el follaje de las parras a verdor grisáceo de durazneros y perales polvorientos. Por las ventanas abiertas solían entreverse al pasar, las habitaciones interiores de las casas, análogas a la sala de don Claudio, con escasos muebles, piso de ladrillo o de baldosa, tirantes visibles, paredes encaladas e ingenuos acornos cuyo motivo principal eran las estampas de santos, las vírgenes de yeso, y a veces un retrato de familia groseramente pintado al óleo. Todo aquello era primitivo casi rústico, de un mal gusto pronunciado y de una inarmonía chocante, pero debo confesar que esta impresión es muy posterior a mi primera visita, porque entonces, sin entusiasmarme desmedidamente, la ciudad me causó un efecto de lujo, de grandeza y de esplendor que nunca había experimentado en Los Sunchos. ¡Qué hacerle! ¡Nadie nace sabiendo!

Sin embargo, más que todo aquello me gustó la plaza pública, muy vasta y llena de árboles, con una gran calle circular de viejos paraisos cuyas redondas copas verde oscuro se unían entre sí formando una techumbre baja, una especie de claustro lleno de penumbra por el que se paseaban, en fila, dándose el brazo, grupos de niñas cruzados por otros de jóvenes que las devoraban con los ojos o las requiebaban al pasar, mientras que los viejos -padres benéficos y madres ceñudas-, sentados en los escaños de piedra o de listones pintados de verde, mantenían con su presencia la disciplina y el decoro.

Apenas mi padre entró en el Café de la Paz con sus amigos, me hice periz y corrí a fumar un cigarrillo en el quiosco de madera que, para la música de las «retretas», se elevaba en mitad de la plaza, olvidado del hambre por el gusto de verme libre después de tan larga sujeción. Allí, entre nubes de humo, contemplé admirado aquel para mí enorme hormiguar de gente, y tras de los árboles, las casas y las pardas torres de las iglesias, allá lejos, las colinas que circundan la ciudad dejándola como en un pozo y que el sol poniente iluminaba con fulgores morados y rojizos. Y de repente, un hondo, un irresistible sentimiento de tristeza se apoderó de mí: encontrábame solo, abandonado -como si aquel cinturón de colinas me separara del mundo-, en medio de tanta gente y tantas cosas desconocidas, y me imaginé que así había de ser siempre, siempre, porque no existía ni existiría vínculo alguno entre aquella ciudad y yo. Ningún presentimiento profético me entraabrió el porvenir; todas mis ideas iban directamente hacia el pasado. Volví a experimentar, más aguda, la sensación de hambre, pero aquella congoja del estómago, más que física parecía producida por el miedo, por una expectativa temerosa, como cuando muy niño aún, los cuentos de la costurera jorobada me sugerían la presencia virtual de algún espíritu maléfico o la aproximación de algún peligro desconocido. ¡Me sentí tan pequeño, tan débil, tan incapaz hasta de defenderme!... El mismo exceso de esta sensación hizo que la sacudiese, levantándome de pronto y corriendo hacia el Café de la Paz.

Cuando entré, las luces de petróleo, el rumor de las conversaciones, el chas-chas de las bolas en el inmenso billar, la presencia de mi padre y sus amigos me devolvieron la calma. Como todavía recuerdo el aspecto del cielo y de las cosas en aquella tarde memorable creo que me había perturbado -ayudándola el cansancio y el trasplante- la intensa melancolía del crepúsculo.

En casa de Zapata nos aguardaba hacia rato la cena, gargantuesca como toda comida de gala en provincia.

Alrededor de la mesa de mantel largo, muy blanca pero con tosca vajilla de loza y gruesos vasos de vidrio, además de don Claudio, misia Gertrudis, mi padre y yo, sentáronse varios convidados de importancia: don Néstor Orozco, rector del Colegio Nacional, don Quintiliano Paz, diputado al Congreso, el doctor Juan Argüello, abogado y senador provincial, don Máximo Colodro, intendente de la ciudad, y el doctor Vivaldo Orlandi, médico italiano, situacionista, que acumulaba los cargos de director del hospital, médico de policía y de la Municipalidad, profesor del Colegio Nacional y no recuerdo qué otra cosa, con gran ira y escáncalo de sus colegas argentinos.

El que absorbió toda mi atención en los primeros momentos fue, con justicia, al doctor Orlandi. Hombre de cincuenta y cinco a sesenta años, alto, delgado, seco, de ojos negros, pequeños y vivisimos, cutis aceitunado y rugoso, nariz aguileña algo rojiza en el extremo, gran capellera que, como el bigote y la perilla que llevaba a lo Napoleón III, era de un negro tan natural que resultaba sobrenatural; decía pocas palabras, con rudo acento diamontés, en tono siempre sentencioso y dogmático. Después me aseguraron que era un cirujano habilísimo, el mejor de las provincias, y que en su mano hubiera estado conquistar, como médico, la misma capital de la República. Esto no me admiró tanto como su sombrero de copa, inmenso y brillante, que llevaba de medio lado y hundido hasta las cejas cuando andaba por la calle y que, en la circunstancia, había puesto cuidadosamente sobre una de las consolas de jacarandá. También me ocupó don Néstor, anciano bajo y grueso, blanco en canas, ce cara de luna llena, muy risueño siempre, amable conversador de ancha y roja boca, cuyos labios carnosos y sensuales relucían húmedos como besando las palabras que modulaba no sin gracia con una especie de cadenciosa melopea. Le gustaba hablar de «los tiempos de antes», y a referirse a su juventud parecía buscar el testimonio de misia Gertrudis con una sonrisa picarescamente expresiva. Varias veces se irsinoó, en la mesa que «había sido muy diablo», cosa que me hizo mucha gracia, sobre todo cuando replicó:

-Y no lo tienten al diablo... Porque todavía, tocav'a... Y acuérdense que más sabe por viejo que por diablo... ¿No es así, misia Gertrudis?

-¿Qué quiere que yo sepa, don Néstor?- contestó evasivamente el sargentón, con un tono de enfado que hizo sonreír a todos menos al marido.

Cuando mi padre habló, por fin, de mí, al servirse los postres -arroz con leche cubierto de canela en polvo, dulce de zapallo y de membrillo y tabletas y confites de Córdoba- yo me estremecí en el extremo de la mesa a que me habían relegado con la orden tradicional de «no mater mi cuchara», vale decir de no desplegar los labios, como si quisieran que «aprendiese para estatua». Me estremecí porque Tatita dijo:

-Aquí tienen ustedes un mocito que quiere hacerse hombre. Viene a estudiar para «doctor» y cuenta, como yo cuento, con la ayuda de los amigos. Es muy pollo tocav'a, pero tiene enjundia suficiente para no quedarse aplastado a lo mejor. Va a entrar al Colegio Nacional, y usted, don Néstor, bien puede darle una manito.

-Con mucho gusto -contestó el interpelado-. Hasta le pondremos cuarta si es preciso -agregó mirándome con sonrisa entre burlona y afectuosa-. ¿Estás bien preparado para el examen de ingreso?

-¿Cómo dice? -balbucí, no entendiendo la pregunta y con toda mi indígena descortesía, como si fuera el más «chúcaro» de mis jóvenes convecinos.

-Que si has terminado tus estudios en la escuela de Los Sunchos.

Comprendiendo a medias, contesté, no sin cierto orgullo:

-Era monitor.

-¡Ah! -exclamó don Néstor, divertidísimo-. ¿Conque monitor? ¡Está bueno! ¡Está bueno! Ser monitor no es moco de pavo, pero...

Tatita corrió en mi auxilio diciendo socarronamente:

-La verdad... La verdad es que no sabe muy mucho; pero hay que considerar... hay que considerar lo brutos que son los maestros de campaña... Y el tal don Lucas de Los Sunchos es tan mulita que no sirve ni para «rajuntar» leña... Vaya, don Néstor, no se haga el malo y no me abataste al chico... ya sabe que en el camino se hacen bueyes... ¡Y usted, doctor -dirigiéndose a Orlandi-, dé un «arrempujor cito», pues, hombre!

Esto fue dicho con tal jovialidad bonachona que todos se echaron a reír; todos menos, doña Gertrudis, que no conseguía llegar a mostrarse amable ni aun para adular a Tatita.

-Tien el aspectu mucho inteligente -sentenció el doctor, examinándome con sus ojillos escrutadores-. Y los cóvenes creollos aprenden muy fácilile.

-Eso es verdad -asintió don Néstor-. Nuestra muchachada es viva como la luz. En cuanto a éste, ya se despertará en el Colegio. Si para admitir a los que vienen del campo exigiéramos que se presentaran al examen de ingreso como unos Picos de la Mirándola, el Colegio quedaría monopolizado por la ciudad. Por eso el examen es, a veces, una mera formalidad, casi un simulacro... Podemos hacer esta concesión, confiando en nuestro excelente plan de enseñanza y en el saber de nuestros profesores, amiguito: el Colegio Nacional no es la escuela primaria de Los Sunchos. ¡Aquí se hacen hombres!

Ya apareció aquello: «¡Se hacen hombres!» Este idiotismo había de perseguirme toda la vida sin que hasta ahora sepa yo o que quiere decir.

-Preséntese el niño sin cuidado -continuó don Néstor, volviendo a su húmeda sonrisa que había abandonado un instante-. Ahora lo traerán como si lo presentaran en bandeja. Pero después ¡cuidado con los exámenes de fin de curso! ¡Entonces... entonces habrá que saber, amiguito; hay que hamacarse!

Todo aquello de exámenes, Colegio, profesores, plan de estudios, me parecían a veces pamplina, palabras sin sentido, gracias a mi profunda ignorancia; pero inmediatamente después me intimicaban, como algo cabalístico y misterioso, como un rito terrible y arcano que sólo el poder de mi padre hacía accesible para mí, tan accesible que todas las primeras dificultades se desvanecían ante su conjuro. ¿Por qué no habría de seguir siendo siempre así?... Y ahito de

comicas pesadas, mareado por el vino fuerte y amargo de la tierra, definitivamente randido por la fatiga del viaje. comencé a dar cabezazos sobre la mesa. «a pescar», como decía Tatita, soñando ya, semidespierto, con las pruebas de las sociedades secretas descritas en los novelcines, como si se impusieran a un ser que, ajeno a mí, fuese al propio tiempo yo mismo.

-¡Se le van los bueyes, amigo! -gritó mi padre al verme dar con la frente en el mantel maculado de sa sas y de vino-. Váyase a hacer nono. Misia Gertrudis. ¿dónde es el cuarto del chacho?

-Yo lo he de llevar -dijo la vieja, levantándose y haciendo terminar para mí aquella com da que debió asumir colosales proporciones, pues mucho más tarde pareciome oír, entre sueños, gran vocerío e inextinguibles carcajadas.

Algo monótonos, pero agradables por la libertad que me procuraba mi papel de co a de Tatita, a quien seguía a todas partes, esquivándome en todas para fumar o corretear, pasaron los días que me separaban de misterioso y vagamente temido examen de ingreso.

Entré en la vasta aula, abovedada y solemne, pese a su poca elevación y merced a su aspecto alargado de catacumba, y me mezclé con otros chicos, más azorados que yo, casi sin ver la mesa examinadora, allá, en el extremo de la sala, destacándose con su tapete verde, su campanilla de plata y el amenazante bombo de las bolillas, sobre la pared blanca de cal bajo un gran crucifijo negro, de madera, y tras de la cual se sentaban en el medio don Néstor con su sonrisa, a la derecha el doctor Orlandi con el bigote y la perilla más negros que el betún, y a la izquierda un hombrecillo pálido y enjuto como un haz de sarmientos, quien, según después supe, era el doctor Prilidiano Méndez, profesor de latín, idólatra de esta lengua que, muerta y todo, era para él el Paladión del saber y la civilización humanos: quien ignorara el latín «estaba dispensado de tener sentido común», y quien lo supiera podía a su juicio ignorar todo lo demás y ser, sin embargo, una deslumbrante lumbrera.

No entendí nada en los abracadabrantos interrogatorios sufridos por los muchachos que me precedieron, y preguntas y respuestas eran para mí un zumbido mudo de cosas informes, el rezongo de una liturgia desconocida. Pero una desazón me oprimía el pecho, perdido ya completamente mi aplomo de Los Sunchos, y cuando me llegó la vez, a pesar de mi convicción de invulnerabilidad, tiritando me acerqué a la silla que, en medio de un espacio vacío y frente al tapete verde, me parecía el bancuillo de un acusado si no de un reo de muerte...

¿Qué me preguntaron primero? ¿Qué contesté? ¡Imposible reconstruirlo! Sólo recuerdo que don Prilidiano se inclinó al oído de don Néstor, y murmuró, no tan bajo que no lo oyera, con los sentidos aguzados por el temor:

-¡Pero si no sabe una palabra!

-¡Bah! Para eso viene, para aprender. Es el hijo de Gómez Herrera -dijo don Néstor.

-¡Ah! Entonces...

El doctor Orlandi cortó el aparte, preguntándome:

-¿Cuál es el gordinde más grande del mundo?

Un relámpago de inspiración me iluminó haciéndome recordar lo que había oído de la grandeza de nuestro país, y contesté, resuelta, categóricamente:

-¡La República Argentina!

Los tres se echaron a reír, Orlandi, alzando los bigotes de tinta, don Néstor, estirando de oreja a oreja la gruesa boca húmeda, don Prilidiano con un ¡je, je, je! seco y sonoro como el choque de dos tablas. Me desconcerté y una ola de sangre me subió a la cara. Don Néstor acudió en mi auxilio diciendo entrecoetadamente:

-No es del todo exacto... pero siempre es bueno ser patriota... ¿No aprenden geografía en la escuela de Los Sunchos?... ¡Está bueno!...

Hice además de levantarme, considerando terminado el martirio con la muerte moral; pero el latinista me detuvo, haciéndome esta pregunta fulminante:

-¿Cuál es la función del verbo?

Medio de pie, con la mano derecha apoyada en el respaldar de la silla, clavé en él los ojos espantados y balbucí:

-¡Yo... yo no la he visto nunca!

La ira de don Prilidiano quedó sofocada por las carcajadas homéricas de los otros dos, entre cuyos estallidos oí que don Néstor repetía:

-¡Está bien, siéntese! ¡Está bien, siéntese!

Completamente cortado volví a sentarme en el bancuillo, diciéndome que aquella tortura no acabaría sino con mi muerte material esta vez; pero el rector acertó a contenerse y me dijo más claro, con burlona bondad:

-No, no. Vaya a su asiento. Vaya a su asiento.

Los oídos me zumbaban, pero al pasar junto a los bancos pareciome oír «Es un burro», y pensé en huir sin detenerme, hasta Los Sunchos, pero no tuve fuerzas. Caí desplomado en mi asiento. ¡Cómo se hablan reído de mí profesores y alumnos! ¡De mí, de quier, en mi pueblo, no se había atrevido nadie a reírse, de mí, de Mauricio Gómez Herrera!...

- IX -

Como era lógico -aunque ahora quizá no lo parezca-, entré a cursar el primer año del Colegio Nacional, y con este favor empezó el primer calvario de mi vida, quizá el único hasta hoy.

En cuarto supo que «había pasado», Tatita se volvió a Los Sunchos, dejándome en poder de los Zapata, cuyos procedimientos resultaron, ¡ay!, muy otros que los de mis padres, y cuyo seco rigor era la antítesis de la tolerancia cariñosa o servil a que estaba acostumbrado. En un principio, traté de rebelarme contra esta tiranía, sobre todo contra la de misia Gertrudis; pero mis esfuerzos se estrellaron en su carácter inflexible, que pocas veces trataba de disimular bajo una apariencia dulzona.

-¡Es por tu bien! -me decía, después de arrancarme a las más inocentes diversiones-. ¿Qué diría tu padre, si te dejáramos hacer lo que quisieras y perder el tiempo a tu antojo?

-Tatita -replicaba yo airado- no me ha tenido nunca encerrado como un preso, y no me perseguía como usted.

-¡Es por tu bien, te repito! Y, además, seguimos las instrucciones del mismo don Fernando. Acuérdate de que cuando don Néstor le dijo que, si no estudiabas mucho, te quedarías en primer año, tu padre me recomendó: «Átemelo a sogá corta, misia Gertrudis. ¡Téngame o en un puño!»; Ni más ni menos! ¡Y... basta de discusión!

Se marchaba y yo me quecaba temblando de cólera y de impotencia. ¿Qué se había hecho de mi indomable voluntad? ¡Ay! Desterrado, en el aislamiento, en un mundo desconocido y hostil, sin los sólidos puntos de apoyo de Mamita, de los sirvientes, de todos cuantos me adulaban para adular a mi padre, sentíame deprimido, incapaz de iniciativa y de rebelión, desde que mis primeros esfuerzos revolucionarios sólo arribaron a hacer mayor la severidad de mis carceleros. Porque los Zapata lo eran: no me dejaban ni a sol ni a sombra, no me permitían salir solo; inspirado por su mujer, don Claudio me llevaba todos los días al Colegio, para hacerme imposible el dulce vagar de la «raborá». Los domingos y fiestas tenía que ir con ellos a misa, al sarmón, a la doctrina, y en los intervalos, me hacían acompañarlos a recorrer las calles como un bobo, cuando no a hacer visitas que me daban un tedio mortal y acababan con mi resto de energía. La vigilancia de misia Gertrudis no se adormecía un momento. Me había dado un cuarto contiguo al suyo, para tenerme siempre a la vista o al alcance de la mano y de la voz; limitaba mis relaciones con las chinitas a lo más estrictamente necesario para mi servicio, sin dejarme charlar ni jugar con ellas; registraba todas las noches mi habitación y mis bolsillos para confiscarme los cigarros y cuanto libro de entretenimiento me procurara a hurtadillas; a media noche se levantaba para hacer una ronda por la casa, ver si las criadas dormían y si todo estaba en orden, ce osa, hasta la manía, ce una moral que según las malas lenguas, no había sido su culto cuando moza, ni aun en los umbrales de la vejez. «Era de las que caban vuelta a los santos cara a la pared -contábanme sus contemporáneos, años más tarde-, y don Néstor Orozco no fue ni el primero ni el último de sus amigos», y añadían nombres y detalles que no hacen al caso, riéndose unos de don Claudio, denigrándolo otros por su tolerancia según ellos interesada. En mi tiempo, misia Gertrudis trataba probablemente de redimir sus antiguos pecados con la monástica austeridad de los últimos años, ya fríos, sin sol ni flores. Dios la haya perdonado en mérito ce lo que hizo gozar y luego sufrir a los demás, si no en gracia de los interminables rosarios que nos hacía rezar todas las noches, de rodillas sobre un rudo enladrillado de la sala semi a oscuras.

Con todo, mi ingenio me permitía burlar de cuando en cuando su espionaje, especialmente para fumar y leer novelas que encuacernaba con las tapas de los libros de texto. Pero aquel sistema depresivo daba aparentemente sus frutos que cualquier observador superficial como misia Gertrudis y con Claudio podía haber juzgado benéficos y curaderos, sin que fueran, en realidad, ni una ni otra cosa: del Mauricio arrebatado, alegre y franco de Los Sunchos había hecho un muchachón disimulado, avieso y triste, una criatura aislada y arisca, como un perro perseguido. Ocultamente también escribí varias veces a mi madre, quejándome de la horrible sujeción y pidiendo que le pusiese remedio; me contestaba, afligida, diciendo que nada podía contra la voluntad de mi padre, que éste estaba resuelto a «hacerme hombre», y mandándome dulces, tabletas y un poco de dinero, muy poco, porque Tatita se lo había prohibido, por consejo y exigencia de los Zapata. De vez en cuando, agregaba noticias de Teresa Rivas, que siempre le preguntaba con mucho interés por mí... Estas cartas, lejos de consolarme un tanto, hacían mayor mi desaliento y mi depresión, privándome de mis últimas esperanzas.

Acababa de quitarme toda energía mi situación en el Colegio, donde los condiscípulos me demostraban la mayor antipatía, un poco por mi culpa, sea dicho de paso, y sin que la provocara el favoritismo de mi admisión, ni la estupenda ridiculez de mi examen aunque a veces recordaran burlescamente, el famoso «Yo no la he visto nunca». Y es que al principio, falta de experiencia e iniciando una política inhábil y contraproducente, quise imponerles el mismo respeto y el mismo acatamiento ce que gozaba en Los Sunchos, donde «era monitor». Esta pretensión, mezclada quizá a un poco de envidia por mi buena figura, y de celos por cierta condescendencia de algunos profesores, desencadenó la enemistad de los muchachos, y el «monitor-pajuerano», como me decían, fue la víctima de sus camaradas, que no v lumbraban siquiera, tras él, la sombra omnipotente y amenazadora del papá. Esta enemistad, que se traducía en agresiones colectivas manteos, «ronga-catonga» bailadas en torno mío, no sin puñetazos, puntapiés, escupidas y otras amenidades escolares, de que nunca me quejé a los superiores por caballeresco puntillo, cedió un tanto, casi por ejemplo, después de varios combates con «los más guapos», en los que, por fortuna, resulté casi siempre vencedor. Pero la sorda hostilidad no cesó nunca, porque, envalentonado con mi triunfo, me mostré altivo en demasía, y porque mi forzoso aislamiento, fuera de las horas de clase y de los recreos en los claustros sombríos o en el gran patio del Colegio, no me permitía cultivar amistad alguna, ni aun la del mismo Pedro Vázquez, alumno de segundo año ya. ¿Cómo hacerme de camaradas íntimos, si don Claudio anuyentaba en la calle a mis condiscípulos, cue de otro modo quizá se hubieran unido a mí?

El estudio me interesaba muy poco; antes que aprender las largas lecciones de memoria, el *musa musae*, el *bonus, bona, bonum*, la nomenclatura interminable de los departamentos de provincia, los cuentos inspidos del Compendio de Historia Sagrada, prefería quedarme horas enteras mirando al aire, evocando las risueñas mágenes de Los Sunchos, o rehaciendo las complicadas intrigas de las novelas. Era el más «curro» de la clase, pero mi insuficiencia no me molestaba en lo más mínimo, ni por mis condiscípulos ni por los profesores, olfateando instintivamente en estos últimos, quizá, una insuficiencia, si no mayor, más perniciosa aún. Salvo raras excepciones eran ignorantes, se limitaban a tomar las lecciones con el texto en la mano, *docticum libro*, y contestaban rara vez a las preguntas que les hacían, para aclarar una duda, maestros improvisados, en fin, en una época en que las «cátedras» eran el refugio de los amigos del gobierno que no tenían profesión ni aptitudes para ganarse el pan.

Mi vida, pues, no era vida. Morfame de hastío en casa de Zapata, que apenas recibía a dos o tres personas, además del cura Ferrera y de fray Pedro Arosa, franciscano, y que no dio fiesta alguna después de la comida en honor de Tatita; sufría y rabiaba en el Colegio donde lo que aprendí fue de oírlo repetir a los demás; cada día me era más difícil procurarme novelas, porque el dinero escaseaba mucho, pues, como repetía misia Gertrudis:

-Aquí tenes teco cuanto necesitas, y la plata es la perdición de los muchachos, sobre todo en una ciudad como ésta-, considerando que la dormida capital provinciana era una Babilonia, si no un París.

¿Qué hacer, entonces? ¡Volverme a Los Sunchos! Esta idea llegó a convertirse en obsesión. Pero ¿cómo realizarla, sin medos, sin recursos? En último extremo, cansado de quejarme inútilmente a mi madre, había escrito a Tatita, pidiéndole mis padecimientos con los más negros colores, y pidiéndole que me llevara a su lado o por lo menos me hiciera tratar de un modo más humano; pero él, convencido de que yo exageraba, alentado por los consejos de don Higinio, engañado por las cartas de don Claudio, me contestó diciéndome que aguantara, porque en la vida todo no eran rosas, y que mayores pellejerías había pasado él cuando muchacho para «hacerse hombre». Todavía no me doy cuenta de lo que se proponían doña Gertrudis y su marido tratáncome así y a lo más que puedo llegar es a decirme quedaban libre curso a su carácter con los que estaban bajo su dependencia -las chinas y yo-, y que era más sabroso para ellos dominarme, engañando a Tatita, so color de rigidez de principios. No cedí, sin embargo, y volví al asalto por la parte más débil, escribiendo una y otra carta a Mamá, con tantas jeremiadas, revueltas entre repeticiones y faltas de ortografía que la buena señora se resolvió, por fin, a desobedecer de lleno, y quizá por primera vez, a su marido, enviándome algunos pesos bolivianos que yo le pedía con el pretexto de suavizar un tanto mis amarguras y comprar libros y otras cosas necesarias.

Una vez dueño de este capital maduré mi proyecto de fuga, no tan fácil como a primera vista podría creerse: me costó días enteros de meditación, pero el plan resultó de una pieza.

La galera para Los Sunchos salía los lunes, miércoles y viernes muy temprano, de una posada céntrica, el Hotel de la Bola de Oro, y después de atravesar la ciudad se detenía en una pulpería de las afueras -la Esquina del Poste Blanco-, especie de sub-agencia para encomiendas y pasajeros, antes de emprender seriamente el galope, camino real adelante. Allí había que tomarla, no cabe duda, pues atravesando la ciudad alguien entre los acostumbrados espectadores del paso de la galera habla de verme, necesariamente.

Los hábitos recién adquiridos de disimulo me sirvieron en la circunstancia como si sólo para ella me los hubieran inculcado: después tuve ocasión de utilizarlos muchas veces con éxito, probando que los frutos de la buena educación no se pierdan nunca. Bueno, pues; con gran sorpresa y mucho gusto de misia Gertrudis, que hasta entonces tenía que despertarme tres o cuatro veces cada mañana, comencé a macrugar por iniciativa propia, y a dar cortos paseos, con el libro en la mano, como quien estudia, primero en la huerta, después en la acera de la calle, casi siempre a la vista de la vigilante centinela, pero cuidando de desaparecer a veces un momento, para que fueran adormeciéndose sus sospechas. Cuidé también de hablar mucho, por aquellos días, de un paraje pintresco, a una legua o poco más de la ciudad, al otro extremo del Poste Blanco, que habíamos visitado en una excursión con los Zapata, y donde el río, que más cerca era apenas un hilo de agua tendido sobre un inmenso lecho de cantos rodados, ofrecía entonces, gracias a una especie de dique natural, un buen bañadero y un excelente sitio para pescar bagras y cientudos. El «Mojarral» con sus cauces, sus peces y su bañadero no se me cala de la boca, y cualquiera hubiese jurado que yo no pensaba en otro paraiso.

-¡Así me gusta! ¡Estás estudioso! -decía misia Gertrudis, no sin sorna, al verme salir de mi cuarto, con el libro en la mano, casi de macrugaca-. Si seguís así, un día de estos te vamos a llevar al «Mojarral».

-¡Sí! Pero que sea pronto... ¡Tango tantísimas ganas!

En fin, un martes por la noche deposité una maleta con parte de mi ropa en el fondo de la huerta, que daba a una calle excusada, y en un rincón de donde podría sacar a fácilmente sin ser visto. Me acosté, en seguida, pero no me fue posible dormir: la fiebre me devoraba, considerábame libre ya, y renacía en mí el muchacho inventivo y resuelto de Los Sunchos, aparentemente domado por el freno horrible de los Zapata, hasta el punto de buscar en mi imaginación cómo vengarme de misia Gertrudis. No encontré, por el momento, castigo alguno digno de su perversidad, y dejé que la ocasión me ofreciera la venganza, jurándome, sin embargo, no abandonar jamás este santo propósito. Como, apenas me amodorraba, despertaba sobresaltado, soñando que me habían descubierto, resolví levantarme, de noche aún. Debi hacer ruido, porque misia Gertrudis gritó de pronto:

-¿Quién anda ahí?

Volví a meterme en la cama, medio vestido, y oí que la vieja se levantaba a su vez precipitadamente, encendía luz, se asomaba a mi cuarto y luego salía al patio a hacer una ronda extraordinaria.

-¡Ésta es a mí! -Me dije, sin reflexionar, inspirado por mi grande amiga, la oportunidad.

Y precipitándome al dormitorio de misia Gertrudis -don Claudio tenía cuarto aparte-, tomé de sobre la cómoda, donde las ponía siempre, sus magníficas trenzas cascadas, que sólo se ataba a la cabeza una vez terminadas las faenas matinales. ¿Qué iba a hacer con ellas? No lo sabía ni me importaba por el momento.

Amaneció poco después, sin que misia Gertrudis volviera de su inspección, y yo sall, como de costumbre, con el libro en la mano. La vieja estaba haciendo fuego en la cocina. Corrí a la huerta, tiré en el lodo infecto del comedero de los cerdos las hermosas trenzas que los «cuchis» se encargarían de devorar o destrozarse, por lo menos, como un pato exquisito, saqué la maleta de su escondite, y, por las calles solitarias aún, envueltas en húmeda neblina, me fui al boliche del Poste Blanco, a esperar la galera de Los Sunchos, que ya estaría por llegar. En efecto, la aguardaba hacia dos minutos, cuando se detuvo en la puerta, con gran ruido de hierros y de maderas entrechocados. El mayoral, Isabel Contreras y los postilones, entraron a tomar su segunda «mañanita» de caña pura, caña con limonada o ginebra.

sorbida ya la primera en la Bola de Oro, y a recoger encomendas, correspondencia y pasajeros, si los había. Y habla uno yo.

Contreras, que como miembro conspicuo de la población flotante de Los Sunchos, me conocía como a sus manos, y respetaba a Tatita, a quien, según ya dije, servía de correo especial y de informante celoso, me hizo la mejor acogida, no se metió en indiscretas averiguaciones a propósito de mi presencia allí, y me dispensó el señalado honor de invitarme a que lo acompañara en el pescante, mientras ponía él mismo mi valija en el imperial. Cuando hice mención de pagar el pasaje, rechazó el dinero.

-Ya me pagará don Ferrando.

¡Si yo hubiese sabido! ¡Cuántas semanas antes hubiera desertado de la zapatil mazmorra!

Charlando durante el viaje, y anidado por alguna libación en las postas, con la falta de reserva que caracteriza a la petulancia infantil, y que no había corregido del todo, todavía, pese a la inquisitorial fiscalización de misa Gertrudis, conté por lo largo a Contreras mis padecimientos y mi escapatoria, cuando «ya no podía aguantar más». Sobresaltose el buen paisano en un principio, pensando en sus responsabilidades, y ya iba a arrepentirme de mi desmedida confianza, cuando reaccionó, echose a reír a carcajadas, y haciendo restallar su largo látigo exclamó:

-¡Hijo 'e tigre, overo has de ser! ¡Esté no desmienta la casta!

Se rió mucho más de la jugarreta del palo postizo, diciendo que bien se la merecía la «perra vieja» acuella, y después, como hombre ducho, me aconsejó que no me dejase ver por Tatita antes de hablar con mi madre, porque las madres son siempre las «mejores tapaderas» para los hijos, y porque «hay que tener mucho ojo con el mal genio de don Ferrando». Y, para hacerle mejor, detuvo la galera en una callecita solitaria, a corta distancia de casa, guardó la maleta para enviármela más tarde, y me estrechó campechanamente la mano con la suya, como pape de lija, diciéndome:

-Y ahora, compadre, bájese y vaya corriendo a su mamá, que es la única que tendrá lástima de sus penurias... Dígale que aquí como en cualquiera otra parte puede «hacerse hombre».

¡Hacerse hombre!... Rodó la galera, siguiendo su camino, y yo me quedé inmóvil, alhelado, entre alegre y temeroso. Allá, muy lejos, quedaban la ciudad, el Colegio, doña Gertrudis, don Claudio, el latín, el infierno, como una horrible pesadilla. Estaba en Los Sunchos, en «mi» pueblo, en mi teatro, y aunque receloso de lo que iba a ocurrir, me sentía con más valor, con más fuerzas, dueño de mí mismo, en fin.

- X -

Mi madre me recibió con transportes de alegría, extraordinarios en ella, y después de abrazarme y besarme mil veces, como loca, se echó a llorar de pronto, sin preguntarme nada, mezclando sus besos, sus abrazos, sus risas y sus lágrimas con exclamaciones entrecortadas y frases de cariño. Era un alma amante la de Mamita, un alma apasionada que, sin embargo, no pudo tener en la vida más pasión que yo, olvidada como estaba por los hombres y por las cosas, y que sólo se desahogaba en una religión muy alta y muy pura, aunque bastante velada por la superstición, o, mejor dicho, por una especie de iconolatría quietista. Sólo después de largo rato me interrogó sobre los motivos de mi regreso -que adivinaba perfectamente-, y se conmovió de mis padecimientos hasta las lágrimas. También es verdad que yo los describí con calurosa elocuencia, y que hubiera podido conmover a otra que mi madre, siempre que fuese crédula y blanca de corazón.

-¡Has hecho bien! ¡Has hecho bien, mi hijito, en escaparte! ¡Pobra mi hijo! -exclamaba-. Yo hablaré con tu padre y lo convenceré de que tienes razón.

Y en un raptó de santo egoísmo, reveló el fondo de su pensamiento:

-¡Me hacías tanta falta!

Cuando a la hora de comer, Tatita volvió de sus quehaceres o diversiones acostumbrados. Mamá, que me había hecho quedar en mi cuarto, le habló algo rato a solas. De tiempo en tiempo, llegaban hasta mí la voz irritada de mi padre y la suplicante de Mamita. Por fin, hubo un prolongado silencio, que interrumpió una china diciéndome desde la puerta:

-¡Niño! ¡Dice con Fernando que vaya al comedor!

Mi temerosa incertidumbre desapareció como por encanto: iba a verme frente de los hechos, con la firme voluntad de no doblárgame. Además, auguraba mucho bueno de la forma en que se presentaba aquel choque: si Tatita no estuviera pronto a ceder y quisiera castigarme, se precipitaría furioso a mi cuarto, no me llamaría al comedor.

Sin embargo, me recibió con una piedra en cada mano, colérico en apariencia, llenándome de improperios y amenazándome con «darme de lazazos hasta que me corriera la sangre». Me afirmé en mi opinión de que era una tormenta de verano y que ya comenzaba a aclarar, pero no dejé de sobresaltarme un poco cuando me dijo:

-Has hecho mal, pero muy mal, y mereces un buen castigo. Te has portado como un bellaco, y si no fuera por tu madre, verías lo que te pasaba. Porque ella me lo pide y por ser la primera vez, me contento con que te vayas inmediatamente a casa de Zapata, le pidas perdón y no vuelvas a hacer de las tuyas. ¡Mañana sale la galera!...

Yo me encabrité, y con el pecho oprimido, casi a punto de romper a llorar, hice un esfuerzo y dije desgarradamente:

-¡Pero Tatita!... ¡Si son unos tiranos, unos verdaderos verdugos! ¡Yo no he hecho nada para que me tengan preso!... ¡No, Tatita! Puede matarme, pero yo no iré... ¡Prefiero que me mate!

-¿Que no irás? -estalló mi padre indignado, esta vez de veras, porque no toleraba la abierta oposición-. ¡Eso será lo que tase un sastre! ¡Habrás visto! ¡Cuando yo mando se obedece y se calla la boca! ¡Irás a la ciudad y les pedirás perdón, carejo!

-¡Fernando, por Dios! -exclamó mi madre.

-No tengas miedo. No le voy a hacer nada. Pero, en cuanto a lo otro, ¡no hay tutía! ¡Irás a la ciudad, y más pronto que ligero!

-No iré, no iré. ¡Me tiraré de la galera si es preciso, pero no iré!

Esto no lo dije. No. Hubiera sido demasiado. Lo pensé, tan sólo, y me lo juré a mí mismo. A decirlo, mi padre me da sin más trámite una zorra de no te muevas, en el arrebató de su impulsividad.

Hubo un largo silencio.

-¡Bueno! ¡Ahora, a comer! -ordenó Tatita, por fin, calmado ya.

La comida comenzó lúgubrememente. Todos callábamos, y las mismas chinitas que servían la mesa se deslizaban sin ruido, como sombras, asustadas por la tormenta. Hasta la lámpara de petróleo me parecía lanzar una luz trágica sobre el mantel. Por último, al servirse el asado de tira con ensalada de lechuga -aún me parece verlo en la fuente, con las angostas costillas en forma de escalera, cubiertas de morena película, y la gordura derrida chorreando jugos y chirriando tocavia-, mi padre me preguntó con tono natural:

-¿Y cómo ha sido eso?

Repetí el relato, primero tímidamente, después con cierta entereza, al final entusiasmado por mis propias palabras, acumulando cargos contra don Claudio, contra misia Gertrudis, descubriéndolos con repentina clarividencia, inventándolos a veces. Y por último, indignado de veras, excamé:

-Se vengan en mí de que son unos pelagatos, y me hacen pagar los desaires que les hace todo el mundo. ¡Se alegrar de tener como un sirviente, como un esclavo, nada menos que al hijo de Gómez Herrera!...

¿Quién dijo que la lisonja es la mercancía más barata y más productiva? Sea quien sea, dijo una gran verdad.

Tatita se sintió herido en su amor propio o encontró aquella coyuntura favorable para hacer una diversión y encaminarse a sus verdaderos propósitos. El caso es que vi pasar un relámpago por sus ojos, y juzgué que había tomado el buen rumbo.

-¡No respetan a nadie! -agregué-. Para ellos todo es cuestión de suerte y favoritismo, y los más ricos y los que pueden más no son más que unos buscavidas.

-¡Hum, hum! -hizo Tatita, receloso-. ¿Han hablado de mí?

-¡Dios los hubiera librado! Lo que es estando yo, no han dicho nada. Pero como hablan bestes de todos los amigos...

-¡Está bien! ¡Está bien! ¡Ésas son suposiciones y nada más! -interrumpió, mal engestado.

-¿No te parece, Ferrando -dijo Mamita después de una pausa-, que este muchacho debería irse a acostar? Con el viaje de hoy, y las aficciones, si tiene que salir mañana temprano, se nos va a enfermar...

-Es posible.

Mamá insistió. La enfermedad era inevitable. En aquel mismo instante ya tenía fiebre. Y si caía en cama en la ciudad, ¿cómo me cuidarían? ¿No sería mejor dejarme descansar unos días, muy pocos, hasta la vuelta de la galera por ejemplo?

-Bueno -contestó, por fin Tatita, como quien hace un sacrificio-. Irá en el otro viaje ¡pero eso, sin remisión!

¡No iré nunca! -pensé.

-Voy a escribir a don Claudio dándole una satisfacción y pidiendo disculpas a misia Gertrudis de tu parte, para que te perdone.

-¡No me ha de perdonar! -murmuré.

-¿Por qué? Al fin y al cabo, no has hecho más que una muchachada.

No pude menos de sonreírme.

-¿O has hecho algo más, que no sabemos todavía?

Conociendo el carácter de Tatita, no vacilé en contarle la travesura de las trenzas, pero traté de hacerlo con más habilidad y gracia, comenzando por describir las dos figuras de la vieja sin y con sus postizos, la pretensión ridícula de su coquetería senil, tan contraria a la beatería, a rabia que me daba verla presumir de muchacha... Cuando agregué que los cerdos se habían precipitado, en el chiquero, a devorar aquel amasajo de crines engrasadas, como si fueran un plato delicado, y pinté la cara que pondría misia Gertrudis buscando su cabellera, Tatita rompió a reír a carcajadas echándose hacia atrás en su sillón, como si estuviera asistiendo a la escena más cómica de su vida. Estaba derrotado...

Poco rato después me fui, en apariencia, a dormir, pero en realidad me quedé acisbando para ver si Tatita escribía a los Zapata, con esa incertidumbre de los muchachos que no saben decirse: «esto sucederá y no otra cosa». No escribía, naturalmente, porque no era hombre de pedir disculpas a nadie, por nada de este mundo; en cambio, adiviné que comentaba risueño mis aventuras de la ciudad, primero con Mamita, después con don Higinio, que, sabedor de mi escapatoria, fue a casa en procura de mayores datos. Al oír entrar al viejo Rivas, me acerqué al comedor para sorprender algo de lo que dijeran. El juicio era más bien, favorable para mí. Don Higinio estaba pronto a creer que los Zapata habían ido demasiado lejos tanto más cuanto que los muchachos criollos son amigos de la libertad y no «hijos del rigor», y a mí se me había transplantado violentamente de la independencia casi total a una especie de encarcelamiento.

-Pero, así y todo -terminó-, es preciso que se haga hombre, ¿no es cierto, misia María?

Sostenido nerviosamente por las mismas emociones, en cuanto los viejos se fueron al club, consideré que cualquier cosa era mejor que meterme como un tonto en cama, y sin pedir permiso a nadie me escabullí en busca de mis camaradas. La visita de don Higinio me había hecho pensar en Teresa, pero esta evocación quedó muy en segundo término, siendo lo dominante la tentadora «farra» con los amigotes. Sin embargo, al salir muy recatadamente, para evitar las posibles inútiles objeciones de Mamita, oí un siseo que partía de su ventana, allí, en la casa de enfrente.

Sabiendo mi llegada, Teresa me aguardaba a la reja segura de que iría a conversar con ella o temerosa de que no la recordara -cabían ambas interpretaciones en el determinismo femenino.

Al sentirla allí, súbitamente despertados mis instintos novelescos, vuelto a la vida de antes, corrí a la ventana a saludar en ella toda la poesía erótico-sentimental que encarnaba para mí. A mis transportes, al propio tiempo genuinos y

perversos respondió la niña con una emoción intensa y contagiosa. Su pobre alma se enajenaba más con los sentimientos que con las pasiones, mientras yo, como un actor, me entusiasmaba con el papel que las circunstancias me distribuían: pronto a ser Ctelo o Marco Antonio, Don Juan o Marsilla. La dije -y en aquel momento yo mismo lo creía- que había vuelto a Los Sunchos, despreciando los esplendores de la ciudad, sólo porque no podía vivir lejos de ella.

Y tanto efecto le produjo este eterno y tonto estribillo que asomando la carita morena entre dos barrotes de hierro me tendió como una flor los labios frescos y rojos, para darme el primer beso.

- XI -

Como mi fiebre de acción no me permitía quedarme allí, platónicamente, observé a Teresa que podrían sorprendernos y que no quería enojar más a Tatita, para quien estaba en cama desde hacía mucho. Minutos después entraba en el Café de la Esperanza, buscando a mis amigos, y a casualidad quiso que Papá estuviera allí, jugando a la treinta y una ciega. Hizo como que no me veía, y siguió su partida tranquilamente. Este síntoma me pareció mucho más favorable y decisivo que todos los anteriores. ¡Adiós los Zapata!

Salí con mi pandilla, buscando un sitio más libre para reanudar nuestras diversiones. Los camaradas me habían recibido con grandes muestras de alegría y entusiasmo, y como llevaba en el bolsillo los bolivianos que Contreras no quiso recibir, hicimos aquella noche, en el trinquete de la Zorrita, la más memorable de las fiestas, continuada en el mismo diapasón hasta formar una como cuaresma de vida maravillosa, que me parecía un sueño encantado después de mis orisiones en la ciudad.

Pero ni aun embriagado por estas delicadas descuidé completamente la parte seria de las cosas, y mal seguro todavía de mi elocuencia, que podía fallar por causas exteriores y transitorias, escribí a mi padre una larga carta, modelo de diplomacia juvenil y de la que destilaban las indirectas lecciones zapatiles. Decíale que, dado mi carácter, tan análogo al suyo -cosa de que me enorgullece-, la corrección de mi conducta dependía precisamente de la mayor o menor amplitud de mi libertad, pues nunca haría yo lo de otros que, desconociendo su valor, abusan de ella hasta perderla. A mí, como a él, sin duda, la sujeción me eloquecía. Su afectuosa vigilancia (tan distinta del malévolos espionaje de gente incapaz de interpretar acciones y menos aun pensamientos) había sido hasta entonces más que suficiente para hacerme cumplir con mi deber, y no valía la pena -antes bien era un error- cambiarla por un despectismo de extraños que me impulsaba necesariamente a la rebelión. Todo esto salvo su mejor parecer.

Ni la sintaxis era clara ni la analogía exacta, pero el fondo resultó así. Además, las cartas de los hijos, por vulgares que sean, resultan para los padres una revelación y un encanto, si no están corroídos por el cáncer de la crítica. Y notable efecto produjo la mía en Tatta. Inmediatamente escribió a los Zapata, diciéndoles que «por razones de salud» yo no volvería a la ciudad, que me perdonaran si «acaso» les había faltado en algo, y que me enviaran la ropa y los libros... Pero antes me había arrancado la promesa de estudiar seriamente en casa para presentarme a fin de año como «libre» en los exámenes.

-Tienes los programas, los libros, y con lo que has aprendido ya, podrás pasar fácilmente. Si pasas, el año que viene te mandaré a la ciudad en otras condiciones, sin tutores que te majadereen, «como un hombre». Pero para eso hay que prometerme que te portarás bien.

-¡Sí, Tatita! «como un hombre!» -juré, pensando para mis adentros que los hombres suelen no portarse bien.

Llegada la época de los exámenes fui a alojarme en la casa de huéspedes de la viuda de Calleja, donde vivían varios estudiantes del campo y de otras provincias. Era el prototipo de esas posadas vergonzantes, sin respetabilidad y al propio tiempo sin descaro, en que se explota el nombre de familia a veces venerable, por mercantilismo o por necesidad -a falta de otro medio de subsistencia-, y que abundan en provincia. No la describiré, pero no olvidaré nunca, tampoco, aquellos manteles inmundos y aquel infernal desorden, en que la patrona, las chinitas, los huéspedes y los visitantes nos burlábamos como a porfía de las reglas más elementales del buen vivir. ¡Qué casa de Tócame-Roque, ni qué *Auberge du Libre Échange*! Para divertirse, allí, en la respetable pensión de la distinguida viuda del señor Calleja, sobrina de un obispo y tía de un diputado. Si yo no hubiera tenido Los Sunchos, me quedé en aquella Capua, sórdida si se quiere, pero en cambio tan libre, precisamente lo que más había envidiado desde casa de Zapata. ¡Viva la libertad! Y pasemos a otra cosa.

¿A qué decir que me dejaron suspenso en varias materias -creo que cuatro de seis- y que en otras pasé por suerte o por benevolencia de la mesa examinadora? ¿Para qué cortar que el latinista don Prilidiano Méndez, después de otras preguntas, me invitó con alevosía y ensañamiento a que declinara el *quis vel qui*, del que yo sólo sabía la aletuya de «todos los burros se quecan aquí»? Todo aquello no me importaba un ardite. Intuitivamente comprendía que ni en colegios ni en facultades se aprende nada, y hoy mismo, si quisiera ser completamente franco... En fin, no lo diré, pero es el caso que en nuestro país los hombres realmente superiores se han ilustrado casi siempre solos, han sido autodidactos, *selfmade men*, mientras que los rutinarios, los mediocres, han tenido casi siempre un diploma universitario como un pasaporte de competencia...

Para desquitarme de los malos ratos que me había procurado el examen, ocurrióseme darle uno a misia Gertrudis, antes de volver a la aldea. No tenía que quebrarme mucho la cabeza para inventar una buena broma: abrigaba la seguridad de que mi presencia bastaría para darle un soponcio, y con algunos requiebros como «¡Bicho feo! ¡Vieja mamarracho!» u otros, estaba seguro de mi venganza, pues rabiaría quince días por lo menos. Pasé por su casa sin verla, dos, tres veces; a la cuarta estaba precisamente en el umbral, con su acostumbrado aspecto de sargento que llevase la mochila sobre el pecho, y con una nueva cabellera más abundante y más juvenil que nunca.

-¡Bicho feo! -silbé.

Volví los ojos hacia mí con tal expresión al reconocerme, que el «¡Viejo mamarracho!» no pudo salir de mi boca. ¡Tuve miedo, como hay Dios! ¡Tuve miedo y eché a correr. Es la primera vez que he sentido el pánico en mi vida, como Facundo acosado por el tigre...

Volví a Los Sunchos con la santa intención de no poner de nuevo los pies en la ciudad, y ni siquiera fingí prepararme para los misericordiosos exámenes de marzo. No quería, no podía renunciar otra vez, ni por un momento, a mi individualidad, tan señalada en el pueblo y tan desvanecida e insignificante en aquel escenario. «Más vale cabeza de ratón que cola de león», como decía Tatita.

Mamá se encargó de arreglar las cosas a medida de mis deseos, para tenerme definitivamente a su lado. Yo «quería trabajar, empezar a ganarme la vida». Era lo más fácil procurarme una ocupación, tarea o empleo que me preparara prácticamente a la lucha por la existencia, ya que la teoría no era de mi agrado ni «me entraba en la cabeza», como afirmaba yo. Habló varias veces con Tatita al respecto, y como me valí de Teresa para conquistar a don Higinio cue, decididamente, ejercía gran influencia sobre mi destino. Papá accedió sin muchas dificultades y diciéndose, quizá, cue, como me dedicaría a la política que no exige sino «fuerza en los dedos y resolencia», cualquier camino era bueno, con tal que me permitiera meterme en danza lo más pronto posible. Y el intendente municipal, don Sócrates Casajuana, a la primera insinuación me concedió un empleo «entado que iría preparándome a más altas funciones».

Pocos días después, a principios de año, tomé posesión de mi empleo, y aquí comenzó mi vida de «aprendiz de hombre...» Como todavía era muy muchacho y poco inclinado a la observación, las oficinas de la Municipalidad, cerebro y corazón del pueblo, sin embargo, me fastidiaban profundamente. A la media hora de estar en mi puesto, sentado a una mesa llena de papeles inútiles, me moría de hastío y escapaba a divertirme a otra parte. Sin embargo, a la larga, conocí el personal superior y subalterno: don Sócrates, el intendente, paisano astuto y retobado, gordo y de piernas torcidas, por andar a caballo desde niño de teta, gran mercachifla, gran especulador, gran rata del presupuesto; el presidente de la Municipalidad, don Temístocles Guerra, no sé si merco tosco o más presuntuoso, gran comerciante también; el tesorero, don Ualdo Miró, que con un sueldo miserable alcanzaba, sin embargo, a llevar una vida casi suntuosa, gracias a su habilidad para el escamoteo y a la bondad benévola con que adelantaba los sueldos a los empleados y peones, mediante un módico interés; los secretarios, uno de la intendencia -Joaquín Valdés-, otro del Concejo -Rodolfo Martirena-, que andaban siempre a caza de propinas y que las provocaban deteniendo los expedientes todo el tiempo que podían y prolongando indefinidamente la tramitación de cualquier asunto que no interesara a los partidarios más caracterizados de la «situación».

Yo estaba adscripto a la Oficina de Guías, como escribiente; pero mi jefe, Antonio Casajuana, hermano de don Sócrates, no me observaba nunca por mis ausencias, antes bien parecía invitarme a continuar aquella nueva especie de «rabona». Después comprendí el porqué de su conducta; no quería testigos molestos, y yo le estorbaba tanto que se había cuejado amargamente a su hermano de mi nombramiento intempestivo. Y es que cobraba de más a los ganaderos que enviaban animales, cueros o lanas a otros departamentos, se robaba las estampillas que debían quedar obliteradas en el libro de guías, y hasta daba certificados falsos a los encubridores de los cuatreritos, ganándose así buena parte de los abigeatos, moneda corriente entonces... Es natural, era hermano del intente: su otro socio era el tesorero; ni la comuna, ni la misma provincia tenían fuerzas bastantes para reprimir el cuatrerismo, y es máxima de buen gobierno encauzar todo mal irremediable. Cuando supe esto, más por indiscreciones malévolas de gente envidiosa que por observación personal, no dejé de utilizar el secreto, modestamente, para mis gastos merudos, sin intención de hacer fortuna, como los otros. Siempre he sido previsor, y no lo lamento.

En cuanto escapaba de la oficina, divertíame corriendo el pueblo y los alrededores, a pie unas veces, pero generalmente a caballo, con algunos camaradas mayores, pero tan zánganos como yo, y persiguiendo a las muchachas de los ranchos y las casuchas de las afueras, con una especie de odio, primera manifestación, todavía desviada, de mi futura inclinación irresistible al bello sexo.

Ya iniciado en las aventuras domésticas, era aún incapaz de cortejar en regla y con perseverancia, pero Marto Contreras, hijo de mi amigo el mayoral, paisano de diez y siete a diez y ocho años, diablo y atrevido como él solo, con quien me había ligado estrechamente, me aleccionó, haciéndome adoptar para mis amores un término medio rústico y brutal, cuya fórmula es ésta: «Hay que pastorearlas».

Estos amores eran, pues, simplistas, sin preparativo alguno, casi animales: un momento de vértigo, una violencia y se acabó. A veces continuaban algún tiempo, había hecho una conquista; pero en la mayoría de los casos se me huía después como a un enemigo. Teresa quedó relegada al fondo oscuro de la memoria, aunque la viese casi todos los días, al pasar.

Las otras ingenuas diversiones con los camaradas -excepción hecha de Marto- comenzaron a parecerme poco después, insulsas, parangonadas con la compañía de los empleados de la Municipalidad, mucho más entretenidos porque, siendo «más hombres», se pasaban el día en peso conversando de carreras, de riñas, de partidos de pelota, diciendo compadrazadas, cortando duelos y otras atrocidades, chismorreando amorios más o menos escabrosos, después de lo cual, como intervalo, salían a tomar el *vermouth* (mermú) a horas de almuerzo, y como final, al caer la tarde, hablando entonces magistralmente de política, y combinando el programa nocturno. Comencé a frecuentarlos, más interesado cada día. Jugábamos al billar, hasta que entraba la noche; comíamos en casa o en el restaurante, a la disparada, y después nos reuníamos, ora aquí, ora allí, en la «timba» del Maneo, en el establecimiento de Ilka, la polaca, donde solía haber descomunales bochinchas, y en el que nadie entraba sin que un agente de policía lo registrase para quitarle las armas, o en algún otro sitio del mismo género. Me sorprendió encontrar, alrededor de un tapete criollo o bajo un emparrado polaco, no sólo a los camaradas, a los demás contemporáneos, sino también a toda la flor y nata de Los Sunchos, con el mismo don Sócrates a la cabeza. ¡Y dicen que la Gracia antigua no renace en nuestro «país», con Sócrates y todo!... En fin, a la madrugada nos íbamos a acostar, y yo gozaba de esa hora admirable en que todo lo

viviente calla un momento, reconcentrándose, reconstituyéndose en el sueño, para despertar, poco después, más fresco, más ardiente, más vigoroso. Siempre he tenido un flaco fervor por los grandes espectáculos de la naturaleza, y creo que, si la política no me hubiese absorbido por completo, hoy sería el descriptor más notable de las bellezas y la grandiosidad del paisaje argentino.

Pero no es posible repicar y andar en la procesión.

- XII -

Pocos años más tarde, una diversión de otro orden, que me atraía muchísimo, fue el punto de arranque de una de las manifestaciones más significativas de mi vida.

Solía yo visitar de noche la redacción de *La Época*, periódico semi-oficial, sostenido por la Municipalidad y redactado por un joven aventurero español, que respondía al sonoro nombre de Miguel de la Espada, mozo capaz de escribir cuanto conviniese a los que le pagaban, y tipo común de todos los pueblos y ciudades de la República. La imprenta era una casucha de tres piezas, sucia y miserable, situada a pocos pasos de la plaza pública, en una calle adyacente. En el primer cuartucho estaba instalada la Redacción, con una mesa larga de pino blanco, llena de diarios y papeles, un pupitre alto, para los libros de caja de la Administración, varias sillas de enea, una silla de vaqueta, de alto respaldo, piso de ladrillos hechos polvo, paredes blanqueadas, llenas de telarañas y manchas de tinta y de mugre, el orraso empapelado, del que colgaban lamentablemente varias tiras de papel, despegadas por las goteras... Aquello olía a humedad, a aceite, a petróleo. En la segunda habitación, oscura y mal ventilada, veíanse los burros y las cajas de componer, para los tres operarios; en la tercera estaba la vieja prensa de mano y el catre del peón. Allí reinaba de la Espada, y allí nos reuníamos algunas noches varios jóvenes situacionistas, a comentar la vida doméstica, social y política de Los Sunchos. Eran de oír las hablacurlas, chismes, críticas, difamaciones y calumnias que formaban el fondo de aquellas amenas charlas, análisis de la vida y milagros del pueblo entero, en que los detalles faltantes eran sustituidos con ventaja por otros, fruto de la imaginación de los confertulios. La famosa botica de Paredes, llamada el «mentidero», no aventajaba en nada la redacción de *La Época*. Allí me inicié en todos los misterios de la alcea, conocí la historia de todas las familias, supe las faltas de éstos, los errores de aquéllos, los delitos de los otros, aquí até la virtud exigida de las mujeres y comencé a ver otro aspecto del mundo, quizá algo exagerado, quizá un poco ennegrecido, pero en resumen, muy aproximado a la realidad.

De la Espada era hombre de unos treinta años, menudito y móvil, de ojos pequeños, llorosos y casi sin pestañas, cetrino, con un bigotito de cerdas, horrible, en fin, pero tan simpático merced a su gracia madrileña, a su picaresco pesimismo... Solía resumir las conversaciones por medio de sentencias que construyeran todo un curso de enseñanza, la síntesis de lo nuevo para mí, en aquel entonces, aunque flacuearan bastante en cuanto a originalidad. Había sido en pocos meses, cuanto se podía ser, desde acomodador de teatro en Buenos Aires hasta director de periódico en Los Sunchos, y decía (vaya un ejemplo):

-Todas las mujeres tienen su cuarto de hora, y el que acierte a acercárselas en ese momento puede estar seguro de obtenerlas.

O bien:

-Todos los hombres se venden: la cuestión es dar con el precio.

O bien:

-Para llamar honrado a un hombre es preciso ponerlo en la mayor necesidad, y, al mismo tiempo, darle ocasión de que robe. Si no roba es honrado. Pero en esas condiciones no hay quien no robe.

-Igual cosa digo de la mujer honesta. No hay mujer que no haya engañado a su marido, por lo menos en pensamiento, si ante su vista pasó alguien a su juicio mejor que el marido. Ante su vista o también ante su imaginación...

Estas doctrinas me seducían, aunque hiciera de vez en cuando algunas reservas, porque, entre otras cosas, no podía admitir que mi madre hubiera faltado ni aun soñando, a sus deberes. Pero esta excepción no alcanzaba, generalmente, a la madre de los demás, y pecaba por exceso de limitación. La sabiduría de la Espada se infiltraba, pues, en mí, y no había de tardar en ensayarla en la práctica de la vida.

Otro entretenimiento que no debo pasar por alto, pues tuvo cierta influencia en mi vida: iba a menudo a tomar mate con el viejo comisario don Sandalio Suárez, en la misma comisaría, interesándome en la organización de la vigilancia y otros servicios, y, sobre todo, en los problemas policiales, aunque Sherlock Holmes no hubiese nacido todavía, ni el genial Poe y el monótono Gaboriau hubiesen llegado a Los Sunchos. Yo interrogaba al viejo paisano acerca de las maravillosas facultades investigadoras de los rastreadores y la admirable perspicacia de Facundo, que pinta Sarmiento.

-Todas esas son camaras -contestaba don Sandalio-. Nadie descubre a los criminales, cuando no se entregan ellos mismos, y yo, que te hablo, con todos mis años de policía, no he agarrado a ninguno, sino en fragante, por casualidad, o porque, de sonso, se me entregó él mismo.

Me contaba sus recuerdos, casi todos político-electorales, y varias veces me invitó a acompañarle en sus pesquisas, en las que yo colaboraba con entusiasmo. Recuerdo, entre otras cosas, el asesinato de una mujer, cuyo autor busqué por el buen método, averiguando a quién podría aprovechar su muerte. Di con el marido, enamorado de otra, joven y bonita, y lo hice prender. Pero pocas noches después un borracho se jactó en una trastienda de ser el asesino, y de que nadie sospecharía de él. Detenido e interrogado, supimos que había asesinado a la mujer por «gusto», sin razón ni objeto, sólo porque se le ocurrió, estando muy ebrio, al verla asomada a la puerta de su casa... Este fracaso no me desalentó, y hasta me propuse perseguir y descubrir a los cuatreracos que infestaban el departamento.

-¡Dejáte de cuatreracos! -exclamó don Sandalio, cuando le hablé de mi intención-. Si te metés en eso te va a salir la torta un pan. ¡El chasco que te darías si los descubrieses y supieses que eran don y don, y otros que tampoco te quiero nombrar!

Pero dejemos la policía para seguir el hilo de mi historia.

Celebrábanse entonces, como ahora, en Los Sunchos, al mediar la primavera, fiestas populares introducidas por los vecinos españoles y adoptadas con entusiasmo por la población criolla: las Romerías. En un gran terreno cercano al pueblo alzábanse tinglados, tiendas de lona, galpones de madera, enramadas, quoscas, improvisándose una aldea volante, una especie de paradero de indios, que se adornaba con banderas, follaje, gallardetes, guirnaldas de telas baratas y churriguercas, y que habitaban algunos comerciantes establecidos en el pueblo, y muchos de ocasión, ofreciendo baratijas, géneros y ropas ya invendibles, y sobre todo cosas de comer y beber, buñuelos, cerveza, tortas fritas, vino carlón, chorizos asados... En la gran «carpa» de la Sociedad Española se instalaba un bazar de caridad, atendido por las niñas más conocidas del pueblo, y en él se vendían, se remataban o se rifaban mil «cavos» generosamente regalados por los comerciantes fuertes. La gente menuda tenía, como diversión, palo-jabonado, rompecabezas, «caestas»; el populacho, baile al aire libre, al son de gaitas y tamboriles, rara vez sustituidos por la banda de música de Los Sunchos, que tocaba sobre todo, en la «carpa» de la Sociedad, punto de reunión de la gente distinguida. Una atmósfera sensual, intensificada por todos los efluvios de la primavera, una loca necesidad de divertirse, de gritar, de moverse, de rozarse, reinaba en las romerías, y embriagaba a todos, comenzando por la masa popular, para invadir poco a poco las capas superiores. Más capitosas que el carnaval, porque reunían a todo el mundo en un solo sitio, el contagio sexual era en ellas más rápido y avasallador pero en la ingenuidad de las costumbres, esto no lo advertían sino el cura, que predicaba contra los excesos y pedía moderación, y alguno que otro viejo, cuyas observaciones se tomaban generalmente como una demostración de envidia de los que ya no pueden divertirse.

Aque año fui el asiduo cortejante de Teresa. Un poco por iniciativa propia, un poco porque ella halló manera de cautivarme con sus monadas, acercándoseme a cada rato, en un principio, con el pretexto de ofrecerme cedulillas de la rifa o artículos del bazar de caridad. Bailamos toda la noche, cuantas veces se organizó el baile para la «gente decente», en un tablado hecho a propósito junto a la «carpa» de la Sociedad, la di el brazo, acompañándola cuando ejercía sus funciones de vendedora a través de la multitud acudida del pueblo, y de las aldeas y estancias vecinas, y no desperdiqué la ocasión de decirle mil ternezas que la conmovían y la enajenaban, hasta el extremo de sentirla temblar, al apoyarse con abandono en mi brazo.

- ¡Pero eres un malo, un perverso! -me decía-. ¡No te puedo creer! ¡Si me quisieras de veras no te pasarías los meses enteros sin ir a verme!

¿Era el cuarto de hora de Espada d'après Rabelais?

Así lo creí, pues le declaré que si no iba a verla era porque «me daba rabia» hablar con ella, habiendo gente delante, o con una reja de por medio.

-Si me esperaras en la huerta, donde podemos conversar a gusto, yo iría a verte todas las noches.

-¡Pero eso está muy mal hecho! -exclamó.

¿Por qué? ¿Qué había de malo? ¿No tenía confianza en mí? ¿No estábamos acostumbrados a andar juntos y solos, desde chicos? E insistí:

-No me digas que sí ni que no. Esta noche iré a la huerta. Si quieres, me esperas; si no estás, lo sentiré mucho y me volveré a casa...

Lo dije con un acento de tristeza y terminé con un tono de vaga amenaza tales que, vencida, me estrechó el brazo y me miró a los ojos con la vista turbia. Iría a la huerta, sin duda alguna.

Don Higinio, como es natural, había notado mis asiduidades, y la actitud de Teresa, pero no les dio importancia, o, más bien dicho, se felicitó, sin duda de nuestro acuerdo, que debía conducirnos a la ejecución de sus proyectos matrimoniales, de larga data planteados.

-¡Ah, pícaro! -me dijo, golpeándome el hombro-. Ya te ha visto de «temporada»... ¡Cómo ha de ser! Los muchachos se apuran a ocupar nuestro sitio, y no tienen reparo en dejarnos a un lado...

Me ref sin contestar, pensando en cuán distintos de los suyos eran mis planes, y diciéndome: «Si éste piensa en casarme, ya está fresco. ¡Cualquier día renuncio yo a mi libertad por una cosa que puedo obtener sin semejante sacrificio!» Sin embargo, me prometí, tanto si Teresa acudía a la cita cuanto si me dejaba plantado, conducirme de allí en adelante con mayor cautela y ocultar en lo posible nuestros amores, para no dar asidero a don Higinio y rehuir sus insinuaciones, que no tardarían en ser exigencias.

Teresa me aguardó cuando, al volver de las romerías, todos se hubieron acostado en su casa. Hablamos largo rato, ella con temura, yo con diplomacia, sentados bajo un enorme sauce que había en el fondo de la huerta. Un momento creí que estaba completamente a mi discreción, pero a la primera libertad que quise tomarme se levantó sin aspavientos, y separándose un paso de mí me dijo con serenidad y blandura:

-No, eso no, Mauricio. Me has prometido portarte bien, y por eso estoy aquí. Conversemos cuanto quieras, pero con juicio. Mira que ya no somos criaturas.

¡Sonsa! ¡Más que sonsa!

Había tanta tranquila resolución en su acento, que me quedé cortado, sin acertar a decir palabra. La entrevista perdió para mí todo su encanto. ¿Quién la hacía tan cauta? ¿Cómo, en su inocencia y en su afecto, real y grande, hallaba, sin embargo, fuerzas para resistir? No lo sé, aunque me parece efecto de la educación, no de las lecciones paternas, sino de las charlas íntimas con las amigas que van revelándose mutuamente la vida y sus peligros. Pensé que el «cuarto de hora» no había sonado o había pasado ya, pero, repuesto de la primera impresión, logré decirle algunas nuevas ternezas, prometiéndola ser más serio en adelante y no importunarla en otra cita que pedí para la siguiente noche.

-Sí, vendré. Pero tenes que jurarme que estarás quietito.

La estreché la mano, y me fui rasciando conmigo mismo. Debía haber sido más audaz, debía... Y me puse a forjar para lo futuro planes de seducción análogos a los leídos en las novelas, recordando al propio tiempo el aforismo de de la

Espada: «Para conquistar a una mujer desinteresada se necesita mucho tiempo y mucha paciencia. A su tiempo maduran las uvas, y el pobre perfiaco saca mendrugo, mientras que el exigente se queda afeitado y sin visita»... Pero me parecía que nuestros amores duraban ya tanto, tanto...

-¿Será que no me quiere? ¿O tiene la decidida voluntad de que me case con ella, y sabe que para eso es necesario no ceder? ¡Diablo de muchacha!... ¡Bah! Consultaré a de la Espada, lo haré mi confidente... ¿Por qué no?... Él sí que tiene experiencia... y no dirá nada a nadie.

- XIII -

Al día siguiente, revelé a de la Espada todos mis secretos, sin omitir ni aun el fracaso de mi última tentativa. Se echó a reír.

-¡No seas tonto! -dijo-. No te aflijas ni te desalientes. La muchacha está a punto, y sólo te falta la ocasión. ¡No vayas a asustarla! Por el contrario, inspírale la mayor confianza posible, y espera. La casualidad te proporcionará, indudablemente, algún momento de gran emoción para ella. Ése es el bueno, y habrá que aprovecharlo... Pero ¡ten cuidado! Mira que el padre no es de los que aguantan esas cosas, y en cuanto llegue a descubrir tus intenciones, con su realización, si no te mata es muy capaz de casarte a la fuerza, tanto más cuanto que es íntimo amigo de tu padre.

-¡Bah! -repliqué-. Ya veremos lo que se hace. No le tengo miedo al viejo, y no es el primero que tiene que jorobarse. ¡Cuántos del pueblo, según tú mismo me has dicho, han tenido que hacerse los sonsos, para evitar que el escáncalo fuese más grande!...

La oportunidad de que hablaba «el galleguito», como le decíamos, no tardó, efectivamente, en circunstancias trágicas para mí... Había conversado muchas noches con Teresa, adormeciendo sus recelos, exasperando su amor, y entre nosotros reinaba la más deliciosa intimidad. Hablábamos de casarnos... hacíamos proyectos... Ella quería que viviésemos en casa de su padre, yo fingía que habitásemos en la nuestra, y sólo se arribaba a un acuerdo, cuando nos proponíamos hacer una sola de las dos familias, cosa fácil, cada la amistad que las vinculaba.

-¡Lo malo es que así nunca estaremos solos! -objetaba yo-. Siempre tendremos a uno de los viejos pisándoros los talones.

-¿Y eso, qué le hace? -replicaba Teresa-. Si no nos quisiéramos sería otra cosa. ¡pero nos queremos tanto!...

Pero vamos al caso. Una tarde, y como solía desde que yo iba «naciéndome hombre», Tatita me invitó a montar a caballo y acompañarlo hasta una chacra, a dos o más leguas del pueblo, donde tenía un negocio pendiente que era preciso arreglar sin pérdida de tiempo. Su invitación era una orden, y no desagradable, porque nunca he visto más jovial compañero de viaje y jamás me he aburrido a su lado.

No tardaría mucho en hacerse noche, porque habían dado ya las siete, pero el asunto urgía y ambos estábamos acostumbrados a recorrer el campo a cualquier hora, sin miedo al rayo del sol de mediodía, ni a las «luces malas» de la media noche. Llegamos a la chacra cuando acababa el día, con una puesta de sol admirable que envolvía la pampa entera en un manto de púrpura. Tatita arregló en un cuarto de hora o veinte minutos lo que tenía que arreglar, apretamos nuevamente la cincha a los caballos y emprendimos el regreso. Era casi completamente de noche. Sólo una línea pálida, al Oeste, señalaba el sitio por donde se había marchado el sol. El crepúsculo, engañoso, nos fingía paisajes desconocidos, contagiándonos con su propia vacilación. Sin dejar de ver, no discerníamos la naturaleza de las cosas vistas, y sólo una larga práctica nos permitía seguir sin desviarnos la cinta descolorida del camino.

-¡Vamos a llegar muy tarde! -exclamó de pronto Tatita-. Cortemos campo.

-¡Cortemos! -contesté, poniendo la cabeza del caballo en dirección a Los Sunchos, sin abandonar el galope.

El camino daba un gran rodeo para evitar un bañado intransitable en la época de las lluvias; aquella larga curva podía acortarse en una tercera parte tomando la línea recta, a cuerda, como si dijéramos, pero el proyecto no era muy cómodo, porque el campo, cubierto de grandes matas de cortadera y de hierbas altas, tenía, además, vastos limpiónes llenos de vizcacheras. Afortunadamente la pálida mancha de estos rompecabezas basta para advertir el peligro a un jinete experimentado, aun en la oscuridad de la noche, sobre todo si monta un caballo «baquiano», uno de nuestros criollos de tan agudo instinto campero.

Me adelanté, pues, al galope largo, fiándome de mi cabalgadura, que evitaba matrales y vizcacheras atenta a todos los detalles, moviendo sin descanso las orejas, y habría galopado un cuarto de hora, cuando me pareció oír un grito. Detuve en seco el caballo y escuché. No oí nada más, ni siquiera el galope del zaino de Tatita, cuyas herraduras debían resonar, sin embargo, en la tierra del bañado, dura entonces, por la sequía, como un pavimento de asfalto. ¿Qué significaba aquello? Alarmado volví grupas y corrí hacia atrás a rienda suelta. Nada veía. Nada oía. Mi caballo dio de repente una terrible espantada junto a una vizcachera, y echó a disparar pesando violentamente sobre el freno. A duras penas logré contenerlo, y acariciándolo le obligué a volver al paso hacia la vizcachera, contra toda su voluntad... ¡Qué espectáculo! Primero entreví, lleno de susto, la masa del zaino que, con las patas rotas, resollaba y resoplaba lastimosamente. Un poco más lejos estaba Tatita, tendido en la tierra petrificada de la vizcachera. Me tiré del caballo, corriendo en su auxilio. Una larga herida le cruzaba el cráneo, bañándolo en sangre. No respiraba; el corazón parecía no latir...

Volvi la vista a todos lados. El camino estaba lejos, y por el bañado no pasaba nadie, sobre todo a aquellas horas. ¿Qué hacer? ¿Dejar a Tatita y correr en busca de socorro, ya que ni agua tenía a mi alcance para tratar de hacerlo volver en sí? No había otro partido que tomar. Lo recosté o mejor que pude, le hice una almohada con mi blusa y mi poncho, observé de nuevo si respiraba, si se movía, y, convencido de lo contrario, con el corazón en la boca, monté y emprendí la más desesperada de las carreras hacia Los Sunchos, cuyas luces se veían a la distancia.

Azorado y sin poder coordinar bien las ideas, traté, sin embargo, de reconstruir el accidente; preocupado por un asunto que podía significarle la pérdida de una crecida suma de dinero, Tatita se había distraído, confiado en el instinto

del viejo caballo, que conocía perfectamente el campo en muchas leguas a la redonda. Pero el zaino habría tenido también su momento de distracción, bastante para meter las manos en una cueva de vizcacha. «bolearse» y proyectar a su jnete a varios metros de distancia. El pobre Tatita debió dar con la cabeza en la tosca dura que rodeaba las vizcacheras... ¿Estaría muerto? ¡No! Semejante rodada no acababa con los gauchos de su temple. ¡No! Cuando mucho, sufría un largo desmayo y la herida sería fácil de curar... La primera juventud se rebela contra la idea de la muerte.

Volví con gente que, por fortuna, encontré en las afueras del pueblo, mientras un hombre corría a avisar al médico y a buscar un coche. Yo esperaba encontrarlo en su sentido, incorporado y pronto a emprender la marcha; pero seguía inerte, tibio aún, y no fue posible hacerle tragar una gota de ginebra, llevada a prevención. El doctor Merino, que llegó diez minutos después, sólo pudo comprobar el fallecimiento.

No omitiré aquí un episodio que, pese a las circunstancias trágicas, me ocupó un instante, produciéndome honda impresión. Fidel Gomensoro, uno de los paisanos que me habían acompañado, oyendo que el zaino de Tatita resollaba y se quejaba casi como una persona, se acercó a examinarlo.

-Tiene las dos patas quebradas -dijo-. Hay que despenarlo.

Y sacando el facón de la cintura, con ademán resuelto, de un solo tajo lo degolló, consumando así, sin pensarlo, un sacrificio usual en la tumba de los antiguos señores de la pampa...

El cadáver del pobre Tatita fue tendido cuidadosamente en el carruaje, y yo lo seguí al paso de mi caballo, sin saber lo que me ocurría, como si yo también hubiese recibido un golpe en la cabeza... Antes de llegar al pueblo, nuestro pequeño grupo había aumentado considerablemente, y al pasar por las calles principales, dirigiéndonos a casa, formábamos ya un imponente cortejo: la noticia había cundido: los amigos, los indiferentes y los enemigos atraídos por la pena, la curiosidad o la disimulada satisfacción. Entretanto, algunas mujeres rodeaban ya a Mamita, preparándola para la horrible sorpresa. Al oírnos llegar, se precipitó hacia el carruaje, presintiendo que sólo encontraría un cadáver. La escena fue desgarradora, y entonces comprendí cuánto amaba mi pobre madre a aquel hombre que había vivido con ella treinta años de indiferencia y de abandono.

El velorio y los funerales hicieron época en Los Sunchos. Mamita, incapaz de ocuparse de nada, sino de llorar y rezar junto a su esposo, dio carta blanca a amigos y sirvientes, y la mesa estuvo puesta durante treinta y seis horas largas, alternándose el chocolate con los vinos y licores, los «churrasquitos» con el mate dulce o amargo, el puchero con la chatasca, las empanadas, la chanfaina y las tortas fritas.

Una nube de chinas de las casas amigas habían ido «a ayudar», convirtiendo la nuestra en *pandemonium* y la sala, el comedor, las habitaciones de respeto, estaban llenas de visitantes, hombres y mujeres que hablaban de política, contaban cuentos, jugaban a las prendas, iniciaban o continuaban sus intrigas amorosas... Y esta animada tertulia, en que sólo faltó el baile, se prolongó hasta la hora de conducir los restos a su última morada.

Yo estaba aturdido. Tatita había sido tan bondadoso, tan camarada, que lo quería de veras, y su ausencia repentina e irrevocable, producíame, al propio tiempo que dolor, una rara sensación de espanto, como si me encontrara de pronto y por primera vez ante lo desconocido amenazador. Pero todo esto, terror y pena, era vago, incesante como si no me diera, como si no pudiera darme cuenta exacta del hecho brutal, como si pasara por una confusa y angustiada pesadilla...

Hubo discursos junto a la tumba de don Fernando Gómez Herrera, cuyo ataúd acompañó el pueblo en masa hasta el pobre y descuidado cementerio de Los Sunchos, cubierto de pasto y poblado de peludos y de víboras. Don Sócrates Casajuana, el intendente municipal, dijo que era un prohombre a quien la patria y su partido debían sacrificios innumerables. Don Temístocles Guerra declaró que perdíamos en él un vecino progresista y un ciudadano patriota, que no podría ser reemplazado jamás. El doctor Argüello, senador de la provincia, que, con el diputado Quintiliano Paz, había ido expresamente a Los Sunchos, para honrar la memoria de Tatita, habló en nombre del poder ejecutivo y de la legislatura, recomendando al pueblo que siguiera las admirables huellas del probo y austero ciudadano, prematuramente desaparecido cuando, en plena madurez, mayores servicios podía prestar a la patria.

Yo oía todas aquellas frases como quien oye un vago y molesto zumbido, y no podría reconstruirlas ahora, si después no las hubiera escuchado cien veces, dichas sobre cien tumbas diferentes, siempre las mismas, siempre triviales, siempre mostrando un desconocimiento casi completo de la personalidad a quien se honraba, siempre sin proporción ni medida, como si todos los hombres, iguales en la muerte, lo hubiesen sido también en la existencia.

A la puerta del cementerio acompañado por el cura, don Jenaro Cecchi, por algunos presuntos parientes de Papá o de Mamá, y por don Higinio Rivas, que lagrmeaba sinceramente, estreché una tras otra todas aquellas manos indiferentes, y escuché de aquellas bocas sin emoción las rituales palabras de pésame. Esta larga, esta interminable ceremonia fue para mí una tortura. Por fin, en el mismo carruaje que la antevíspera había recogido el cuerpo inanimado de mi padre, volví a casa, en un estado de estupor, sólo comprensible si me digo que la naturaleza turba y enajena el cerebro del hombre en las grandes catástrofes, anesthesiándolo en cierto modo, hasta que empieza a acostumbrarse al dolor. El cura y don Higinio me acompañaban.

En casa, y con otras señoras y niñas, Teresa trataba de consolar a Mamita que, encerrada en su cuarto, a oscuras, llorando y rezando, no quería ver a nadie ni dejarse distraer de su pena bajo pretexto alguno. Me tuvo abrazado largo rato, cubriéndome de besos y bañándome en sus lágrimas.

A la hora de comer, todas las visitas se marcharon, excepto Teresa, que quedó para acompañar a mi madre y manejar la casa, por indicación de don Higinio.

Por la noche, solos, viendo y compartiendo mi honda aflicción, me habló más tiernamente que nunca. Embriagados por el dolor, hubo un instante en que nos abrazamos, perdida la cabeza.

Y éste fue el momento de gran emoción de que hablara de la Espada.

La muerte de Tatita dejaba en manos de don Higinio Rivas los destinos políticos de Los Sunchos que había compartido con él. Era el caudillo único e indiscutible, entre otras cosas porque, condecorado de los secretos del gobierno de la comuna, tenía a todas las autoridades como si dijéramos rendidas a discreción. Convencido de que tarde o temprano me casaría con Teresa, ignorante del cambio radical introducido en nuestras relaciones, sabiendo que mi padre nos había dejado más deudas que bienes, que Mamita era incapaz de salir del atolladero y que yo no sabría manejarlos mucho mejor que ella, me propuso encargarse desinteresadamente de arreglar nuestros negocios, de modo que nos dieran satisfacción.

-Yo conseguiré que se queden con la chacra y que puedan pagar a los acreedores por medio de una amortización, arrendando las tres cuartas partes del terreno que no les hace falta. Para que vivan, para el puchero, la ropa y los gastos menudos, no será difícil que el gobierno de la provincia pase una pensión a la viuda y yo mismo iré a la ciudad a trabajar hasta conseguirla. Es lástima que Fernando haya muerto sin arreglar sus cosas, y que fuese tan despilfarrador, porque hubiera podido dejarles una fortunita. Pero ¡no importa! Con todo, la chacra valdrá mucho a la vuelta de pocos años y podrás venderla muy ventajosamente cuando mejoren los tiempos. Tu mamá, entretanto, necesita muy poca cosa, «vos podés» manejarte con el sueldito de la Municipalidad, que ya te han aumentado dos o tres veces, y lo principal es ir viviendo sin que los usureros les claven las uñas.

Se interrumpió, vaciló un poco como si le costara lo que iba a decir, y agregó:

-¡Esto, muchacho, es un secreto para nosotros dos y para tu mamá, nada más! Fernando tenía mucha confianza en mí, y con razón, porque siempre fui muy su amigo... Temiendo que algún día pudieran obligarle a vender la chacra en malas condiciones, me pidió que se la hipotecara con pacto de retroventa. Naturalmente, esto era «engañapichanga». Hicimos en la escribanía el contrato de hipoteca, y yo le di una contracarta sin fecha, declarando que me ha pagado y que la propiedad sigue siendo suya; esto para el caso de que me sucediera una desgracia repentina, porque entre nosotros no había necesidad de semejante garantía. Esa carta debe estar entre los papeles del finado. Traéme a y te daré otra para tu resguardo. La hipoteca vence en estos meses: la renovaremos a tu nombre y el de tu mamá, con las formalidades de la testamentaria, y así nadie podrá nunca meter el diente en lo único que les queda.

Se interrumpió para añadir después, con una risita entre maliciosa y avergonzada:

-Todo esto no será muy legal; pero, hijito, cada uno se agarra con las uñas que tiene, y a mí me parece que tu tata tenía mucha razón de no querer quedarse en camisa y en el medio de la calle, para pagar a sus acreedores, que son casi todos gente rica, y que no necesita de esos cobres. Vos, por tu parte, como irás pagando, no tenés nada que echarte en cara...

Dimos a don Higinio cuántos poderes necesitaba para regir libremente nuestros asuntos. Arrencó parte de la chacra en buenas condiciones, obtuvo la pensión del gobierno de la provincia y otra del nacional para «la viuda e hijo de un guerrero del Paraguay» arregló con los acreedores exigiéndoles una importante quita y haciéndolos contentarse con una pequeña amortización anual -«del lobo un pelo», decía él-, de manera que, en vez de empeorar, nuestra situación mejoró, porque ya no estaba allí Tatita, manirroto a quien ningún dinero daba abasto, y porque yo no me había acostumbrado todavía a tirar a plata, gracias a las pocas ocasiones que Los Sunchos me ofrecían y gracias también a que Teresa tenía aún la facultad de absorberme. En casa reinaba, pues, la abundancia, y hubiera reinado la alegría si Mamita, como la enredadera que se encuentra de pronto sin arrimo, aunque sea el rudo y áspero de una tapia, no se hubiera marchitado y abatido, más silenciosa y solitaria que nunca.

-Pocos años de vida le quedan a misia María -murmuraba a gerte al verla pasar como un fantasma, sin ser ya ni la sombra de la mujer de antes, que, taciturna y resignada, tenía, sin embargo, manifestaciones simpáticas y amables para todos.

-¿Por qué te afliges tanto, Mamita? -me atreví a decirle una vez-. Al fin y al cabo, Tatita no te hacía tan feliz...

Me miró espantada, como si acabara de blasfemar, y exclamó:

-¡Mauricio! ¡Era tu padre!

La religión de la familia primaba en ella, sobre cualquier otro sentimiento, sobre todo raciocinio.

Así fue pasando lenta y morótoramente el tiempo, hasta que don Higinio quiso un día complementar con un golpe de maestro la magnífica ayuda que nos había prestado, poniendo en marcha de un modo decisivo su proyecto de «hacerme hombre».

Ocurrió que, en la lista de candidatos oficiales por nuestro departamento, figuraban dos o tres que no eran, ni con mucho, de la devoción de las autoridades sunchalenses. Uno de ellos, sobre todo, Cirilo Gómez, ex-vecino de Los Sunchos, y culpable de una grave indiscreción sobre el manejo de los fondos municipales y de la tierra pública, era enemigo personal de Casajua y de Guerra, que habían contagiado con su odio a don Sandalio Suárez, el comisario de policía. Los tres, saliéndose de madre, protestaron violentamente contra los proyectos electorales de sus jefes (las listas les llegaban siempre hechas de la ciudad, y ellos las hacían votar a ojos cerrados, obedeciendo al Gobernador) y declararon que no votarían jamás aquella, si no era modificada de acuerdo con sus deseos, eliminando la candidatura ingrata de Cirilo Gómez; y, lleganco en su indignación a la amenaza, juraron que, en caso de ver desairada su justísima exigencia, harían abstenerse a «sus amigos», dando el triunfo a la oposición, que se envalentonaría enormemente con ese primer éxito que le caería de arriba...

Esto agitó hasta la convulsión al pacífico pueblo de Los Sunchos, desencadenando pasiones y ambiciones. En tan graves circunstancias, don Higinio asumió su papel de caudillo, predicó la moderación, el mantenimiento de la disciplina a todo trance, y se encargó de arreglar personalmente las cosas, de manera que todos quedaran satisfechos -todos menos el candidato que hoy llamaríamos boicoteado-. Iría a la ciudad, se pondría de acuerdo con los jefes del partido oficial, ¡hasta verla al Gobernador si era preciso! Le dieron plenos poderes, y, preparándose para el viaje y la campaña política, aquella misma noche me llamó:

-¡Muchacho! -me dijo-. Tengo tu suerte en la mano. No estaba esperando más que una «bolada» y o que ésta no me la quite nadie. Aunque todavía no tengas la edad, te vamos a hacer diputado. Así, como suena, diputado.

Me quedé estupefacto. En mis sueños más ambiciosos no me había atrevido a esperar semejante ganga sino para muchos años después, y eso vagamente. De simple empleadillo de la Municipalidad -pues aunque el sueldo aumentado ya varias veces era crecido, no se me había dado función alguna, por la sencilla razón de que no la ejercería-, de simple empleadillo de la Municipalidad a diputado a la Legislatura de la provincia; era tan grande el salto!...

-¿De veras, don Higinio? ¿No me está titeando? -logré preguntar por fin-. ¿Con qué títulos?

-«Sos» hijo de tu padre y un poco hijo mío, si me salgo con la mfa... que me he de salir. ¡No! Si no soy ciego y no tenés para qué hacer aspavientos. Claro, que si Teresa fuera macho, no te caería la ganga... Pero viene a ser lo mismo... Yo me entiendo, y cuando llegue el momento... La muchacha y «vos» sois muy jóvenes todavía... Bueno, pues, además del nombre de tu tata y de mi protección, tenés tus trabajos: has escrito en *La Época*.

En efecto, con el contagio de la redacción, había garabateado uno que otro sueltacito, una que otra diatriba más o menos calumniosa o epigramática contra nuestros adversarios.

-De la Espada, como que es gallego, no puede pretender otra cosa que un poco de platita, y se la caremos. Será el primero en cacarear que «sos» el alma del diario y el mejor elemento del partido. En fin, ésta es cosa mía, y podés estar seguro de que no me la quita nadie.

Yo tenía fiebra. No sabía lo que me pasaba, no podía estar quieto, ni hablar; hubiera bailado, corrido. Entretanto, don Higinio me reservaba una sorpresa más importante todavía, si se mira bien.

-Serás diputado -continuó- y tendrás una fortunita. Vengo pensando en eso desde hace mucho, y crec que por fin he dado en el clevo. Apenas te sentés en tu banca de la Legislatura, yo haré que la Municipalidad mande abrir las calles Santo Domingo, Avellaneda, Pampa, Libertad, Funas y Cadillal, que están cortadas por tu chacra. Naturalmente habrá que pagarte el valor del terreno que te quiten, es decir, unas veintitantas mil varas cuadradas, y te las han de pagar bien. Te quedarán, entonces, nada menos, veintiséis manzanas de pueblo, en el mismo riñón, como se dice. Siguiendo mi mal consejo, podés vender dos o tres de las más afuera para hacer veredas y tapias con esa platita. Lo que quece, a la larga será toda una fortuna, aunque ahora valga poco. Si el país sigue adelantando, de repente vas a ser más rico que Anchorena. Y no te digo más.

Lo abracé, bailando.

-¡Oh, don Higinio, cómo le podré pagar!...

Me apartó sonriente, y, meneando su cabeza de león manso, se puso a armar con cachaza un cigarrillo negro. Después agregó con calma un poquito conmovida:

-Yo no te pido nada. Sé lo que valés y te tengo confianza... Además, también lo hago por Teresa, que te quiere mucho y será una compañera de mi flor... Eso te lo garanto porque los Rivas somos todos como platita labrada, muy «derecho viejo», más leales que un perro... Y ahora, muchacho, tené mucha paciencia y estate muy calladito la boca, no sea cosa que nos corozcan el juego.

Y me mandó que me fuera, sin querer escuchar mis protestas de gratitud.

- XV -

Teresa me contó aquella noche que la casa era una romería desde que don Higinio se había encargado de arreglar aquel asunto. Sabiéndolo con una diputación en la mano, chicos y grandes iban a pedírsela y o colmaban de ofrecimientos, de promesas, de manifestaciones entusiastas. El viejo no soltó prenda. Todos se marchaban creyendo en la posibilidad de resultar agraciados, pero sin ninguna palabra decisiva: enumeraba los méritos de cada uno, en su presencia, alababa los servicios prestados a la causa, decía con aire protector «varemos lo que piensan en la ciudad», y daba sendos apretones de mano. Los pechos de todos los ambiciosos de Los Sunchos palptaban como el de un solo hombre en vísperas de un gran acontecimiento feliz, y algunos me hicieron confidente de sus esperanzas, y hasta solicitaron mi apoyo, suponiendo que tenía cierta influencia con don Higinio. Este período de satisfacción, de beatitud, pasó pronto, sin embargo, dando lugar a otro de irritabilidad e inquina. Despertáronse de pronto los recelos, y Los Sunchos se convirtió en un semillero de intrigas. Medio pueblo habló pestes del otro medio, porque cada cual quería despejar de competidores el campo de la acción. Sólo yo resultaba indemne en aquella lucha a dentellaca limpia, porque nadie me creía con la menor probabilidad de llevarme la presa.

La Época, inspirada por don Higinio, dijo que los aspirantes, por muy legítimas que fueran sus ambiciones, eran demasiado numerosos, que la ardiente competencia iniciada ponía en peligro la disciplina del partido, dando un pésimo ejemplo de discordia, y que se imponía a todos los pretendientes en general, como una prueba de generosos sentimientos y altas ideas, deponer sus pretensiones en el sagrado altar de la patria. Agregaba que el nuevo candidato sería designado por los jefes del partido, es decir, en la capital de la provincia, porque, dada la disconformidad de las opiniones, algunas egoístas, fuerza es decirlo, las circunstancias imponían una decisión completamente imparcial, que sólo allí podría obtenerse. Y así, nadie tendría luego, motivo de queja.

En el número siguiente el editorial de de la Espada apareció doctrinario, sin ausones a persona alguna, según creyeron los lectores. Era indudable que, en la perplejidad de la designación, el diario oficial se daba un compás de espera. Sin embargo, el diario decía, nada menos, que había llegado el instante histórico de dar paso a las nuevas generaciones, de llevar al gobierno del país a los hombres nuevos que habían demostrado amplitud de espíritu, respeto a las instituciones, aptitudes de iniciativa, amor al progreso. Cuando los altos puestos públicos, desde la presidencia abajo, estén refrescados por sangre juvenil, será como si la nación entera recobrase una nueva y vigorosa juventud. En épocas de revueltas y trastornos, la experiencia de los ancianos es el mejor instrumento de gobierno; en épocas de paz y de prosperidad, el entusiasmo de los jóvenes es lo que conduce a mayor felicidad y a más riqueza. Nadie supuso que

aquel articulejo preparaba el lanzamiento de mi candidatura, aunque en Los Sunchos se hilara muy delgado, y fue porque estas generalizaciones no son para sintetizarlas gente primitiva y en el fondo cardorosa.

Don Higinio se había marchado a la ciudad y me escribía casi diariamente, enviándome las cartas con el mayoral Contreras su hombre de confianza, como lo había sido de Tatita. En sus cartas me señalaba punto por punto, lo que debía hacer para complementar sus propios trabajos.

Por indicación suya, los miembros del comité local (va a decir las autoridades del pueblo) organizaron un mitin para determinar públicamente cuál iba a ser la actitud del partido. En él se rechazaría sin apelación la candidatura de Cirilo Gómez, pero, para demostrar que esto no era una rebelión, sino una desobediencia forzosa, que en nada menoscababa la disciplina, se declararía solemnemente, bajo juramento, si se consideraba necesario, que el partido votaría en masa, como un solo hombre, el nuevo candidato -quienquiera que fuese-, designado por el comité central. «Sólo así -escribía don Higinio-, se sustituiría fácilmente a Gómez y seguiremos gozando del favor del gobierno».

Aque la mañana, en el vasto corralón de Varela, se reunieron unos cuantos centenares de personas -gente del campo y peones municipales, en su mayoría-, capitaneados por Casajuana, Guerra y Suárez, a quienes servíamos de tenientes Miró, Valdés, Martirana, Antonio Casajuana, el doctor Merino, de la Espada, yo y otros. Se había preparado un asado con cuero -una vaquillona carneada probablemente en la estancia de algún opositor-, y las damajuanas de vino y las «frasqueras» de ginebra prometían un gran entusiasmo popular. En este animado escenario me estrené como orador, repitiendo, palabra más, paabra menos, algunos editoriales de de la Espada.

«Hay que sacrificarlo todo generosamente por el bien del país. Las ambiciones desmedidas de algunos ciudadanos suelen poner en peligro la marcha de nuestro partido, el más noble, el más puro, el más progresista, el único que se ha mostrado capaz de gobernar... Esas ambiciones deben ser arrancadas de raíz, como la mala hierba. Si los ambiciosos no renuncian voluntariamente a ellas, los verdaderos patriotas *deben quebrar sus apetitos en sus propias manos como un arma funesta* (frase original, calurosísimamente aplaudida). Además ya es hora de que se abra paso a los hombres nuevos. En la política, como en la milicia, hay una edad para el retiro, y el gobierno, como el ejército, debe completarse con sangre joven. Y por último, a nada aspiro personalmente, nada deseo, pero mi mismo desinterés me autoriza a recomendar a mis correligionarios la más severa disciplina y la más estricta obediencia a los mandatos de nuestros jefes. Señores: ¡Viva el partido provincial! ¡Viva el Gobernador de la provincia!»

No insistiré en la ovación que se me hizo ni en las escenas que siguieron, dignas del mismo Pago Chico, no ya de Los Sunchos. Pero necesito decir que al otro día *La Época* proclamó que me había revelado orador brillantísimo, pensador profundo y uno de los cerebros mejor dotados de país, que de mí debía esperar maravillas. Los demás «discursantes», que los hubo en gran número y a cuál más ardoroso, se eclipsaron ante el astro nuevo, y en la «alta sociedad», así como en los modestos corrillos, alguien comenzó a hablar de Mauricio Gómez Herrera como de un muchacho de gran porvenir, que se estaba malgastando en aquel rincón. Como con esto se tiraba a matar a los «orohombres» de que todo el mundo estaba harto, la apreciación cundió, especialmente desde que los diarios de la ciudad, a instancias del viejo Rivas, transcribieron los artículos y sueltos de *La Época*, poniéndome por su cuenta en los cuernos de la luna.

Tomé con esto, involuntariamente, un aire misterioso, y de la noche a la mañana me hice un hombre grave, más grave quizá de lo que conviniere para no dejar traslucir mi secreto. Había adquirido enorme importancia, y una de las manifestaciones exteriores de ello era que las principales familias hallaban modo de invitarme a sus tertulias, a almorzar, a comer, cosa que antes ocurría muy de vez en cuando. Yo no paraba un momento en casa, con gran pena de Mamita que, si hasta entonces sólo me veía a las horas de comer, desde entonces ya no me vio a ninguna hora, si no es por las mañanas, mientras dormía... Aprendí con esto los rudimentos de la vida social (¡en Los Sunchos!) que tanto debía cultivar más tarde. Había sido un oso, pero las mujeres son tan amables, cuando quieren, que me sorprendí de no haber frecuentado más la sociedad... No; aventuras no tuve. Me faltaba atrevimiento, y, por otra parte, la bendita chismografía y el santo espionaje de los pueblos pequeños, como una especie de cinturón de honestidad, hacen a las mujeres recatadas y hasta virtuosas, mientras no interviene la verdadera pasión.

En fin, cuando se lanzó mi candidatura, única por el mismo gobierno, pocos días antes de las elecciones, mi designación sorprendió a muy poca gente: estaba en el aire, sembrada esporádicamente por don Higinio, de la Espada y los demás amigos. La única persona que se sorprendió y se asustó fue Mamita. En cuanto supo mi proclamación aceptada sin objeciones, con la mayor disciplina, impulsada por su misticismo icónico, empezó a encender velas ante una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, pero nunca quiso decirme si lo hacía para que saliera o no saliera diputado... Sospecho lo último.

La elección fue canónica, porque en Los Sunchos como en todas partes, estaban vedadas a los opositores, que desde tiempo inmemorial se limitaban a protestar las elecciones ante escribano público, sin más resultado que dejar un documento para la historia, que probablemente no lo utilizará jamás. Mauricio Gómez Herrera resultó diputado, como se proclamó aquella misma noche, calurosa y clara, de un domingo de marzo, entre los estampidos de las bombas de estruendo y los pasodobles de la charanga municipal. En el comité hubo fiesta que se continuó en el club, donde se destaparon algunas botellas de chambafia e innumerables de cerveza. Yo tuve que brindar con todo el mundo y con todos los líquidos.

Muy tarde, casi a la madrugada, me vi por fin libre de las amables imperinencias del triunfo. Muchos me acompañaron hasta la puerta de la casa, pero, adentro ya, no sé por qué se me ocurrió que Teresa estaría en la huerta, pese a la hora intempestiva como una esposa abnegada que aguarda al marido calavera. Y, en la satisfacción de la victoria, que ablanda los corazones, cuise que, en tal caso, la tonta fuera feliz. Esperé a que mis acompañantes, que cantaban entusiasmados, estuvieran lejos, atravesé la calle y entré en la huerta, casi seguro de no encontrar a nadie, aunque esto hubiera lastimado mi amor propio... Pero allí estaba la muchacha, agitada y nerviosa.

-Ya creí que no vendrías -me dijo con su voz cantante-. El señor diputado se hace decear... Tenés razón... Lo único que ziento es que ahora te me irás...

-Me iré... Me iré; pero volveré a cada rato. ¡Estamos tan cerca de la ciudad!

Me había echado los brazos al cuello y se empiraba para, en medio de la oscuridad ver y hacerme ver, en mis ojos y en los suyos, el reflejo de las estrellas que poblaban el cielo, titilantes e innumerables.

-¿Vendrás a menudo? -preguntó mimosa.

-¿Cuántas veces pueda.

-¡Sí! Es preciso que vengas -y recalcó exageradamente el «es preciso»-. No sé todavía... Pero me parece que tengo que decirte... una cosa...

Me dio un calofrío, tanto temor y tanta alegría vibraban a la vez en sus palabras. ¿Sería?

Pero la insólita entrevista no se prolongó, ni era posible que se prolongara, porque ya comenzaba a amanecer.

Como si se hubiera puesto de acuerdo con Teresa para darme mala espina, de la Espada, en medio de las embriagadoras congratulaciones del día siguiente, en un momento en que nos quedamos solos, me dijo con una cómica solemnidad que era exclusivamente suya:

-Mira, chico, yo no quiero meterme en danza; pero debo decirte una cosa. Se está hablando demasiado de tus relaciones con Teresita. Ya te han visto entrar muchas veces en su casa, entre otras anoche mismo, y el «comadreo» es tremendo y va a ser terrible. Yo no sé, tanto se habla, cómo don Higinio no ha caído en cuenta todavía... será porque es el más interesado. Pero no te fíes. Mira de quién se trata y andate con tiento. Si es que no te propones lo mejor, que sería... santificar las fiestas. Don Higinio no es de los que se llevan de las narices y puede darte qué sentir.

La misma perplejidad en que me hallaba me permitió contestar en broma al «galleguito», negando toda importancia al problema que, sin embargo era trascendental y me preocupaba hondamente, hasta imponerme la obsesión de esta preguntita: «¿Será?»...

Era. Nochas después, Teresa me reveló el, para ella, terrible y encantador secreto.

-Tenemos que casarnos pronto, muy pronto, queridito -me dijo, acariciéndome las mejillas con las palmas de las manos-. Ya no es posible esperar más de veras... Después, sería un bochorno... ¡Y Tatita! ¡Qué diría Tatita! Sería capaz de matarme... Y yo... yo me moriría de vergüenza...

Rehuf toda respuesta comprometedora, puse de relieve, como dificultades precisamente todas las facilidades del momento -tan propicio-, pero sin mala intención, aunque nadie lo crea, sin segunda intención ¡lo juro! Sólo por instinto, como un ademán subconsciente que me defendiera de un peligro imprevisto, atávicamente revelado a no sé qué parte de mi ser. Y, dominada o atontada por mi elocuencia, Teresa se tranquilizó, me abrazó, me besó, me hizo mil caricias, y, en la decisión completa de su cuerpo y de su alma, hasta prometió no decir nada a don Higinio mientras yo no se lo mandase.

Una vez a solas, me di cuenta del atoladero en que me había metido. ¡Qué a punto venían las insinuaciones de de la Espada! Si hubiera hablado meses atrás... Pero, como dicen las comadres: «Después del niño ahogado... ¡María, tapa el pozo!» ¡Bah! Todavía nadie se ha muerto de eso. En el peor de los casos no tendré de qué quejarme. Pero...

La verdad, la verdad es que prefería no casarme porque aquella muchacha carecía de atractivos, o si los tenía eran menores cada vez. Teresa no me interesaba, o me interesaba poco, ya sin prestigio ni misterio, con sus grandes ojos de ternera comecruda, su cutis de magnolia, su ceceo infantil, su candor de paisanita.

Eso está bueno para pasar un rato; pero toda la vida!...



BIBLIOTECA VIRTUAL DEL CIRCULO CRIOLLO EL RODEO

“Las veladas del tropero” Godofredo Daireaux

Advertencia

La narrativa de la pampa porteña, acentuadamente realista desde Echeverría hasta Güiraldes y Lynch, se renueva con Godofredo Daireaux gracias a la introducción del elemento fabuloso, tan arraigado en las literaturas populares.

Los relatos que forman Las Veladas del Tropero, sin duda el conjunto más representativo del autor, se desarrollan dentro del acostumbrado escenario de la antigua estancia criolla, matizado, por algún tímido ensayo de chacra, con los proverbiales paisanos de carne y hueso; pero casi siempre se mezcla con ellos un personaje sobrenatural que imprime a la historia rumbos insólitos para la preceptiva de nuestros narradores. Y es este personaje el mismísimo Mandinga, quien aparece donde menos se piensa y cuando menos se espera, bajo disfraz humano, se apodera de los hilos del relato y los enreda y desenreda taumatúrgicamente, cual corresponde a todo diablo literario.

Sin embargo, no se trata de un demonio injerido entre los hombres para inducirlos en pecado y engrosar con sus almas las desbordantes muchedumbres del infierno, según es común en literatura; al contrario, toda la mágica actividad de Mandinga en la pampa de Daireaux está enderezada a salvar a sus felices moradores de pecados capaces de nutrir su proceso condenatorio. Y cuántos ingeniosos recursos emplea este paradójico Luzbel, metido a moralista pero no a predicador, con el propósito de encaminar a los buenos gauchos de los cuentos hacia el seguro terreno del bien, tan injustamente despresigiado en las ficciones luciferinas. Ya se encama en un criollo viejo para premiar la generosidad de Gabino con una olla milagrosa, donde siempre sobra carne sin que disminuyan las majadas; ya sobreviene con su «cara tan característica, de nariz tan curva, de barba tan puntiaguda, de ojos tan relucientes», para invitar a Agapito a domar sus potros indomables; o se transforma en misterioso buey corneta, silenciosamente acusador cada vez que algún paisano cae en tentación de abigeato.

Desde luego, debemos dividir cuanto se nos ha referido sobre este espíritu tenebroso, si queremos comprenderlo en la interpretación de Daireaux. «Creía don Calixto, lo mismo que la mayor parte de los paisanos -¡son tan ignorantes!- que de Mandinga no se pueden esperar mas que males y perjuicios» -dice en uno de los relatos-. «No sabía -nadie se lo había enseñado- que al hombre servicial y bueno que le cae en gracia, dispensa éste, el día menos pensado, los más inesperados favores.» (Por eso a don Calixto, puestero dadivoso, lo enriquece convirtiéndole un zapallar en majada de ovejas.)

Aunque el más importante, no es Mandinga el único ser sobrenatural «de los muchos que existen en la pampa» que interviene en las narraciones del tropero, ni actúa siempre él personalmente, mezclándose en las acciones humanas; a menudo, su influencia llega por la vía indirecta de algún instrumento prodigioso: bombillas que se tapan al oír mentiras, estacas que protegen al poblador progresista, guitarras que conceden cuanto se les pide, ranchos hechizados para castigo de codiciosos, huevos de avestruz llenos de gratas sorpresas... Maravillas que, según el autor, no tienen «nada de extraño, pues todos saben que hay en la pampa muchas cosas ocultas y seres invisibles cuyos actos nadie podría explicar, pero que tampoco nadie puede negar». De ahí que hasta los personajes irreales de Daireaux sean absolutamente autóctonos, pues no hay necesidad de «pedir prestados seres y figuras, hadas y genios, espíritus y fantasmas a todos los países habidos y por haber, teniéndolos en la pampa, criollazos, innumerables y lo más dispuestos a responder en el acto de su evocación».

Si bien la anclada preocupación moralizadora uniforma algo los desenlaces, y llega a tornarlos un poco pueriles, la vivaz naturalidad del relato, jugosamente criollo e impregnado de suave humor, la humanidad de los personajes, no ahondada pero veraz, y la frescura del paisaje, sin aderezos retóricos, se conciertan graciosamente para comunicar espontáneo y sostenido interés al presente libro. Aumenta además sus méritos la fluida limpidez del lenguaje, castizo dentro de su marca americana, real sin crudeza, pintoresco sin vulgaridad, metafórico sin conceptismo, y de equilibrada lexicografía vernácula. Virtudes estas que, sumadas, colocan a Las Veladas del Tropero entre las obras gauchescas - aun sin exceptuar las de mayor jerarquía literaria- más adecuadas para lectura, dentro y fuera del aula, de la juventud estudiosa, destinataria preferente de la colección Síntesis de Cultura.

Godofredo Daireaux, nacido en París en 1839, llegó a nuestra tierra en las postrimerías de la presidencia del general Mitre, y se dedicó a la enseñanza secundaria. Dictó cátedra en el Colegio Nacional de Buenos Aires y fue, por corto tiempo, inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal. La pampa no tardó en concederle carta de ciudadanía criolla. Su apasionado amor por nuestra vida rural se hizo arte en Tipos y paisajes criollos. Cada mate un cuento. Los Dioses de la Pampa, Recuerdos de un Hacendado y Las Veladas del Tropero; y se hizo didáctica en Manual del Agricultor Argentino y Cría del ganado en la República Argentina. Sus libros literarios, publicados por la famosa biblioteca «La Nación», fueron muy celebrados por los lectores de principios de siglo. Y volverán a ser gustados ahora, cuando hay mayor inclinación por la narrativa autóctona, pues no han envejecido.

Prólogo

¡Miren que sabía de cosas ese hombre...!

Vecino del Azul, desde cuando era pueblo fronterizo, capataz de un resero, durante veinte años, había recorrido con él, incansablemente, toda la pampa del Sur, y de todo lo visto, oído o adivinado en sus viajes, le daba por sacar unas historias tan interesantes, tan lindas, que conseguía mantener despiertos a los compañeros toda la noche, si así lo exigía la seguridad de la hacienda.

Gracias a él, siempre encontraba su patrón peones para sus arreos, con menos trabajo y a menor precio que cualquier otro tropero, pues todos sabían cuán lindo era viajar bajo sus órdenes, y se le ofrecían, de todas partes, los aficionados. No ignoraban que para el trabajo, nadie era más delicado, y que más de una noche tendrían que pasar en vela, pero también sabían que la velada se la pasarían -fuera de sus horas de ronda- escuchando alguna historia entretenida o alguna conseja maravillosa, de esas que hacen olvidar al más pobre las asperezas de la vida, arrebatan en sueños dorados al más desgraciado y borran, por un rato, de su memoria la más triste realidad, capaces hasta de infundir calor de abrigado hogar a las espaldas, azofadas por el viento, del peón acurrucado en la paja mojada, bajo el poncho empapado.

Toda alma ingenua necesita cuentos, lo mismo que toda criatura necesita leche; alimento liviano y sutil de la primera edad, que mantiene sin cansar. Y por esto es que todos los pueblos primitivos han tenido sus leyendas, sus fábulas, sus relaciones de aventuras, de viajes extraordinarios, de combates heroicos, de amores célebres; sus tradiciones mitológicas, sus historias milagrosas, religiosas o profanas; y nuestro capataz seguramente pensaría que, como cualquier otro, bien podría el gaucho tener los suyos.

Por lo demás, era cosa de creer que hubiera tenido ocasión de comunicarse personalmente con algunos seres sobrenaturales, de los muchos que existen en la pampa, y que éstos le habían confiado sus secretos, pues bien se conocía, al oírlo, que no eran mentiras lo que estaba contando. Si bien en sus cuentos solían aparecer personajes tanto misteriosos y suceder acontecimientos incomprensibles para cierta gente, no tenía esto nada de extraño, pues todos saben que hay en la pampa muchas cosas ocultas y seres invisibles cuyos actos nadie podría explicar, pero que tampoco nadie puede negar.

No se puede asegurar que, de vez en cuando, no agregase a la verdad algo de lo suyo; pero, ¿quién no comprenderá que, en las largas horas de ronda y de arreo, puedan nacer en el alma embelesada por los misteriosos conciertos del nocturno silencio pampeano y por los maravillosos espectáculos de la naturaleza sobreexcitada por las grandiosas y terribles manifestaciones de sus repentinas iras, mil figuras extrañas, de dudosa realidad quizá, pero que la imaginación cree verdaderas?

Por lo menos, ninguno de los auditores nunca se hubiera atrevido a dejar entender a ese hombre que le quedara una sombra de duda por todo lo que él narraba, de miedo de perturbar la paipitante relación y de cegar, quizá para siempre, el fantasmagórico manantial de sus invenciones ingeniosas.

¿Invenciones? ¡Claro! ¿Quién, sino él, las contó jamás?

Lo que, inconscientemente, por lo demás, gustaba sobremanera a su auditorio es que en todos los cuentos sólo actuaban personajes netamente criollos, en ambiente pampeano puro. Otros que él, por supuesto, les habla, a veces, alrededor del fogón, contando cuentos prodigiosos, pero en ellos hablaban de reyes y de príncipes, de reinas y de princesas, de monstruos y de bellezas encantadas, de tesoros fabulosos y de pedrerías, como si jamás hubiese habido en la llanura gente de esa laya, ni mayores riquezas que modestos aperos de plata y buenos caballos. Los santos y la Virgen peleaban, en ellos, a menudo, con Mandinga, y siempre lo vencían y lo maltrataban; ¡como si hubieran sido mejores gauchos que él y le hubieran podido enseñar a domar y a manejar el lazo!

Cantidad de otros personajes, procedentes quién sabe de dónde, cruzaban por aquellas historias, divertidas, sin duda, pero con un tufo exótico que impedía que ni por un momento se pudiese creer en su veracidad. ¿Qué necesidad había de ir a pedir prestados seres y figuras, hadas y genios, espíritus y fantasmas a todos los países habidos y por haber, teniéndolos en la pampa, criollazos, innumerables y lo más dispuestos a responder en el acto a su evocación?

¡Y qué lindamente los evocaba nuestro tropero...!

Sucedió que, una noche, después de haber dejado con tres hombres la tropa que conducía, de novillos tan ariscos que no se atrevía la gente a prender un cigarro, de miedo de asustarlos, se había agachado con los demás peones entre las pajas para contarles un cuento. Y apenas empezaba, cuando se vieron relucir en las tinieblas los ojos redondos de los mismos novillos del arreo, que rodeaban, inmóviles y silenciosos, al grupo y escuchaban al narrador con profunda atención.

G. D.

El buey corneta

«Nunca falta -dice el refrán- un buey corneta»; y la verdad es que, tanto entre la gente como entre la hacienda, nunca falta quien trate de llamar sobre sí la atención, aunque no sea más, muchas veces, que por un defecto.

A pesar de refrán, don Cirilo, en su numeroso rodeo de vacas, y entre los muchos bueyes que siempre tenía para los trabajos de su estancia, o para vender a los chacareros, no tenía, ni había tenido jamás, ningún buey de esa laya. Tenía para con ellos antipatía instintiva, y cuando, por un capricho de la naturaleza o por algún accidente, uno de esos animales salía o se volvía corneta, en la primera oportunidad lo vendía o lo hacía carnear.

Y por esto fue que, una mañana, al revisar su rodeo, extrañó ver entre sus animales un magnífico buey negro, con una asta torcida. «¿De dónde habrá salido éste?» -pensó-, y aproximándose a él, para mirarle la marca, se quedó estupefacto al conocer la suya propia, admirablemente estampada y con toda nitidez en el pelo renegrido y lustroso del animal.

Y la señal, de horqueta en una oreja y muesca de atrás en la otra, confirmaba la propiedad.

Quedó don Cirilo caviloso tratando de acordarse en qué circunstancias podría haberlo perdido, y sobre todo, de adivinar por qué casualidad podía haber vuelto a la querencia un buey de esa edad que seguramente faltaba del rodeo desde ternero. No pudo hallar solución y quedó con la pesadilla: pesadilla, al fin, fácil de sobrellevar.

Y siguió ocupándose de lo que tenía que hacer en el rodeo es decir, de «agarrar carne», lo que para don Cirilo significaba carnear alguna res bien gorda, vaca, vaquillona o novillo, poco importaba, con tal que no fuera de su marca. Y como los campos todavía no estaban en ninguna parte alambrados, nunca dejaban de ofrecerse al lazo animales de la vecindad.

Echó pronto los puntos a una vaquillona gorda, en la cual ya, dos o tres veces, se había fijado, y desprendiendo el lazo -pues le gustaba operar él mismo-, la anduvo apurando con un peón para que saliera del rodeo. Ya estaban en la orilla, cuando la vaquillona, dándose vuelta de repente, se vino a arrimar al buey corneta que, lo más pacíficamente, estaba allí rumianco y mirando con sus grandes ojos indiferentes y plácidos.

Al dar vuelta para seguirla, el caballo de don Cirilo resbaló y pegó una costalada tan rápida, que si no hubiera sido éste buen jineta, sale seguramente apretado.

Volvió a montar y a perseguir: pero sólo fue después de unas chambenadas, como nunca le había sucedido hacerlas, que logró enlazarla; y ya se iba acercando el capataz para degollarla, cuando reventó el lazo, haciendo bambolear el caballo, mientras que la vaquillona, muy fresca, se mandaba mudar trotando, con la cola parada en señal de triunfo, llevándose a armada en las aspitas, y la mitad del lazo a la rastra.

Derechito se fue, adonde estaba parado el buey corneta, como para contarle las peripecias por que acababa de pasar, y el buey parecía escucharla con interés, mirando con sus grandes ojos indiferentes por el lado de don Cirilo, quien, apeado en medio de los peones, contemplaba con rabia los restos de su lazo trezado, sin poder explicar cómo se había podido cortar semejante huasca con el esfuerzo de un animal tan pequeño.

Renunció por ese día a carnear la vaquillona, y volviendo a las casas, entró en el corral de las ovejas, las que todavía no se habían soltado por el mucho rocío; amarró la majada en una esquina del corral, y con el cinchrón quiso enlazar un animal cuya señal cantaba claramente que era de un vecino. Pero era día de tan mala suerte, que el cinchrón, no se sabe cómo, detuvo por el pescuezo un capón de propiedad del mismo don Cirilo, mientras el otro disparaba brincando.

Don Cirilo, ya disgustado por demás, se contentó con lo que, sin querer, había agarrado, y sacando afuera del corral el capón de su señal, lo degolló, renegando.

Al levantar la cabeza, vio a cien metros de él al buey corneta, que, mirándolo con sus grandes ojos indiferentes, comía, con mil precauciones para no pincharse, y con toda la atención de un goloso que prueba un bocado elegido, la alcachofa de uno de los pocos cardos de Castilla que, todavía escasos, crecían cerca de las poblaciones.

Don Cirilo, al ver el animal, volvió a pensar que presentaba ésta un caso singular de vuelta a la querencia, sobre todo, que, estando gordo, y siendo, como parecía, muy manso, era extraordinario que no hubiese encontrado por allá quien lo aprovechase para toda una rica serie de pucheros. Pero de ahí no pasó en sus reflexiones, y se fue para su casa, dejando que los peones desollasen a res sacrificada.

Al día siguiente, con Cirilo, apenas en el rodeo, vio, detrás del buey corneta, la vaquillona que le había valido una rodada y la pérdida de un lazo.

No tuvo necesidad esa vez de echarla del rodeo para poderla enlazar: pues ella le garó el trón, y mientras el buey corneta miraba a don Cirilo con sus grandes ojos plácidos, éste echó a correr con dos peones para alcanzarla. Pero el animal parecía galgo: en su vida don Cirilo había visto disparar tan ligero, correr tanto tiempo y dar tantas vueltas, ningún animal vacuno; sin contar que ya que iba cerniéndose en su cabeza la armada traidora, como relámpago, daba media vuelta, cayendo el lazo en el vacío, o bien se paraba de golpe, dejando que pasase por delante. Nunca, ninguno de los gauchos allí presentes había visto cosa igual, y no dejaba de empezar a cundir entre ellos cierta sospecha que les hacía a veces errar el tiro adrede. Don Cirilo, sin embargo, acabó por meterle lazo, y la pudieron degollar. Pero era carne tan cansada, que durante cuatro días todo el personal de la estancia -menos un peón viejo que prefirió no comer más que galleta- y toda la familia de don Cirilo, incluso él por supuesto, que había comido más que ninguno, todos anduvieron enfermísimos y como envenenados.

Para desquitarse, don Cirilo cortó el cuero de la vaquillona, y aunque fuera algo delgado, pudo sacar de él muchos cabestros buenos, que hacían justamente mucha falta en la estancia. Pero salió tan fofo el cuero, que bastaba que se atase un caballo con uno de los dichosos cabestros para que lo cortase y se mandase mudar; y costó esto tres o cuatro recados, desparramados entre los cañadones por caballos que dispararon ensillados. Iba saliendo cara la vaquillona.

El buey corneta, él, seguía comiendo con precaución alrededor de las casas las alcachofas espinosas de los cardos de Castilla, mirando con sus grandes ojos indiferentes a don Cirilo, cada vez que con él se encontraba.

Una mañana de neblina cerrada que don Cirilo había salido solo, no se sabe a qué diligencia misteriosa, de repente dio con el buey corneta. Entre la espesa gasa de la cerrazón, le pareció enorme el animal; y su silenciosa masa, sus grandes ojos indiferentes clavados en los suyos, hicieron sobre don Cirilo, emparedado a solas con él entre la flotante humedad de la neblina, una impresión de tan invencible inquietud, casi de terror, que por poco le hubiera dado

explicaciones, como a un juez, para excusarse, y demostrarle que tampoco los vecinos eran santos, pues a menudo le pegaban malones, comiéndole las mejores vacas y los capones más gordos.

Al tranco, pasó cerca del buey corneta, sin que éste se moviera ni dejara de mirarlo con sus ojos, que, de grandes, parecían los de la conciencia; hasta que, enojándose contra sí mismo, contra el buey, y contra las ideas locas que éste le había hecho brotar en la cabeza, quiso don Cirilo emprender otra vez la carrera hacia el punto de cta que había indicado a su gente para llevar a cabo la diligencia misteriosa a que iba. Pero en este momento, el caballo rindió la mano de modo tan terrible en una cueva de peludo, que antes que pudiera pensarlo estaba tendido en el suelo don Cirilo, como cualquier murrango, y con la muñeca recalçada.

Tuvo a la fuerza que descansar unos cuantos días, durante los cuales, más de una vez, pasó por su memoria la figura del buey corneta, enorme, renegrado, con su mirada fatídica. Y como, justamente, mientras se estaba acordando de él, le viniera el capataz a avisar que, desde dos días, faltaban del campo, sin que se les pudiera encontrar en ninguna parte, unos caballos ajenos que, desde mucho tiempo ya, se tenían para los trabajos más penosos, don Cirilo no pudo dejar de exclamar que ya, para él, sin duda alguna, el buey era algún mandado de Mandinga.

-De otro modo -dijo-, ¿cómo será que desde que anda por mi campo, sin que se sepa de dónde ha salido, no se puede carnear a gusto ni utilizar un ajeno?

Y entre sí resolvió que no pasarían muchos días sin que le viera el cuero al revés al maldito animal, y esto, a pesar de ser de su marca.

Mientras tanto, y como las malas mañanas nunca se van así no más, en un abrir y cerrar de ojos, ya que se le compuso la mano lo bastante para poder trabajar, pensó en contraseñalar unas diez o doce ovejas ajenas que, desde días atrás, andaban mixturadas con su majada. Eran de una vecina, viuda, con bastantes hijos y comacre de don Cirilo: de una mujer que, si la hubiera pedido cualquier servicio, se lo hubiera prestado, no sólo con gusto, sino hasta sacrificándose, pero la tentación de apropiarse animales ajenos era para don Cirilo tan fuerte, que ni en este caso la resistió.

Y mientras trataba de modificar artísticamente la señal de la primera oveja que encontró a mano, se le resbaló el pie, no se sabe cómo el animal sacudió la cabeza y don Cirilo se plantó la punta del cuchillito de señalar en la mano izquierda. Se levantó, echando pestes, y al aproximarse a la puerta del corral para ir a las casas a hacerse curar la herida, casi tuvo, para pasar, que hacer retirar al buey corneta, que, plácidamente, se rascaba la paleta contra un poste.

No dijo nada don Cirilo, pero miró al buey como para matarlo con los ojos.

Y con todo, no se atrevió a dar orden de carnearlo; y, cosa quizá más rara, durante ocho días, pareció no acordarse que hubiera ajenos en el rodeo y en la majada, y mandó carnear de la marca del establecimiento. El capataz y los peones extrañaban, por supuesto, pero no tanto como se hubiera podido creer, porque también ellos le tenían singular recelo al corneta negro.

La carne le pareció algo dura a don Cirilo durante una temporada, y vigiló -lo que antes nunca había soñado en hacer-, que su señora no la dejase malgastar en la cocina, lo que le valió el excelente resultado de acostumbrarla a evitar desde entonces todo derroche.

No hubiera sido muy prudente, en esos días, de parte del capataz, el pedirle huascas nuevas, pues lo mismo que la carne, parecía que los cueros hubieran tomado un valor extraordinario.

Cuando se le hubo sanado la herida, y pudo volver al rodeo, lo primero que buscó fue, por supuesto, al buey corneta: pero tuvo, para verlo, que mirar lejos en el campo. Andaba solo entre las pajas y parecía tener pocas ganas de acercarse.

Don Cirilo lo contempló largo rato, y el fruto de sus reflexiones fue, sin duda, que, estando tan retirado el testigo indiscreto de sus hazañas, se podía, sin inconveniente, carnear algún ajeno, pues empezó a buscar la presilla del lazo. No la pudo desprender; parecía endurecido el cuero, y ya, mirándolo con sus grandes ojos indiferentes, estaba a su lado el buey corneta.

-¡Brujo maldito! -rezongó don Cirilo; pero enlazó una vaca vieja de su marca.

De vuelta a las casas, despachó un chasque a su comadre avisándole que en su majada tenía algunas ovejas de ella; y pasaron días y días sin que le viniera la idea -por lo menos al parecer- de carnear ningún animal que no fuera de él. Durante todo este tiempo, dio la casualidad que ni una sola vez se encontrara con el buey corneta, ni en el campo, ni en el rodeo. Qué cosa particular!, y aunque fuera suyo, no tenía gana alguna de volverlo a encontrar. No le tenía miedo, por supuesto, pero se encontraba, como quien dice, más a gusto sin él.

-Mejor, hombre mejor, que no haces falta ninguna por aquí -decía entre sí don Cirilo.

Pero una mañana que, justamente iba a acabarse la carne en casa, como andaba cruzando por el campo en un fachinal espeso, salió disparando delante de él una vaquillona gorda de la hacienda de su vecino don Braulio. Desató el lazo, y apurando el caballo, ya la iba a alcanzar, cuando, pesadamente, entre dos cortaderas, se evantó como un monumento, el enorme buey corneta, renegrado e impassible.

-¡Al diablo! -exclamó con Cirilo- con el intruso -y recogiendo el lazo, se volvió para su casa. Nada dijo a nadie, pero desde ese día, nunca permitió que se carnease sino de su marca, y aseguran que, desde entonces, no volvió a ver al buey corneta en su campo.

Y pasaron así unos meses, firme don Cirilo en su buena resolución, pero renegando siempre de los vecinos que sefulan, ellos, aprovechando las ocasiones. Particularmente, su antigua víctima, don Braulio, quien parecía mantenerse únicamente de la hacienda de don Cirilo.

Un día que había mandado pedir rodeo a ese vecino, para ver si apartaba los animales de su propiedad antes que se los comiese tocos, le llamó inmediatamente a atención al entrar entre la hacienda, un buey corneta renegrado, metido entre ella. No tuvo la menor duda que fuera el famoso buey de su marca que tan buenos y contundentes consejos le había dado: pero quedó muy perplejo. ¿Lo llevaría, ya que era de su marca o lo dejaría, no más, como olvidado? Y pensándolo, se aproximó al animal, mirándole maquinalmente al anca. Se quedó profundamente sorprendido: el buey llevaba, perfectamente pintada, la marca de don Braulio.

Como quien no quiere la cosa, le dijo entonces a éste don Cirilo:

-¡Qué lindo buey oscuro! Lástima que sea corneta.

-¡Hombre! -exclamó don Braulio-, me pasa con ese animal una cosa singular. Lo he visto aparecer de repente en mi rodeo, sin poder averiguar hasta el día de hoy, de dónde me sale ese buey con mi marca y mi señal, y sin que me pueda acordar cuándo ni cómo lo habré perdido. No me acuerdo haber tenido jamás un animal de esa laya.

Fingió admirarse don Cirilo pero guardó para sí sus reflexiones.

Como un mes después, ni quizá tanto, recibió de don Braulio un chasque, avisándole que en su rodeo había una punta de animales que se habían mixturado con los suyos y que haría bien de venirlos a apartar.

Si don Cirilo no hubiera visto el buey corneta en la hacienda de don Braulio, quizá se hubiera muerto de admiración en su hacienda este extraño animal tan desconocido, a pesar de ser de su propiedad, y poco a poco se volvieron todos los vecinos de aquellos pagos tan delicados para la carne ajena como si hubieran vivido en las costas del Gualichú, en tiempo de Rosas.

Había acertado. Don Braulio, cansado de pegar rodadas, de reventar lazos, de cortarse con el cuchillo, de enfermarse con carne cansada, y todo, siempre con anuencia, al parecer, del buey cometa, se había convencido de que no había más remedio, para no verlo más, que cejar de carnear ajenos.

Y así lo había hecho, y ya se iba retirando el buey, alejándose cada vez más del rodeo y de las casas, hasta que desapareció del campo.

Cuentan que así fue pasando de estancia en estancia, durante largo tiempo, el buey corneta renegrido, siempre cambiando de marca, sin que se le pudieran conocer las anteriores: admirándose los dueños de ver de repente aparecer en su hacienda este extraño animal tan desconocido, a pesar de ser de su propiedad, y poco a poco se volvieron todos los vecinos de aquellos pagos tan delicados para la carne ajena como si hubieran vivido en las costas del Gualichú, en tiempo de Rosas.

No hay duda que el mismo buey corneta sigue en alguna parte, haciendo de las suyas. Muchos creen que anda ahora muy cerca de la cordillera; otros dicen que en la pampa; no falta quien lo haya visto en el Sur, ni tampoco quien haya oído hablar de él en el Norte. ¡Vaya uno a saber por dónde anda!... Pero lo mejor es evitar su presencia y no hay cosa más fácil.

El poncho de vicuña

Un gaucho muy viejo y muy pobre, viendo aproximarse el fin de sus días, llamó a sus tres hijos y les dijo:

-Me queda poco tiempo que vivir; como no tengo más que ese poncho de vicuña que sea de algún valor, quiero que pertenezca después de mi muerte al que lo haya sabido utilizar mejor. Saldrán ustedes por turno, lleváncoselo; irán lo más lejos que puedan por el campo, y después de una semana justita cada uno, volverán y me contarán en detalle lo que hayan hecho.

Jacinto, el mayor, hombre ya de treinta años, un perdido que se había pasado toda la vida matereando por todas partes, salió, al día siguiente, a las tres de la tarde, con caballo de tiro, el poncho de vicuña terciado en el brazo y rumbo al poniente.

No se daba muy buena cuenta de lo que había querido decir el viejo al hablar de «utilizar» la manta de vicuña, pero poco costaba probar y, como por otra parte, la manta era de precio, y con ella puesta era fácil darse corte, iba con la idea de lucirse en algunas reuniones, hasta acabar los pesitos que llevaba, y después volver a casa.

Siendo el día muy templado, no se puso el poncho sino a la oración, cuando empezó a refrescar, y poco después llegaba a un rancho donde pensaba pedir licencia para hacer noche. Llamó al palenque; contestó una voz y salió a la puerta una mujer. El gaucho le pidió permiso para desensillar, y como esperaba la contestación para apearse, vio que la mujer, asombrada primero, espantada después, temblando se dirigía hacia su marido, ocupado en el patio en componer un apero. Vino éste, miró hacia el palenque, y con un gesto de fastidio, exclamó:

-Pero mujer zonza, si no hay nadie!

-¿Cómo nadie? -dijo entonces en voz alta Jacinto.

Y al oírle empezó a temblar el marido, teniendo fuerzas para preguntar:

-¿Quién habla?

El gaucho, sospechando que algo pasaba que no se podía explicar, les dijo:

-Pero, ¿no me ven ustedes? -y la contestación, después de corta vacilación, fue la disparada rápida del matrimonio, y su desaparición en el rancho cuya puerta se cerró con estrépito.

Quedó Jacinto vacilando por largo rato; y quitándose el poncho para cerciorarse de lo que sospechaba, llamó otra vez. La puerta del rancho se entreabrió despacio, y con el susto todavía pintado en la cara, le dio el dueño de casa las buenas tardes. Jacinto, sin bajarse, le pidió un jarro de agua, y mientras se lo iba a buscar el otro, rápidamente se volvió a poner el poncho. En este mismo momento, el puestero, siempre desconfiado, se daba vuelta para mirarlo, y seguramente vio algo estupendo, pues tiró el jarro al suelo y el balde en el pozo, y de un salto se encerró y se atrancó en el rancho.

Jacinto se alejó, sabiendo ya que el poncho de vicuña era prenda de inestimable valor, pues al ponérselo en los hombros, quedaba uno invisible.

Para probar mejor y de un modo más práctico su virtud, se fue de un galope hasta la pulpería próxima, donde todavía había mucha gente, y sin quitárselo entró en el despacho. Fue como si no hubiera entrado nadie; pues ninguno le hizo caso, ni lo miró, ni le habló. Por la puerta interior pasó hasta el mostrador, vació el cajón, llenándose el tirador con el dinero en presencia del patrón y de los mozos que ni siquiera se movieron; y, sin que un perro ladrara ni lo detuviera nadie, volvió al palenque, desató su caballo y se fue al tranco.

Y empezó a dar rienda suelta a sus malos instintos hasta entonces sofrenados por el temor al castigo. Pareciéndole asegurada la más completa impunidad se volvió Jacinto terrible azote para toda la comarca.

Robó de puro gusto, sin necesidad; mató familias enteras con el único objeto de burlarse de los desesperados esfuerzos de la policía para dar con los asesinos. Amanecían quemadas en una sola noche tres o cuatro casas en la vecindad, quedando los negociantes arruinados y las familias sin hogar; el estanciero encontraba en los galpones muertos sus animales más finos, desjarretado su mejor toro, malamente herido algún parejero de valor.

Todos acudían a la policía acusándola de negligencia y hasta de complicidad. Contaban horrores de lo que pasaba, refinamientos de crueldad hacia cristianos y animales, como si una bandada de tigres se estuviera cebando en esos pagos.

Y todo, sin que nadie pudiera dar el dato más vago sobre la filiación de alguno de los bandidos que tantas tropellías cometían, ni siquiera el menor indicio que pudiera facilitar en algo las indagaciones.

Uno solo pudo decir algo; fue el puestero a quien Jacinto una tarde había pedido un jarro de agua, desapareciendo súbitamente de su vista, al ponerse en los hombros un poncho de vicuña que llevaba en el brazo. Pero, por supuesto, al oír el cuento todos se echaron a reír y lo trataron de loco.

Pasaron algunos días, un siglo para los vecinos aterrorizados, sucediéndose las desgracias repentinas como en tiempo de las más sangrientas guerras, lenándose la campaña de ruinas y de lutos.

Por suerte, ya tocaban a su fin las hazañas del extraño malhechor.

Estando por vencer el término fijado por el padre para la vuelta, pensó Jacinto que mucho más seguro sería quedarse con el poncho maravilloso que devolverlo al viejo para que lo probasen sus hermanos; y aunque tuviera la convicción de haberlo utilizado como ninguno de ellos sería seguramente capaz de hacerlo, mejor le pareció no arriesgar la parada y guardárselo.

Y el mismo día en que hubiera debido volver a casa del padre, se fue con la manta puesta a una gran pulpería, donde siempre se solía juntar mucha gente, quedándose allí sin que nadie lo viera, en espera del momento en que sin peligro, podría renovar su provisión de pesos.

Iban a dar las tres, hora en que había salido con el poncho, una semana antes, y el juego estaba en su apogeo, cuando entró el puestero que lo había visto desaparecer de tan misteriosa suerte, al ponerse la manta.

Jacinto, al ver a este hombre, el único que pudiera conocerlo si se le antojara quitarse el poncho y volverse visible, sintió irresistible deseo de deshacerse de él, y abalanzándose, cuchillo en mano, le tiró un terrible puntazo. Por suerte, el puestero, interpelado en ese mismo momento por un amigo, se daba vuelta, de modo que sólo recibió la puñalada en el brazo. Gritó, al sentirse herido; al mismo tiempo, caban las tres, y Jacinto no pudo renovar la embestida, embargados que fueron sus movimientos en los pliegues del poncho, arrancado con violencia inaudita de sus hombros por una mano invisible, sin que lo pudiera detener más que un ratito; pero este rato fue lo suficiente para que la concurrencia viese desaparecer por los aires la prenda maravillosa; y quedó él, azorado, a la vista de todos, con el cuchillo ensangrentado en la mano, sin fuerza para usarlo.

El puestero herido ya lo había conocido y denunciado en un grito de terror; y todos bien convencidos esta vez de que el pobre no era loco, y de que tenían por fin agarrado al tigre asolador de la comarca, lo mataron a puñaladas.

Mientras la historia del poncho de vicuña se difundía con mil comentarios en toda la campaña, la prenda mágica había vuelto sola a manos de su dueño. El viejo comprendió que su hijo mayor había malogrado su suerte y deándose de quejas inútiles y de advertencias contraproducentes, entregó la manta a su segundo hijo, Honorio.

Este salió, ignorando, lo mismo que Jacinto, la virtud del poncho de vicuña; pero lo mismo que él, pronto pudo conocerla por la observación de algunos detalles que le llamaron la atención. Había salido con tropilla, llevando el poncho en el brazo, y los animales iban perfectamente arreados. Cuando refrescó, se puso el poncho y la tropilla empezó a darle mucho trabajo, pues era como si los caballos no le hubieran hecho caso. Dejando maneada la yegua y la tropilla arrollada, se dirigió hasta una casa de negocio situada como a diez cuadras; y por el camino se fijó en que los teruteros, aunque casi los pisase, no se levantaban, ni le gritaban; que de una majada que estaba allí paciendo, no se movió ni una sola oveja cuando pasó, y que ni los mismos perros le hacían caso pues ni uno de ellos ladró cuando llegó.

Algo sorprendido, se apeó en el palenque y ató el caballo, mezclándose con la gente que allí estaba.

Había varios conocidos de él; pero vio que ninguno lo miraba, ni le hablaba, lo que le pareció por demás singular. Empezó a sospechar que la manta de vicuña, celosamente conservada por su padre, tendría alguna virtud desconocida, y saliendo al patio, se la quitó, para ver. Los perros, en el acto, empezaron a ladrar; dos o tres gauchos miraron quién llegaba; uno de ellos lo reconoció y lo saludó, y todas estas circunstancias casi le quitaron las dudas que aún le quedaban sobre el valor de la prenda.

Para quedar del todo seguro de la suerte que le había tocado, aprovechó un momento en que nadie lo miraba para volverse a poner el poncho; y aproximándose a un grupo de gauchos que jugaban a la taba, perfectamente conoció que ninguno de ellos se veía a tal punto que, colocándose por detrás del que iba a tirar y que estaba haciendo saltar al aire la taba, se la cazó de un marotón; se cuedaron todos asombrados, y si la buscaron en el suelo, fue sólo con la esperanza de conververse, encontrándola, de que no eran víctimas de una brujería.

Honorio quedó quizá tan asombrado como los demás, pero loco de contento al pensar en el inmerso poder que le había caído en suerte.

Buen muchacho, pero de poco alcance, no pensó por supuesto, ni por un momento, sino en el provecho propio que de él podía sacar.

No tenía, por suerte, los instintos perversos de su hermano Jacinto, ni pensó en crímenes, pues no era de los a quienes el poder vuelve tiranos; pero tampoco, pensó en hacer bien a nadie más que a sí mismo. Era haragán y vividor, y aprovechó la ocasión para vivir bien y de arriba; para él hubo ya siempre y en todas partes buenas camas y abundante comida, cigarros finos y copas de lo mejor. Penetraba en cualquier casa como en la propia, tomaba lo que quería y se

mandaba mudar sin que nadie lo pudiera ver. No abusaba, por lo demás, porque no era malo, contentándose con quitar a algún rico algo de lo que le sobraba, sin perjudicar nunca a la gente pobre.

En ocho días se puso gordo; pero cuando se trató de cumplir con lo prometido y de volver a la casa paterna para entregar a su dueño el poncho de vicuña, no se pudo conformar. Dejó pasar medio día vacilando; y en el mismo momento en que ya tomaba la resolución de guardárselo, y de mandarse mucar con él, una fuerza irresistible se lo arrancó tan violentamente, que su caballo se encabritó, mientras que caía en el suelo su sombrero y casi se caía él también. Por suerte, andaba solo por el campo en aquel momento y nadie lo vio, pero quedó muy desconsolado.

Tuvo que trabajar, el pobre, para comer; además vida fácil y sin riesgo. a costillas ajenas: adiós los cigarros de a veinte y las copas de lo mejor de arriba; y sin el recurso siquiera de ir a descansar por temporadas a la casa del viejo, ante quien ya no hubiera tenido la osadía de presentarse, se tuvo que conchabar de peón en una estancia.

El viejo quedó bastante triste. al ver volver a su poder el poncho de vicuña sin que se lo trajese nadie. Comprendió que tampoco era digno de llevar semejante prenda su segundo hijo, y llamando al último, Ignacio, muchacho de veinte años, se la entregó, recomendándole bien de hacer de ella un uso prudente, y de traérsela otra vez a los ocho días.

El joven se fue con el montado únicamente; iba sin entusiasmo, nada más que para hacerle el gusto al padre, quien a pesar de quedarse solo y enfermo así se lo ordenaba.

Más que recelo, temor experimentaba, al ver confiado a sus manos este poncho de vicuña que sus hermanos habían llevado, uno tras otro y que había vuelto misteriosamente al poder de su dueño, sin que ninguno de ellos se lo hubiera traído. ¿Qué secreto, qué virtud -trágica quizá-, encerraría en sus pliegues? ¿Habrían muerto ellos? ¿Por qué, de qué modo habían desaparecido?

Era tarde cuando salió, y la noche lo agarró a poca distancia de la casa paterna. Sintióse sin ganas de comer, ni menos de conversar con nadie. tendió su recado entre dos cortaderas altas que le brindaron a la vez colchón blando y confortable reparo. y envolviéndose en la manta se acostó.

No podía conciliar el sueño. preocupado como estaba, y mirando las estrellas pestañear y escuchando las mil voces nocturnas de la pampa pensaba en los peligros que quizá le valdría la posesión de la terrible prenda.

La noche se había vuelto muy oscura. cuando de repente oyó un rumor de arreo que se iba acercando al sitio donde había tendido la cama. Lo que en seguida extrañó era que parecía venir el arreo sin ese clamoreo peculiar que siempre, si quiera a ratos, tiene que acompañar la marcha de los animales para avivarla, enderezar a algún porfiado, o apurar un rezagado, y hace que los habitantes de los ranchos cercanos entretenidos en tomar mate, mientras chisporrotea el asado, enderecen las caras iluminadas por la llama rojiza del fogón. y digan, estirando los pescuezos:

-Está pasando una tropa.

La tropa que estaba viniendo. apurada sin ruido de voces, sólo hacía retumbar el suelo con su pisoteo. Sintió Ignacio que pasaba cerquita de él; que eran ovejas, unas quinientas. más o menos. por el bullo, y que los tres hombres que las arreaban, dejándolas resollar un momento, se apeaban a un metro apenas de donde estaba él acostado. Extrañaba que no les hubiera llamado la atención la presencia de su caballo. ataco entre las pajas. y sintió bastante inquietud al verse tan cerca de tres desconocidos, de ocupación tan sospechosa.

Pronto su inquietud aumentó al oír la conversación de estos hombres.

-Vamos bien -dijo uno-; antes de que aclare estaremos en mi campo.

Ignacio quedó frío al conocer esta voz por la de un estanciero que gozaba de consideración y en casa de quien él había trabajado muchas veces.

-¿De qué te ríes, Antonio? -agregó.

-De la cara de don Salustiano, cuando vea que le faltan una punta de animales -contestó Antonio.

Ignacio prestó mayor atención todavía. Antonio era conocido suyo. y don Salustiano era muy querido de su padre, por haberle éste en sus servicios, se prometió probarle en esta ocasión su gratitud, pero, al mismo tiempo, aunque no fuera cobarde, temblaba de caer en manos de los tres bandidos que tan cerca de él estaban que casi lo tocaban, y que, seguramente, de conocer su presencia, no lo dejan con vida.

En este mismo momento. uno de ellos, de repente. prendió un fósforo y encendió un cigarro, permitiendo esta luz viva ver a los cuatro, tan juntos que cualquiera hubiera podido creer que juntos estuviesen conversando. los tres bandidos y el joven.

Este. primero se creyó perdido, pero no se movió y los miraba ardientemente, extrañando sobremanera que ninguno de ellos fijase en él la vista.

Y habiendo reucdo otro fósforo, con el mismo resultado. empezó a sentirse como protegido de algún modo sobrenatural.

Aprovechando la obscuridad, se puso de pie, despacio, con el cuchillo en la mano y esperó. Seguían ellos conversando y fumando, y otro fósforo crepitó. Estaba él en plena luz y as mismo se dio cuenta de que ninguno de ellos, aunque vueltos los tres hacia él, lo podía ver. Cruzó entonces por su mente la maravillosa verdad de que la manta puesta sobre sus hombros lo hacía invisible, y para comprobarlo. dispuesto, si no fuera cierto, a cualquier trance, tosió fuerte y, a su vez. prendió un fósforo.

Y esto bastó para que en menos de un segundo, de los tres cómplices no quedase ni rastro. ¡Volaron!, dejando ahí no más las ovejas, más asustados que si esa tos y ese fósforo hubieran sido un relámpago con trueno. Ignacio, tranquilamente, volvió a ensillar, y solo. cesó. haciendo revolear el poncho, arreó las ovejas hasta el campo de don Salustiano, donde llegó a la madrugada. Allí. las dejó. y sin darse a ver. se fue.

Entró en una pulpería, con la manta en el brazo, y después de un frugal almuerzo, se fue a dormir la siesta bajo los árboles, bien envuelto en su poncho, para que lo de aran tranquilo.

Lo despertó el ruido de una reyerta. y sin quitarse el poncho, para que no lo pudieran ver, se acercó a los que estaban peleando. Un gaucho, a quien todos conocían por malo, armado de un facón de una vara de largo, apuraba a un infeliz, ebrio, incapaz, en ese estado, de defenderse con el cuchillo relativamente corto que llevaba. El gaucho malo

estaba jugando con él, como el gato con una laucha, y ya le iba a dar el golpe fatal. sin que ninguno de los que la formaban rueda se atreviera a interponerse, cuando, con el ruido seco de un golpe, saltó por el aire el facón medio quebrado, yendo a caer en una pipa de agua de lluvia, puesta de aljibe en la esquina de la casa.

La figura del matón tan lindamente desarmado no se puede describir. Su contrario sin pedir más, se fue, bamboleando, a esconder, pero los otros gauchos allí presentes no pudieron contener la risa, mientras el matrero, con mil esfuerzos, pescaba en la pipa al compañero de sus cobardes hazañas. Y entre las risas sonaba como campana alegre una carcajada juvenil que parecía salir a la vez de todas partes y de ninguna. Enfurecido, el gaucho, habiendo recuperado su facón, quiso vengarse de las burlas que se le hacían y se abalanzó sobre el que le pareció más débil y flojo. Pero, sin que nadie viera quién los daba, retumbaron en este momento, en sus espaldas, unos rebencazos tan bien aplicados, que, soltando el arma, se fue a guarecer en la cocina, como si lloviera.

Aseguran que fue la última vez que sacó a relucir la daga y que, en las reuniones, no hubo, desde entonces, gaucho más manso.

Ese mismo día, Ignacio, al ver que un jugador usaba taba cargada, se la cambió por otra, cargada al revés, sin que lo pudiera sospechar, aprovechando para ello una parada más fuerte, ella sola, que todas las anteriores juntas; y pudo gozar a su gusto del erajo del ladrón robado.

Y empezó a comprender que el poderoso, con sólo quererlo, puede deshacer muchos entuertos y producir muchos bienes.

Un día pasó por un pueblo, parándose en varias casas de negocio, y tanto oyó hablar de las autoridades, que pensó que si fuera cierto la mitad de lo que se decía de ellas, podrían ir a parar todas, con gran ventaja para el vecindario, a la penitencia. Fue, con el poncho puesto, a dar un paseo por las oficinas; y pudo ver al comisario dando orden de traerle preso, porque sí, a un gaucho que cuidaba demasiado de cierta hacienda que le habían confiado y que codiciaba el juez de paz. Éste se ocupaba en preparar una guía que permitiera a su gente llevar sin peligro a otra parte esta misma hacienda. El intendente estaba preparando de antemano la lista de los conscriptos que debían salir «sorteados» el domingo siguiente, y el recaudador redactaba oficios amenazadores, imponiendo multas tremendas e injustas a los contribuyentes sin defensa; y del más pequeño al más encumbrado de estos encargados del bien público, no había uno solo que no estuviera empeñado en robar dinero o hacienda, en falsear votos, en falsificar documentos, en abusar de su autoridad, en cometer, por fin, y con perfecta inconsciencia por lo demás, los delitos más viles.

Se divirtió Ignacio en descomponerles los planes, haciéndoles mil diabluras. La policía, de repente, quedó a pie, con todos los caballos perdidos, robados o mancos. El juez de paz, inducido en error por un aviso misterioso, fue a caer con una hacienda robada en una celada, que le valió un escándalo terrible, y quedó el hombre arruinado por lo que tuvo que pagar.

De la caja del recaudador desapareció el importe de las multas mal cobradas, recuperándolo -nunca supieron cómo- los perjudicados; y las listas de sorteados del intendente se perdieron en el mismo momento del sorteo.

Y tantas cosas por el estilo pasaron, que ya, ni por plata, se hubiera atrevido un empleado a faltar a su deber, ni que se lo hubiera ordenado un superior.

Cuando, a los ocho días, con el sentimiento de cejar todavía mucho malo por enderezar, mucho bien por hacer, volvió a la casa paterna, él que tan bien había sabido utilizar el poncho de vicuña, no traía plata, ni había engordado; pero encontró suficiente recompensa en la bendición que le dio su padre.

Y juntos, reso vieron quemar el poncho de vicuña, pensando que las tirieblas siempre más fomentan el crimen que la virtud, y que el bien no debe tener recelo a la luz del día.

La pulpería modelo

Hacía mucha falta un boliche en aquellos pagos, pues era todo un trabajo para las numerosas familias allí establecidas, ir a más de veinte leguas a buscar los víveres; pero toda esa gente era tan pobre, que ningún comerciante se había atrevido a establecerse entre ella. Parecía que más bien le tenían miedo, lo que se comprende, pues todos eran vagos, intrusos, desertores, gauchos malos, boleadores, sin más hacienda que la tropilla ni más recurso que el aleatorio producto de la caza.

Dos o tres veces había caído entre ellos un galleguito mercachifle, con su carro llano de mercaderías y se las había cambiado por pluma de avestruz, cerda, cueros de venado y de nutria, algunos de tigre y uno que otro qui-lango de guanaco, haciendo, en resumidas cuentas, puras pichinchas, pero no se sentía muy seguro entre tantos diablos y no había vuelto más.

Y fue muy grande el regocijo de todos al saber que del día a la noche, y sin que se supiera muy bien cómo, se había levantado cerca del Médano de los Leones, un boliche regularmente surtido, cuyo dueño, que decía llamarse don Eufemio, era extranjero -lo que de sobra se conocía por su modo de hablar-, y parecía muy buen hombre.

No tardó la noticia en cundir de rancho en toldo, de toldo en cueva, y apenas amaneció, ya se amontonaron los caballos en el palenque; como paja voladora en un hueco, y, en el mostrador, los gauchos.

Causaba cierta admiración -y no la disimulaban todos- esta casa tan bien construida, con sus buenas paredes de barro bien revocadas, su techo de hierro, sus estantes llenos de toda clase de mercaderías, sin que nadie la hubiera visto edificar, sin que nadie hubiera encontrado o divisado los carros que habían traído la carga, sin que un peón siquiera hubiera sido conchabado en el pago para cortar la paja o pisar el barro.

-¡Cosa bárbara! -dijo uno, con jeta de recelo.

-Cállate -le contestó otro-; mejor es no relinchar, cuando se desconoce la cuerencia.

-¿No será brujo el don Eufemio ese?

-Ánda, che; preguntásete.

Y no dejaban de mirarlo todos con bastante desconfianza. Pero lo que menos tenía el hombre era cara de brujo.

Rechoncho, colorado, risueño, amable, don Eufemio era todo el tipo del pulpero de profesión, y nada más. No parecía que hubiera nada que no fuese natural en su modo de ser. Despachaba con actividad y destreza todo lo que se le pedía, y a pesar de estar solo en el mostrador, detrás de la reja que lo separaba de los clientes, para todo se daba maña.

Ninguno, ese día, se atrevió a pedirle fiado; no hay que atropellar para que el piñón pare a mano; además, todos tenían plata, pues hacía tiempo que no venía ningún mercachifle: ni un panadero siquiera. Sólo dos o tres gauchos trataron de aprovechar el momento en que don Eufemio, muy atareado, atendía a otros, para olvidarse de pagar el gasto, deslizándose discretamente y sin llamar la atención. Pero dio la casualidad que en el momento de pisar el umbral no podían resistir las ganas de mirar a don Eufemio, y como si una mirada atrajese la otra, se encontraban con su ojito risueño y burlón fijo en los suyos, de tal modo penetrante, que ya bajando la vista, tartamuceaban una excusa:

-Caramba, me iba sin pagar.

O pedían:

-Deme otra copa.

Y mansitos, se volvían a acercar al mostrador con la platita en la mano.

Uno quiso hacerse el fuerte, y aunque medio turbado por la mirada aguda y socarrona del pulpero, se apartó con decisión del mostrador, dispuesto a irse: pero había un clavo que salía de las tablas -¡todo había sido hecho tan deprisa!- y se agarró tan mal el chiripa, que al dar un paso se le rajó desde arriba abajo. Se tuvo que quedar a la fuerza hasta componerlo, mal que mal, y bastó esto para que le volviera la memoria y pagase lo que debía.

Otro que lo pensaba imitar, estaba, como quien no quiere la cosa, recostado contra la puerta listo para escabullirse. Pero cuando quiso, no se pudo despegar, había una marcha de alquitrán en la puerta, y de tal modo se le había pegado la blusa, que tuvo que venir en su auxilio el mismo don Eufemio, a quien en seguida abonó el gasto.

También disparó un caballo ensillado, dejando a pie al amo, y sólo se paró y se dejó agarrar cuando se hubo acordado éste de pagar lo que había comprado.

¡Hombre confiado, por demás, don Eufemio y fácil, al parecer, de engañar! Como no tenía dependiente -cercía que no le alcanzaba el negocio para tanto-, tenía muchas veces, que dejar al cliente solo en el despacho, mientras iba a la trastienda a sacar el vino o la galleta que le habían pedido; y ya que la reja no llegaba hasta donde estaba la tienda, muy bien le hubieran podido robar algún poncho o alguna pieza de género. Pero dicen -cosa difícil de creer entre semejante vecindario de bancoleros y de materos- que nunca le faltó nada.

Una vez es cierto, quiso un gaucho llevarse una docena de medias que habían quedado en el mostrador, pero en el momento en que las iba a esconder bajo el poncho, se le habían escapado de las manos, desparamándose en el suelo las veinticuatro como maíz frito, y como justamente volvía don Eufemio de la trastienda, le ayudó a levantarlas, contestando con indulgente sonrisa a las disculpas que le daba:

-No es nada, hombre, no es nada.

Otro día, sin mala intención -distracción no más-, se le iba un cliente con tres tiradores cinchados debajo de la blusa, cuando de repente volvió don Eufemio y vio que el sobre se ponía pálido como el bramante de los estantes. La preguntó cariñosamente lo que tenía, y como el otro no sabía lo que era o no lo podía decir, le hizo sentarse, y antes que se desmayara del todo, le desprendió -y era tiempo- los tres tiradores que le estaban acretando más y más.

-Pero, mire, qué ocurrencia! -dijo don Eufemio- para hacerse el buen mozo, ¿no?

Y haciéndole tomar un vaso de agua con anís, para que se compusiera, lo despidió con buenas palabras y volvió a colgar del techo los tres tiradores.

Puede ser que otros hechos por el estilo le hayan sucedido, en otras ocasiones, pero no han de haber sido muy frecuentes, pues ni él se quejó nunca de que le hubiesen llevado nada, ni tampoco lo contaron los vecinos.

Es cierto que, en general, son casos que más bien suceden cuando no hay gente indiscreta. Una vez, sin embargo, le pasó a uno un chasco bastante lindo para quitarle por un tiempo las ganas de hacerse el gracioso. En un descuido de don Eufemio -había ese día mucha gente en la casa-, un gaucho se cazó un magnífico chambargo. Saió al patio; se lo probó, y como le iba a las mil maravillas, tiró el viejo que, por los agujeros que tenía, parecía espumadera, y volvió al mostrador. Apenas hubo entrado, todos lo miraron asombrados; él no sabía por qué y se les iba a erogar, cuando de repente, el sombrero se le entró hasta taparle toda la cara; llevaba la prenda un letrero con estas palabras: «Este sombrero no es mío».

La carcajada fue general.

-¡Bien se ve que no es tuyo! -declarar todos.

-¿Será el de tu abuelo?

-¡Pues amigo, los eliges grandes!

El pobre mozo, enneguecido, se debatía sin podersele quitar, y tuvo don Eufemio que acudir en su ayuda, volviéndole a poner en la cabeza el viejo compañero gracioso que, con tanta ingratitud, había tirado.

Fuera de estos pequeños incidentes sin importancia, acababa muy bien, a parecer, la pulpería de don Eufemio. La verdad es que el hombre no podía ser más simpático. Fiaba con mucha facilidad, no a todos, por supuesto, pero a todos los que se lo venían a pedir con intención de pagarlo. Parecía que adivinaba, con sólo mirarlos, quiénes eran los buenos y quiénes eran los pícaros. Debía de tener mucho tino ese hombre, pues nunca, nunca se equivocó. Y, cosa rara, bastaba que huiciera fiado a algún pobre que no tuviera con qué caerse muerto para que toda clase de buenas suerte le cayeran encima, poniéndolo pronto en condiciones de saldar su deuda.

También hay que decir que, a sus clientes, don Eufemio siempre pagaba muy buen precio por los frutos que le traían: nadie les hubiera pagado más, sin contar que su balanza no era de esas que tienen secreto para aumentar el peso de la galleta o de la hierba que se entrega y mermar el de los frutos que se reciben. Era costumbre de él pesar no solamente lo justo sino con liberalidad, y no tenía la balanza de su mostrador, como la de tantas casas, una pesita en permanencia

en uno de los platillos; no, y los dos platillos, bien iguales, bien limpios y vacíos, se balanceaban a la vista de todos, al menor soplo de viento.

A pesar de ser el vecindario tan mal compuesto, y de ser frecuentes las reuniones en la pulpería de don Eufemio, raras veces había peleas importantes y nunca se oyó decir que hubiera tenido que intervenir la policía ni tampoco que hubiera habido muertes. Sin embargo había entre todos estos gauchos cada borracho que daba miedo, matones que eran verdaderas fieras. Pues, en medio de los peores barullos, se metía don Eufemio, sonriente siempre, sereno, llamándolos al orden, despacio, con buenas palabras, y cuando se hubiera podido creer que el mundo se veía abajo, que todos los cuchillos y facones relucían amenazadores, acababa todo en pura gritería, sin que se vertiese una gota de sangre. A veces, había tajos, y bien dados, que parecía que iban a dejar a uno finado y al otro... desgraciado, pero nunca, por singular suerte, pasaban de hacer la ropa trizas.

Una sola vez, don Eufemio corrió gran peligro. Quería separar a dos gauchos enfurecidos; con su modito de siempre, se les acercó, levantando las manos para detener los facones que ya chirriaban con rabia; pero eran ambos gauchos de mala ralea, y sin darle tiempo para nada le atracó uno una terrible puñalada, mientras el otro le disparaba a quemarropa dos tiros de revólver. Fue un grito en la concurrencia; lo creyeron muerto a don Eufemio, y como todos lo querían mucho, hubo un momento de cruel ansiedad. Por suerte... o por quién sabe qué, no había nada. El gaucho de la puñalada estaba forcejeando para desclavar el facón, entrado hasta la ese en una tabla del mostrador, y el de los tiros contemplaba con asombro sin igual las dos balas hechas unas obleas, en la palma de su mano y también el cañón del revólver hecho una viruta.

Los gritos de terror se resolvieron en carcajadas y todos los presentes armaron a los dos guacos un titec de mi flor con el cual se tuvieron que conformar, reconciliándose.

Don Eufemio nunca pensó en prohibir en su casa los juegos de azar. No había casi peligro, en pago tan apartado, de que vinieran a menudo comisiones de policía, y dejaba que se pelasen al choclón, a la taba, a lo que quisieran. De todos modos para él era lo mismo, ya que toda la plata, poco a poco, tendría que venir al cajón. Pero, contó, muchos años después, un gaucho que solía, en estas reuniones, hacer de coimero, que siempre, después de jugar mucho, y pasar por las peripecias más conmovedoras, cada uno se retiraba sin haber perdido ni ganado un centavo. ¿Cómo sería esto? No lo podía explicar, pero sí era, y no una vez lo había podido comprobar, sino cien veces, mil.

¡Vaya!, ¡vaya!, ¡qué cosa! Y lo bueno es que el más borracho tampoco quedaba mal, en la pulpería de don Eufemio. Las bebidas serían de muy buena calidad, pues por mucho que tomara uno, nunca quedaba enfermo: cantaba, se enojaba, metía bochinche, pero pronto se le pasaba y quedaba tan fresco como antes.

A pesar de su liberalidad y de su honradez, don Eufemio prosperaba: hacía fortuna, esto se conocía a la legua. El surtido cada vez mayor; una cantidad enorme de libretas, pues era preciso ser más que ruin para no conseguir de él un fiadito: las mejoras en la casa, todo claramente indicaba que era sólida la firma, cuando ya se dieron a conocer señales de que esos campos hasta entonces incultos, pronto iban a ser entregados a la agricultura. Habían venido agrimensores a medir lotes, lotes grandes, a la verdad, pero que ya iban a dejar cortada y recortada la inmensidad pampeana, poniendo fin a la vida casi nómada de los boleadores, matreros y demás que la poblaban, y don Eufemio desde entonces empezó a aconsejar a todos que trataran de arreglarse con los nuevos dueños de tanto campo, para conseguir un lote - pues los venderían con muchas facilidades de pago-, y dedicarse a una vida más tranquila, más laboriosa y también más provechosa. Prometió ayudar a quienes no alcanzaban los medios, e hizo venir un gran surtido de todos esos artículos que necesitan los colonos para establecerse, empujar los trabajos y sostenerse también hasta la cosecha.

Muchos gauchos encontraron que tenía razón con Eufemio y siguieron sus consejos; a éstos les daba fiaco todo lo que le pedían: ropa, provisiones, arados y les adelantaba también algunos pesos. No faltó gente que dijera que pronto se iba a fundir don Eufemio con tanta generosidad, pero, al fin y al cabo, él era dueño. Los que así hablaban eran, en general, los que teniendo pocas ganas de empuñar la manquera del arado, pensaban en retirarse más afuera, donde todavía por un tiempo iban a quedar holgados los hombres gauchos y los avestruces; y tanto más les parecía que se iba a fundir don Eufemio, cuanto que a ellos, con su tino habitual, les había cortado ya la libreta, diciéndoles que pensaba liquidar.

Y efectivamente liquidó don Eufemio, y del modo más inesperado que dar se puede. Un día, cuando ya estaba asegurada la primera cosecha, y que gracias a su ayuda se podrían considerar ricos los vagos de antaño que habían querido trabajar, amaneció el Médano de los Leones sin bolche ni nada que pudiera hacer acordar que allí hubiera existido nunca una casa de negocio.

-Habrá quebrado y se ha fugado -dijeron los vagos que ya aprontaban las tropillas para mandarse mudar a otros pagos.

-Habría venido sólo a abrirnos el buen camino -dijeron los otros, los laboriosos.

Y acordándose éstos de todo lo que para ellos había hecho don Eufemio, conservaron hacia él un profundo sentimiento de tierra gratitud.

Siempre esperaban, por lo demás, que vendría, algún día, a cobrar lo que se le debía y no había uno solo que no tuviera lista, en algún rincón, la cantidad que ese día, le tocaría pagar.

Pues, señor, nunca vino don Eufemio a cobrar, nunca, jamás, dando así prueba suprema de haber sido un pulpero modelo.

El sobrante

Es algo difícil, muchas veces, hacer con absoluta exactitud una mensura grande en la pampa inmensa y despoblada; y no tenía nada de particular que en la mensura de quinientas leguas cuadradas hecha por orden del superior gobierno,

hubiera señalado el agrimensor, al rematar su trabajo, un pequeño sobrante de mil metros de frente a un arroyito por dos mil de fondo.

Doscientas hectáreas, poca cosa en esa inmensidad donde abundan propiedades de diez y de veinte leguas; pero área tentadora para un pobre gaucho como Ciriaco, que, siempre vagando y changando por el campo, nunca había podido edificar un rancho estable para la familia. Cuando muchacho, había servido en la frontera, había peleado contra los indios y pasado mil miserias, contribuyendo a asegurar al país la posesión tranquila de las fértiles regiones que hoy se iban a repartir; había trabajado muchos años de peón de baqueano, de tropero, ganándose escasamente la vida y la de sus hijos, y cuando, por la mensura en la cual lo habían ocupado en llevar jalones, vio que sobraba ese lote, juró que de él iba a ser, y de nadie más, pensando que bien lo tenía merecido.

El lotecito era lindo, con su frente de mil metros a un arroyito cantor y sus dos mil de fondo, con su pastizal mixturado de trébol de olor y cola de zorro, de altamisa y de gramilla. Ciriaco, sin perder un día, fue en busca de la familia, y trajo a la vez sus escasos animales, los cuatro trastos y algunos tirantes. Eligió un sitio alto, pero el tolco y se encontró como un rey. No habiendo vecinos, abundaba el campo, y su pequeña majada y sus pocas vacas prosperaron tanto que, en muy pocos años, tenía hacienda para poblar mucho más que el sobrante.

Pero no hay felicidad que dure toda la vida. A medida que los dueños iban ocupando sus campos, hacían desalojar las familias en ellos establecidas; y cuando se supo que el campo donde había poblado Ciriaco era del Estado, muchos pensaron que, lo mismo que él, bien podían establecerse allí. Cada cual busca su alivio; y como nunca falta gente para aprovechar lo que no es de nadie, y como Ciriaco no tenía títulos, pronto hubiera podido haber doscientos ranchos en las doscientas hectáreas.

Varios intrusos habían instalado ya sus toldos, y como no tenían en qué caerse muertos, no había duda que pronto se iban a mantener de la haciendita de Ciriaco, lo que muy poca gracia le hacía. Cuando le aconsejó su mujer que fuese a contar el caso a un tío que ella tenía, bastante distancia de allí, y que, según aseguraba, era muy diablo para ciertas cosas. No decía que fuese brujo, ni había motivo para que nadie pensara semejante cosa; pero tenía a su disposición - de esto no cabía duda - medios insólitos y muy particulares de manejar a la gente y de hacerla hacer lo que él quería, a las buenas o a las malas.

Salió Ciriaco en busca del tío; y después de mucho galopar dio con él.

El viejo lo recibió muy bien, se enteró del asunto, lo pensó dos o tres días, y por fin entregó a Ciriaco cuatro estaquitas de una madera muy dura y desconocida, diciéndole que las plantara en los cuatro esquineros del sobrante, enterrándolas bastante para que nadie las descubriese. Ciriaco llegó de noche a su rancho, y en seguida fue, con todo sigilo, a plantar sus estaquitas, bien enterradas, cerquita de los mismos mojones colocados por el agrimensor.

Muchos eran los que, en su ausencia, habían venido a poblar; y cuando amaneció, vio Ciriaco, con asombro, el campo lleno de ranchos en todas partes, muchos de ellos con su respectiva majada; tanto que ya no había sitio para su hacienda y que era epidemia segura para el próximo invierno. Otros pobladores no tenían más que la tropilla, y éstos, por supuesto, eran los peores vecinos, porque también tenían qué comer, y para comer, había que cernear.

Ciriaco estaba muy desalentado, pero su mujer le refundió ánimo, asegurándole que se podía tener confianza en las estaquitas del tío, y que no tardarían en producir su efecto.

En un rincón del sobrante había cavado su cueva un matrero conocido; en ese momento estaba ensillando, y a rato lo vieron llegar al palenque preguntando si no habían visto su tropilla. Ciriaco estaba de ganas de preguntarle cuánto pagaba de arrendamiento, pero hubiera sido fácil la respuesta y se contuvo, contestándole, no más que no la había visto. Y el otro se fue a camppear.

Se venía, mientras tanto, acercando al sobrante todo un arreo, arreo de pobre, por cierto, pero no por eso menos amenazador: un carro lleno de muebles y de cachivaches, guiado por un mozo robusto, con cara de pocos amigos, armado de un gran facón y con revólver en el cinto; dos mujeres venían sentadas entre la carga; seguía una manada numerosa como para talar en dos días las doscientas hectáreas, conducida por un viejo y dos muchachos homocritos ya; y por detrás arrebaban una majada y algunas lecheras otros tres gauchos.

Al verlos, Ciriaco, enfadado, gritó a su mujer:

-¡Y las estacas de tu tío, che!, ¿qué hacen?

-Esperáte, hijo; hay que darles tiempo -contestó ella.

Desdeñosamente, se sonreía Ciriaco y seguía mirando. Pero, cuando llegó el carro justito a la línea de sobrante, se le cortó a cincha al caballo de varas, y artes que nadie lo hubiese podido remediar, se empujó el carro, volcando con estrépito en el pasto la mitad de su carga, muebles y mujeres, todo revuelto... ¡Un susto jefe! Como pudieron, compusieron las cosas con la ayuda de los que venían arreando los animales, pero, habiendo quedado éstos sólo con dos muchachos para cuidarlos, aprovecharon la ocasión, la majada para mixturarse con la de otro poblador del sobrante, y las yeguas para disparar para la querencia. Vuelto a cargar el carro, quisieron hacerlo entrar en el campo para llegar al sitio que de antemano habían señalado para establecerse; pero no les fue posible: se empujó el caballo de tal modo, que no hubo forma de hacerle dar un paso; lo castigaron; se desprendió la huasca de látigo; le metieron cuarta; se cortó el lazo tres veces; ataron dos laderos; se les resbaba el recado, o se cortaba la cincha, o no querían tirar, y todo, todo fue inútil: no pudieron pasar la línea del campo; tuvieron que cesensillar allí mismo, y acampar a dos cuadras de lo que habían creído ser el término de su viaje.

De los compañeros, habían vuelto algunos sobre sus pasos, en busca de la hacienda perdida, mientras que los otros se ocupaban en apartar la majada mixturada.

Ciriaco ya no renegaba; gozaba, y le decía la mujer:

-No ves si serán buenas las estaquitas de mi tío. ¡Si nunca ha salido chillado el viejo con sus cosas!

Con todo, era muy incómodo cuidar los intereses en medio de tanta población; había que estar siempre pastoreando las ovejas para evitar mixturas, a pesar de aprovechar lo más posible los campos linderos, aun apenas poblados, y

Ciriaco pensaba que si algo era que no pudiese entrar más gente en el sobrante, mejor hubiera sido ver también salir de una vez a los que en él estaban.

-Paciencia -le decía su mujer-, que así ha de ser.

Pasaron algunos días; el matrero de la tropilla extraviada no había vuelto; los que habían ido a traer otra vez la yeguada, tampoco; los del carro allí estaban, esperando no se sabe bien qué, y los que cuidaban la majada no la dejaban ni un rato, temiendo otro entrevero. Empezó entonces a llover y llovió tanto, que todos los bajos se anegaron, quedando inundados los ranchos, menos el de Ciriaco, el único que estuviese en una loma.

Después de la lluvia nacieron en los charcos tantos mosquitos y jejenes que empezó a hacerse imposible la vida en el sobrante; las haciendas disparaban de noche y se mandaban mudar, o se quedaban rodeadas y sin comer, enflaqueciendo que daba lástima. Por una casualidad singular, no había más que las de Ciriaco que parecían indemnes de todo aquello, lo que no dejaba de sorprender a los demás pobladores; y empezaban todos a pensar que habían tenido poca suerte en venir a meterse en lo que realmente parecía la Loma del Diablo.

Algunos se fueron a otra parte sin pedir más; otros porfiaron, pero se seguían de tal modo las plagas que cada día iba renunciando alguno.

Como no volvían los que habían salido a campear, el carrito acabó por emprender la marcha del retorno en busca de ellos, seguido por la majada, mermada, flaca, sarnosa y manca.

La mayor parte de los ranchos ya quedaban taperas, y después de una epidemia que mató a casi todas las haciendas de los pobladores que todavía quedaban en el sobrante, acabaron por irse las últimas familias.

Ciriaco bendecía las estaquitas; volvía a prosperar lo mismo que antes, y más que nunca, parecía realmente dueño único del campo.

Y no dejaba, sin embargo, acordándose de lo que él mismo había sufrido, de tenerles también alguna lástima a estos pobres criollos, condenados a vagar siempre con sus familias, sin poder conseguir, en tanta intensidad de campo, algún pequeño lote en propiedad, que para ellos hubiera sido la quieta felicidad del pan asegurado, y para el país la verdadera base del progreso y de la riqueza.

Otras pruebas, por lo demás, le iban a hacer para quitarle el sobrante; y no ya pequeños pobretes y buscavidas perseguidos por la insaciable rapacidad de los grandes propietarios, sino algunos de estos mismos que, porque tienen mucho, quieren tenerlo todo. Después de los chimangos, el gavilán.

Primero fueron dos de los linderos. Cada uno de ellos tenía veinticinco mil hectáreas pero faltándoles las doscientas de Ciriaco, parecían faltarles la misma vida. Y sea por la virtud de las estaquitas, o sea simplemente porque eran testarudos, empezaron a pleitear entre sí; y duró la cuestión tantos años, que cuando murieron no se había acabado y Ciriaco seguía gozando del sobrante.

Pero, si a codicia descansa, nunca muere; y vinieron otros sigilosamente, bien armados con papel sellado a mentores firmas, garabatos y rúbricas como para mandar a la cárcel al mismo juez, y sin que Ciriaco hubiese sospechado nada. Llegó un día, de la capital, al juzgado de paz, la orden de desalojamiento.

Hacía veintinueve años que con su familia, siempre más numerosa, ocupaba el sobrante. Las doscientas hectáreas habían cambiado de aspecto; no quedaba más rastro de lo que eran antes que una gran mata de paja cortadera con sus hermosos penachos plateados, dejada adrede como recuerdo a la vez y adorno. El trigo, el lino, el maíz, la alfalfa y otros cultivos, los árboles frutales y hasta plantas de lujo cubrían todo el terreno. Como eran muchos los hijos de Ciriaco y cada cual quería como propio este retazo de tierra, en el cual había nacido, todos se empeñaban en hacer de él el paraíso terrenal con que sueña cada hombre, y el resultado era que estas doscientas hectáreas daban para vivir a numerosas personas, más holgadamente que las cincuenta mil linderas a unos cuantos infelices y a sus dueños que nunca quisiera las habían visto.

Y llegó el alguacil con su oficio. Llegó... No llegó: quiso llegar y no pudo. Al franquear la línea del sobrante, rodó.

De las casas, pues ya no eran ranchos, vino a socorrerlo uno de los hijos de don Ciriaco, y como el alguacil le tendiera la orden de desalojamiento, el viento se la arrancó de las manos y se la llevó quien sabe dónde.

El hombre volvió al pueblo y dio cuenta de lo ocurrido; mandaron a otro. Frente a uno de los esquineros empezó su caballo, un marcarrón siempre manso, a bailar como loco. El hombre era jinete, como buen argentino, pero no pensaba tener que domar, ese día, y menos semejante animal.

No lo pudo apaciguar sino danco las espaldas al sobrante y mandándose mudar sin haber podido entrar.

El juez de paz mandó, una tras otra, cinco comisiones; volvieron todas deshechas, sin que nadie, sin embargo, les hubiese resistido; piernas rotas, cabezas confusas, narices hinchadas, caballos mancos, la mar, sin más motivos aparentes que comunes accidentes, rodadas, coces, disparadas o corcovos inesperados, todo siempre al querer franquear la línea del sobrante.

El juez no se atrevía a ir él mismo pero dio parte detallado del caso al ministro de Gobierno, llamando su atención sobre lo que allí pasaba.

El ministro, por sus numerosas ocupaciones, dejó pasar algún tiempo antes de tomar medidas; pero como él mismo tenía por aquellos pagos un gran campo que poca plata le había costado, aprovechó la ocasión para ir a visitarlo. Llegó con numerosa y brillante comitiva de autoridades, soldados y convidados, al famoso sobrante. Cuando Ciriaco divisó semejante séquito de jinetes y volantas, con tanta gente y tantos caballos, a pesar de su fe en las estaquitas, creyó que ya había sonado la hora y que, esta vez, los echaban sin remedio.

Su mujer le aseguró que no; que no les podían hacer nada, mientras estuvieran en su sitio las estaquitas del tfo. y que cualquiera que viniese, tendría que renunciar y dejarlos en paz.

El ministro venía algo intranquilo por todo lo que le habían contado del sobrante y de sus moradores, pero con la confianza que da el ejercicio del poder, hizo dirigir sin titubear su carruaje hacia la casa de Ciriaco. Toda la comitiva siguió, poniéndose prudentemente a retaguardia, sin decir nada, los que ya habían venido antes con alguna misión.

Ciriaco, por su lado, se adelantó hacia la gente, rodeado de toda su familia: lo acompañaban su mujer, sus diez hijos, sus tres yernos y sus dos nueras, con sus veinte nietos.

Cuando llegó la volante a la línea del campo, se produjo, sin saberse por qué, un barquinazo bárbaro que despidió del pescante al cochero, y los caballos, asustados, iban a darse vuelta y disparar, cuando uno de los hijos de Ciriaco los detuvo y les hizo entrar en el campo sin mayor dificultad. Y siguieron todos los de la comitiva, penetrando admirados en ese campito tan bien cultivado que parecía un parque.

El ministro no decía nada, pero miraba todo con atención profunda, maravillado, como si hubiera entrado en un mundo desconocido.

Quiso visitarlo todo, cultivos y casas, pesebres y galpones, animales y tambos, montes y praderas, y al ver el resultado de abundancia, de felicidad y de progreso, conseguido en un miserable sobranje de doscientas hectáreas, por el lento esfuerzo de un pobre gaucho, antes andariego, hoy jefe de una familia numerosa de ciudadanos y de productores, tuvo la atormentada visión de lo que sería la República Argentina, si sus antecesores... y él mismo, hubiesen repartido entre miles de cróllos pobres los millones de hectáreas regaladas a un centenar de parásitos.

Llamó a Ciriaco y le dijo:

-Hace treinta años, amigo, que usted ocupa esta tierra: es suya, por la ley. No solamente vivirá usted en paz en ella, sino que el gobierno quiere que cada uno de sus hijos y de sus nietos tenga en propiedad doscientas hectáreas de las tierras incultas que rodean su chacra, para que cada cual haga en ellas lo que usted tan bien ha sabido hacer en las suyas.

Y mientras Ciriaco y toda su familia se confundían en manifestaciones de agradecimiento, el ministro dio orden de que fueran en busca de los actuales dueños de las cincuenta mil hectáreas incultas que pensaba expropiar en parte, a cualquier precio que fuese, para cumplir su promesa. Se proponía aprovechar a ocasión para avergonzarlos de su antipatriótica dejadez: pero el juez de paz detuvo el chasque, diciendo:

-Están en París, señor.

La bombilla de plata

Era antiquísima la bombilla de plata que, para tomar mate, usaban en casa de don Toribio. Cortaba éste que su mismo tatarabuelo, a quien había alcanzado a conocer, cuando era cratura, ignoraba desde qué época la tenían en la familia, calculando solamente que sería como un siglo, por lo menos, antes de nacer él: de modo que, seguramente, era una de las primeras bombillas fabricadas en el país, cuando la costumbre de tomar mate había cundido entre los primitivos habitantes de la colonia.

A primera vista, no tenía, por lo demás, nada de particular: bastante maciza, con filetitos de oro, se parecía a los millares de bombillas que hasta hoy circulan en toda la República Argentina, pasando a veces todavía, con la más democrática falta de cumplidos, de la jeta risueña de la negra fiel a los rebulgados y rosados labios de la aristocrática niña, de la boca sin urbanidad del peón a la del hacendado enriquecido, o de los labios del ordenanza, menos pulcros que solemnes, a los del estadista refinado que, desde la coltrona oficial, suelta, entre dos mates, sus diplomacias enredadas.

Pero a éstos, ¿quién sabe si les hubiera gustado mucho la inciscreta bombilla de don Toribio? Pues tenía, sin que nadie supiera de dónde, ni cómo, la traviesa virtud de taparse al oír la menor mentira.

Aunque no fuera esta peculiaridad un secreto para nadie, en la casa, más de una vez, en momentos de descuido, había sido fuente de chascos muy graciosos, cuando no irreparables; y era un peligro constante, en la misma familia, para los que tenían algo que ocultar. Pero también era una defensa contra los de afuera, cuando venía alguno con tapujos para cualquier cosa...

Don Toribio, con el mate en la mano, se levantó de su sillón de hamaca, al ver pasar por el patio al capataz, y lo llamó.

-¿Hiciste dar agua a la hacienda esta mañana? -le preguntó.

-Sí, patrón -contestó el capataz-; ha tomado bien.

Y fue todo uno decir esto el capataz y taparse la bombilla a don Toribio, de tal modo, que no le quedó la menor duda de que fuera mentira.

-Enfírame el zaino -dijo en seguida. Y cuando volvió del jaguel, donde se pudo dar cuenta de que no se había tirado agua para las vacas, arregló las cuentas al capataz y lo despachó con toda frescura.

Era nuevo ese capataz en la estancia e ignoraba todavía lo de la bombilla, pues, de otro modo, no se hubiera atrevido a mentir con semejante desfachatez.

Verdad es que el mismo don Toribio tampoco estaba exento de dejarse pillar, pues, a veces, su señora, como quien no quiera la cosa, cebándole mate a su vuelta del campo, le preguntaba, con cariñosa zalamería, por dónde había andado; y cuando contestaba él, con gesto desenvuelto y fingiendo despreocupación: «Por el rodeo de las mestizas», o bien, «a contar la majaca de Fulano», y que ¡zas!, se le tapaba la bombilla, inmediatamente, por la celosa imaginación siempre alerta de la iracunda misia Rudecinda pasaban, como visiones, ciertas mestizas por demás mansas, de cierto puesto de la estancia o los inocentes y costosos partidos de truco en la pulpería. Y bajo las chispas amenazadoras que, en irradiación eléctrica, arrojaban los ojos de su mujer, con Toribio, cansado de chupar en balde, en medio del abrumador silencio, precursor de próxima tempestad, cabizbajo y más avergonzado por su falta de viveza que por el remordimiento de su celito, humilde y rabioso, devolvía el mate. Siquiera, mientras chupaba ella también, a su vez, y removía la hierba, para componer a maldita bombilla, se detenía, por un rato, el chaparrón que siempre sigue al rayo.

En esas ocasiones no le mezquinaba don Toribio a la preciosa pranda familiar los más sabrosos nombres, apellidos y apodos, aunque fuera sólo entre sí, y juraba que de esa modo iba a esconder, que la misma Rudecinda, por pesquisadora que fuera, no podría dar con ella.

Y así lo hacía; pero no faltaba ocasión en que le fuera indispensable la bombilla para averiguar lo que pensaba de veras tal o cual visita, y era él entonces el primero en ir a buscarla en su escondrijo y en entregarla a la patrona para que con ella cebase mate.

Así fue, un día, justamente cuando la llegada de un resero que venía a ver los novillos. Sabía don Toribio que esa gente siempre viene con límites de que no puede pasar, pero vaya uno a saber cuáles son esos límites; y ¿quién mejor se lo iba a decir que la bombilla de plata?

Apenas estaba el resero sentado en el escritorio, cuando don Toribio la sacó sigilosamente de su caja de hierro, donde la tenía guardada, y pasando a la pieza vecina la entregó a doña Rudecinda, encomendándole que cebase mate prontito.

-¡Ah!, gran pillo, caavera -exclamó a media voz la señora-. Bien pensaba que tú eras quien la tenía escondida. ¡Si habrás podido mentir a tus anchas desde hace más de un mes que se me perdió!

-No embromes, mujer, ¿qué voy a mentir yo? -contestó don Toribio; y volvió a juntarse con el resero.

Cuando vino la señora con el mate, pues demasiado interesante iba a ser la conversación para mandar a una sirvienta, don Toribio estaba ponderando sus novillos y preguntando al otro cuánto iba a poder pagar por ellos.

Este, por supuesto, se hacía de rogar, diciendo que habiéndolos visto sólo a la pasada, no podía todavía saber. Pero como insistía don Toribio:

-Mira -le dijo por fin-, estirándome mucho, lo más que le podré pagar son veintitrés pesos.

Y diciendo así, quiso tomar un sorbo de mate, pero se le había tapado la bombilla, y chupaba el pobre, chupaba que daba lástima sin que nadie viniera.

-¿Se le tapó, don...? Preste que se la van a componer... Creo que no vamos a hacer negocio, ¿sabe? Yo, menos de treinta, no vendo.

Y habiendo vuelto a arreglar el mate, subió el resero hasta veinticuatro pesos, declarando que de ahí no podía pasar, y levantándose, con el mate en la mano, como si ya se fuera a retirar, lo devolvió diciendo que la bombilla estaba tapada otra vez; lo que hizo que don Toribio, con toda calma, hiciera hincapié consiguiendo, de a saltitos y poco a poco, oferta de veintisiete nacionales; y como ya entonces no se tapaba la bombilla, pensó, con razón, que era tiempo de cerrar el trato.

Demasiado bien le salía siempre la tan curiosa propiedad de su bombilla de plata para que perdiera ocasión de probarla con todos los que venían a tratar con él de negocios; y quedaba chiflado, desde el primer mate, el acopador que falsamente traía la noticia de una gran baja en la lana, o que trataba de sonsacarle tirados o los cueros de su galpón.

El pulpero Fuláñez, hombre vivo, vino una vez a casa de don Toribio a arreglar las cuentas del año, y le quiso cargar de más en la cuenta, a ver si pegaba, un vale de cien pesos. Don Toribio aseguraba que no se lo debía; Fuláñez, con el mate en la mano, trató de darle explicaciones convincentes para probarle que él lo había pagado. Y don Toribio, quizá hubiera acabado por creerle, y por abonar los cien pesos, si las aclaraciones que trataba de dar el pulpero no hubieran sido, a cada rato, lastimosamente entorpecidas por las repetidas tapaduras de la bombilla de plata, indicio seguro de que Fuláñez mentía. Y éste tuvo que dar por terminado el asunto hasta que pudiera enseñar el pretendido vale... ¡Cuándo!

¡Bombilla linda! Sí, a veces, era como si hubiese hablado.

Tenía don Toribio cierto vecino a quien sospechaba de haberle carneado una vaquillona rosilla, muy gorda. Un día que hacía venico al rodeo, don Toribio lo hizo pasar a las casas y lo convidó con un mate. Conversaron de la lluvia y de la sequía, del estado de los campos y de las haciendas, y mientras estaba el vecino con el mate en la mano, de repente preguntó don Toribio:

-Dígame, ¿no ha visto por casualidad, en su hacienda, una vaquillona rosilla?

El vecino, con la vista medio vaga de que mira sin querer ver, contestó después de un rato:

-No, hombre, no.

Y sin más chupó la bombilla; pero se le había tapado, y don Toribio, mientras se la destapaba, hizo con estudiada violencia una salida bárbara contra «los vecinos puercos que por tan poca cosa se ensucian las manos, gente indigna de poseer. Comprendía -dijo-, que algún gaucho pobre, en lidia con el hambre, carnease un animal, pero que hacendados acomodados hicieran lo mismo, era una vergüenza».

El otro aprobaba, por supuesto; no podía hacer de otro modo, y a falta de mate, se chupó el responso hasta que hiciera «chirriiii» sin necesidad de bombilla.

Para ganar a las carreras, también más de una vez le sirvió la bombilla a don Toribio. Difícil era engañarlo sobre el valor de un caballo, y sobre lo que de él pensarán el dueño y el compositor. Ni se le podía hacer creer que estuviera enfermo un animal sano, ni sano un enfermo pronto sabía, con una sola conversación en su casa, con el mate circulando, si pensaba el corredor hacer trampa o no; si el caballo era de tiro largo o de tiro corto, y también si el mismo dueño apostaba en contra de su propio caballo, con intención de embromar a medio mundo, haciéndole perder una carrera que hubiera podido ganar cortando a luz.

¡Bombilla loca! también; que se tapaba a cada rato, a veces ¡como para quitarle a uno las ganas de tomar mate! Algunos, candidamente, renegaban con las bombillas de plata, en general, que con mate muy caliente casi siempre se tapan; otros algo sospechaban, después de algunas pruebas que, por su misma repetición, los dejaban perplejos, y no faltaba quien asegurase saber que cualquier mentira hacía tapar en el acto la bombilla de don Toribio. Muchos se refan de esto, como de cosa imposible; pero no dejaba la gente de tener cierto recelo antes de faltar a la verdad en casa de don Toribio, a tal punto, que se iban poniendo lo más francos y verídicos, poco a poco y sin pensarlo, hombres que nunca, hasta entonces, habían podido abrir la boca sin soltar una mentira. Y hasta proverbial se había hecho en el pago lo de: «Cuidado, che, que se te va a tapar la bombilla».

Asimismo, habla casos en que don Toribio podía mentir con el mate en la mano, sin que la bombilla se tapara. Era cuando, de noche, después de la cena, contaba cuentos a los niños.

Podía entonces inventar las cosas más inverosímiles y decirlas con confianza: no había peligro, y ni por las hazañas de Cuero Curtido, ni por las miradas del Buey Corneta, ni por don Cornelio con su ambrado, dejaba de pasar el mate en la bombilla.

Los mayorcitos, muy al corriente ya, por supuesto, extrañaban que así fuera y cuando el cuento les parecía por demás imposible, preguntaban al padre cómo era que no se tapaba la bombilla, esa bombilla, gracias a la cual ellos habían perdido tan pronto la costumbre de mentir, aun cuando se tratara de evitar el castigo de alguna travesura un poco fuerte. Y les tenía que explicar don Toribio que una bombilla tan sagaz no podía cometer la torpeza de confundir mentiras que dañan con las cosas que sólo embellecen la vida, ocultando, por un rato, tras dorada neblina de ensueños, su realidad casi siempre ruda.

Don Toribio tenía una hija moza, muy bonita la morocha, a quien no dejaban de festejar ya, aunque con discreción, algunos jóvenes del pago; basta que la primavera entreabra un pimpollo, para que en seguida revoloteen en su alrededor las mariposas; pero ninguno todavía se había atrevido a formular sus sentimientos hacia la niña más que por insinuaciones ligeras, como ser suspiros, entre doloricos y atrevidos, o miradas de soslayo, implorando compasión... ¡Las pícaras! y consiguiendo de la muchacha, por toda contestación, alguna lisonjera reflexión a media voz, como: «Mire qué modo de soplar», o «¡parecen ojos de bagre!».

Don Toribio, pensando asimismo que no sería de más conocer un poco las ideas de Encarnación al respecto, ya que en la misma doña Rudecinda había podido «pispar» nada, una tarde, de sopetón, al recibir el mate de manos de su hija, le preguntó en tono de broma y como si hubiera sabido alguna novedad:

-Y ¿cómo anda ese novio?

Se sonrojó Encarnación hasta los ojos, y contestó apresurada:

-¡Oh! yo, ni pienso en eso, tata.

Y mentira debía ser, pues en este mismo momento se le tapó la bombilla a don Toribio; una simple coincidencia, pero que le causó mucha gracia, no dejándolo de compartir doña Rudecinda, aunque con cierto disimulo de matrona de buen tono, su regocijo. Por supuesto, se turbó más y más Encarnación, al tomar, para ir a componer la bombilla, el mate de manos de don Toribio.

Mientras estaba en la cocina, llegó de visita don Martiniano, estanciero de la vecindad, con su hijo, Martiniano también de nombre; y cuando volvió Encarnación con el mate saludó a las visitas con una expresión tal de gloriosa felicidad, que a los tres viejos no les quedó ninguna duda de que bien pronto estarían de boda. Tanto, que sin que se hubiera de veras formalizado la conversación sobre el punto, cuando estuvieron por retirarse don Martiniano y su hijo, estaban todos de acuerdo, los padres entre sí, y los jóvenes por su lado. No habían tratado, seguramente, de engañarse unos a otros, pues charlando toda la tarde habían estado tomando mate, y ni una sola vez se había tapado la bombilla.

Encarnación aprovechó el tumulto de la despedida para ofrecer a Martiniano el último mate, teniéndolo de pie, casi a solas, en un rinconcito, y la dijo en voz baja, mirándole bien en los ojos:

-¿Me vas a querer siempre?

-Sí, te lo juro, Encarnación -contestó sin turbarse el joven.

Y debía de ser sincero, pues acabó el mate sin que se le tapara la bombilla.

La palabra «siempre» queda fuera del alcance humano y no se le puede pedir a una simple bombilla, por perspicaz y astuta que sea, que advenga si de veras será eterno el amor.

Cuero Curtido

Lo único que quería doña Serapia era que de una vez se cristianara a ese chico.

-Así no puede cuedar -decía ella-; ¡Infiel, a los ocho meses! Ya es tiempo de hacerlo cristiano.

Don Anacleto no decía que no, pero postergaba la ceremonia por no haber podido todavía encontrar un compadre a su gusto. Ya tenía de compadres a todos los hacendados y puesteros medio pudientes de la vecindad y no quedaban más que los paisanos pobres, los que no «hacían cuenta». Y todos los días, era la misma pelea con su mujer, ella apurando, nombrando a Fulano, a Zuzano y a Mengano como candidatos aceptables, y don Anacleto desechándolos.

-Buena gente -decía él-, buenos compañeros, para pagar, así, de pasada, una copa o dos, pero para compadre se necesita otra cosa, gente firme, de fundamento, que tenga siquiera algo que regalar al chico.

Y pasaban los meses.

Una noche, después de cenar y de acostar a la ya numerosa caterva de criaturas con que los había favorecido la suerte, don Anacleto y su mujer, sentados en la cocina, cerca del fogón, rebatían, entre mate y mate, el tema de siempre, cuando llamaron en el palenque.

-¡Buenas noches! -gritó una voz desconocida; y don Anacleto, levantándose, entreabrió la puerta, salió por la rendija, volvió a cerrar ligero, se agachó y, a pesar de la oscuridad, alcanzó a divisar dos jinetes parados que esperaban la venia.

-¿Quiénes son? -preguntó.

-Reseros, señor, que venimos a pedir licencia para hacer noche.

-Bájense -contestó inmediatamente don Anacleto- y casen, nomás, sin cumplimento.

Bien sabía que un resero siempre es hombre con plata, propia o ajena, y aunque no tuviera ésta nada que vender, porque sus animales estaban flacos, de puro instinto se le alegraba el corazón. Al que trae plata, amigo, hay que tratarlo bien: ya que de fijo no viene a pechar y que, al contrario, puede ser que...

Habiendo desensillado los dos jinetes, alzaron los recados y con don Anacleto entraron en la cocina. Eran dos paisanos, de buena presencia ambos, pero cuyas prendas de vestir señalaban marcada diferencia, como de patrón y de capataz.

Uno, de facciones muy finas, con la tez morena, los ojos vivos y relucientes, la nariz algo más que aguileña y los labios de rojo intenso entre la barba renegrida, llevaba blusa y chiripá negros y en la cintura un ancho tiracor todo cubierto de monedas de oro y de plata. Su modo de ser y de tratar a su compañero no dejaban duda: era él el patrón.

El otro, aunque de traje muy decente también, no lucía tanto lujo y guardaba con el primero cierto respeto.

Doña Serapia les preparó un asadito, sólo para que no fueran a dormir de mal humor, les dijo ella, excusándose de que fuera tan poco el agasajo; y mientras se asaba la carne y circulaba el mate, se entretuvieron conversando con don Anacleto.

Éste, siempre en acecho de lo que le podía traer alguna ventaja, parecía haberles tomado un placer a posible provecho, y, con todo disimulo, andaba indagando quiénes eran, de dónde venían, a dónde iban, si eran de muy lejos, y mil cosas por el estilo que podían ayudarle en sus propósitos o hacerlo batir en retarda.

Las respuestas eran bastante evasivas, pero cada con franqueza bonachona, y tales, que don Anacleto no dudó ya de haber encontrado al compadre de sus ansueños.

Dio justamente la casualidad que, en ese momento, se despertó la criatura en el cuarto vecino y empezó a llorar.

-Pobre -dijo la madre-: no es extraño que tenga pesadillas, infiel como está todavía, a los ocho meses.

Y pasó al dormitorio a tratar de hacerle dormir.

Don Anacleto aprovechó la ocasión para tantear el terreno, sin fijarse en cierto movimiento, como de rabia reprimida de los forasteros, y especialmente del patrón, a esa palabra «infie». Sin ver que éste había fruncido las cejas como al oír una injuria personal, don Anacleto, con la coacción de su idea fija, le dijo que, efectivamente, tenía que cristianar un chiquillo, un varoncito muy mono -una preciosura, el muchacho-, y que si consintiera el señor en ser su padrino, lo podrían ir a bautizar el día siguiente: que quedaría muy honrado de que tan distinguido huésped aceptara de ser su compadre...

Pero así quedó cortado, y hasta todo asustado, al ver levantarse llenos de ira, al distinguido huésped y al compañero: y el primero le dijo:

-Para compadre, amigo, no sirvo yo, sépa o, y todo lo que puedo hacer por su hijo, ya que a usted se le ocurrió que debía ser su padrino, ¡es desearle que reciba más golpes y porrazos de todas clases, que cualquier hombre que haya existido y exista jamás en el mundo entero!

Y sin decir más, salió furioso de la pieza y se dirigió hacia el palenque, llevándose el recado y seguido por el compañero.

Don Anacleto se quería morir de aflicción, y mientras quedaba mirando la puerta como petrificado, oyó en el dormitorio el ruido de una caída: era su mujer que dejaba caer al chico en el suelo, y los gritos de la criatura confirmaron al desgraciado padre en el temor que ya lo tenía poseído, de habérselas habido con Mandinga y de haberlo hecho enojar con hablarle de cristianar y de bautizar, cosas que lo ponen siempre, por supuesto, fuera de sí.

Todavía estaba sin moverse don Anacleto, cuando volvió a entrar en la cocina el capataz del misterioso forastero. Venía a buscar el rebenque de su patrón que éste había dejado en la mesa, y don Anacleto se lo iba a entregar, cuando, acordándose, e muy astuto, que debía de ser el rebenque ese una prenda de inestimable valor para el que lo tuviera en su poder, lo agarró resueltamente y, echándose atrás, se lo negó al hombre.

El gaucho, entonces, humildemente, le suplicó que se lo devolviera, pues, de otro modo, su patrón lo iba a matar o hacer con él cosa peor.

-Bueno -le dijo Anacleto-, se lo devuelvo si me indica el medio de destruir el hechizo de que su patrón hizo víctima a mi hijo.

-No puedo, no puedo -contestó el gaucho, temblando.

-Entonces, salga de aquí, maldito -exclamó don Anacleto, blaneando el rebenque, y esto bastó para que, en el acto, se dejase caer de rodillas en el suelo el infeliz, sabedor, probablemente, de lo que pasaba en las espaldas esa lonjita.

-Mire, señor -dijo-, destruir del todo el poder de las palabras de mi amo, no se puede; pero tóquelo despacio al niño con el rebenque y aunque sufra en su vida, como no lo puede ya evitar, más golpes y porrazos que cualquier hombre en la tierra, lo puedo asegurar que será sin sentirlos.

Don Anacleto entró en el dormitorio, tomó de brazos de su mujer al muchacho que todavía gritaba bastante y lo tocó despacio con el rebenque. En el acto dejó de llorar la criatura y don Anacleto no pudo menos que admirarse: pero desconfiaba todavía, cuando, al darse vuelta para colocar al chico en la cuna, le pegó, sin querer, un golpe bárbaro en la cabeza contra la pared, y en vez de llorar, se rió la criatura, como pidiendo otro.

Don Anacleto y su mujer se quedaron estupefactos, aunque nada supiera todavía doña Serapia; pero el otro gaucho, apurado para irse a juntar con el amo que ya lo estaba llamando, empezaba a reclamar a gritos el rebenque; don Anacleto se lo entregó y corriendo detrás de él hasta la puerta, la cerró con estrépito, haciendo «cruz-diablo» a los huéspedes aquellos.

Y después le contó todo a doña Serapia, quien, por supuesto, se santiguó durante una hora, pensando con dolor que ya le sería imposible hacer cristianar a su hijo. Don Anacleto, él, tomaba las cosas con más filosofía, calculaba que al fin y al cabo, no venía a ser tan malo para el chico el terrible regalo del padrino improvisado, enmendado de modo tan feliz por el incidente del rebenque olvidado.

Y a medida que el muchacho crecía, más se hacían ver los admirables efectos de la providencial combinación. Como se lo había prometido el diabólico forastero, todo era para él ocasión para porrazos y golpes, y su vida hubiera sido un martirio sin igual, a no ser la compostura magrosa producida por la indicación del capataz.

No pasaba la criatura cerca de una mesa sin pegarse en la cabeza; no salía al patio sin enredarse en el umbral, y sin caer al suelo; pero lo que a cualquier otro le hubiera roto la cabeza, o por lo menos hecho salir algún enorme chichón, a

él no le dejaba siquiera moretón, y cada susto de sus padres por las caídas, o por los golpes que se daba, le causaba la mayor alegría: tan bien, que a falta de poderle llamar, según el calendario, Visitación o Guadalupe, Calasanz o Deogracias, le llamaron Cuero curtido.

Esto de ver que ningún golpe le hacía mal, por supuesto, no tardó en hacer de él un muchacho atrevido como él solo. Más de una vez, con Anacleto lo quiso corregir, sin acordarse de que ni coscorrón, ni paliza le podían hacer nada. Los coscorriones sólo hacían doler los dedos que se le pegaban en la cabeza, y los palos se rompían en sus espaldas sin más resultados que hacerle reír a carcajadas.

Cuando peleaba con otros muchachos, siempre acababa por salir victorioso: no que pegara él muy fuerte, pues no pasaba de travieso y no era malo, pero por poco que se defendiera, pronto se cansaban los otros de recibir golpes; sin que los que le devolvían produjeran ningún efecto. Y todos los muchachos, por numerosos que fueran, se retiraban de la contienda, con los miembros machucados, la nariz hinchada, un ojo negro, una oreja ensangrentada o los dientes flojos, mientras que él seguía muy orondo y fresquito como una flor.

Desde chico, como cualquier otro gauchito, Cuero curtido había empezado a andar a caballo, y desde el primer día hubo para él un surtido de porrazos y de golpes lo más variado. Cualquier espartada del caballo, cualquier tropezón que para otros hubiera pasado inadvertido, con él, daba resultado completo, gracias al malévolo forastero, su maldito padrino; pero era por fin poco el inconveniente, ya que el caer no era para Cuero curtido, gracias al roce del famoso rebenque, más que una paqueña sacudida, quizá agradable, pues siempre se levantaba riéndose. Sin contar que la domada del potro más bellaco no pasaba para él de un juego; como no sentía los golpes, no los temía y se le sentaba a cualquier animal sin recelo; y quizá suponiendo que, ya que los golpes no le hacían nada, tampoco los sentía el potro, con tantas ganas se los menudeaba, que el animal siempre acababa pronto por aflojar y darse por vencido.

Más de veinte veces, pues no era muy parador, efecto probablemente de la maldición, había rodado con tan mala suerte, que se le había venido encima el mancarón, apretándolo. Cualquier otro hubiera quedado aplastado, y con las costillas rotas; él no; si no podía librarse solo, lo que más de una vez le sucedió, esperaba que lo viniesen a sacar, y nada más.

Una vez estaba tirando agua, cuando se le cesmoronó el jagüel tan repentinamente, que cayó en él con caballo, manga y todo. El caballo se mató, pero Cuero curtido, ¡cuándo no!, risueño, salió de allí.

En el corral y en el rodeo era muy bárbaro para trabajar, y parecía que nada hiciera para evitar cornadas, rodadas o apretaduras; más bien era como si las buscara. Fue, un día, cogido y levantado diez veces seguidas por un toro bravo. Por supuesto, todos lo creyeron muerto, y cuando, enlazado el toro, lo fueron a levantar, creyendo que iba a ser de a pedacitos, se sentó en el suelo y con toda tranquilidad armó un cigarro, contentándose con decir:

-¡Toro loco!

En otra ocasión, la armada de su lazo, habiéndose cerrado en una sola asta de un novillo, resbaló y, cimbrando, vino la argolla con una fuerza terrible a darle derecho en el ojo.

-¡Pobre! -gritó al verle recibir el golpe el dueño de la hacienda, que estaba allí cerca.

-No es nada, patrón, no se asusta; si es de goma.

Y aunque hubiera sido de goma, a cualquier otro le saca el ojo; pero Cuero curtido ni se sintió siquiera.

Aunque, por suerte, no fuera peleador, no siempre podía evitar encontrarse, en la pulpería, metido en algún barullo; y decimos por suerte, porque si le hubiera dado el genio por buscar camorra y hacer armas por un sí o por un no, como a tartos paisanos, hubiera dejado el tendal, pues pudo comprobar en varias ocasiones que no le entraban los cuchillos ni los facones y que los tajos sólo le canzaban a hacerle trizas la ropa.

Una vez, al entremeterse para separar dos gauchos armados que querían pelear, recibió en la misma cabeza una bala de revólver. Fue un grito de espanto; lo creían muerto; ni siquiera un chichón; la bala aplastada había caído en el suelo.

Y un gaucho viejo que allí estaba y había servido en el ejército, no pudo menos de decirle:

-Pero amigo, ¿por qué no se hace usted soldado? Es el oficio que mejor le pueda convenir.

Y lo pensó Cuero curtido. Y, al mes, estaba de milico en la frontera. Allí, peleó con tanto coraje, que se volvió el terror de los indios, haciendo la admiración de sus jefes y de sus compañeros.

De los más terribles entreveros, a lanza y saete, salta siempre leso, sin que se pudiera saber cómo. Se cansaba de matar indios, sin que una gota de su sangre fuera vertida jamás, y pronto fue bastante que lo vieran e los adelantarse, para disparar despavoridos creyéndole hijo de Mandinga, cuando no era más que su ahijado.

Cuando la guerra del Paraguay, era ya capitán; hizo toda la campaña, cargando siempre al frente de sus hombres, y haciéndolos matar, por lo demás, con la desenvoltura del que se sabe invulnerable: era de la escuela antigua.

Subió, de grado en grado, hasta llegar a coronel, lo que casi era poco para un hombre sobre el cual se aplastaban las balas como en placa de tiro al blanco; pero desgraciadamente, no sabía leer ni escribir y no pudo alcanzar a general.

Don Calixto, el dadivoso

Don Calixto había nacido generoso. Pobre, gran cosa no podía dar, pero se complacía en regalar al que lo pidiese, algo de lo poco que por casualidad tuviese. Algunos -de los mismos, por supuesto, que más lo aprovechaban- lo trataban de infeliz, incapaces de sospechar que su satisfacción en dar era algo igual, si no mayor, a la del pulpero que logra cobrar una cuenta dudosa.

No tenía más que su puestito -intruso en campo del Estado- una manada de yeguas y algunos caballos, y vivía de changas: algún arreo, una hierra, un aparte, la esquila; también vendía algunos bozales trezados, y sembraba un retazo de maíz para mantener a la familia con mazamorra cuando faltaba la carne.

Una tarde, sentado en el umbral de su rancho, gozaba el suave calor del tibio sol de mayo, saboreando un cimarrón. Contemplaba, no sin cierto orgullo, el conjunto de sus riquezas: en el displayado que formaba patio al rancho, se erguía una troje, granero de pobre, improvisado con seis álamos, alambre y chala pero relleno hasta el tope de su tranquilizadora opulencia de largas y gruesas espigas de maíz, doradas como sueños de fortuna... y como ellos, resbaladizas.

En el rastrojo que, más allá, extendía su manto roto de chalas amarillas y quebrajeadas, entre los verdes parches del pasto otoñal que luchaba para tapar las manchas negras de la tierra desnuda, devolvían al sol su nota alegre los zapallos Angola y los criollos, haciendo relumbrar en el suelo el barniz de su verde oscuro realizado de ribetes y salpicaduras de oro.

Y del armónico esplendor de tantos colores, suavemente amortiguado por el vaho azulado que se levantaba de la tierra húmeda y caliente, de la inefable quietud de la atmósfera, subían hasta el corazón bondadoso de don Calixto las ganas de tener a quien ofrecer parte de todo aquello, de su pequeña cosecha y del inmenso bienestar de que se sentía irradado.

Como para hacerle el gusto, vino justamente de visita, en ese momento, uno de sus vecinos, hombre viejo, que vivía solo en su choza de lo que le daban los demás, pues estaba imposibilitado por la edad para ganarse la vida y tan luego como después de haber atado a palenque su caballo, se le hubo acercado a don Calixto, éste se levantó, cediéndole el banquito en el cual estaba sentado, y tomó para sí -asiento, por lo demás, bastante incómodo- uno de los zapallos que se estaban oreando encima del techo.

La conversación entre estos dos gauchos, aunque fueran ambos pobres de solemnidad, pronto versó, tan naturalmente como la de cualquier capitalista, sobre los bienes de la tierra y su mejor empleo.

-¡Zapallos lindos! -exclamó el viejo-, ¡tan sazonados, tan grandes! ¡Y qué cantidad había teniendo, don Calixto! ¡Quién tuviera una carrada de ellos, curándose en el techo, con las heladas, para hacer sabroso el puchero!

-¿Quiere algunos, don?...

Calixto no dijo el nombre de la visita, por la sencilla razón de que nunca lo había sabido, y cosa rara, tampoco se acordaba habérselo oído a nadie, nunca.

-Hombre -contestó el viejo-, si no fuera mucho pedir...

-¡Qué esperanza, señor! Si a mí me sobran. ¿Qué voy a hacer yo con tantos zapallos?

-La verdad, que sería mejor para usted que fueran ovejas.

-Pues no -dijo, riéndose, don Calixto-, más que los zapallos, haría una majada el puchero sabroso. ¿no es cierto? Pero para qué se va a acordar uno de lo que no pueda tener.

Y evantándose, ató a la cincha de su mancarrón un cuero de potro todo arrugado que, desde mucho tiempo ya, le servía de carretilla, o acercó al rastrojo, y lo cargó hasta más no poder con los mejores zapallos que encontró. Los trajo a la rastra hasta el patio; allí, los amontonó y le dijo al viejo que, a la tarde, se los iba a mandar por un muchacho, en el carrito; y volviéndose a sentar en el zapallo, tomó de manos del viejo el mate. Se aprontaba a cebar cuando de repente corcoveó su asiento, y lo dejó tirado patas arriba como murrango que se hubiese puesto a domar, disparando, el zapallo, hecho una grande y linda oveja, gorda y lanuda. Y mientras que entre risueño y renegando, se levantaba don Calixto y se sacudía el chiripa, vio disparar también, cambiado en punta de ovejas, el montón de zapallos que había traído para el visitante; y todas se dirigían hacia el rastrojo, donde impetuosamente y como asustados, se levantaban todos los demás zapallos, cambiados en otras tantas ovejas, capones, borregas y corderos, según su tamaño.

Don Calixto se quedó un rato asombrado de lo que veía, y dándose vuelta hacia el viejo, para cambiar con él impresiones, vio con estupefacción que había desaparecido con caballo y todo, como si se lo hubiese tragado la tierra.

Estaba en aquel momento solo en el puesto. Su mujer había ido, con sus hijos más chicos, a dos cuadras de allí, a una lagunita donde tenía perenne la batea de lavar, y los muchachos mayores estaban trabajando en la vecindad o paseando.

Montó, pues, a caballo, y de un galopito estuvo con la majada: la atajó, la miró bien y vio que era toda de una señal - muy borita la señal, dos paletillas cerquita de la punta, de modo que cada oreja parecía una hoja de trébol-, y que pasaba de quinientos animales, y gordos todos, grandes, lanudos, sanos que daba gusto.

-¿De quién será esa señal? -pensaba don Calixto-. ¿Quién sabe si no será algún chasco del amigo Mandinga, y si mañana no me cae la policía a llevarme por cuatrero?

Crela don Calixto, lo mismo que la mayor parte de los paisanos -¡son tan ignorantes!- que de Mandinga no se puede esperar más que males y perjuicios... No sabía -nadie se lo había enseñado-, que al hombre servicial y bueno que le cae en gracia, dispensa éste, el día menos pensado, los más inesperados favores.

Arreó la majadita hasta donde estaba su mujer, se la enseñó, le contó el caso y le pidió su parecer. La mujer no era torta; no se desconcertó por tan poco y le aconsejó tres cosas: dejar suelta la majada, como si fuese ajena y cuidarla desde lejos; apagar la vela que, ese día, le había puesto a la Virgen de Luján y coocar a ésta en el baúl en que guardaba la ropa, para que si realmente fuese la majada obsequio de Mandinga y a llegase Ella a ver, no tuviese la tentación de destruirla de algún modo- y, por fin, ir a pueblo a averiguar en el juzgado de quién era esa señal para, si no era de nadie, asegurársela sacando la boleta. Se dispuso don Calixto a hacer lo indicado por su mujer, y había ensillado su mejor caballo con sus mejores aperos para ir al pueblo, cuando, al momento de montar, quiso ver si tenía en el tirador papel de fumar y se encontró con un documento que no era otra cosa que la boleta de propiedad a su nombre y perfectamente en regla, de la señal de «dos paletillas».

En vez de seguir para el pueblo, y después de consultar otra vez con la señora, arregló contra la pared del rancho un corralito improvisado con palas plantadas en el suelo, dos o tres postes que tenía tirados por allí y el arado, todo ligado con dos lazos estirados de punta a punta y de los cuales cogió todos los ponchos, cobijas y cueros que pudo hallar en la casa.

Tan mansitas eran las ovejas, que casi solas entraron en el corral sin asustarse por las colgaduras, y se disponía don Calixto a contarlas, cuando llegó a su puesto otro conocido de él, otro pobre, por supuesto, que sabiendo lo que era de bueno, le venía a pedir un zapallo o dos.

Se quedó boquiabierto al ver las ovejas y preguntó a don Calixto de dónde le habían caído.

-Me las dieron por zapallos -contestó éste.

-¿Por zapallos? ¿Y quién?

-¡Ah! Esto, amigo, es secreto; cada zapallo, una oveja al corte: así fue. Y son como quinientas. Lo que sí, he quedado sin zapallos, lo cual no deja de ser una broma.

-¡Bah! Eso es lo de menos. Pero sabe que son más de lo que usted dice y que me contentaría muy bien con lo que sobrase de las quinientas.

-¡Pago! -gritó riéndose don Calixto, como si hubiese sido apuesta-. ¡Hombre!, ya que no tengo zapallos para darle, me ayude usted a contar hasta quinientos, y le regalo el resto. ¿Para qué quiero más?

Y así fue, y como resultaran las ovejas quinientas sesenta, el otro vecino pobre, lleno de gozo, se llevó las sesenta. La mujer de don Calixto refunfuñaba un poco al ver a su marido tan generoso, pero, ¿qué iba a hacer?, ya que para él no tenía más objeto lo que le sobraba que llenar necesidades ajenas.

Por lo demás, para probar que no era ingrato, el vecino le mandó de regalo a don Calixto un rosario de contar hacienda.

Pronto cundió la voz por todos los ranchos de los intrusos poblados en el campo del Estado, de la suerte singular que le había tocado a don Calixto, y no había concluido el día cuando doña Liberata, una viuda, comadre de él, cargada de hijos, le había mandado pedir un poco de carne, un cuarto, aunque fuera, o un espinazo para hacer un puchero.

Don Calixto no vaciló un rato y despachó al muchacho para su casa con todo un capón gordo, bien atado de los tientos del recado.

-Y dile a tu mamá -le gritó- que se quede con el cuero para los vicios.

Dio la casualidad que estaba en casa de la viuda un resero: se quedó el hombre admirado de la gordura del capón, y al día siguiente, a la madrugada, antes que saltase la majada don Calixto, estaba en su palenque, llamándolo, a ver si hacían negocio. Don Calixto lo recibió con los agasajos debidos a quien trae plata, loco se contentó a pensar que, por la primera vez en su vida, iba, como cualquier hacendado rico, a recibir pesos.

Lo que más le agradaba era que iba, con éstos, a poder cumplir con su compadre don Pedro, de quien tenía recibidos tantos servicios en momentos de penuria, y pagar por él, a su vez, al pulpero con quien estaba empeñado hasta los ojos y que le había mandado el otro de regalo.

El resero vio la majada, calculó que de ella podía sacar unos cincuenta capones gordos y ofreció un precio halagador, que don Calixto aceptó. El aparte pronto estuvo hecho, y cuando se trató de contar, don Calixto quiso estrenar el rosario que le había el otro mandado de regalo.

Bien pensaba, a la verdad, que no necesitaba rosario para la única tarja de cincuenta que iba a tener que contar; y así se lo dijo el resero, pero don Calixto lo quería probar, de puro gusto. Empezaron a contar, y pasaban capones y capones, sin que pareciese mermar la chiquerada. Contaron una tarja, y contaron dos, y contaron tres, y saltan más y más capones y seguían contando. El resero, viendo que todos eran parejos en gordura, dejaba correr, no más, y contaba, y tarjaba, sin querer cortar el chorro, reservándose de manifestar su admiración para cuando se acabase. Y sólo se acabó cuando hubo cantado don Calixto la última de las veinte cuentas de que constaba el rosario. Lo felicitó el resero por su buena suerte, sin pedirle más explicaciones, sabiendo, como buen gaucho, que hay ciertas preguntas que no debe hacer el hombre discreto; le pagó los mil capones al mismo precio por cabeza que habían trazado para los cincuenta que había pensado comprar y se fue con su arreo.

Fueron los pesos de don Calixto como rocío celestia para todos los pobres gauchos del pago; quedaron saldadas, en la esquina, hasta las libretas que, de viejas, las había echado en olvido, casi, el mismo pulpero, y todos anduvieron, por un tiempo, con ropa nueva pagada al contado.

Es que, burlándose de las observaciones de su mujer, no perdía ocasión don Calixto de regalar a sus vecinos pobres todo lo que le pedían, a pesar de ser algunos de ellos imprudentes y hasta voraces, y también de darles casi siempre mucho más de lo que solicitaban.

-¿Para qué quiero tanto? -era su refrán-. Lo que me sobra me estorba, y a otros les hace falta.

Tenía tanta más razón, cuanto, por inexplicables circunstancias, resultaba siempre pequeña la parte de los favorecidos, pues más les daba y más aumentaban los productos de su majada.

A uno de aquéllos se le ocurrió, una vez, mandarle pedir, no porque se muriese de necesidad, sino sencillamente porque era el día de su santo y lo quería festejar debidamente, un cordero gordo. Don Calixto fue al corral y eligió el mismo el cordero más grande y gordo de la majada, y el muchacho que lo había venido a pedir le prometió, en recompensa, que, el día de la señalada, su padre, sus hermanos y él le vendrían a ayudar. Y así lo hicieron.

La parición había sido abundante: el corderaje era lindo, alegre, retozador, y para facilitar el trabajo, lo apartaron todo junto en un chiquero especial. Y empezaron los cuchillos a trabajar fuerte y parejo, amontonándose las colitas, y seguían, sin cesar, disparando para la majada los corderos ensangrentados, balando lastimeramente por la madre. Pero más corderos alcanzaban los peones a los señas adores, más quedaban para señalar; parecía que manara el chiquero, y acabaron por cansarse todos, sin haber podido concluir, pues quedaban encerrados muchos animales todavía. Lo que viendo don Calixto hizo parar el trabajo, y regaló a los que habían venido a ayudarlo todos los corderos que quedaban orejanos, a los cuales se agregaron, cuando los llevaban, las respectivas madres que ya andaban por el campo.

-¿Para qué quiero majada tan grande -decla-, si ya me sobran ovejas?

Ya que tan generoso era don Calixto, con razón pensó doña Encarnación, otra pobre de la vecindad, que no le negaría para cama de sus criaturas unos cuantos cueros de oveja; y se los mandó pedir. Por el mismo muchacho que le

trajo la carta. don Calixto le mandó un caballo cargado con los cueros de consumo más grandes y más lanudos que tuviese en su galpón, siendo siempre su orgullo dar lo mejor de lo que tenía.

Cuando llegó la esquila, doña Encarnación mandó a todos sus hijos mayores a que ayudasen a don Calixto en su trabajo, no pudiendo ella misma ir, por tener que atender a los demás, todavía muy chicos. Las ovejas que a esos muchachos les tocó esquila no eran mejores que las otras y sucedió entonces una cosa bien extraordinaria: todos los vellones que al latero entregaban, pesaban de diez kilos arriba, cada uno, siendo su lana sumamente fina, larga de medio metro y tan rizada que nunca se había visto lana igual en ninguna parte de la pampa.

Se amontonaron los compradores y con tal de conseguir los vellones maravillosos, pagaron por toda la partica un precio exorbitante.

¡Tenía una suerte ese don Calixto!

Fácil será comprender que con todo esto hubiese aumentado demasiado y casi a pesar suyo, su fortuna, si, por otro lado, no hubiese también crecido su generosidad. Pero se empeñaba el hombre en sembrar, con lo que le sobraba, en muchos humildes hogares, un poco de felicidad, tanto que consiguió, dicen, cosechar -de vez en cuando-, esa flor exquisita y rara: la gratitud.

La estancia del dormilón

Era en 1867. Por la segunda vez, el cólera hacía estragos en la pampa. Familias enteras desaparecían presa de la epidemia, siendo el incendio de sus ranchos, quemados por algún vecino, entre caritativo y miedoso, las únicas horras fúnebres que se atrevieran a darles; y quedaba la llanura sembrada de taperas carbonizadas, lóbregos espantajos cuidadosamente evitados por la gente despavorida.

Don Aristóbulo Peñalosa, modesto estanciero del Sur, establecido en tres leguas de campo de su propiedad, allí vivía con su pequeña familia, compuesta de su mujer y de dos criaturas, cuidando su hacienda, poco numerosa por ser los campos tocav'a sin pisoteo y de pasto duro, pero suficiente para pasarlo bien sin mucho trabajo, en aque los tiempos de vida patriarcal y sin codicia.

Era feliz el hombre, cuando la suerte cruel, en pocas horas, le arrebató a las dos criaturas, y la madre, contagiada, dos días después, las siguió, dejando a don Aristóbulo solo, desamparado, tan agobiado por el dolor que no deseaba en esos momentos otra cosa que caer pronto, él también, víctima de la despiadada enfermedad.

Pero ni remotamente sufrió de ella síntoma alguno, y después de haber rendido a los seres queridos, que para siempre lo habían abandonado, los últimos deberes, triste, desconsolado, los ojos hinchados de tanto llorar, muerto de cansancio moral y físico, por las vigiliás y el horrible trabajo postero, se sentó al pie de un pequeño ombú, plantado por él hacía tres años al lado de su rancho, y vencido por tan repetidas emociones se durmió.

Algunos vecinos, al cruzar el campo, el día siguiente, se dieron cuenta de que nadie cuidaba ni repuntaba las haciendas de don Aristóbulo. La majada se había retirado mucho de las casas y bien se veía por el tamaño de las panzas y la cantidad de ovejas echadas, que habían quedado comiendo toda la noche; las vacas estaban casi en la orilla del campo, sin que nadie recorriese la línea para repuntarlas, y hasta la misma tropía favorita de don Aristóbulo andaba como perdida por el cañadón, lejos de la estancia.

Don Aristóbulo era muy querido, y se empezaron todos a interesar por él y por lo que le podía haber sucedido. Fueron de a dos, de a tres, los más valientes, a ver lo que por allí pasaba. En el palenque dormía, ensillado, el moro, el preferido de don Aristóbulo. Llamaron: nadie contestó pero viendo al mismo cueño de casa recostado al pie del ombú, se le acercaron.

Dormía profundamente; en sueño tranquilo, reparador de exhaustas fuerzas. Lo dejaron, ¿para qué despertarlo?, y les bastó, por lo demás, una ojeada para comprender que al rancho había quedado vacío de sus demás huéspedes: que debajo de aquella tierra removida descansaban ellos, y que don Aristóbulo quedaba solo allí.

Se fueron, no era cosa de demorar mucho tiempo, cerca de una casa apestada.

Y don Aristóbulo, sin hacer el menor movimiento, siguió durmiendo profundamente, bajo el ombú, lo mismo que en el palenque su caballo preferido.

Los mismos vecinos volvieron de vez en cuando, y viendo que siempre dormían en el palenque el moro, y a pie del ombú el amo, tomaron a costumbre de repuntarle la hacienda en la línea del campo, sin atreverse a turbar un sueño que, por lo duradero, no dejaba de parecerles algo prodigioso.

Poco a poco, la quinoa y la cicuta, el cardo y la cepa-caballo, y cien otras plantas, buenas y malas, espinosas y floridas, crecieron alrededor de la casa, semillaron y cundieron invadiendo el patio, las zanjas y hasta el corral de las ovejas, volviéndose matorral lo que había sido displayado, pero matorral de pastos tiernos, de gramilla y de trébol, como de tierra poblada. El palenque, con el moro atado, ensillado siempre, inmóvil y durmiendo, quedó rodeado de un verdadero fachinal; y el ombú, cada día más crecido, extendió poderosamente sus ramas verdes, como para proteger más y más el sueño siempre igual y profundo de don Aristóbulo. Las raíces del árbol hermoso sobresalían ahora del suelo como sercipientes colosales arrolladas y se encontraba el hombre dormido como en verdadero sillón cavado por el peso de su mismo cuerpo.

En las dos piezas del rancho y en la cocina, las generaciones de arañas se sucedían legándose y traspasándose en paz sus telas, siempre más numerosas; y tanto los bien tejeo en las ramas del ombú, como en el crucero de la roldana del pozo silencioso los horneros, habían multiplicado los ridos, en medio de una tranquilidad sin par.

Hasta los zorrinos y las comadrejas se morían allí de viejos, sin haber sabido, en su vida, lo que era ser molestados por nadie, ni por hombres ni por perros.

Es que más tiempo pasaba, desde el día en que había empezado su ininterrumpido sueño don Aristóbulo, más respeto le criaba la gente a la «Estancia del dormilón», como habían dado en llamar al establecimiento. No había vecino

que no se empeñase en impedir que saliera hacienda del campo de don Aristóbulo, lo que, con el tiempo, no fue siempre cosa fácil, pues a pesar de las sequías y de las epidemias que de vez en cuando hacían hecatombes entre las vacas, las ovejas y las yeguas, ya por demás amontonadas, se habían multiplicado excesivamente. Lo que se comprende, ya que nadie podía disponer de un solo animal de esas haciendas. ¿Y quién tampoco se hubiera atrevido?

Había allí animales enormes, viejísimos, pues no podían morir sino de enfermedad o de vejez; y como nadie trabajaba la hacienda, había en la estancia una cantidad loca de machos de todas clases, y por todas partes retumbaban las lomas y los cañadones al estrépito de sus luchas, golpes, coces y topacas bramidos y relinchos.

A más de un cuatrero le estaban haciendo cosquillas las boleadoras y el lazo, al mirar por el campo, desde la orilla, tanto bagual y tanto toro. ¡Qué pingos, y qué huascas, y qué matambres estaban allí comiendo pasto!... al ruido. Tentadora, la cosa, pero ¿quién se atreve?.. En su sueño, debe ver muchas cosas ese dormilón sospechoso.

Créase asimismo que dos gauchos, una noche, penetraron en el campo a matrear; bandidos conocidos eran y gente guapa peleadores sin hiel y carneadores avezados, de noches oscuras. Pero nunca se volvió a saber de ellos. Hubo, toda la noche, mucha bula en la hacienda, correrías y balidos, cosa de creer que andaban ánimas por el campo y que toda la hacienda se había vuelto loca, pero nada más: todo, a la madrugada, se había sossegado. Si fue drama, fue como en el mar: hundido el bajel, se apaciguan las olas, y ¡santas pascuas!

También hubo un juez de paz -son muy diablos-, quien en 1837, treinta años desde que se había dormido de tan peculiar modo don Aristóbulo Peñalosa, quiso probarle las costillas al campito aquél y a sus haciendas.

Las tres leguas del «dormilón», al volverse según el lenguaje entonces adoptado, ocho mil hectáreas, habían tomado mucho valor: lo mismo que las haciendas, a pesar de haberse quedado éstas completamente criollas; y se relamía el juez al pensar que con algunos trámites bien dados, y convenientemente engrasados los ejes, podría muy bien, algún día, verse dueño del establecimiento: campo y hacienda.

Empezaron los trabajos. Mientras anduvo todo por las oficinas, no hubo tropiezo. Pero cuando después de conseguir del tribunal de primera instancia un oficio en forma para intervenir en la estancia codiciada, se requirió para el objeto la ayuda de la policía, hubo entre los milicos unanimidad para tratar de echarse atrás. Fue necesario prometer gratificaciones extraordinarias para que tres de ellos, los más guapos, acompañaran al juez; y eso que con ellos iban, armados hasta los dientes, media docena de civiles, amigos de interesado, incitados por la codicia y la curiosidad.

Encontraron el campo recién alambrado por los vecinos. Las haciendas de la «Estancia del dormilón», por su número siempre creciente, se hacían algo cargosas, y para no tomarse más el trabajo de repuntarlas habían decidido todos cercar. No sin recelo se aproximaron a la población. La maleza se había extendido y tupido más y más: el ombú se había vuelto colosal y el rancho desaparecía casi por completo entre los yuyos y el cardal.

Hubo que abrir a machete una verdadera picada en derechura hasta el ombú para cerciorarse de que siempre estaba allí don Aristóbulo. Los milicos, en esta tarea, adelantaban sin ganas, guiados por dos vecinos antiguos -los últimos que quedaban de los que habían conocido a don Aristóbulo- que lo habían visto sentado al pie del árbol, el primer día de su sueño extraño y le habían cuidado la hacienda durante los treinta años que había estado curmiendo. Casi muchachos en aquel tiempo, se les había arrugado mucho la cara y encanecido el pelo pero conservaban, respecto a la «Estancia del dormilón» y a su dueño, involuntario sentimiento de supersticioso temor, juzgando sobrenatural ese sueño misterioso, y poco prudente el paso por esta gente.

Al cabo de varias horas de trabajo llegaron por fin muy cerca del pie del ombú, y no faltaban por voltear más que algunos troncos de cicuta, cuando oyeron todos, en medio de la angustiosa perplejidad de ese momento solemne, un ruido sonoro y rítmico como de persona normalmente dormida.

No tenía esa ruido nada que fuera muy asustador, y fue, sin embargo, lo suficiente para irfundir a todos esos hombres, a pesar de sus armas, un irresistible pánico. Dispararon los milicos, dispararon los comedidos acompañantes, dispararon los vecinos, y a frente de ellos el mismo juez de paz, olvidado de la presa apetecida corriendo temblorosos hacia los caballos que habían dejado al cuidado de un peón. Y todos, en tropel montaron y se apretaron el gorro como bandada de locos, hasta dejar el campo y trasasar el alambrado.

Al cerrar con cuidado la tranquera, uno de los viejos vecinos de don Aristóbulo le dijo al juez:

-Para mí, señor, lo mejor será esperar que despierte solo el hombre, si se quieren evitar desgracias.

Pero esperar que despertara «el dormilón» era, para el juez y sus aves negras, como renunciar para siempre a la esperanza tan acariciada de apoderarse del hermoso campo que cada día valía más y de las numerosas haciendas; y pasado el susto, pensó que ya que tan bien dormía don Aristóbulo era una bobería el tenerle miedo, y que mejor sería hacerle definitivo el sueño.

Se estaba entonces agregando al gran ferrocarril del Sur, un ramal que iba justamente a cruzar por la «Estancia del dormilón», y el buen juez hubiera querido tomar posesión del campo antes de que allí llegaran las cuadrillas.

Pero parecía que nunca hubiera tropezado con tantas dificultades para dar con algún gaucho capaz de... ayudar. Sólo a los meses encontró un forajido que por muchos pesos consintió en hacer desaparecer de cualquier modo que fuera y con todo sigilo al... estorbo.

Ya habían llegado los rieles al alambrado y lo estaban cortando los peones para seguir con el terraplén, cuando justamente se iba internando en el campo el bandido, en dirección al ombú. Llegó y después de apearse y de atar el caballo a unas matas de pasto, entró, no sin titubear, entre el yuyal que rodeaba la casa. Trató de seguir a senda cue, como un año antes, había trazado la primera expedición mandada por el juez de paz, pero había vuelto a crecer la maleza de tal modo que tuvo, para abrirse camino, que mellar en ella el cuchillo, y cuando llegó al pie del ombú, no tenía en la mano más que un arma casi inútil. Asimismo pensó que para acabar con un hombre dormido, le bastarían las boleadoras que llevaba en la cintura, y hasta las manos, en un caso.

Y en el mismo momento en que volteaba la última planta de biznaga que le tapaba las raíces del árbol, sonó un estridente silbato que lo hizo estremecer.

Era la locomotora del primer tren de baasto que llegaba a la orilla del campo de la «Estancia del dormilón»; y un concierto de mil voces de los pájaros que habían anidado en el ombú contestó al saludo de la gran civilizadora, en tan alegre bulla que no pudo menos que contestarles a su vez con un sonoro relincho el moro atado desde treinta y tantos años en el pañete y que se acababa de despertar. Se sacudió también don Aristóbulo, se incorporó, se restregó los ojos, bostezó, se estiró fuerte, y a media voz dijo:

-¡Caramba, que he dormido!

-La verdad -murmuró el gaucho, retirándose unos pasos.

Don Aristóbulo cyó y viéndose cara a cara con un desconocido que esgrimía, con facha de bandido, aunque todo tembloroso y hecho un susto, un cuchillo casi sin hoja, se puso de pie, preguntándole en tono fuerte:

-¿Y a usted qué se le ofrece?

-Señor -saluceó el otro-. Yo venía a despertar.

-¿A despertar? ¿Con cuchillo? ¿Quién lo manda?

-El juez de paz, señor.

-¿Don Benito?

-¡Oh! no, señor: don Benito murió hace tiempo.

-¿Cómo, hace tiempo?

-Sí, señor: unos diez años.

-¿Diez años?

-Sí, señor. Dicen que usted estaba dormido ya hacía más de veinte años.

-¿Qué dice?

-Así dice la gente, señor; yo no sé, porque hace poco que he venido a estos pagos.

Don Aristóbulo trataba de recobrase: creía estar soñando aún, y lo que veía alrededor suyo no era para menos: el ombú tan crecido, ese yuyal que lo había invadido todo, hasta tapar casi la vista del rancho.

Sin decir palabra enderezó para las casas, lo que aprovechó el bandido para escabullirse. Don Aristóbulo, bien despierto ya, tuvo que cortar bastantes yuyos con el cuchillo para entrar, y recuperó poco a poco la memoria del pasado; era un recuerdo suave, amortiguado, tierno, pero sin dolor, como si hubieran pasado efectivamente algunos años desde el triste acontecimiento.

Admirado de todo lo que veía y presentía quiso llamar al compañero que le había mandado el juez de paz, por sospechoso que fuera, y rogarle le trajera un caballo, pero vio que se había ido; y como en este momento se hiciera oír otro relincho del moro y otro silbato de la locomotora, ruido éste todavía nuevo para él, marchó como pudo entre la maleza hasta el palenque, y sin tratar de explicarse todavía nada de tantas cosas tan inexplicables, que todo le parecía mentira y todo le parecía verdad, mortó en el moro y se largó al campo.

Lo encontró muy cambiado: se había vuelto todo de pasto tierno, cubierto de trébol y cardo, una precosura. Al poco andar, vio que también estaba muy poblado, y hasta recargado de hacienda. -Intruso, pensó, que habrán aprovechado mi sueño para echarle al campo majadas y roceos-. Pero, al acercarse, vio que todos los animales eran orejanos. -¿De quién serían entonces? ¿Míos? ¿Cómo diablos podía ser?

Siguió; veía en el horizonte una cantidad extraordinaria de parvas grandes, pero fuera de su campo, y como cuando había cuedado dormido se importaba trigo y harina de Chile y de Europa, no se daba cuenta de lo que podían ser: pensó que eran poblaciones; pero ¿para qué tantas casas y tan grandes? Cuando llegó cerca del alambrado, comentó mucho entre sí el gran adelanto que podía esto representar, pero quedó mucho más sorprendido al divisar el terraplén del ferrocarril que se venía estirando desde lejos. En él estaba parado un largo tren de materiales y trabajaban muchos hombres. Comprendió el origen del silbato que lo había despertado, y como -aunque nunca lo hubiera visto- había oído hablar del tren, se asombró de que hubiera podido llegar hasta esos campos tan retirados de la ciudad semejante progreso.

A la vuelta, el gaucho mandado por el juez había sembrado la voz de que el «dormilón» se había despertado, y todos los vecinos se habían amontonado del otro lado del alambrado para saber si era cierto.

No tardaron en ver a don Aristóbulo que se venía al trotecito del moro, lleno del intenso gozo de sentirse vivir, volviendo a tomar posesión de lo que era suyo, en toda la plenitud de su salud y de su fuerza juvenil, pues durante su largo sueño no había envejecido.

El primer movimiento de toda la gente que lo miraba fue de disparar asustada; pero medo la contuvieron los dos vecinos antiguos que habían conocido antes a don Aristóbulo y que aseguraron que era él y nadie más, y que siempre había sido muy buen nombre.

Don Aristóbulo, vestido a lo antiguo, de chiripá y de poncho, se venía acercando y quedaba admirado de ver tanta gente en esos campos que siempre había conocido tan solitarios; y viendo que muchos de los que lo estaban mirando daban de ser extranjeros:

-¡Qué de gringos hay por acá! -dijo entre sí, tratando de encontrar en el montón alguna cara conocida.

Al fin, como todos se habían alejado algo del alambrado, menos los dos vecinos antiguos, los pudo ver y reconocer, a pesar de hallarlos muy cambiados y envejecidos, y los llamó por sus nombres, de los que, después de un momento, se pudo acordar.

Vinieron ambos: pasaron por la tranquera, y juntándose con él, después de efusivos abrazos, le impusieron de cuantas cosas habían pasado desde que por una bendición del cielo seguramente, en medio de su aflicción, se había dormido con tantas ganas. Tuvo preguntas que les hicieron gracia a los viejos, por ejemplo, cuando quiso saber si siempre duraba la guerra del Paraguay, si el general Mitre seguía de presidente y si los indios habían vuelto a invadir el Azul.

Cuando supo que realmente había comido treinta y tres años seguidos, se quería morir; pero no se murió. Y hasta encontró que la vida era cosa linda, cuando, los días siguientes, contó su hacienda y se encontró con que tenía cinco mil

vacas y veinte mil ovejas, que vallan al corte, tres veces más cada una que cuando había dejado de ocuparse de ellas; y, sobre todo, cuando vinieron a visitarlo chacareros italianos que le ofrecieron de arrendamiento anual, por sus tres leguas de campo, dos veces lo que le habían costado de compra.

Quedó pasmado de veras don Aristóbulo, no tanto quizá por haberse quedado dormido durante treinta y tres años, como de ver los extraordinarios cambios que durante ese tiempo se habían producido en su tierra; y le parecía cuento de hadas que semejante fortuna le hubiese podido venir durmiendo.

La piedra de afilar

En posesión de los datos que necesitaba, el forastero viendo que sus caballos habían descansado bien y comido, se levantó para despedirse; pero Celedonio no quiso permitir que se fuera sin almorzar, y se quedaron ambos fumando, charlando y tomando mate, mientras doña Sinforosa preparaba un succulento costillar de carnero.

Cuando estuvo parado el asador, Celedonio sacó de la cintura un cuchillo que era casi nuevo y convidó al forastero a que hiciera lo mismo.

-¿Qué hace, amigo? -le dijo-, corte, no más, a su gusto: sírvase.

El hombre metió la mano a la cintura y vio que había perdido el cuchillo.

-¡Caramba! -dijo-, se me habrá resbalado con el tropezón que dio mi caballo en una vizcachera. ¡Qué broma!

-¿Era de valor? -preguntó Celedonio.

-No, señor, no; una cuchilla sencilla de trabajo, bastante vieja y usada; pero no me gusta andar sin cuchillo, ¡qué quiere!

-¡Bah! Tome éste que es bueno y guárdese, que tengo otro, así se acordará de su amigo Celedonio.

-Pero, señor, no me dé su cuchillo nuevo, que cualquiera me bastará hasta que pueda comprar otro.

-¡Qué esperanza, amigo! ¿Cómo le voy a regalar una cosa vieja?

Y como Celedonio insistiera, le dijo el forastero:

-Bueno, mire, don Celedonio; la acepto el regalo, pero aunque pobre, con algo me tengo que desquitar -y sacando del tirador la mitad de una de esas piedritas de afilar que usan los segadores de pasto para las guadañas, se la ofreció a Celedonio, agregando- no tengo otra cosa que darle; pero tómela, que no es mala chaira.

Celedonio, para no desairar a su huésped, tomó el pedazo de piedra y dio las gracias; pero entre sí, medio se reía del regalo, pues no valía ni dos centavos, bien tasado, y lo puso en el cajón de la mesa, como para no acordarse más de él.

Al rato, se despidió el forastero, ensilló y montó. Y Celedonio, en el momento en que ya se alejaba al tranco, disponiéndose a galopar, se acordó que se había olvidado de preguntarle cómo se llamaba. Abría la boca para llamarlo, cuando vio... que ya no lo veía más; se había esfumado el hombre, con caballos y todo. Celedonio quedó asombrado, y como había oído muchos cuentos al respecto, no le quedó la menor duda de habérselas habido con algún mandado de Mandinga.

No le quiso decir nada a doña Sinforosa - ¿para qué asustar a las mujeres con esas cosas? Pero se fue derecho a la mesa, abrió el cajón, miró el pedazo de piedra de afilar, lo tomó en la mano, no sin cierto recelo, y maquinalmente, asentó en él el filo del cuchillo viejo con que se había quedado; no le vio nada de particular, y guardando la piedra en el cajón se fue a soltar la majaca.

Se acordó entonces que era día de contarla, o que cada mes hacía para ver si le faltaban o no animales, y al llegar a cien quiso, como siempre, tarjar en el lenzo del corral. No había hecho gran esfuerzo por supuesto, para ello y quedó algo más que sorprendido al ver que con el cuchillo había cortado todo el listón, como si hubiera sido de sebo. Siguió, asimismo, contando las ovejas, pero apenas tocaba la madera con el filo del cuchillo, cuando ya estaba la tarja.

No pudo menos que acordarse del huésped y de la piedra de afilar que le había regalado, y más se acordó de ellos, cuando al desollar un capón para el consumo de la casa, vio que sin usar chaira alguna durante todo el trabajo, sacaba el cuero con inacostumbrada facilidad.

Al descuartizar la res, daba gusto ver con qué limpieza y prontitud su cuchillo viejo separaba los trozos y hasta cortaba el hueso, derechito y sin tropiezo cuando no daba bien con la coyuntura.

Varias veces en el día, tuvo, naturalmente, que valerse del cuchillo para una porción de cosas, y cada vez pudo comprobar que nunca había tenido semejante herramienta. Lo que sí, se dio cuenta de que necesitaba acostumbrarse a manejarla con mucha suavidad, pues de otro modo, era como para chasquearse feo y hacer barbaridades.

Por ejemplo, para desvasar su caballo, no necesitaba martillo, pues no tuvo más que recortar artísticamente los vasos como si hubieran sido de alguna pasta blanda; pero también vio, que con cualquier distracción hubiera cortado a más de la uña, el pie, estropeando al animal.

De noche, en invierno, solía, después de cenar, ocupar una hora o dos, antes de ir a la cama, trenzando algún bozal o algún par de riendas; y como esa noche iba a cortar un tiento su mujer le hizo presente que no había, primero, como siempre, chairado el cuchillo; pero contestó él que era cortador, y desarrollando el pedazo de cuero de potrillo que para el objeto tenía reservado, en un abrir y cerrar de ojos, tan ligero que casi no hubo tiempo para darse cuenta de nada, cortó un tiento de todo el largo del rollo, que era muy grande, y lo cortó tan finito y tan parejo, que doña Sinforosa exclamó:

-¡Hombre!, nunca te había visto tan diestro.

-Es que es muy cortador ese cuchillo viejo -contestó Celedonio.

Un rato después, doña Sinforosa quiso cortar para los gatos un pedazo de carne, y como en este momento, Celedonio estaba trenzando y había dejado el cuchillo encima de la mesa, lo tomó ella, fue al alero del rancho, cortó una tira de pulpa y la empezó a picar en la mesa; pero vio con asombro que los pocos golpes que había dado con el filo habían bastado para hacer de la mesa un picadillo de madera.

-¿No te decía yo -le dijo Celeconio- que era muy cortador ese cuchillo viejo?

Pero su mujer, que era muy viva, lo miró con unos ojos que bien decían que esperaba otra explicación, y Celedonio, medio riéndose, le contó la súbita desaparición del forastero, y le enseñó la piedra que le había regalado.

Se le ocurrió entonces a doña Sinfrosa de probarla ella también; y agarrando un cuchillo viejo de mesa que andaba rodando por ahí, todo enmohecido, lo afiló ligeramente.

Celedonio miraba con curiosidad, pues no había pensado él en esto, y casi creía que sólo para su cuchillo tendría virtud la piedra; pronto conoció su error, pues tomando una pata de carnero, su señora la cortó con el cuchillo viejo aquel, -en rebanaditas parejas, con hueso y todo, sin el mínimo esfuerzo. Comprendieron ambos que ya no se podía dudar de que ese pedazo roto y, al parecer, inservible, de piedra de afilar poseía condiciones maravillosas.

Doña Sinfrosa era mujer de muy buena cabeza; y en el acto comprendió que con no divulgar a nadie las propiedades extraordinarias de la piedra, podrían sacar del regalo del buen forastero muchas ventajas.

Celedonio no era lo que se puede llamar, en la pampa, un haragán, ni tampoco lo que, en otras partes, se llamaría un gran trabajador; por esto mismo, doña Sinfrosa trató, por un lado, de hacerle ver lo provechoso que les podrían salir ciertos trabajos con semejante ayuda y, por otro, de asustarle con la posible pérdida de la prenda, si la dejaba inútil. Y fácilmente lo convenció de que no debía dejar de buscar y emprender alguno de los trabajos para los cuales es indispensable una piedra de afilar.

No muy lejos de donde vivían, había un saladero que, durante algunos meses, trabajaba mucho, beneficiando miles y miles de vacunos, y pensó doña Sinfrosa que Celedonio allí se debía conchabar, pues todavía duraría la faena un mes o dos.

Celedonio consintió y fue a ofrecer sus servicios como desollador. Llevaba consigo el pedazo de piedra de afilar bien escordido en el tirador, el cuchillo viejo, otro grande, nuevito, pero ya probado con la piedra y cortador como él solo, y, para despistar a los curiosoadores, una chaira común, de acero.

Justamente acababa de llegar una tropa muy grande que el patrón tenía interés en beneficiar en el menor tiempo posible, y conchabó a Celedonio; pero primero lo quiso probar y lo acompañó a la playa. Una vez ahí, y después de acomodarse para el trabajo, Celedonio tomó sitio entre los demás peones que por supuesto, lo miraban de reojo, dispuestos siempre a criticar a todo recién venido, y empezó a desollar con el cuchillo viejo el novillo que le había caído en suerte. Los más hábiles desollaban un animal en seis minutos, y esto, de vez en cuando, no siempre; Celedonio, en tres minutos, acabó el suyo. Quedaron todos asombrados de semejante rapidez, y el patrón se acercó, abrió el cuero, lo revisó por todos lados, creyendo encontrarlo lleno de tajos o por lo menos de rayaduras; pero tuvo que reconocer que nunca había visto un cuero sacado con mayor limpieza, pues ni una rozadura tenía el pellejo. Y como todavía no habían traído delante de Celeconio otro animal, el patrón dio orden a los peones de acudir a servirle.

Celedonio, desde entonces, siguió sin parar hasta la noche, desollando veinte y hasta veinticinco novillos por hora, sin un tajo en los cueros. Nunca ninguno de los que ahí estaban había visto semejante cosa y no faltaron, alrededor del fogón, después del trabajo, las indirectas y pronto las preguntas:

-¿De dónde era? ¿Dónde había trabajado antes? ¿Dónde compraba los cuchillos? Y esto y aquello.

Celedonio a todos contestaba, pero sin soltar el secreto.

El patrón pagaba tanto por animal, pero al final de la faena le dio un buen premio por no haberle echado a perder ni un solo cuero, y Celedonio volvió a su casa con el tirador repleto. Y doña Sinfrosa, que había quedado cuidando la majada, solita, pues todavía no tenían hijos grandes, insistió en hacerle comprender cuán ventajoso sería seguir trabajando así. El invierno se iba acabando; había sido muy frío, y los animales habían sufrido mucho, de moco que en septiembre sobrevino una gran epidemia que dejó por los campos el tendal. Celedonio se puso en campaña y trabajó tan bien en la cuerda que ya casi no sabía qué hacer con la pata, cuando llegó la esquila.

Para esquilarse también salió doña Sinfrosa. Dejaron la majada al cuidado de un pariente y se conchabaron ambos en una estancia grande.

El primer día, con la piedra de afilar, dieron a las tijeras tan lindo filo, que juntaron entre los dos cuatrocientas latas, y esto sin un tajo a las ovejas. El patrón decía que de buenas ganas pagaría mil pesos para que todos sus esquiladores trabajasen así, pues acabaría el trabajo en pocos días, evitándole gastos de mantención, demoras por las lluvias, peligros de temporal, etc. Y doña Sinfrosa quiso hacer la prueba.

A uno de los esquiladores que le preguntaba cómo hacían ellos para esquilarse tan ligero, le dijo que únicamente por el modo especial que ella tenía de afilar las tijeras, y ofreció afilárselas, con la concisión que le diera cincuenta latas por día.

Aceptó el esquilador; entregó sus tijeras a doña Sinfrosa y al día siguiente se las devolvió ella, bien afiladas con la pedrita; y el hombre sacó, descansado, sus doscientas latas. Por supuesto, al día siguiente, todos querían hacer con doña Sinfrosa el mismo trato, y ella consintió, pero sólo después de haber conseguido del patrón la promesa formal de los mil pesos de gratificación.

Volaban del tendal las pelacas. Era un incansante ir y venir de majadas en los corrales y chiqueradas en los bretes, y en pocos días se acabó la esquila, recibiendo Celedonio y Sinfrosa, por su trabajo personal, por las latas que les tuvieron que ceder los esquiladores y la gratificación prometida, un montón de pesos que ya hubo que colocar en el Banco, porque hubiera esquilado en casa, y Celedonio confesó que con una mujer como Sinfrosa, no había más que hacer o que ella mandaba.

En las noches de invierno, ahora trabajaban ambos en fabricar bozales y riendas de complicadas trenzas, no alcanzando, a pesar de su rapidez en concluirlos, a hacer todos los que les hubieran querido comprar las casas de negocio.

Doña Sinfrosa insinuó un día a su marido que no hay que desperdiciar, en este mundo, ningún medio de aprovechar, y le dijo que quizás, haciendo apuestas de vez en cuando, también podría ganarse buenos pesos. Siempre se acordaba ella de cómo había podido, con un mal cuchillo, apenas afilado con la piedra aquella, cortar en rebanaditas,

con hueso y todo, una pata de carnero. ¡Mire qué lindo sería cortar así un buey entero, y pensándolo bien nada sería más fácil!

Así lo pensó Celedonio, e hizo la prueba con un carnero, en su casa, cortándolo, después de carneado, en redondeles, como salame, desde el hocico hasta la punta de la cola.

Lo difícil era encontrar quien sostuviera una parada que valiese la pena.

Cuando empezó de nuevo la faena en el saladero, un día le preguntó uno de los compañeros si sabía charquear tan bien como desollar, y aprovechó Celedonio la ocasión para decirle que se animaría a cortar un buey en redondeles como salame, con cuero, huesos y todo, nada más que con el cuchillo. Se burlaron de él, pero dejó que se burlaran y sostuvo su palabra, tanto que el patrón, habiendo oído contar la cosa, quiso saber hasta dónde podría llegar semejante jactancia, y le ofreció poner a su disposición un novillo para la prueba.

-Pero si no cumples con tu palabra, perderás todo tu sueldo de un mes.

-Bueno, patrón -dijo Celedonio- pero si cumplo, ¿me cuplica usted ese mismo sueldo?

Al patrón no le gustaba mucho decir que sí, porque le había causado tanta admiración el modo de trabajar de Celedonio, que no lo creía del todo incapaz de hacer lo que ofrecía; pero todos los peones estaban ahí, tan deseosos de que se verificara la prueba, tan seguros de que no iba a poder, que, pensando, por otra parte, que por cortador que fuera el cuchillo pronto se metería en los huesos, aceptó la apuesta.

Un domingo trajeron a la plaza un novillo gordo y grande, lo cesnucaron, lo degolaron, le sacaron la parza, y, en medio de un gran concurso de gente, se aprontó Celedonio a principiar la obra. Tenía, por si acaso, dos buenos cuchillos, bien afilados con la piedra del forastero.

En el momento en que iba a empezar, una voz -algo parecida a la de doña Sinfrosa- gritó de entre la gente:

-¡Cien pesos al patrón! -y fue como una señal; todos empezaron a gritar, apostando también contra Celedonio. Pero éste se sentía, en aquel momento, tan confiado en sí, que alzando la voz, contestó:

-¡Pago a todos, y por lo que quieran!

Y todos acudieron presurosos a depositar diez, cien, cinco, lo que cada uno podía. Doña Sinfrosa -la muy pícaro-, mientras tanto, aseguraba que su marido era loco, y que, seguramente, iba a perder la apuesta, y muchos a oírlo, duplicaban la parada. Fueron tantas las apuestas, que si falla Celedonio pierce todo lo que tenía, y quizás algo más.

Pero, ¿cuándo iba a fallar! Empezó la función: cortó la punta del hocico, y después, en rebaradas, como él lo había prometido, las mandíbulas con los dientes, carrillos, lengua y todo; y toda la cabeza, el cráneo y las astas, y el pescuezo; e iba poniendo encima una de otra las tajadas con tanta prolijidad, que hubiera parecido enterita la cabeza a quien no la hubiera visto recortar.

Empezaron a temblar por los pesos, y algunos, arrepentidos, trataron de salvarse apostando ahora por Celedonio; pero muy pocos eran los porfiados, y cada uno tuvo que quedarse con su respectivo clavo.

Y siguió nuestro amigo, cortando y cortando, como chanchero despachando galantina, hasta acabar con todo el animal, hasta la punta de la cola, sin haber precisado siquiera mucar cuchillo.

A pesar de los muchos pesos que las costaba la apuesta, lo aclamaron todos, pues esa gente sabía lo que es un buen trabajo con cuchillo.

Celedonio y Sinfrosa se fueron para su rancho, cargados de plata y muy contentos, por supuesto. Pero era ya casi de noche y dos de los peones del saladero, bandidos conocidos, que habían apostado fuerte contra Celedonio, quisieron recuperar lo perdido y también robarle lo que llevaba.

Le ganaron la celantera, y cuando Celedonio y su mujer estaban ya por llegar a su casa, los dos forajidos, cuchillo en mano, les atajaron el paso. Celedonio era guapo y no vaciló: al primero le atracó un tajo que, antes que hubiera podido detener a mano, lo cortó al gaucho en dos medias reses perfectas que cayeron a ambos lados del mancarrón, y de un revés le quitó al otro la parte superior de la cabeza, con el sombrero encima dejándole el cráneo como caja destapada, y dejándolos tendidos en el campo fue a explicar a las autoridades cómo había sido la cosa. No sólo lo dejaron en libertad, sino que lo felicitaron, y desde entonces, no tuvieron más, Celedonio y Sinfrosa, que dejarse vivir burlándose al forastero generoso que les había dado el medio de ganarse tan bien la vida.

Cuentan que uno de sus sucesores, un haragán que heredó la piedra, pero no la supo utilizar para nada, la perdió en el campo y nunca la pudo hallar.

Puede ser que alguno la encuentre, pues hasta hoy queda perdida.

El hombre que hacía llover

Don Benito era un pobre gaucho muy dado a la bebida. No tenía campo, ni hacienda, ni ganas de tenerlos, y bien podía haber sequía o crecidas, para él era lo mismo, pues, cuando donde se hallaba, las cosas andaban mal, echaba por delante los zainos y se mandaba mudar a otros pagos.

La sempiterna conversación de los hacendados sobre la lluvia y el buen tiempo lo tenía fastidiado, y si algún vasco ovejero te preguntaba si, a su parecer, pronto tendrían agua, solía contestar que con tal que no faltase la caña, no había por qué afligirse.

Una noche volvía a su guarida medio bamboleándose en el caballo, cuando, a la claridad de la luna, vio relucir en el pasto un objeto desconocido. Se apeó, lo alzó, lo miró, lo echó en el bolsillo del saco, y volvió a subir en el mancarrón.

Hacia como dos meses que no llovía; el cielo estaba más despejado que nunca, y, cosa rara, mientras azaba el objeto y lo miraba rápidamente, se lo ponía en el bolsillo y volvía a montar, llovió un rato, cesó de llover, volvió a caer agua y paró otra vez.

-¡Oh! -pensó el gaucho- ¿qué será esto? ¡Y moja esta agüita!... Lindo para el campo: es gustará a los vascos.

Y se fue; llegó al rancho, desensilló y colocando en una mesa el hallazgo, durmió como una piedra.

Al día siguiente, ya algo compuesta, volvió a mirar el objeto con más atención y pensó que debía de ser una de esas cosas como había visto en una estancia, *para hacer llover*: *mómetro*, *barómetro*; no se acordaba bien.

-Y así es, no más, de fijo -murmuraba don Benito, acordándose que cuando lo encontró cayeron dos aguaceros cortitos, pero tupido uno de ellos.

-Éste debía de ser de los buenos. Los hay que sólo sirven -según dicen- para marcar el tiempo que hace y el calor que hay; pero no hacen llover; y con tiritar o sudar y mirar el cielo, ya uno lo sabe todo; éste era otra cosa.

Para probarlo, salió al patio con la prenda. Era una tablita de metal, angosta y larga, con un tubo de vidrio en el medio, lleno de un líquido que, al menor movimiento, iba y venía.

Don Benito la tenía horizontalmente en la palma de la mano y la miraba con mucha atención, sin encontrarle nada de particular; sólo que, en vez de tener como la que antes había visto, rayitas y números, no tenía más que una muesquita en una de las puntas.

De un movimiento brusco la enderezó poniendo la muesca abajo, y en seguida empezó a llover a cántaros. Sorprendido por el agua, corrió al rancho, llevando ya horizontalmente la tablita, y antes que llegase a la puerta, que estaba cerquita, ya no llovía.

-¡Caramba! -exclamó.

Y volviendo a salir, enderezó otra vez la tablita, siempre con la muesca por abajo, y volvió a llover; a puso después con la muesca para arriba, y no solamente dejó de llover, sino que empezó a soplar un viento que todo lo secaba, mientras el sol se ponía ardiente; la coocó por fin en la palma de la mano, y el día se hizo apacible, primavera. Hizo entonces con la tablita todos los movimientos posibles, y pudo comprobar que según ellos, o se desencadenaban los elementos y llovía torrencialmente, o llovía despacio o dejaba de llover y soplaban el viento con suavidad o con violencia. Y el gaucho se divirtió un gran rato con mover la tablita, ora despacio, ora bruscamente, por un lado y por otro, poniéndola de repente en las posiciones más contrarias, de modo que toda la vecindad, y esto en un radio de cincuenta leguas de pampa, más o menos, habría podido creer, de seguir el juego, que los elementos se habían vuelto locos y que estaba ya cercano el fin del mundo. Todos los trabajos habían quedado suspendidos, no sabiendo ya la gente asustada qué hacer ni qué pensar.

Por suerte duró poco, pues don Benito, bien enterado ya del poder extraordinario de la tablita de meta que tan casualmente había encontrado, pensó que algo más tenía que hacer con ella que divertirse, y resolvió ver si podía sacar para sí algún provecho de esas benéficas lluvias, de que a cada rato solían decir tocos que eran patacones, y que, según parecía, podría distribuir a su antojo.

Guardó en el bolsillo del saco la tablita y se fue para la pulpería. Allí, entre dos copas, empezó a asegurar con convicción que toda la noche llovería. Un hacendado contestó que sería muy bueno, pero que, a pesar de los aguaceros imprevistos que habían caído aquella mañana, el tiempo no anunciaba agua.

-Pues yo le digo -profió don Benito- que va a llover toda la noche.

-No va a llover nada -insistió el otro.

-¡Cien pesos a que llueve -gritó don Benito.

-¿De dónde saca los cien? -le preguntaron.

-Respondo con mi tropilla, señor. Y por lo demás, va a llover: ¿no, le digo?

-¡Me gusta el hombre! -exclamó el estanciero-. Parece que fuera Dios. Bueno; ¡pago, por los cien!

-¡Pago! -dijo don Benito.

Y viéndose ya rico, pasó todo el día gastando en copas y en convidadas algo de lo que consideraba ya ganado.

A la oración, a pesar de no haber ni señas de tormenta, pidió con toda seriedad una bolsa y fue a tapar el recado en medio de las risas de los presentes. Pensaba, una vez en el patio y lejos de toda mirada indiscreta, sacar del bolsillo la tablita despacio, levantarla con precaución, para que primero viniese mansa el agua, y colgarla después en alguna pared, para que siguiese lloviendo fuerte hasta la madrugada, en que ya podría ir a cobrar los cien pesos.

Puso, no sin alguna emoción, la mano en el bolsillo del saco. ¡Nada! .. no estaba la tablita. Quedó tieso; y busca que te busca; ¡nada! ¿Habrá saltado del bolsillo a la venica? Don Benito no se acordaba muy bien si, desde entonces, la había o no sentido en el saco. Lo cierto es que no estaba y que en ninguna parte la podía encontrar. Se fue al rancho sin decir nada a nadie, y al día siguiente se mandó mudar, prefiriendo que lo trataran en su ausencia de cualquier cosa, antes que entregar la tropilla, lo único que poseía. Se fue lejos; galopó leguas y leguas, y por todas las regiones que iba cruzando parecía llevar consigo a sequía. Y debía de ser así, pero no sabía don Benito a qué atribuirlo, cuando un día, al descolgar el saco para ponérselo, lo dejó caer entre una silla y la pared, y en seguida empezó a llover.

Sorprendido por ese aguacero tan repentino, no pudo menos de pensar que era producido por el misterioso talismán; alzó con precaución el saco, y cesó el agua; tanteó entonces por todas partes, recorriendo con la mano las costuras, y acabó por descubrir la tablita entre el forro y el paño. Al caer el saco, medio detenido por la silla, se había puesto parada y había llovido; al alzarlo, había vuelto a su posición horizontal y había cesado la lluvia. ¡...o que son las cosas!

Don Benito, por supuesto, se alegró mucho de hallarse otra vez en posesión de la preciosa tablita, y quiso primero que todo el vecindario estuviese de paraciones; pero sea que fuese hombre de poco tino -lo mismo por lo demás, que sus desconocidos antecesores-, sea que los habitantes de la llanura fueran en aquel entonces unos majaderos, nunca supo contentarlos.

Nada más fácil, al parecer, que regar con moderación la tierra cada vez que lo necesita. Pues, señor, nunca acertaba.

Habiendo oído que, juntos, se quejaban por falta de agua, un agricultor y un estanciero, y deseoso de servirles, por ser buena gente, que siempre lo convidaba, colocó don Benito, sin decirles nada, su tablita de hacer llover con la muesca para abajo, y la dejó así dos días y dos noches. Llovió, naturalmente, una barbaridad; y después de haber vuelto a poner horizontalmente la tablita, se fue a la pulpería para gozar de la satisfacción de sus protegidos. Pero salió él del trigo con mil improperios contra el encargado de hacer llover, que nunca sabía lo que hacía, que echaba a perder los

trigales con diluvios después de haberlos dejado secar. mientras que el hacendado hacía una mueca de desprecio por la poca agua que, según él, había caído.

Don Benito, durante un tiempo, hizo todo lo posible por contentar a todos, pero pronto vio que no era posible: el que estaba cosechando lino gritaba por una gota de agua que, por casualidad, cayera en su campo; el que tenía maíz sembrado clamaba, después del aguacero, por no haber tenido también aquella misma gota; el hacendado hubiera querido agua cada dos días en las lomas de su campo, sin que se mojasen los bajos. Los dueños de alfáres siempre lloraban por agua, y cuando se la daba, nunca dejaba alguno de ellos de maldecirla por estar justamente a punto de segar o de emparvar.

Lo más lindo era que ni con sus propios caprichos salía bien don Benito. Habiendo el pulpero organizado para el domingo, unas grandes carreras, don Benito, siempre escaso de pesos le pidió algo prestado. el día antes: el comerciante se lo negó. Don Benito se fue para su rancho, enojado, y al llegar, colgó la tablita con la muesca para abajo. Llovió toda la noche y todo el día siguiente; por supuesto no hubo carreras, y el lunes se fue a la pulpería a gaucho, para gozar, calladito, del éxito de su travesura. Cuando entró, oyó que el pulpero a quien pensaba haber perjudicado tanto, exclamaba, contentísimo:

-¡Agua rica, que me ha salvado las cien cuerdas de maíz que tengo sembradas en el puesto del Catalán!

Don Benito, renegando, resolvió desde entonces dejar entregado a sus más locas fantasías de borracho el manejo de la tablita: la colgaba patas arriba, la volvía patas abajo; de repente armaba una sequía bárbara, de repente hacía llover a cántaros. Pero, asimismo, al fin y al cabo, las quejas y las congratulaciones eran las mismas que antes.

Un día, con la manada, se le ocurrió dar a todos un chasco que quedase en la memoria de los hombres. Anunció en la pulpería, como si fuera profeta, un gran diluvio. Fue a su rancho, colgó en un rinconcito muy oscuro y muy escondido la tablita de meta, con la muesca para abajo, cerró la puerta y se fue a sesenta leguas de allí.

Llovió en toda la comarca, fuerte y parejo, todo el día y toda la noche, y siguió, sin parar, días y noches, fuerte y parejo.

Los campos, en su mayor parte, estaban anegados. las haciendas no cabían en las lomas y empezaban a morir. La situación era desesperante.

Pero del exceso del mal salió la salvación. El misterioso personaje que había perdido la tablita de hacer llover, andaba como loco por la pampa, buscándola.

Cuando supo del diluvio aquel, no tardó en sospechar lo que pasaba. Tomó secretamente sus informes. La desaparición de don Benito, después de su profecía, no dejó de llamarle la atención. Fue al puesto del gaucho, lo registró con ojo certero y no tardó ni dos minutos en encontrar, colgadita en la pared, con la muesca para abajo, su tan buscada tablita de hacer llover. La descolgó, le dio vuelta despacito y poco a poco la colocó al revés. Cesó el agua, sopló el viento, brilló el sol, y empezaron a respirar los pobres estancieros.

Don Benito, justamente, calculando que ya había durado bastante su amable charza, se había puesto en viaje para venir a dar vuelta a tablita. Cuando llegó a la comarca que tan bien había regado, extrañó ver que no llovía más y que, con el soplo del pampero se empezaba ya a secar el campo. Endeizó para su rancho; pero tenía que vadear un arroyito, y el arroyito, por su culpa, se había vuelto un río, y don Benito, en un remolino, fue volteado del caballo, arrollado por las olas, y tragando en una sola vez más agua de lo que en toda su vida había tomado de caña, se ahogó.

Desde entonces, han tenido buen cuidado los encargados del manejo de las nubes, de no extraviar más sus tablitas de hacer llover; y si, de vez en cuando, por el modo con que molestan a los hacendados y agricultores, parecen haberse vuelto, ellos mismos, un poco locos y hasta perversos, a veces, sólo es que sufren ligeros descuidos o que ceden, sin pensar, a estos pequeños caprichos y fantasías, tan comunes y tan excusables por lo demás, entre gente de gobierno.



BIBLIOTECA VIRTUAL DEL CIRCULO CRIOLLO EL RODEO

“Los dioses de la Pampa” Godofredo Daireaux

En la falda de Parnaso, bajo la sombra azulada y de vaporosa transparencia de los mirtos elegantes y de los esbeltos cedros que rodean la fuente Hipocrene, una embalsamada tarde primaveral, las Musas, hijas de Júpiter y de Mnemosina, descansaban, recostadas en actitud volutuosamente modesta, sobre el pasto florido. Escuchaban los mil cuartos con que su divino maestro Apolo, después de la lección, las solía entretener.

Ese día, les contó que de países lejanos, separados de Grecia por una inmensidad de agua, y conocidos por el nombre de América, había llegado la noticia de existir una ciudad importante, comparable, según se aseguraba, por la refinada cultura de sus habitantes, por su amor a las bellas-artistas, por el respeto y la admiración con que rodeaban a los artistas y a los poetas, a la misma Atenas, hija predilecta de los dioses. Y las Musas, entusiasmadas, pidieron a Apolo que las acompañase hasta dicha ciudad, donde los hombres, sin duda, les edificarían templos para remunerar sus lecciones y les dedicarían el culto que han sabido merecer en todo el orbe civilizado.

Montadas en el fabuloso caballo Pegaso, llegaron a la América del Sur, y admiraron la gran ciudad. Pero pronto vieron que Mercurio se les había adelantado: que todo, en ella, no era más que comercio, y que todo se vendía por dinero, menos justamente las obras de los artistas, que nadie quería comprar, por no comprender el valor que pudieran tener.

Los poetas acababan hambrientos y miserables humildes y despreciados, por su misma pobreza, y al fin, avergonzados -aunque a vergüenza no hubiera debido ser de ellos-, cuando un mercader les preguntaba lo que les pagaban por sus versos, de tener que contestar siempre: «nada».

Muchos eran los que se daban por discípulos de Polimnia, musa de la elocuencia, pero confundían lastimosamente el mucho hablar con el bien decir; y en los templos dedicados a Talía, sólo eran aplaudidos actores venidos de comarcas lejanas, que en idiomas extranjeros, recitaban obras extranjeras.

Euterpe encontró que ya celebraban su culto muchos habitantes, por ser siempre y en todas partes, la afición a los suaves acordes de la música la primera manifestación del refinamiento de las poblaciones; y tampoco Terpsícore habría quedado descontenta, si no se hubiera exigido de sus sacerdotisas para conceder esos aplausos, que -apartándose de las reglas honestas del baile hierático que ella enseña- dejaran ver sus formas armoniosas algo más arriba de lo que requieren los movimientos acompasados de la danza sagrada.

Pero no se atrevió a hacer observaciones, pensando con razón que ya que en la nueva Atenas, más se buscaba la satisfacción de los apetitos materiales que la de necesidades artísticas apenas en embrión, le podría suceder lo que al poeta Lino, que murió de un lirazo en la cabeza, por haber reprochado a Hércules su pesadez en bailar.

Y todas las demás musas encontraron que si bien se les dedicaba algún culto, siempre era con alteraciones o deficiencias que demostraban incompleta educación; y Apolo prometió sugerir, como lo había hecho con Mecenas en Roma, a algunos hombres poderosos e noble orgullo de proteger eficazmente a los devotos del arte, dándoles siquiera el pan cotidiano y el estímulo tan poco costoso de los merecidos laureles.

El jardinero excelso que con amor cultiva la flor delicada de arte, desprecia, o vida, arrobado por su pensamiento, los apremios de la vida al rico inteligente que goza de las creaciones del artista, le toca proveer regíamente a sus necesidades, sin dejárselo sentir. Y donde el rico así no lo entiende, no moran las musas.

Y por esto fue que ahuyentadas éstas por la pobreza en que veían sumidos a sus discípulos, y por la poca voluntad hacia ellos de los que a su antojo, reparten la lisonja y la censura, dejaron entender a Apolo que Atenas no se había mudado todavía; y volvieron con él a Grecia, mirando con cierto sentimiento la inmensa y majestuosa soledad pampeana, como si en ella encontrasen, a pesar de su desnudez, algo digno de ser celebrado por el pincel y la pluma.

Nada dijo el Dios, ni ordenó nada antes de desaparecer de estas playas; pero interpretando su pensamiento secreto, y a falta de otros más dignos, he tratado de evocar en este librito la figura de los muchos dioses que, seguramente, flotan en el ambiente pampeano.

Por lo demás, lector, esta pequeña obra sólo contiene fantasías de perfecta inutilidad. No busques en ella ni un consejo práctico, ni una indicación comercial o industrial, ni siquiera una receta médica o culinaria. El que así no la quiera, que la deje.

Para mí ha sido pretexto de ensueños amenos y de poética diversión, y sería ingratitud el pedirle otra cosa.

G. D.

- I -

La Diosa Pampa

El jinete seguía su viaje. Venido de lejanas comarcas, cuajadas de habitantes y de riquezas acumuladas durante siglos, veía la llanura inmensa desenvolverse ante sus ojos horizontes siempre renovados, iguales siempre; y se quejaba

del cansancio, del calor, del frío, del viento, de la pobreza de estas tierras sin fin, inquieto por llegar a su destino y por dejar tras sí, como pesadilla, esta soledad con su silencio.

Había pasado, viendo... sin sentir.

Un gaucho galopaba. Hijo, éste, de la llanura, la iba hollando, indiferente, llenándose los pulmones con el aire puro de la Pampa, gozando, pasivo, de la vida fácil en los extensos campos, de la independencia que dan los grandes espacios.

Algo sentía, sin duda, pues iba cantando; pero pasaba... sin ver.

No a todos los pastores de Arcadia era dado sorprender a las diosas, que al decir de los poetas, poblaban las campiñas griegas. Tampoco la ven todos a la diosa Pampa, y, sin embargo, es un ser; existe, ¿quién lo duda?

Algunos la vieron; muchos la han oído.

La han oído a la oración o de noche, o durante las terribles horas de la siesta, o en los deliciosos momentos de la mañana, cuando mil rumoritos anuncian bien claro que suavemente está vibrando su alma y que se está hablando a sí misma, susurrándose sus propios sueños, pues sueña.

¿Con qué soñará la diosa solitaria?

Ruda es, hurafía, al parecer, como todos los solitarios que se quieren figurar, y quieren hacer creer que aman en realidad su soledad y su retiro. Y, con todo, es hermosa. Pregúntele al Sol si no detiene, con admiración, su antorcha en sus poderosas formas: la Luna la mira con compasión, al ver sus encantos tan pobremente vestidos con los pocos adornos que le regala la Lluvia del cielo.

¿Será desdeñosa? ¿Se querrá hacer desear?

No: sólo que es, al contrario, injustamente desdeñada, y su sueño inconsciente es el de toda virgen: el de ser amada y de ser madre.

Ignora por qué la desprecian: ansiosa, se pregunta por qué la dejan infecunda; si será por timidez o por indiferencia que rechazaron todos, hasta hoy, su amor.

Resignada, espera, silenciosamente encerrada en su harapososa majestad al semi-cielo que la quiera de veras, aunque la violente, brutal; pronta a entregarse al amante vencedor, brindándole a él y a las mil generaciones que engendre, los opíparos frutos de su inagotable fecundidad.

- II -

Hermosura Cimarrona

De la Tierra, dicen, de la tierra americana, fecundada por el Sol, nació, en el principio de las edades, la Hermosura Cimarrona.

Del mismo color materno, humilde, sumisa, tan ignorante de sí misma como ignorada de los demás, permaneció precaria, desconocida, sin culto, durante una larga serie de siglos.

No le podía caber en suerte, en las comarcas miserables y desiertas donde vio la luz, tener como la Venus griega, al salir de las espumas del mar, una corte de poetas, estos verdaderos padres de la Hermosura inmortal.

Y durante esa larga serie de siglos, aquellos a quienes hubiera podido tener de sacerdotes, toscos y groseros, la creyeron de la misma inferior raza humana de la cual salían ellos, no dándole a más a tareas ni más templos que sus toldos errantes.

¿Cómo a hubieran creído de origen divino, si el Sol, su padre, con los mismos rayos doraba sus cuerpos bronceados de guerreros salvajes, y acariciaba sus esbeltas formas de diosa?

La misma Tierra, su madre, desnuda y pobre, no tenía ni podía tener más atenciones para ella que para su demás progenitura, y pasaron así los tiempos.

Y cimarrona quedó la Hermosura pampeana, hasta que a las riberas llegaron, suavemente impulsados por la brisa sobre las olas del Padre del Mar, en sus naves de grandes alas blancas, unos seres desconocidos, vestidos de hierro, altivos y que llevaban consigo el fuego y el trueno, mortados en otros seres terribles y rápidos.

Conquistaron la tierra; y de su hija la Hermosura Cimarrona, hicieron la Hermosura Criolla. Y la Hermosura Criolla, - conquistados los conquistadores-, pudo, rodeada de adoradores, abrigar en templos su cutis, ajado, hasta entonces, por los continuos besos que le robaba, -amante y desdeñado- el viento áspero, en los campos lanos. Su admirable pelo, negro como el ala del cuervo, abundante como el agua del río, adquirió la suavidad de la seda; sus dientes admirables que eran perlas, no pudieron hacer más que seguir siendo perlas, y sus grandes ojos negros, en cada uno de los cuales centelleaba, atenuado por una sonrisa de bondad, uno de los rayos paternos, reflejaron a la vez -con ideal y penetrante expresión- y la sumisa ternura de la diosa desconocida de las edades pasadas, y la seguridad tanera de su decisiva victoria.

Y del conjunto salió, amable, clemente y dominadora, la Hermosura Argentina, diosa.

- III -

Quejidos musicales

El viento, en la llanura, se queja, se queja siempre, con silbidos agudos o con lamentos suaves, o con roncós gritos, su voz es un eterno lamento. De las pajas y de los juncos no arranca más que gemidos. Si corre despacio, suspira, triste; y cuando sopla, poderoso, lo que casi siempre hace, sus plañidos estridentes hacen estremecerse la Tierra.

El Viento de la llanura, cuando quiso probar la flauta de Pan, se quebró en mil pedazos: arrancó la lira de las manos de Apolo y revantó las flautillas de Euterpe, quedando él solo para enseñar la música en la Pampa.

Y por esto es que en estos sus dominios, no hay gorjeos armoniosos y que desapareció, tapándose los oídos, la ninfa Eco.

Quiso formar discípulos.

Pensó que con los pájaros de la Pampa, la tarea sería fácil. Les había enseñado a volar y les quiso enseñar también a cantar.

El tero, el chajá, el chimango, la gaviota y la lechuza fueron sus discípulos más aventajados. Llegando a cubrir el canto triste del viento con cantos más tristes aún.

En su desconsuelo, se resignó el maestro a emprenderla con el Hombre, de quien no se había hasta entonces querido ocupar, convencido que de él, no podría sacar nada. Nómada, inquieto siempre, hambriento; obligado, para sostener su precaria existencia, a guerrear siempre: no vendió más en la abundancia casual que un pretexto para orgías sin alegría: incapaz de iluminar siquiera de un rayo de ternura la satisfacción brutal de sus apetitos, ni quería, ni seguramente podría entender nada de música, bastándole los ruidos ensordecedores y los gritos destemplados.

Pero sucedió que el Hombre, de costumbres ya más refinadas, menos andariego, menos hambriento, de corazón más sensible, prestándose a escucharlo, trató de expresar cantando, lo que sentía su alma naciente: imitó el canto del Viento entre las pajas de la Pampa. Pero como la voz del Viento siempre parece lamento, el gaucho cantó sus amores con lamentos, cantó la gloria con llantos, y su vida con quejidos, y el fragor de las batallas con gritos estridentes y roncacos acentos. Y cuando, de allende los mares, un Orfeo desconocido trajo la guitarra y se la donó, nació -melancólico cantor de canciones quejumbrosas como las del Viento en la Pampa- el Payador Argentino.

- IV -

Familia de locos

¿Qué es lo que habrá perdido el Viento?

¿A quién andará buscando?

Hace poco, apareció por un punto del horizonte, como de paseo, tranquilo, manso, suave recorrió despacio la llanura, acariciando las pajas altas y los juncuales que saludaban, complacidos; hizo cosquillas, al pasar, a las aguas de la laguna, que se rizaron, sonriéndose, y se fue.

Ahora, vuelve por otro lado, como loco, dando vueltas en contorno de los ranchos, sacándose el techo para mirar lo que pasa en ellos, o abriendo las puertas y cerrándolas a golpes y parándose un rato, para correr otra vez con más furia. Registra los pajonales, los azota con violencia, agarra del cuello los juncos, los tira de rodillas, y sacude las aguas hasta romper el espejo de la laguna.

¿Y se fue! ¿Qué andará buscando?...

¿Ah, ya volvió! esta vez no sólo gime, como siempre, sino que llora a mares. Le acompaña la Lluvia, y va derramando lágrimas que es una desolación... ¿Habrá perdido algún parenta, o le habrán hecho algún daño?

¿No; si es otro! son tres hermanos: uno que sería de genio regular, si no fuera tan caprichoso; el otro siempre violento, malhumorado; y el tercero, llorón y triste como él solo, que parece no poder sobrellevar su suerte.

Los tres tienen una historia singular. ¿Quién sabe si será cierta? Cuentan que una vez, el viejo rey Eolo quiso, como era su costumbre, encerrar todos los vientos en el odre donde los solía guardar. No pudo; los muchachos ya se habían criado; habían ido, varias veces, de una disparada, cuando el viejo no miraba, a recorrer países nuevos que recién se iban haciendo conocer, y el espíritu de independencia se apoderó de tal modo de tres de ellos que se hicieron los sordos y no contestaron a los gritos del rey, debilitado por la edad; pues también pasar los días.

Se fugaron, y después de mucho andar, llegaron a la Pampa. Cuando quisieron volver a su tierra, vieron que estaban presos, en castigo de su desobediencia; y desde entonces siempre tratan, cada uno a su modo, de romper las infranqueables paredes de la cárcel donde los encerró la maldición de su amo.

Si el viento Norte quiere deslizarse por el sur, después de haber escollado contra el Ecuador que lo detuvo, como siempre lo hace, pronto lo rechaza el mismo hermano llorón que, destilando agua, se viene del Atlántico, donde aguarda, él también, sin encontrarlo jamás, un momento favorable para mandarse mudar.

Y cuando éste está por llegar a las Cordilleras, que también tiene sus esperanzas de franquear, se encuentra a su vez con el otro hermano, el rabioso Pampero, que enojado de haber sido mojado por él, lo rechaza hasta el mar.

Y cada vez que pelean entre sí los tres, echándose la culpa uno a otro de su desgracia común, el Hombre es el que paga los gastos de la guerra.

- V -

Pastos y Flores

La diosa de las Praderas, hermana de la diosa Pampa, pero de mejor genio, más sociable, más hospitalaria, incansablemente se esfuerza en darle a ésta mejor figura, a pesar de su resistencia.

Aprovecha sus descuidos para agregarle al pobre vestido algún adorno de color alegre, o algún retazo de género más tupido; pues le da vergüenza verla tan descuidada.

Pampa se defiende, se enoja, trata de destruir lo que para ella hizo la benévola diosa de las Praderas: tapa con arena, destruye con sañete los yuyos verdes que, mata tras mata, va plantando ésta en sus dominios.

Pero no descansa en su obra la Diosa bienhechora y, poco a poco, le da a la hermana aspecto más atrayente y más simpático. A escondidas, va, y entre el pasto puna, gris y feo, duro y seco, tira algunas semillas de trébol, de gramilla o

de cardo. Pampa los manda destruir por los pájaros, por el agua, o por el sol, pero siempre quedan algunas y, poco a poco, su puna mimada va mermando, vencida.

Lo que más a Pampa le gusta por adorno, es echarse en las espaldas algún manto de pajas espesas y de fachinales ordinarios que le dan a re todavía más hurraño.

Y su hermana trabaja, se empeña en quitárselo, en cambiárselo por un rico vestido de pastos ternos, verdes y tupidos, cuya sola vista haga felices a los pastores, protegidos de Pan y de los Faunos, y sus grandes amigos.

Los pastores, para ayudarla, de vez en cuando, queman los harapos de Pampa, dándole ocasión a la buena diosa de regalarle en cambio verdes praderas.

Pero tiene sus peligros el recurrir a esos medios; Pampa es vengativa: con sólo prohibir a la Lluvia de regar los campos quemados, hace perecer los rebaños y llorar los pastores.

La diosa de las Praderas pudo, un día, de las pajas más duras y toscas, hacer brotar lindos penachos plateados, con los cuales se adornó Pampa; y la diosa buena, viendo que le gustaban las flores, sembró otras. Pronto relucieron, tan lindas como modestas, las estrellas del macachin, las campanillas de la flor morada y el oro de la rama negra, y la púrpura de la verbena; y Pampa, encantada acabó por consentir en que su hermana le hiciera un vestido verde esmeralda, sa picado de flores; y despacio, ésta se lo va tejiendo.

- VI -

Mojones

El padre, parándose, enseñó al joven, su hijo mayor, un poste de madera cuya punta era esculpida en forma de cabeza humana, y le dijo: «Mira bien, hijo, este poste»; y mientras el muchacho, con la boca abierta, contemplaba la cabeza sin piernas, el padre le asestó una gran cachetada.

Esto pasaba en la campaña romana, unos cuantos siglos antes de Jesucristo; y como el joven miraba atónito al autor de sus días, éste, con gravedad, le explicó que aquella cachetada, la había recibido él, en su mocedad, frente a mismo poste, y que se la daba para que, a su vez, cuando viniera el tiempo, la transmitiese a su hijo mayor. «para que no se olvide jamás, agregó, del sitio donde está el mojón, guardián de los límites de nuestra propiedad».

El mojón era dios, en aquel tiempo, y la cachetada recibida por el joven y transmitida de generación en generación, formaba parte del culto de esa deidad campestre.

Hay también mojones en la Pampa, pero allí, el dios Término, dios inmóvil y quieto, que no tiene piernas porque no se debe mover nunca, se entretiene, para no aburrirse por demás, en azuzar disimuladamente discusiones entre los vecinos y en fomentar pleitos que arruinan las familias y hacen quedar estériles los campos que simula proteger.

Es para él una distracción y, al mismo tiempo, una venganza de que los hombres lo tengan hoy en tan poca estima.

¿Y cómo no explicarse su rencor?

Durante siglos enteros, no le prestaron culto alguno y hasta lo desconocieron completamente, andando de un lado para otro los hombres, sin consagrarles ni siquiera un poste.

Después, cuando pensaron en restablecer sus altares, en vez de dedicarle graciosas imágenes, como hacían los Romanos antiguos, se contentaron con cavar agujeros en el suelo, amontonando algunos céspedes, pronto tapados unos y derribados los otros por los animales errantes. Si una mano piadosa colocaba en su honor algún poste de madera, enseguida algún pastor ignorante, estúpido o criminal, lo arrancaba -sacrif ego- para mantener el triste fuego de sus lares vagabundos.

Hoy mismo, los que más lo quieren honrar, pagan para ello sacerdotes especiales, cuyo rito complicado consiste en colocar en línea recta banderitas y jalones que plantan y quitan, siguiendo, a pasos contados, el límite del campo por consagrar, y erigiendo al pobre dios miserables postes de madera sin figura, o de hierro, que es peor, y hasta rieles viejos que no tienen por cierto nada de hierático.

¿Y cómo traían los padres a sus hijos a recibir delante de estos emblemas ridículos la cachetada sagrada?

Tampoco valdría la pena; ya que, con las leyes modernas, muerto el padre, la propiedad queda despedazada y que el dios inmóvil y quieto tiene que ser removido.

- VII -

El Genio de los cañadones

De cuerpo verdoso, medio vestido de plantas acuáticas, a barba y el pelo llanos de musgo, el Genio de los cañadones, dios de las aguas estancadas, dormira en la llanura cuando la cubren las crecientes.

Pero es un dios sin templo, sin altares y sin adoradores, y cuando el Sol empieza a secar las tierras donde impuso su imperio fugaz y odiado, la humanidad aplaude.

Apenas han empezado a desbordar los ríos, arroyos y lagunas en las tierras pastosas, cuando llega trayendo consigo su numeroso personal de geniecitos impertinentes que le ayudan a molestar a los habitantes de la Pampa.

Las aguas claras no les pertenecen, pero se apoderan de todos los pantanos, charcos y lodazales, ciénagas y fangales, donde se esconden, en las huellas antiguas de los carros o entre las pajas, en alguna zanja vieja o algún trocito de arroyo sin salida, en algún jagüel olvidado o pozo mal tapado, y allí quedan en acecho.

Mojados y salpicados de barro, tiritan de frío, y en los ojos tristes de su cara negruzca, cuando por casualidad se quiere mirar el sol, se refleja todo sucio.

Sus pasatiempos son dignos de ellos y de su amo, pues, mientras él se entretiene en anegar poco a poco las praderas donde, tranquilos, vivían los rebaños, en criar ranas y mosquitos y ofrecer albergue a los patos en campos que

eran la querencia de las yeguas y de las vacas, y en hacer sufrir al estanciero toda clase de perjuicios, los geniecitos traviesos y dañinos esperan las ocasiones de reírse a expensas de los que pasan a su alcance, bestias o gente.

No son srenas y no tienen a su disposición secuciores cantos, pero tapan con agua estancada, bien tranquila, el pantano de barro blanco donde chapaleará el jinete incauto, con desesperación, y de donde saldrá arañando, pálido del riesgo corrido, de tener que bajarse en pleno fangal para aliviar al mancarrón hundido; y los muy pícaros se desterrillarán de risa silenciosa, mirándolo.

¡Y qué lindo! cuando viene a tomar agua ahí una vaca con su tierna cría, y que el ternero queda empantanado, y se pasa las horas balando, sin poderse mover, y a madre contestándole, impotente. Esto sí, es para morirse de risa.

¿Y si se vuelca una volanta con familia y todo, mujeres, niños y canastas, en el barro? ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

¡Callen! ¡que viene un carro!

Silencio profundo; cada geniecito se ha escondido donde pudo y espera, sin resollar, listo para ayudar a los compañeros en la gran obra.

Se acerca el carro; cargado está hasta el tope. El carrero detiene los caballos y deja que resuelen antes del gran esfuerzo.

«¡Firme!», dice, resolute; y al momento en que entra el carro en el pantano, se cuelgan de las ruedas de las patas de los caballos, de las colas, de las varas, de la punta del látigo, de los frenos, miles de geniecitos que, haciendo fuerza todos juntos, retienen el vehiculo en el mismo medio del charco pegajoso... ¡Y las risas silenciosas!

El pobre carrero renegaré, gastará latigazos se arrancará el pelo, invocará a todos los dioses, los insultará, se bajará, se enojará, y cuando acabe de renegar y haya empuñado la pala para despejar la rueda, entonces los geniecitos, siempre riéndose, o ayudarán, silenciosos siempre, a salir del mal paso.

Ya empezó a calentarse el sol, y se secan los pantanos; y se fueron disparando, los geniecitos traviesos y sucios, a juntarse con el amo, el Genio musgoso de los cañadones, que pronto, vaporoso gigante, desaparecerá en el horizonte, entre espejismos ilusiones de la vista.

- VIII -

La Querencia

Aunque esté en ejercicio del poder, que cada año le da, por unos meses, la constitución celestial, el Invierno triste; aunque por la maldita costumbre que tiene de apagar temprano la luz del sol y de prenderla tarde, paralice la vegetación hasta no dejar suficiente pasto para las haciendas, no ha podido hacer desaparecer del todo la gramilla del campo lejano, donde acaba de llegar la tropilla.

Sosagados por el cansancio y el hambre, los pobres animales comen el pastito tierno y verde que se ha sabido conservar en vida, escondiéndose, prudente, detrás de las matas grandes de paja dura, y tan bien se llenan con él, tan ligero se reponen, que el amo, al verlos quietos, perdió la costumbre de manear de noche la yegua madrina, y dejó la tropilla gozar de libertad casi completa.

Pero llegó la primavera; y aunque la gramilla abunde más que nunca, se ve, por momentos, la yegua madrina mirar con la cabeza alzada, y como perdida en sueños, por el lado de donde ha venido, unos meses ha.

Por cierto que la tropilla no se puede quejar de su suerte; la han mudado de campos algo pobres, a tierras extensas donde puede retozar a gusto, encontrando por todos lados gramilla, su pasto favorito, agua regular y reparo contra las irtemperies; así mismo, al asomar la estación del renuevo, sienten los caballos en sus pobres almitas de animales, que algo les falta, algo que los llama, allá, de donde los han traído.

Y sin embargo, no han dejado tras de sí amores que les son prohibidos; ni familia, que no la tienen; ni condiciones de extraordinario bienestar. Aquí, tiene la madrina a su hijo último y no falta padrillo que le haga la corte; todos quieren al amo que los trajo, y está él ahí con ellos.

¿Qué es, entonces lo que anhelan?

¿Cuál será la fuerza misteriosa que, imperiosamente, les mandó, una noche salir del campo donde los han criado habituados ya, y agarrar al trote largo, en línea recta, abrevando el camino, cortando campos que nunca han pisado, como guiados por impecable vaqueano; vaceando arroyos, ev tanco alambrados, sin pararse, sin mirar para atrás, para el pago que los ha visto nacer?

¿El invierno, allá, será menos rudo, el verano más suave, el agua más dulce, el pasto más tierno y más perfumado, el cielo más alegre, la pampa más verde?

Sí: pues no hay pampa más verde, cielo más alegre, pasto más tierno ni más perfumado, agua más dulce, verano más suave, invierno menos áspero que los de la Querencia: la Querencia, donde uno ha nacido y se ha criado, bien sea en la abundancia, bien sea entre penurias; la Querencia que aminora hasta el mismo espanto de la muerte, cuando ha llegado la hora fatal.

- IX -

La Sequía

Despavorida, disparó la diosa de las Praderas, dejanco caer su manto de flores, al ver, en los vapores rojizos del horizonte, diseñarse la descarnada cara llena de arrugas apergaminadas, los huesosos miembros y los senos enjutos de la horrible Sequía, hija de las deidades de fuego infernal, escapada de su prisión subterránea, con sus terribles vástagos, la Polvareda y las Quemazones, e Hambre y, la Sed.

¡Oh terror! ¿en castigo de qué crimen habrán permitido los que reinan en los cielos que tan cruel y devastadora plaga azote la Tierra?

Pampa se veló la faz y cerró los ojos, para no ver el desastre de su hermosura. A girones, con sus dedos de esqueleto, la Sequía arranca el vestido modesto que la cubre; le quita de las manos la cornucopia y la entrega a su hija la Polvareda, para que la esconda y la tape.

Y se sienta perezosamente, en los dominios conquistados, contemplando con sus ojos tristes los juegos de la Polvareda y del Viento en la llanura desolada.

Van, vienen y corren los remolinos ágiles, que rozan apenas el suelo con su pie ligero, manchando el cielo gris, de su nubecilla amarillenta; desapareciendo, volviéndose a elevar, pequeños a veces y creciendo de repente; inmóviles un rato y súbitamente girando sobre sí, recorriendo como relámpagos toda la lomada; atrayendo consigo, en loca carrera, las flores secas de los cardos y la paja voladora, que amontonan en los recovecos, hogueras aprontadas para las venideras quemazones.

El calor es intenso; el sol empañado por la Polvareda gris y triste, ha quemado toda la vegetación que cubría el suelo, y quema ahora la tierra para que no vuelva a salir una hebra de pasto; y cuando, cada tarde, desaparece, amenazador y rojo, deja en el corazón del pastor un invencible desconsuelo.

Los meses pasan; al verano siguió el otoño; la Sequía allí queda siempre. ¿No la vendrán a buscar sus padres para volverla a encerrar?

El sol sigue con su implacable color de sangre, y si ya sus rayos se han vuelto impotentes para quemar, acuden las heladas nocturnas a reemplazarlos en esa tarea. El invierno despliega todo su rigor, y la Sequía empieza su abyecta cosecha de osamentas, volteadas -lastimosos hecatombes- por sus hijos mayores, el Hambre y la Sed. Queda sembrado el campo de cadáveres: y la Polvareda se divierte, ayudada por el Viento, en arrimar en ellos montoncitos de arena, hoy, de un lado, mañana, del otro.

Los arroyos están en seco, y si, en alguna parte, surge todavía débilmente algún manantial empobrecido, se amontonan alrededor de las haciendas flacas y sedientas, y se quedan ahí horas, esperando la muerte, único alivio de tantos males.

El viajero, en busca de otros campos, también se aproxima para beber y refrescar sus caballos extenuados por la travesía; al grito que pega para abrirse paso entre la hacienda, las vacas se mueven despacio, cruzándoseles las patas, o se levantan pensativamente y se vuelven a derrumbar.

¡Oh, Lluvia divina! madre de la Fertilidad. ¿Dónde estás?, ¿adónde te fuste?, ven, teniendo de la mano a la Primavera; ven a espantar a esta odiosa, maldita Sequía; ¡mójala, ahogala a chaparrones, echala, perseguila! Devuelve a Pampa su vestido verde y tráete de vuelta la diosa de las Fraderas, coronada de flores nuevas.

- X -

La Diosa Roja

Lo que a la Diosa Roja encanta, en su loca pasión para la sangre, no es que corra ésta por las venas de los seres, vital y preciosa fuente de actividad y de lucha, de odio y de amor; no: lo que quiere, ella, lo que anhela, ansiosamente ávida, acecha y busca, es el gozo de contemplar su color hermoso, cuando, escapándose de los mil décalos de su prisión, corre, bermeja, brillante, purpúrea, en borbolones espumosos, y se derrama en efluvios de tibia y repulsiva insipidez, al salir de las arterias, por las heridas del cutis cortado.

Pero no la puede verter ella, y tiene que acudir a los mismos seres vivientes, para que le brinden los medios de saciar su sed infame.

A los hombres primitivos les enseñó con este objeto, la aguzar piedras o huesos de animales, espinas de pescados y ramas de árboles; pero entre los hombres de la Pampa pudo vulgarizar armas más eficaces, traídas por ella sigilosamente, de los países lejanos donde se trabajan los metales, y los incitó a adoptar la costumbre de llevar cuchillo; no cuchillos pequeños, de estos que por descuido o por torpeza, sólo pueden, con cortar alguna venita, avivar los deseos de la cruel, sino el cuchillo ancho, largo y cortador, de poca punta pero de filo feroz, que, sin esfuerzo, taja el cutis, perfora las vísceras, parte los corazones, desgarrar las fibras, separa las carnes y abre camino fácil a la sangre prisionera.

Del infeliz que lo lleva, en la ilusión que es herramienta y no arma, la Diosa Roja, en su afán de ver derramado el sagrado tesoro de las venas humanas, pronto hace su sacerdote enfurecido, con sólo aparecer a sus ojos turbados.

Amante de las reuniones numerosas de los hijos de la Pampa, se mezcla con ellos y floza, forma etérea, entre los vapores del alcohol, su precursor favorito.

Va de grupo en grupo, llenando de reflejos colorados los ojos empañados por la embriaguez; los encandila, los enceguece; sugiere palabras hirientes, aviva la conversación más insulsa, alza el tono de las voces; vuelve sombrío el pensamiento, desvía la lengua, sobreexcita el ademán; y el hombre a quien eligió de sacrificador, se siente poco a poco vencido por la fuerza irresistible de su destino fatal; invadido, arrollado por el prurito de matar, matar, matar.

Todo, alrededor de él, coloraa: las cosas, los seres, el aire que respira; sus ideas, las palabras que pronuncia y las que oye, todo es color de sangre; pero no corre la sangre; y quiere, necesita que corra, tiene que ver derramada la sangre, la sangre.

Y con el cuchillo -¿quién sabe quién se lo habrá puesto en la mano?- le abre camino: corre, ahora, corre, se derrama, se extiende, bermeja, brillante, purpúrea, en borbolones espumosos, con densos efluvios de tibia y repulsiva insipidez; le cubre la mano, y del cuchillo todo colorado, gotea, gotea...

Al rato, percibe como un rozamiento de alas, como una risa sarcásticamente agradecida. Se va disipando la nube colorada que lo rodeaba; ya se desvaneció la Diosa Roja. Y vuelve él a ver -¡espanto!- las cosas, como son.

- XI -

Aguas claras

El Genio de los cañadones y sus acólitos bien quisieran, por supuesto, manosear a su antojo todas las aguas de la Pampa, ensuciarlas, embarrarlas, y con ellas, salpicar al transeúnte, molestar a los conductores de vehículos, arruinar al estanciero. Pero el Creador restringió el poder de este malvado a las aguas que, en castigo de la humanidad, derrama Él en la tierra empapada, y no permite que su reinado sea de larga duración, ni que se apodere del pequeño sobrante de agua que, a veces, deja caer de la fuente celestial.

A cada arroyo, a cada lagunita de la Pampa, dio su guardián propio, graciosa ninfa etérea, a quien sólo puede adivinar y algunas veces, ver, el alma piadosa que en ella crea.

En las primeras horas de la mañana, sale de su glauca morada, envuelta en tenue vapor flotante; se eleva despacio hasta volverse, bajo los rayos del sol, tan diáfana que los mismos alguaciles, a pesar de sus grandes ojos curiosos, no dan siempre con ella, cuando la vienen a avisar que se prepare a recibir la visita de su ama, la Lluvia.

Aunque sean todas hermanas, no son esas ninfas todas iguales. Unas por haber nacido primero, o haber caído en gracia al supremo Dispensador de los puestos celestes, reinan en arroyos caudalosos que, de día y de noche, y en todo tiempo, les cantan canciones alegres, les murmuran palabras de amor o les cuentan mil historias llenas de interés sobre lo que, al pasar, han ido viendo; otras tienen bajo su dominio verdaderos lagos que resisten, valientes campeones, a la Sequía horrible, cuando se empeña en cambiar en playas áridas los dominios de las diosas acuáticas.

Y en las orillas de sus aguas azules y profundas, se dan cita con millares de pájaros de todos colores y de todas formas, el cisne majestuoso, el flamenco rosado, verdadera joya de la Pampa, y el deslumbrante mirasol, orgulloso de que sólo sus plumas sean dignas de engarzar el brillante.

Menos favorecidas, otras ninfas sólo reinan en pequeñas lagunitas; pero los reinos pequeños son más fáciles de gobernar, y nunca faltan algunas avecillas que vienen a saciar su sed minúscula en sus aguas, pagándoles el gasto con alegres trinos.

Las más desheredadas son las que tienen por todo haber, lagunas amargas y salitrosas: contemplan, éstas, con cierta envidia, sentadas en la tosca amarillenta del áspero lecho de sus despreciadas aguas, espumosas y verdes, a sus hermanas afortunadas. Pero se consuelan con pensar que, sin hacer diferencias, lo mismo se reflejan en la lagunita como en el lago, en el agua salobre como en el agua dulce, el Sol, amoroso, y la Luna, cariñosa.

- XII -

Dioses Desvanecidos

No siempre han sido los mismos de hoy, los dioses de la Pampa; pero terribles, horribles, y enemigos de la Humanidad han de haber sido los dioses primitivos, a juzgar por los restos de los rebaños que protegían, tan monstruosos, que no permitían la presencia del hombre en la tierra.

Ni los mismos sabios pueden decir cuantos miles de años han reinado, ni como surgieron, ni como han desaparecido.

Sus luchas con los dioses actuales han de haber sido tremendas, pues han dejado la tierra convulsionada en muchas partes, y sólo habrán podido ser vencidos por algún Hércules ignoto, cuya historia no supo conservar la tradición.

Para el hombre creyente en la divinidad, no cabe duda que los pastores de estas estupendas haciendas y los amos de esas horribles fieras eran de esencia divina.

Pues, no sólo necesitaban un poder sobrehumano para dominarlas, sino que tampoco han dejado en la tierra rastro de su existencia mortal.

Difícilmente puede el pastor pampeano mirar con alma serena, los esqueletos dejados en la tierra que hoy pisa, por los animales extraordinarios, de formas y tamaños inverosímiles, a los cuales gobernaban entonces esos dioses desvanecidos; y se le llena de gratitud el corazón para las deidades protectoras que han sabido desterrar de la llanura a semejantes monstruos y a sus pastores, seguramente más execrables aún.

Ni las más horribles apariciones de febril insomnio darían una idea remota de lo que podían ser: pues, ¿qué imaginación habrá, bastante audaz para soñar jamás con un rodeo de esos megatheriums, al lado de los cuales los elefantes de hoy serían hacierda despreciable por su pequeñez?

Inmensos rebaños de mastodontes y de milodontes paciar, enormes, pesados y lerdos, entre los gigantescos helechos de la llanura, alzando en cada bocado una prodigiosa cantidad de pasto, víctimas, a menudo, de la ferocidad del smilodon, el tigre gigante que repartía con un oso de igual tamaño y de igual ferocidad, sus despojos.

Cubiertos de corazas indestructibles, pues han resistido durante miles de años las que todavía se encuentran, los gliptodontes, esos peludos de entonces, cavaban con sus unas enormes, cuevas en las cuales en vez de quebrarse un pie, el caballo de hoy hubiera desaparecido entero con jinete y todo.

Y si apareciera hoy en la Pampa uno solo de los zorros, de los hurones o de las comadrejas que, en aquellos tiempos remotos, cazaban cuizas y pájaros mayores que las ovejas que cuida el hombre, el pánico sería tal que haría disparar hasta el Océano o las Cordilleras, pastores y rebaños.

¿Quién resistiría sin temblar, el aspecto del formidable foróracos, ave de rapinya del tamaño de dos de los caballos actuales, si lo vieran elevarse en los aires, llevando entre sus garras un lagarto dinosaurio de veinte metros de largo, tapando con sus alas el sol, y con ellas, removiendo el aire en fragor de tempestad, mientras, desprovistos, huyeran y desaparecieran, en los profundos fangales, reptiles sin nombre, de repugnante enormidad, en hervidero pavoroso?

Salgan, pacíficos pastores, de sus grutas, de sus escondrijos; pues se fueron para siempre los monstruosos rebaños y sus guardianes monstruosos, dioses desvenecidos de la Pampa.

- XIII -

Dioses Protectores

Desaparecidos de la Pampa los monstruos primitivos y sus nefandos guardianes; mezclados en la tierra, para enseñanza de los siglos venideros, sus últimas esementas, con las primeras de los animales útiles al Hombre, las daidades campestres, protectoras de los rebaños, se esparcieron por las soledades y las empezaron a poblar.

Pero la tarea que parecía fácil a estos dioses -seguramente oriundos de Grecia, aunque ni las más remotas leyendas expliquen su inmigración, ni que los hombres eruditos hayan podido hacer más que hipótesis al respecto-, les resultó lo más ardua. Acostumbrados a clima primaveral de sus campiñas nativas, a la poética mansedumbre de sus habitantes dedicados a hacer correr en ánforas fabricadas por ellos mismos y bellamente adornadas de artísticas pinturas, la espumosa leche de sus ovejas, a recoger la miel de las abejas del Himeto, a prensar las uvas hinchadas en las cubas rebosantes, a sacar del árbol favorito de Minerva el untuoso aceite, a encerrar en los graneros las doradas mieses, acompañando todos los trabajos con himnos y bailes sagrados, y celebrando con alegre fervor su agradecimiento por la generosidad inagotable de sus dioses, sorprendidos, chocaron éstos, en la soledad pampeana, con hombres insumisos, errantes, belicosos y brutales, sin arte ni poesía, groseros y sin disciplina.

No por esto se desanimaron: con paciencia cívica, poco a poco les sugirieron la idea que los animales de rebaño no eran animales de caza; les hicieron comprender que más fácil era cuidarlos juntos y tenerlos bien seguros que irlos persiguiendo por los campos, para sacar de ellos, con mucho trabajo y grandes peligros, producto precario e insuficiente.

Pocos fueron, al principio, los que consintieron en renunciar a su modo salvaje de vivir: pues para ellos, un toro flaco y arisco, robado con las armas en la mano, era de más sabor que cien vacas domesticadas. Hacían alarde de desdeñar a los dioses protectores de los rebaños, y de ser, ellos solos, dueños por la fuerza de los animales domésticos, pacientemente criados por los que obedecían a las inspiraciones divinas.

Pero estos mismos que, aprovechando de su fiereza nativa, sólo los dones de valor y de sufrimiento a ella inherentes, habían logrado asegurarse la vida relativamente fácil y holgada, con domesticar, mejorar y aumentar sus rebaños, empezaron a juntarse contra los rebeldes que trataban de inutilizar sus nobles esfuerzos. Protegidos por sus dioses, los destruyeron o los sometieron, y los obligaron por las armas a ayudarles en sus trabajos campestres.

Y en la Edad Moderna, si bien vagan por la llanura algunos materos todavía refractarios al culto de los dioses protectores de los rebaños, van, poco a poco, desapareciendo y dejando en la tierra, mezclados con los de las nuevas generaciones, para enseñanza de los siglos venideros, sus huesos, últimos rastros de la existencia de su raza inferior y condenada.

Los dioses, mientras tanto, siguen su tarea y enseñan sin cesar a los habitantes de la Pampa, hoy dóciles y sumisos, que los rebaños siempre se deben mejorar; que para hacerse la vida más llevadera, el Hombre debe pedir a la Tierra su madre santa, las mieses doradas, el vino bermejo, el untuoso aceite, la dulce miel, y la seda lustrosa, y la fina ropa de lino, y las frutas sabrosas, y la macera abundante; y que de los bienes de la Tierra conseguidos por el trabajo, nace el bienestar, y del bienestar, el amor a las artes que embellecen la vida.

- XIV -

Dioses Malvados

Del éxito nace la envidia; el impotente para crear goza en la destrucción. Así del éxito conseguido en sus dominios de la Pampa por Pan y los dioses protectores de los rebaños, nació la envidia de sus congéneres: los dioses Malvados. Y se empeñaron éstos y se siguen empeñando en contrarrestar en mil modos los beneficios prodigados al Hombre por los primeros.

Mientras los rebaños abandonados a sí mismos produjeron poco, los dejaron en paz; pero cuando ya vieron que aumentaban y brindaban al Hombre agradecido los mil favores que los dioses protectores le habían prometido, empezaron ellos, con razón, a temer que aquel no retribuyese más culto que a los que por sus divinas inspiraciones, lo iban haciendo feliz.

Y dando curso a su fecunda imaginación, inventaron ingeniosas molestias, fastidiosas, exasperantes y perjudiciales que desalentaran al pastor. Llamaron en su ayuda a los mosquitos que arrear lejos de la querencia a las manadas; a los jejenes, que enloqueciendo las majadas, se las llevan, durante la siesta, en lento remolino, hasta hacerlas mixturar con otras; a los tábanos que tienen rodeadas las haciendas, sin dejarlas salir a comer.

Aprovechando los descuidos del pastor, la soledad, la extensión de la llanura y la tupidéz de los pajonales, desatan los cencerros del pescuezo de los animales madrineros y facilitan el extravío de puntas de ovejas que nunca se vuelven a ver, y de tropillas que para siempre desaparecen.

También introducen en rebaños refinados, reproductores de baja extracción que dejan burlado, para un tiempo, el esmero del criador en refinar sus haciendas.

Inundan la tierra, con sólo abrir, en un descuido del aguatero celestial, la llave del depósito, o poner sigilosamente en libertad a la Sequía y sus horribles hijos el Hambre y la Sed. Hacen que el fumador, al galopar inconsciente, entre montones de paja voladora, deje caer el fósforo prendido, produciendo cuemazones.

Ellos son que por medio de seres impalpables, cuya existencia durante mucho tiempo no pudo sospechar el Hombre, en su ignorancia, desparatamaron la muerte en los rebaños; hasta que el semi-dios Pasteur, mandado a la Tierra por los

dioses protectores, hizo conocer los efectos y las causas, revelando a sus discípulos, antes de volver a las regiones etéreas, los medios de combatir las plagas mortíferas.

También han creado los dioses malvados para sus fines destructores, la sarna que roe la lana y carcome la oveja, y la terrible langosta que no deja pasto donde pasa.

Algo peor han hecho, en su afán malévolos: han inventado ciertos parásitos -que no son insectos-, a los cuales el hacendado, para hacérselos propicios, tiene que pagar el tributo que exigen su corrupción y su avidez.

- XV -

Gobierno Celestial

Lo mismo en la Pampa como en las demás partes de la tierra, cuatro son los delegados del Poder Ejecutivo celestial, que se reparten, durante el año, la tarea de regentar los fenómenos de la vida vegetal y animal.

Pero cada uno de ellos entiende sus deberes a su modo, y como el que entra encuentra siempre mal lo que ha hecho el antecesor, no quedaría nada en pie, si el Creador, con su mano poderosa y su buen sentido, no enderezase las cosas, corrigiendo los disparates, a veces tremandos, que cometen sus delegados, y haciéndoles acordar a éstos que, según la ley eterna, deben desempeñar su papel por turno, en ciertos límites, y con atribuciones fijas.

La Primavera, por ejemplo, joven y elegante, tiene orden de ergalar la llanura y de prodigarla las flores y los brotes nuevos; debe mantener en la tierra, aumentándolo paulatinamente, un calor suave durante el día, y tratar de que las noches sean sólo frescas, para favorecer hasta la exuberancia, la vitalidad de los seres, a los cuales inspirará las inefables ideas de amor, que aseguran la perpetuación de las especies.

Tiene para ello, que esparcir en la atmósfera perfumes embriagadores y poéticos gorjeos de aves, en suave abaniqueo de céfiro.

Pero a la Primavera le falta tino y le sobra presunción; y en su caprichosa inexperiencia, tan peculiar atributo de la juventud como la gracia seductora, comete cada locura capaz de comprometer sin remedio, la obra divina.

¡Cuántas veces le ha retado el amo, por haberse descuidado con el Sol! Este, si no lo vigilan, voltea la pantalla y con las mil bombillas de sus rayos, se chupa todos los vapores del suelo.

La Primavera, ya que lo ve, ligero, lo tapa con nubes, creyendo así componer las cosas, y para refrescar la atmósfera, abre de par en par la puerta a los vientos, que no quieren otra cosa y salen bailando, tirando piedras a las mieses y agua fría a las ovejas esquiladas; o bien pide prestada al Invierno, a guna helada que le haya quedado sin gastar, y todo lo refresca tan bien que destruye los gérmenes, aniquilando las esperanzas del labrador.

El Verano, que toma su lugar, algo más entrado en años, pero con todo el vigor que da la ambición, exagera las fuerzas vitales, voltea por inútiles, las flores marchitas, y para preparar la madurez de todas las frutas y la realización de todas las promesas de la Naturaleza, calienta asiduamente la Tierra, de día y de noche, endureciendo los gérmenes y dándoles a fuerza necesaria para cambiarse en fruta perfecta. Algunas veces se le va la mano y todo entonces, en vez de madurar, se marchita y muere; y rezonga, con mucha razón, al tomar el cargo, el Otoño, funcionario serio, formal y reposado, cuya misión es vigilar la formación definitiva y la maduración de los frutos de la Tierra.

Acabada su misión, cederá éste la poltrona al Invierno, viejo achacoso y mal humorado, poco afecto a mejoras, de que sabe que no alcanzará a gozar, y que sólo deja descansar y dormir la Tierra, sin preocuparse de lo que, por este sueño fatal, sufran los seres vivientes. Como si creyera, viejo tonto, que con él todo se debe acabar, como si de la muerte no naciera la vida; como si de los pliegues de su capa, no tuviera que salir otra vez la Primavera victoriosa, joven, loca, sin tino, caprichosa, pero eternamente llena de gracia seductora y de savia vital.

- XVI -

Justicia criolla

Con muchas otras deidades que emigraban a la Pampa, también se debía embarcar Temis, con su espada y su balanza. Pero cuentan que no pudo venir; y no se sabe si es que mandó en su lugar a la que hoy reina en las campañas pampeanas, con el nombre de justicia, o si se vino ésta por engaño, asegurando que entendía del oficio, o si -lo que parece más probable- ha sido producto genuino del suelo americano.

Lo cierto es que se portó tan mal que pronto, todos, y hasta sus mismos compañeros olímpicos, bien indulgentes, por cierto, vieron que nada tenía de la gran semi-diosa, nodriza de Apolo, y que ni hija, ni siquiera entenada podía ser de ella.

Usaba pesas más falsas que las del último bolichero y sólo para los débiles era temible su espada.

Interpretando siempre las leyes a favor del poderoso, se tapaba los oídos para no dejarse engañar -decía- por el derecho y la razón.

Lo peor era que se dejaba manejar por los que con el título de defensores del derecho, se hacían los intermediarios de los tráficos más viles. Y cuando no podían éstos entenderse entre sí para despedazar a las partes y repartirse los despojos, acudían a la Diosa, quien, gustosa, les alquilaba sus armas y su prestigio.

Tanto que, un día, el pueblo pidió al Creador que diese una visita por allí y limpiase la Pampa y sus pueblos de la tiranía de esa falsa Justicia que todo lo destrozaba y arruinaba, dejando impune al criminal, y castigando a las víctimas, despojando a la viuda y al huérfano para enriquecer al ave negra mansa, su favorita, sembrando el odio a las leyes, en vez de hacerlas respetar y querer, devorando a los que venían, confiados, a implorarla.

Aseguran que hasta el dios de los dioses llegó la cueja de los pobres. Dicen que echó una ojeada en los pueblos de la Pampa y quedó estupefacto al ver la clase de diosa que llamaban allá justicia Criolla, juró que jamás había sido mandada por él, y, armándose de una escoba... nombró una comisión.

- XVII -

Sátiros

El hijo de Cipris, con su carita rosaca y perversa, su cuerpo gentil, sus alitas delicadas de angelito y su sonrisa tan apetitosa de querubín pícaro, nunca pensó siquiera en desperdiciar sus flechas en ninguno de los corazones rústicos que pueblan las miserables chozas de la Pampa, ni quiso reivindicar como suyo ese dominio áspero y rudo, donde los cantos de amor no son más que gruñidos de deseo.

Pero, si la primavera ahí, es corta; si el viento en la llanura, esparce violentamente los gérmenes, en vez de depositarlos con suavidad en el seno de las flores, no por esto dejan de flotar en ella efluvios amorosos. Lo mismo que en los bosquecillos más floridos de esas campiñas descritas por los poetas, tan bellas que parecen sueño: y de lo que desdeñó Cupido, se apoderaron los Sátiros, dioses atrevidos del procreo brutal.

Atropelladores sin vergüenza, recorren la Pampa, ligeros en sus pies de cabra; se mezclan con los rebaños, y por donde han pasado, surge el prurito bestial.

Los toros en el rodeo, escarban con furor el suelo, hacen volar la tierra y mugen desesperadamente. En los corrales, suenan las topadas de los carneros y no hay padrillo que no relinche en las manacas por donde cruzaron los Sátiros.

Y por toda la Pampa bien comida y bien comida, cocida y perazosa, reina el único afán de procrear, de engendrar, de multiplicar, para poblar pronto esa desierto fértil.

Pero no existen bosques donde puedan esconderse estos dioses silvestres de la fecundación; donde se puedan juntar para contarse sus proezas sin correr el peligro de ser sorprendidos por los mortales.

Y tienen que acudir a disfraces para no quedar expuestos, en los pajonales a la intemperie y para conseguir en las habitaciones humanas hospitalidades que, a menudo, facilitan su misión.

¿Quién entonces los conocería, sin estar en el secreto de los dioses?

De chiripá amplio, los cuernitos encerrados en el sombrero gacho, de pie muy pecueño, como que es de cabra, su bota fina y de tacó alto, el Sátiro, hecho todo un gaúcho, se presenta tan bien que nadie podría pensar en rechazarlo.

Y sin embargo ¡cué poca confianza deberían inspirar a la dueña de casa los labios rojos que relumbran como sangre, entre la espesa barba renegrida, dejando ver en cruel y sarcástica sonrisa los dientes blancos y amenazadores, mientras que en los ojos irónicamente relucientes traslucen el invencible deseo!

¡Cuidado! ¡cuidado! ¡jóvenes y viejas! Para semejantes sembradores, toda tierra es buena; ni hay carne cansada para tamaños apetitos.

- XVIII -

Silvanos y Faunos

Ju cicosos hermanos de los Sátiros locos, los Faunos recibieron del rey de los dioses la misión de proteger los rebaños esparcidos por la Pampa, y los Silvanos, los montes de la misma.

Éstos, ya que les mandaba el amo, vinieron; pero pronto pensaron que debía ser un error de él, el haber creído que existieran montes en la Pampa, y durante mucho tiempo, se lo pasaron o mismo que los humanos, tiritando de frío o quemados por el sol, al ilusorio reparo de las pajas.

Los Faunos también, por el mismo motivo, se encontraban mal, acostumbrados como estaban, en las campiñas fértiles de donde son oriundos, a retirarse con rebaños en los montes durante la noche y durante las horas de la siesta, y a juntarse allí con sus hermanos, a platicar a egremente, a la sombra y al reparo o a estudiar, tratando de imitarlos en flautas rústicas, el gorjeo y el silbido de las avecillas.

Estaban los Silvanos a punto de renunciar, desdeñosos de un puesto que creían inútil a la par que poco agradable, cuando uno de ellos, vistiéndose de vasco y armándose de una pala, se hizo aceptar en la morada de uno de los pobres habitantes de esa tierra, tan desheredada al parecer, pidiéndole licencia para plantar en hileras algunas estacas de madera.

Riéndose, el gaúcho se lo permitió, con esa inculgencia que siempre se debe a los locos inofensivos, y hasta le ofreció -irónico- pagarle un centavo por cada estaca que a los dos años, tuviera hojas.

Y el Silvano plantó álamos y sauces -pues otra cosa no tenía- todo lo que pudo, y dicen que el gaúcho, admirado y asustado a la vez, no se refa cuando le tocó cumplir su imprudente promesa.

Pero tuvo su compensación; pues los Faunos, agradecidos, protegieron sus rebaños tan bien, que se multiplicaron y prosperaron de modo inaudito.

Del frondoso monte que así adornó su campo, se elevaban al cielo los cantos de alegría de millares de pájaros, de colores hermosos; la sombra espesa en verano, protegía sus rebaños contra los ardores del sol, y con la madera de los árboles pudo hacer para ellos abrigo contra las intemperies del invierno. En las noches de heladas, al volver de sus rudas tareas en el campo, pudo prender en el hogar familiar esas alegres fogatas de ramas secas que regocijan el corazón al calentar el cuerpo, y conoció por fin, en vez del horror de dormir, sudoroso, su inquieta siesta, llena de pesadillas, entre las cuatro paredes cocidas por el sol, de su rancho miserable, el gozo de descansar a la fresca sombra de los árboles, en espeso lecho de hojas secas, mirando al cielo entre las ramas meneadas por suaves auras, escuchando con el alma los mil murmullos de la naturaleza.

- XIX -
Soledad

Cuando, perseguida sin cesar por el aumento siempre creciente de la población humana en el Viejo Mundo, la Diosa Soledad tuvo que abandonar. Uno tras otro, todos los retiros en los cuales había buscado refugio emigró a la Pampa.

Ésta le pareció lugar apropiado para que erigiesen altares los que le dedicaron culto.

Pero el reino de la Soledad pampeana es muy diferente del de la soledad de los lugares agrestes selváticos o montañosos.

El mortal hurafío que, huyendo de la sociedad de sus semejantes, establece su rancho solitario en la falda de alguna loma o en algún pequeño doblez de la llanura, al divisar en lejanía y sin obstáculo, todo el horizonte despoblado, se siente tan solo como el que más se encierra en la espesura de la selva, o en grutas inaccesibles; pero no comparte los pensamientos del ermitaño de la selva o de la montaña, que se esconde y desaparece al menor ruido, como la lechuza, al primer rayo de luz.

La diosa Soledad no inspira en la Pampa, a sus adoradores, estas tímidas ideas de retiro encerrado, estéril y egoísta: precario también, pues cualquiera puede violar, por casualidad o por costumbre, semejantes escondrijos; en la Pampa, no puede haber sorpresa.

Al contemplar, alrededor suyo, de pie al lado de su corcel guapo, el espacio inmenso que lo rodea, el solitario pampeano, penetrado de indomable espíritu de independencia, comprende que no necesita esconderse, ya que siempre le cabe interponer entre él y toda sociedad importuna, las distancias que pueda medir el galope de su caballo.

Tampoco puede la Soledad, en la llanura fecunda, ser la misma que tenebrosa, pesa en el desierto estéril. El silencio que rodea a la Soledad pampeana no es silencio de sepulcro, hecho, como lo es, de mil ruidos de vida misteriosa; y si también duerme, no es del sueño de la muerte, pues sólo espera que la despierte el alegre fragor del trabajo humano.

¡Soledad! Suplicio lento y mortal de las almas vanas; intenso gozo de las que se bastan a sí mismas; indulgente amparo de los orgullos heridos y de las ambiciones fracasadas; hermana compasiva de los corazones ansiosos de disimular a la curiosidad cruel de los indiferentes un dolor profundo; protectora discreta de la felicidad asustadiza; compaciente amiga del pensador, inspiradora sin riva de sublimes obras, ¿cómo quitarías, oh Diosa propicia, al que se aísla en los grandes horizontes y los vastos espacios de la Pampa fértil, el sagrado instinto de la solidaridad humana, que exige que los fecunde su esfuerzo, en aras del bien común?

- XX -
Tertulia de Estrellas

Misteriosas compañeras de Febe, las estrellas innumerables alumbran la morada celeste de los dioses, y por lo poco que de su luz van los mortales, no pueden tener de su verdadero esplendor, sino la misma idea vaga que de una fiesta regia puede tener el pobre transeúnte, al percibir desde lejos, filtraciones luminosas y melodiosos ecos.

Por esto es que algunos hombres ambiciosos han trabajado siempre por erigirse en sacerdotes de las lejanas deidades, tratando de imponer a la humanidad, como artículos de fe, todas las mentiras que han inventado respecto a ellas.

Han construido instrumentos terroríficos, con los cuales aseguran que pueden espiar los movimientos de las divinas lámparas, llegando, dicen, por cálculos complicados, a saber, minuto por minuto, todo lo que hacen y a donde van, durante el día. Desde muchos siglos y en todos los países del orbe, ha habido sacerdotes embusteros, cuya pretendida ciencia de los astros ha sido, al fin, siempre desmentida, quedando el hombre cada vez más desengañado.

De cualquier modo que sea, los favoritos de las estrellas nunca han sido los sabios o los que se dan por tales, y, si bastasen palabras mágicas para decidir las a bajar del Cielo, más bien lo harían a la voz del humilde gaucho, cuando cruza la llanura, arreando la baleante tropa de hacienda en derecha, al punto que como gafas infalibles, le han indicado, y cantándole sus lindas décimas.

El astrónomo asegura y puede ser que sea cierto, que hay otras estrellas en otros países: ¿qué le puede importar esto al pastor pampeano? más lindas no pueden ser, ni más numerosas, que las que salpican, en las noches claras, el inmenso manto azul, maravillosa bóveda de la llanura argentina.

Mirar las estrellas, una por una, en un anteojito, ¡pero, es bastemar! Sin duda, cada una de ellas es admirable joya, pero los dioses han querido que el hombre las pueda contemplar todas juntas, para que se penetre mejor de su generosa magnificencia. Se las ha dado para que goce de ellas y de su luz misteriosa sin atreverse a escudriñar sus secretos divinos.

Puede ser que sean la morada de las almas que han dejado la tierra; puede ser que sean mundos llenos de vida; o bien mundos en formación, destinados a reemplazar a los que desaparezcan. ¡Misterio! Lo único cierto es que son iragotable fuente de poéticos ensueños para el alma sencilla del pastor, y que el gaucho, tendido entre las pajas, en su recado, las mira con amor, porque son de él, y con admiración porque son bellas, agradecido por su fidelidad inquebrantable al guiarlo por la Pampa desierta.

Y saluda, respetuoso, al Crucero que el Creador mandó fijar en la bóveda celeste, para indicar al semidiós Colón el camino del mundo nuevo; se sonríe al ver a las Tres Marías, brillantes y coquetas mozas que, prendidas del brazo, obligan a bajar de la vereca a los Tres Reyes intimidados y medio pálidos; en vano trata de contar las Cabrillas; dice que son siete, pero confiesa que pueden ser setenta o quizás siete mil; y siente que las Manchas del Sur ansucien así la Vía Láctea, fijándose también si la Plancha tiene, ese día, la punta hacia abajo o la punta hacia arriba.

Y se duerme, soñando con mundos desconocidos, hasta que el Lucero enorme, asomándose detrás de los Andes, con su traje por demás relumbroso, llegue por fin a la tertulia y le ponga término, egoísta, eclipsando a las compañeras.

Se despierta entonces el gaucho argentino; se levanta, se sacude, y mientras ensilla su caballo, los primeros albores del día le hacen ver cuán más hermoso y más poderoso que la Estrella orgullosa, es el Sol de Mayo.

- XXI -

Lares y Penates

La estancia extiende sus campos ricos y pastos alrededor de la morada señorial. Jardines alfombrados de flores, montes de frutas exquisitas, parques de grandes árboles y de verdes praderas, rodean la casa altanera quebrando con sus paisajes artificiales la monotonía pampeana.

Del piso bajo hasta el último, de donde se domina, sin poder alcanzar a ver su límite, los potreros alambrados, poblados de haciendas de gran precio, el edificio está adornado de muebles ricamente tallados, de alfombras lujosas, de cortinados espléndidos.

En una piedad algo obscura, retirada, modesta, sin adornos de lujo ni muebles modernos, está arrodillada una matrona venerable. Reza, contempando una estatuita de yeso mal pintado, pequeño ídolo de fabricación tosca, colocada en una vidriera esculpida, y delante la cual se consume lentamente el cirio sagrado.

Encima del mismo mueble, están algunos objetos de forma anticuada o fuera de uso, conservados en primoroso estado de limpieza por la misma anciana, quien una vez acabadas sus oraciones, los friega devotamente, como accesorios sagrados de algún culto misterioso: un mate sencillo con su bombilla de plata; un cuchillo de hoja mellada y de cabo macizo, forjado por algún platero español de antaño, y una papelerera de cuero, bastante deshecha por un largo uso. En la pared, rodeado de ejemplares primitivos del entonces naciente arte de la fotografía, representando los reproducidos fundadores de la hoy afamada cabaña, está colgado un lazo trenzado, con un par de grandes espuelas y otros aperos del trabajo del hacendado, que de herramientas, se han vuelto reliquias; en una mesita descansa un cráneo de potro, liso y lustroso todavía, y en el sitio de honor, dominando al dioscito de yeso pintado, están, a cada lado de una litografía ingenua, recuerdo de algún episodio de la conquista del desierto sobre los indios, dos retratos a medio borrar, amarillentos y vetustos. Uno es el del fundador de la familia, finado esposo de la matrona; el otro, el de un hombre bueno a quien ha debido aquél, en parte, su fortuna.

Y todos estos objetos, esos humildes muebles, esas imágenes deformadas, son los dioses Laras de la regia morada.

No siempre ha tenido penates el que fue dueño del inmenso campo poblado hoy de refinadas haciendas. Se necesita un hogar, por humilde que sea, para alojar a esos dioses, protectores de la familia, un hogar fijo; y no siempre lo tuvo.

Pero, a la carpa primitiva, al toldo que hoy se planta aquí, y mañana allá, sin adornos y sin muebles, sucedió el humilde rancho, cuna de la familia futura, y los Penates y los Laras, dioses domésticos ya se asentaron en él. Y fueron, e irán aumentando en número y en valor; y nunca ha decaído ni decaerá jamás la devoción a los primitivos Laras que, juntos con el pequeño ídolo de yeso pintado, han protegido al pobre rancho, cuna de la familia poderosa, y siguen protegiendo la suntuosa morada ricamente amueblada y rodeada de jardines y de campos extensos, poblados de haciendas de gran precio.

- XXII -

Regalos Divinos

Numerosos grupos de hacienda vacuna ya cubrían la Pampa, cuando Pan, dios de los pastores, visitó por primera vez éstos sus nuevos dominios.

Pidió hospitalidad a sus protegidos y se asomó al ver tanta miseria al lado de tanta riqueza, y que casi reinaba el hambre en medio de la abundancia.

Es que el hombre, salvaje aun, carecía de medios para domesticar estos animales, ebrios de libertad recuperada, y no sacaba más de ellos que el mezuño provecho que le podían dar sus primitivos arcides de caza.

Desnudo, bajo la piel de un ternero cuyo balido imitaba con una perfección que sólo le podía envidiar el zorro, despacio, gateando, se aproximaba el Indio a la vaca alzada y enderezándose como resorte de acero, le hundía en el corazón un hueso largo, afilado en punta.

O bien, cerca de la laguna, en el lugar preferido de las haciendas para tomar agua a la oración, el hombre, con herramientas primitivas de hueso o de madera, o sino con las uñas, cava, activo y paciente un pozo lo tapa con brusquillas hábilmente acomodadas y cubiertas con pastos elegidos, desparrama la tierra removida, y espera que algún animal incauto se deje caer en él.

Otras veces, escondido entre el pajonal, con flecha segura, hiere al toro más cercano; pero no siempre lo puede matar, y el animal huye con bramidos de furor, sacudiéndose de tal modo que por la llanura desparrama espantados a todos sus compañeros.

Y Pan, conmovido por la vanidad de tanto esfuerzo humano falto de la ayuda divina, enseñó al cazador pampeano a cortar el Lazo en el cuero de los animales, y a fabricar con piedras y cuero las irresistibles Boleadoras que, con su brutal entrevero, paralizan al avestruz en las furiosas sacudidas de su tranco que casi vuela, y sujetan al bagual en su más loca carrera.

Con sus armas nuevas, el habitante de la Pampa pronto pudo establecer su imperio pacífico sobre los animales y en vez de destruirlos por matanzas sin medida, aprendió el oficio de pastor, aplicando al cuicado y a la mejora de las

haciendas su ingeniosidad de cazador, aguzada por siglos de vida silvestre, y esta paciencia casi sobrehumana, prenda de la que espera la vida del continuo acecho.

No faltan hombres sin religión que simulan creer que el Lazo y las Boleadoras son de invención humana. Fácil es conocer, en los trabajos del rodeo, a esos hombres impíos, por las mi chambonadas que se divierte Pan, el más chusco de los dioses, en hacerles cometer.

- XXIII -

El caballo

Y cuando el pastor pampeano tuvo el Lazo y las Boleadoras, pronto se apoderó del caballo; probó su carne, y le gusto a la par, sino más que la de la vaca. Pan entonces para completar su obra, le hizo entender cuede este animal podía sacar otros servicios, aprovechando su ligereza, y que sólo dominándolo, sería el verdadero rey de la Pampa.

Pero a Pan le gusta divertirse, y no le indicó los medios para lograr ese fin.

El Indio era ligero para correr; pero comprendió que otra cosa que andar a pie tenía que ser el recorrer la llanura montado en el caballo, y entabló con él una larga lucha de astucia, de violencia y de paciencia.

Teniéndolo bien asegurado, creyó que cosa fácil sería tenerse sentado en él; y saltando encima, se abrazó con toda su fuerza del pescuezo del animal. Loco de terror, a la vez que enfurecido, éste pateó, se abalanzó, corcoveó, se echó atrás y se revolcó en el suelo, tratando de aplastar al que quería ser su amo.

A golpes lo emprendió éste con él, entonces; y fue peor; a coces y mordiscones se defendió el animal indomable.

Y comprendió el hombre que más hacía la paciencia que la fuerza: lo acarició en vez de pegarle, lo acostumbó a verlo a su lado sin asustarse; a dejarse tocar; y cuando le pareció suficientemente preparado, volvió a saltarle en el lomo.

El caballo ahora temblaba, pero quieto se quedaba: tan quieto que el hombre no tenía necesidad de tenerse abrazado del pescuezo, pues ni siquiera se movía.

Los ojitos maliciosos de Pan y su boca burlona sonreían en silencio.

Confiado, se atrevió el jinete a sacudir al bagual un chirlo; y el bagual salió disparando con el hombre pegado a él, abrazado, sin resuello y con los ojos cerrados y los labios apretados.

Pan seguía sonriendo, y cuando el hombre, a la vez embriagado por la carrera vertiginosa y desconsolado de que fuera sin rumbo, se cesizó del bagual y volvió a pie, Pan le sugirió la idea de meterle en la boca, al caballo, un bocado de cuero, que atado con riendas, serviría para sujetarlo y manejarlo.

Dicer que el hombre entonces se prosternó a los pies de Pan, conociendo que era dios.

- XXIV -

Concejo de Dioses

Al ver la Pampa llenarse de dioses, el Creador juzgó necesario reunirlos en asamblea para conocerlos él a todos, hacer que se conociesen entre sí, y dictar una orden general que les sirviera de constitución.

Eligió para juntarlos, el olímpico sitio de las sierras del Tandil, a la hora en que, para guarecerse del frío matutino, se envuelven en la tenue gasa de los vapores que suben de la llanura. Un fauno quiso, para probar sus fuerzas y hacerse el gracioso, voltear la piedra movediza, y lo hubiera conseguido, si Pan, que venía detrás de él, no le ca una palmada tan seca, que las majadas que dormían en el valle, se levantaron asustadas y dispararon en los corrales, con gran inquietud de los pastores despertados por el tañido de las dumbas.

Abierta la sesión, lo primero y casi lo único que pidió a los dioses el Creador, fue que no permitiesen que su culto fuera a crear a la Humanidad ninguna obligación fastidiosa, como tantas otras religiones, basacas todas en las palabras demasiado grandiosas para no ser vanas, de virtud, de caridad, de humanidad, atribuyéndose cada una de ellas, el monopolio de la Verdad.

Les explicó que todas tratan de deslumbrar al Hombre con los esplendores del culto, de aterrorizarlo con la amenaza de suplicios atroces en este mundo o peores aun en el otro, o de engañarlo con promesas absurdas de eterna felicidad; desviando así siempre de algún modo, la idea santa de respetuoso amor que debería tener el Hombre hacia la divinidad y acabando por hacerla odiosa o ridícula.

«De ritos sanguinarios o terribles, les dijo, fanáticamente exclusivo, infantil y necio, o poético y risueño, todo culto sacerdotal ha corrido, corre o correrá la misma suerte».

Y a asamblea decidió que la sencilla majestad de los dioses campestres, no necesita templos grandiosos, iglesias lujosas, catedrales inmensas, o mezquitas doradas; que para ellos basta la llanura sin fin, la naturaleza con sus mil aspectos, el cielo radiante de sol o salpicado de estrellas, o la misma alma del soñador.

Y desde entonces, cualquier homenaje les agrada; no piden sacrificios, ni ofrendas; nunca extienden la mano para amenazar, ni para pedir. Se contentan con inspirar al hombre, sin exigir la fe ciega, el amor profundo a lo bello y a lo bueno, la admiración de los mil fenómenos de la naturaleza, el agradecimiento por los favores de que nos colma; la compasión para lo que sufre, la indulgencia para lo malo.

No recuieren, para celebrar su gloria, majestuosos y sonoros órganos: les basta la lira del poeta, la guitarra del payador, el canto de las aves, y tampoco piden que les eleven estatuas, pues de ellas nace la idolatría.

A más ¿qué imagen puede el Hombre dar de los dioses que sea digna de ellos? -Dirán que por Fidias fue esculpida Venus. ¡Venga entonces un Fidias argentino, y les dé vida a los dioses del Olimpo pampeano!

- XXV -

El Alma Latina

Sobre la Pampa inmensa, desde las riberas del Atlántico hasta las Cordilleras altaneras, flota, tenue, risueña, simpática, victoriosamente irresistible, el alma latina. Traída fue por los conquistadores, en los dobleces de la orgullosa capa castellana; luego vinieron, trayéndola también bajo su sayo humilde, millares de trabajadores itálicos, pacientes y teraces, con los ojos llenos de sol y los oídos de cantares; y tampoco dejaron de empeñarse en hacerla cundir, por la enseñanza de sus libros y de su palabra, muchos galos, amigos de vulgarizar con las elegancias de la vida, las artes y las ciencias. Desde el primer día se esparció por la llanura en las alas del viento, apoderándose de la pobre alma primitiva de los aborígenes, dominándola, imponiéndosele, haciéndola suya.

Su rival impacable, hija de las neblinas espesas, la siguió para disputarle su preciosa conquista; pero tarde, llegó tarde. Audaz solo cuando cree posible la victoria sin peligro, aunque sin gloria sea el triunfo, el alma sajona, insinuante con los fuertes, brutal con los débiles, se quiso primero deslizar y después quiso vencer.

El alma latina le hizo ver a golpes de cuán viri superioridad es sobre ella; pero el alma sajona se sabe agachar y fácilmente sobrepone el interés al honor: trajo libras esterlinas... Es práctica, dicen.

El alma latina es algo más: es genial. Su imaginación ardiente la puede perjudicar; pero también posee en sus manos, con los pacíficos laureles del arte, la gloria sin par de conseguir de los dioses remedios ignotos para las dolencias humanas, inspirándole el genio de las batallas, cuando se vuelve preciso, la creación de terribles armas que imponen la paz al orbe.

El alma sajona se burla de los sobresaltos del alma latina, pero aprovecha sus obras: nunca ríe, ella, nunca llora, ni perdona jamás. El alma latina, a veces, es ciarto, ríe como loca, canta de alegría o lora con desesperación: sus movimientos son extremos; pero también, abatida, de repente, se evanta victoriosa, perdona, y con sus cantos y su alegre y vivaz ingenio, sigue civilizando el mundo, que la otra sólo trata de conquistar con su oro.

El alma sajona, alma rapaz de mercader, codiciosa, cruel, imperiosa, toda de cálculo hasta en sus aparentes rasgos de generosidad, bien quisiera todavía hacer pesar sobre la Pampa, conquista del alma latina, su cetro de hierro, su garrote...

¡Alma latina! que de ti misma siempre dudas y siempre reniegas, hasta creer a veces que el oro supara en valor a tu ingenio poderoso y que la brutalidad sajona vale más que tu exquisita fineza, que te empeñas en aprender y en propagar en tus territorios el idioma rudo del norte, como si sus fieros acentos fueran superiores a la música del tuyo, junta bien a tus hijos: júntalos en Europa, y júntalos aquí.

Al tocar el suelo argentino, donde ya impera con todos sus defectos, quizás, pero también con todas sus admirables virtudes, la raza latina, creadora, por el libro y por la espada, por la ciencia y el arte, del viejo mundo civilizado, sentirá renacer en sí, -nuevo Anteo-, fuerzas bastantes para luchar y para vencer.

Le bastará para ello adquirir, para las vulgaridades de la vida las aptitudes sajonas de práctica audacia; -tarea fácil para su inteligencia despierta-, sin que ceje de conservar incólume, a través de los siglos, el arca sagrada de su inimitable genio.

- XXVI -

Neblina

Al ponerse el sol, el gallo cantó; y por orden de Pan, volvió a cantar más tarde aún. Así quedaron avisados los pastores que la neblina iba a extender sobre la tierra dormida su espeso y liviano manto y que tuvieran buen cuidado de vigilar sus rebaños.

¿A qué misteriosos designios obedecerá la ninfa imponderable, al tender así sobre la llanura su velo húmedo, rajado siempre por el transeúnte, y siempre intacto e impenetrable? No le permite dejarlo sospechar. Sólo podrá pensar que algún nuevo Júpiter haya querido raptar a otra Jo, el hacendado a quien le falte después que pasó la neblina, una preciosa vaquillona; o podrá suponer otro, que Mercurio, al llevar deprisa un mensaje amoroso de alguna diosa a algún mortal afortunado, ha querido disimular el objeto de su viaje, llevándole, para andar más ligero, la tropilla de caballos que justamente con la neblina, desapareció de su campo.

Serán juegos de ociosos, que lo mismo se pueden achacar a dioses desocupados como a gauchos atorrantes; pero muy cierto es que la neblina favorece mil travesuras pesadas, sin que se sepa por cuenta de quién obra, y que ella tapa de lo lindo cualquier hurto de hacienda, hace mixturar las majadas y embroma a medic mundo.

También engaña al viajero; le hace dar vueltas y vueltas, a veces, alrededor del punto de partida, como si lo tuviera encerrado entre las espesas paredes de una cárcel algodonada, y cuando de repente se abre, dejándole ver el horizonte y conocer su error, reniega él de no haber dejado andar a su antojo el caballo que, si no lo hubiera querido cirgír, lo hubiese llevado bien.

Pero al mismo tiempo que lo hace andar extraviado, le sugiere la neblina lindos sueños. Con un rayo de luz que le pide prestado al sol y que caprichosamente remueve, produce ilusiones que embelesan al jinete; agranda de repente o achica los objetos; ora se pone tan tupida que ni a cinco pasos, se puede distinguir nada, ora se vuelve liviana, blanca, clara, como si ya fuera a despejar, y de a transparentarse la cara redonda del sol, pálida, sin rayos, triste, como un gran globo muerto de ópalo.

El viajero se para, admirado: divisa, perdida en la vaporosa lontananza, una estancia enorme; casas altísimas con torres, galpones y montes; haciendas numerosas y gigantescas vagan alrededor. Suputa en su mente a cuantas leguas

puede estar de su casa, calculando las horas que ya lleva de galope sin descanso, para tratar de adivinar qué establecimiento puede ser; y mientras adelanta al tranco, cavilando y repasando en su memoria todas las principales estancias del partido, la neblina dirige sobre el bulco el rayo de luz que pidió prestado al sol, y se muerde los labios el jinete al conocer que la vaporosa lontananza son cincuenta metros, que la estancia, las casas, y el monte son el cardal que rodea su propia casa, y que las haciendas numerosas y gigantescas que allí pacen, son algunas ovejas rezagadas de su majada.

- XXVII -

Oración de la Lluvia

Lluvia, madre santa de la fertilidad, escucha con benevolencia las humildes preces de los pastores desgraciados, tus fervientes adoradores. Desde muchos meses te fuiste, dejándonos presa de la Sequía infernal que goza destruyendo tu obra. Los pastos, las lomas, han desaparecido, dejando la tierra desnuda y polvorosa; en las cañadas, el suelo amarillento se raja, apenas cubierto por algunas matas de pasto duro, ralo, corto y sin jugo; el fondo de las lagunas se cubre de vegetación, pues han dejado ya de saber lo que es agua; el arroyo ya no canta: su lecho está seco.

Los animales vagan, cayéndose de flacos; las vacas pasan el día entero paradas cerca del jagüel exhausto, pidiendo agua.

¡Lluvia! ¡madre santa de la fertilidad, escucha a tus fieles!...

En vano. No viene...

¿Hasta cuándo vas a seguir haciéndote la esquivada?

No nos hubieras comado de tus favores: mejor hubiera sido: pues, para venir a perderlo todo, mejor haberse quedado pobres toda la vida. ¿Qué te hemos hecho? ¿Algún desprecio hemos demostrado por tus favores? ¿_os habremos mal gastado?...

Lluvia, lluvia, perdona si hemos sido culpables hacia ti... Pero déjate también, diosa caprichosa, de hacerte rogar tanto.

¿Dónde andarás desde tanto tiempo?

¿Quién sabe si ya no estará fastidiando tu prolongada presencia en alguna parte? ¡A ver! ¡a ver! Lluvia, venite de una vez...

Oyó nuestras oraciones la diosa benévola; volvió por fin, y ya el pasto reverdece, las lagunas se llenan, el arroyo vuelve a cantar, alrededor de las osamentas el trébol abunda, tupido, fresco, verde, florecido, y los animales que han resistido van arribando, y pronto retozarán.

Lluvia, santa madre de la fecundidad, bendita seas, por haber vuelto a llenar de pastos y flores la cornucopia de la diosa Pampa y de alegría el corazón de los estancieros.

...Lluvia, lluvia, ¡Diosa! está bueno ya! Las lagunas están llanas; el arroyo se sale de madre, los cañadones están como esponja, y pronto en ellos el agua tamará el pasto. Lluvia, deja de caer; o vete a otras partes donde falta haces: hazte bendecir allá como te bendecimos aquí...

Te bendecimos y de veras; pues sin tu ayuda, todo se moría. Pero, decinos, Lluvia ¿no oyes nuestras voces? ¿no ves lo que estas haciendo? Las haciendas, con tanta agua, volvieron a enflaquecer, están oprimidas, amontonadas en lo más alto de las lomas; quedan enfermas, apestadas, se les mueren las crías.

¡Oh! ¡Diosa caprichosa, bienhechora y malévol, cuya ausencia parece castigo; que vienes, los brazos llenos de riquezas a visitar la Pampa, llamada a gritos por los pastores, cuando te olvidas de ellos, y cuya venida tan deseada, pronto se vuelve para ellos, castigo también, de no se sabe qué crímenes!

- XXVIII -

El Padre del Mar

Pequeño, desnudo, endeble, pero audaz en su timidez, se atrevió el indio, nacido en las espesas selvas de la ribera del gran río a confiarse, navegante en ligero esquife, a su benevolencia algo amenazadora.

Los camalotes pasaban, como cestas floridas, suavemente llevados por la corriente, y pensó, que adonde ellos iban se podría quizás deslizar, ávido de conocer las regiones lejanas y seguramente maravillosas que más allá, siempre, sin límites, creía bañaba el dios generoso.

Costeó la ribera el Indio, con su canoa: ora al pie de altas barrancas, ora evitando los juncales espesos de vastas ciénagas, a veces sacudido por las olas amarillentas, otras, llevado sin esfuerzo por la corriente tranquila; arrastrado impetuosamente, en ciertos días, o como atajado en su marcha adelante, en otros. En partes vio con sorpresa el gigante encogerse para juntar sus fuerzas y precipitarse, con espantoso trueno, en angostura profunda, volviéndose después cada vez más ancho, más opulento, más majestuoso.

Lo vio, de repente, dividirse en mil brazos, arroyuelos unos magníficos ríos, otros, todos bordados de preciosas islas, llenas de vegetación exuberante, de frutas exquisitas, hirviendo de vida el agua, con sus millones de pescados; la tierra, con sus animales de mil especies, el aire cruzado por aves vistosas y por vibrantes insectos.

Y cuando, después de haber vagado, perdido durante muchos días, voluntariamente, en ese hermoso laberinto de canales, seducido por su belleza, grandiosa a la vez que deliciosa, llegó al magnífico dominio donde se extiende el río en toda la majestad del vasto estuario, extático, se arrodilló el Indio, débil y pequeño, en la verde ribera, saludando a su dios, -cuyo misterio acababa de descubrir-, con el nombre merecido de Padre del Mar.

Acepta el homenaje humilde del Indio, desnudo y endeble, al imponente río; pero más gustoso aceptará, después de tantos siglos de quietud, el homenaje de los gritos de admiración de los conquistadores, cuyas blancas carabelas mira, también él, con asombro.

Exigirá, -es cierto-, el sacrificio de preciosas vidas, antes de volverse propicio al hombre, pero permitirá que las grandes sombras de Solís, de Gaboto y de Garay, siempre flotantes en sus aguas, protejan durante los siglos a los navegantes.

Dejará que en sus riberas se fundan florecientes ciudades, se prestará a la formación de numerosos puertos; ofrecerá fertilizar con sus aguas abundantes la tierra de donde saca el hombre su manutención.

En su inagotable generosidad sólo extrañará el Padre del Mar que el hombre a veces lo desdeñe sus regios obsequios, o parezca, en su ignorancia, no saber qué hacer con ellos.

- XXIX -

Osamentas fecundas

Exteruado por el largo hambre invernal, tiritando de frío, bajo la lluvia helada que cae sin cesar, de una flacura tan extrema y de edad tan adelantada que no dejan lugar a ninguna esperanza, el pobre caballo se deja caer, -exhaustas sus fuerzas-, detrás de una gran mata de paja.

Todavía lo guía, para buscar este reparo, el indestructible instinto de conservación, opuesto por la naturaleza prudente al exquisito y violento atractivo del reposo eterno, para obligar a los seres todos a luchar, aunque no quieran, contra los avances de la muerte.

Echado detrás de su frágil abrigo, pasivamente lucha contra la destrucción final; sufre, agoniza, dura, creyendo quizás que, como tantas otras, pasará esta tempestad, dejándolo todavía con fuerzas para seguir viviendo. Pero el huracán recrudece; la lluvia, cada vez más fría, lo penetra más y más; el hambre agota sus últimas fuerzas, y poco a poco lo abandona el soplo vital. Y cesó a luchar, cesaron los últimos estertores y con ellos, las borrascas de la vida: descansa ahora; descansa profundamente, después del largo y penoso galope de la vida.

¿Descansa? así parece, pues su cuerpo yace, tendido, inmóvil. Pronto se volverá objeto de repulsión por su repugnante hediondez, horror de los ojos que lo vean, por sus formas espectrales y fantásticas; y sin embargo, las inmundas aves de rapiña ya encuentran en ese cadáver inerte elementos de vida; hervideros insaciables y siempre renovados de gusanos asquerosos revuelven incansablemente, como en busca de misteriosos tesoros, las profundas bóvecas donde quedaban encerradas las visceras.

Enjambres de moscas de todos colores y de todos tamaños zumban, atareadas, llenándose de lo que para esas horripilantes abejas, será miel nutritiva y la tierra bebe con avidez los jugos substanciosos que ya no utiliza el cuerpo en disolución, mientras que poderosos escarabajos ayudan en asimilarse las materias en que no circula ya la vida.

El aire y la tierra, las aves, los animales y los insectos, herederos naturales de todo organismo al cual momentáneamente abandona la vida se han repartido ya los despojos: sólo queda la osamenta, blanqueando al sol, con sus arcos y sus huecos, y sus formas raras, que serían ridículas, si no infundiesen más miedo que risa.

Los animales poco se le acercan, le tienen instintivo recelo, y hasta se espanta el caballo montado que de repente da con ella.

Pero va pasando el tiempo; y poco a poco, aparece la osamenta asentada en opulenta alfombra de verde intenso. El campo, en toda su extensión, sólo produce paja dura, pasto puna gris o amarillento, pero al reparo de los huesos puntean el trébol y la gramilla; y crecen hermosos, de tallos altos y de hojas anchas, de verde obscuro, llenos de pimpollos y de retoños, y muchas otras plantas abundan, de diferentes familias y de follajes variados. Crecen, suben, trepan alegremente entre los huesos; los cubren con mil ramilletes de flores que embriagan de amor a los seres que pasan; se enroscan voluptuosamente entre las costillas reseacas del esqueleto y salen por los ojos huecos, tapando con su frondosidad embalsamada el horror del cráneo desnudo.

Llenas de vigor, arhelcadas por florecer, se disputan el sol que para todas luce, generoso, y pronto se volverá la imagen fúnebre hecha un lozano y fragante ramo de flores, todo un símbolo de vida exuberante.

- XXX -

Augures

Las deidades campestres enseñaron al pastor pampeano a traducir del canto de los pájaros, fieles compañeros de su soledad, el anuncio de los fenómenos de la atmósfera.

Se complacieron en hacerle notar las diversas modulaciones de sus gritos y su significación, enseñándole también las variaciones de su vuelo y el motivo de ellas. Le nombraron las estrellas más notables, infundiéndole, de padre en hijo, la ciencia de la orientación, hasta hacer de ella, para él, un verdadero instinto.

Le explicaron los misterios del sol y de la luna y le divulgaron los secretos del humor caprichoso del viento.

Le enseñaron a cuidar sus rebaños, a luchar contra las alimañas nocivas y los insectos que perjudican, y en esa obra desinteresada trabajaron todos los dioses propicios, cándole toda su ciencia al pastor pampeano, sin nunca pedirle nada.

Pero cuando supieron ciertos dioses de otra laya, que prosperaban en la Pampa las deidades de las antiguas fábulas paganas, también quisieron tratar ellos de sacar provecho de esas regiones nuevas y mandaron a sus augures y sus arúspices a estudiar el terreno y conocer a la gente. Estos acudieron en tropel y se difundieron por todas partes, a ver si establecían templos para colocar sus ídolos de palo pintado y de yeso, enseñando a los pastores que para hacerse

propicios a esos dioses habla que darles plata y regalos. Pero los pastores son pobres y viven diseminados; y bien poco producen o nada, a pesar de las promesas y de las amenazas de los augures, de modo que estos pronto redujeron su propaganda a los pueblos y ciudades, donde la gente es más numerosa y más rica, llevándose allá el tabernáculo en el cual aseguraban que tenían a Dios encerrado.

Los pastores preguntaron a Pan por qué no tenía, él también, un tabernáculo para el mismo objeto, y él les contestó con su habitual sonrisa sardónica y con un gesto circular que les hizo comprender que la Naturaleza toda es Dios, y no necesita augures para instruir al hombre, pues ella sola es la verdad y todo lo demás es mentira.

¿Qué más que ella podrían enseñar esos augures al pastor pampeano? Si se retiran a las ciudades es que bien entienden que, a lado de su portentoso templo, parecen los de ellos por demás pequeños y que tocos sus libros y sus enfáticas predicaciones no valen una sonrisa de la primavera. para convencer a aquel del Único y sagrado deber que le dicta la Naturaleza: enriquecer por su trabajo a la llanura pampeana con todos los dones que todavía le faltan, y poblarla con una raza de sangre generosa.

- XXXI -

El Vellocino de Oro

La Pampa es pobre, bien pobre; no riega sus campiñas cubiertas de pasto rudo, ningún Pactolo, y nunca pastor alguno ha encontrado en las arenas de ningún arroyo pampeano pepitas del precioso metal amarillo que hace los hombres tan felices... y tan desgraciados, a veces.

Mientras ignoraron su existencia, los pastores pampeanos también ignoraron la codicia, viviendo del producto bastante mazquino de sus rebaños, pero sin desear otra cosa; ricos por consiguiente, pues es rico el que no necesita más de lo que posee.

Pero llegó el día en que oyeron contar del oro maravillas que les causaron envidia. Empezaron a desear de tenerlo ellos también, y lo pidieron a sus dioses. Los dioses pueden muchas cosas, pero con todo, no pueden hacer que exista en sus dominios lo que ahí no existe, y ya que en las arenas de la Pampa no hay oro, no podían hacer que lo hubiera. Y no sabían por donde darse vuelta, cuando, -no se sabe por quién-, oyó contar un pastor la famosa historia del vellocino de oro. Entusiasmado, el hombre exigió de Pan que también le indicara donde estuviera algún otro vellocino igual, y que él iría sin vacilar y desafiaria mil muertes para encontrarlo, arrancarlo a sus guardianes y traerlo a su tierra.

Pan en vano le aseguró que no había habido más que un vellocino de oro, y que era inútil buscar otro, pues no lo había en ninguna parte del mundo; insistió, tanto el pastor pampeano, que Pan, al fin, le prometió encontrar uno y traérselo él mismo.

Y le trajo algunas ovejas, animal hasta entonces desconocido en la Pampa, asegurándole que la lana que llevaban en el cuerpo era oro. Se le enojó el pastor, a pesar de la fe ciega que siempre tienen los pastores hacia su dios favorito, su verdadero protector, y dejó abandonadas las ovejas. Pan, entonces, él mismo, las cuidó, y cuando vino la Primavera, las esquiló y cambió la lana por una pequeña cantidad del codiciado metal, a unos hombres venidos de regiones frías donde se necesita la lana para guarecerse de las intemperies, y donde el oro abunda.

Y los pastores entonces comprendieron que Pan no les había mentado, tampoco esta vez, que bien era de oro el vellón de sus ovejas, y que con cuidarlas ellos con esmero, pronto no habría arroyo en la Pampa que no acarreará pepitas y que hasta sus aranales serían polvo de oro.

- XXXII -

El Presente de Osiris

Después que el rey-dios Osiris hubo hecho florecer en su patria, el Egipto, inaudita prosperidad, con enseñar a los habitantes la agricultura recorrió muchas regiones del orbe, vulgarizando los conocimientos más útiles, fomentando el cultivo de la tierra, haciéndose en todas partes admirar y querer, por los grandes bienes que dispensara a la humanidad.

Acabó por llegar, después de muchos siglos de peregrinaciones incansables, a las costas de lo que debía ser la América del Sur, cuando esas tierras, todavía sin nombre y sumidas en las tinieblas de la barbarie, apenas alcanzaban a sostener, a pesar de su inmensa extensión, la precaria existencia de las pocas y miserables tribus de indios que las recorrían.

Impulsado por la conmiseración que le causaba el espectáculo de tanta pobreza, resolvió favorecer a esas comarcas con un presente regio, y ordenó a dos de sus discípulos, elegidos entre los europeos que empezaban a invadir el inmenso territorio y a molestar a los primitivos habitantes, -inofensivos, si los hubieran tratado con misericordia-, de ir a su tierra en busca de ocho vacas y de un toro, de las que Él, con su compañera, la diosa Isis, había propagado por todo el orbe.

Y los hermanos Goes, obedeciendo la orden, trajeron sanos y salvos, a pesar de las pelagrosas iras del océano, en la nave atrevida que se balancea sobre las olas inquietas, hundiéndose y subiendo con ellas, tal una gaviota gigante, los nueve animales sagrados; y los arrearon durante muchas leguas en país cálido, dejándolos para que crecieran y se multiplicaran en las selvas y en las praderas bañadas por el Paraguay correntoso.

Pero tanto se multiplicaron bajo el ojo vigilante y protector de Osiris, que poco a poco, extendiéndose por los campos pastosos, llevados a las comarcas del sur por el mosquito arreador, cubrieron también de sus numerosas familias la llanura pampeana, proporcionando al hombre su carne para que la comiera, su cuero para que se vistiera: su leche, las hembras, su fuerza poderosa, los machos.

Y el viejo rey-dios Osiris, al contemplar, pocos siglos después, la extensa pampa poblada de rodeos innumerables, inculcable riqueza del pastor argentino, no pudo menos que extrañar que el nombre de sus discípulos obcecados, los hermanos Goos hubiera quedado en el olvido sin que el más modesto monumento hubiese sido erigido a su memoria tan merecedora de honores divinos.

- XXXIII -

Tellus Alma Mater

Cibeles, la majestuosa y robusta madre de los dioses, buena, grande, fecunda, protectora de la humanidad, dispensadora de los bienes de la tierra, dejó caer sobre las inmensas soledades pampeanas una benévola ojeada y se admiró que tan grande y fértil extensión quedara sin cultivo, manteniendo apenas algunos rebaños dispersos.

Y llamando a Ceres, la rubia diosa de las doradas mieses, le entregó la llave de oro con que encierra sus tesoros, para que de ellos sacara la simiente de la futura riqueza de la Pampa. Y el hijo adoptivo de Ceres, Triptólemo, benhechor cuerido del orbe entero, atravesó en su carro tirado por dragones alados, presente de la diosa, el océano inmenso.

En la fértil tierra negra, profunda, de hirviente fecundidad, abrió con el arado un ancho surco, embalsamándose el aire con el perfume vivificante del suelo removido.

El pastor nómada, incrédulo, vino atraído por la novedad, y sentado a pie de su caballo, lo miró mucho tiempo con irónico desprecio.

¡Darse tanto trabajo para destruir el pasto que espontáneo crece y mantiene a los animales!

Seguramente no debía ser muy cuerdo este desconocido, venido de países lejanos, para buscar en el seno de la tierra lo que en la superficie crece sin esfuerzo, y durante algunos días siguió mirando a mirar, no más, y a retirarse.

Triptólemo ahora, descansaba. En los surcos abiertos había desparramado granos de varias formas y tamaños, dejando, paciente, obrar el poder maravilloso de la gran madre fecunda, Cibeles, la milagrosa generadora de dioses y protectora de la humanidad. Y al cabo de poco tiempo, el pastor asombrado vio que verdeaba el suelo removido, como nunca, ni en las más florecientes primaveras, lo había hecho. Creció su admiración cuando vio que donde hasta entonces no habían salido más que yerbas raas cortas y de poco sabor, brotaban exuberantes pastos de abundante follaje cubierto de flores, y plantas que al poco tiempo, se coronaban de espigas color de oro, llenas de nutritivo grano.

De Triptólemo, el extranjero venido de lejanas playas, ya no se veía el pastor nómada y apeñados, ató resueltamente su caballo al arado y también abrió el surco creador y pudo ver alternándose por la llanura, los campos de alfalfa salpicados de bueyes gordos y los de trigo dorado que suavemente menean su cabellera rubia a caprichoso soplo de los vientos de la Pampa.

La Labor fecunda, diosa que sólo ayuda a sus fervientes, pero que todo lo vence a favor de ellos, quedó encargada por Triptólemo de seguir con su obra, y el pastor pampeano se apresuró en consagrarle sus hijos.

Ella tiene a su servicio a todos los dioses protectores del habitante de las campiñas, para dominar la inercia o la maldad de los dioses malvados. Rechaza las plagas, vence el hambre y la sed; fecunda y puebla la tierra, y hace las naciones grandes, fuertes, poderosas.

- XXXIV -

Deidades Modernas

Un estridente silbido ha desgarrado los oídos y rajado la atmósfera tranquila; la diosa Pampa despertó de su majestuosa serenidad, y todos los dioses campestres abandonando majadas, rodeos y manacas huyeron, quién sabe a dónde, dejando perplejo al pastor solitario.

Y después del silbido, se oyó un ruido sordo, como de trueno subterráneo, que hizo temblar la tierra; mientras que en medio de una nube espesa de vapores blancos y livianos, se ponía en movimiento un enorme monstruo, tan rápido como pesado, negro, reluciente, de formas desconocidas. Y los hombres se prosternaron asustados, ante ese nuevo conquistador de la pampa.

Cuando se pudieron juntar con sus dioses familiares, preguntaron a Pan quién era ese dios desconocido, temiendo que fuera uno de los antiguos ocupantes monstruosos de la tierra. Pan, primero, no supo que contestar pero disfrazándose de gaucho como suele hacer, empezó sus indagaciones, y legó hasta poder subir en el monstruo con los hombres que lo manejaban. Y cuando volvió y contó lo que había visto, oído y hecho, primero no lo quisieron creer; pero Pan es el dios amigo de los pastores y bien saben ellos que deben tener fe en sus palabras. Todo se lo contó y con su sonrisa de siempre, tan sardónica que haría dudar de la luz del sol, agregó: «Montados en el monstruo, llegaron el dios Progreso, con su compañera la Ciencia y su hija la Felicidad».

El Progreso y la Ciencia, con su fecunda actividad se pusieron a la obra. Removieron la tierra, la fertilizaron, mejoraron y aumentaron el producto de los rebaños: edificaron casas, palacios y ciudades; cautivaron las aguas para hacerlas correr por donde quisieron y cuando quisieron; atravesaron los ríos anchos, y hondos, divulgaron al hombre por medio de libros los secretos de la Naturaleza, y le enseñaron a dominarla por su trabajo arduo, en vez de quedarse contemplándola.

Agrupando a los hombres, haciéndoles juntar sus fuerzas y su trabajo poniendo a su disposición máquinas poderosas y bien combinadas, es hicieron producir en cantidad enorme todo lo que podían necesitar, y muchísimo más, para vestirse bien y comer mejor.

Y poco a poco, gracias al Progreso y a su compañera la Ciencia, la Pampa se volvió una llanura cualquiera, muy cultivada, muy poblada, donde, como en todas partes, vive opíparamente el rico haragán, y miserablemente el pobre trabajador. Los dioses sencillos de los tiempos primitivos, uno a uno, se fueron, dejando ya para siempre la Pampa irsusa, sin poesía y despojada de su serena majestad. Y cuando el mismo Pan se iba a despedir de sus amigos los pastores, estos le preguntaron cuando le parecía que llegarían a conocer a la Felicidad, hija del nuevo dios Progreso y de su compañera la Ciencia; y Pan, con la sonrisa de siempre tan sardónica que haría dudar de la luz del sol, les contestó: «Mañana».

- XXXV - Fraternidad

Estruendosos gritos de rabia, lamentos y rugidos, vociferaciones de combatientes encarnizados; chis chas de armas locamente esgrimidas y sordos retumbos de cañonazos, cargas estrepitosas de caballería, regueros de sangre derramada; batallas, derrotas, fugas y persecuciones, miembros partidos y cráneos destrozados; pechos atravesados en los cuales acaba en borroorigmo el impotente anatema de la tiranía vencida al libertador; de océano a océano, un estremecimiento terrible que conmueve llanuras y cerros; y del cruento y doloroso, alumbramiento nace la República Argentina.

Y fue gloriosa madre, ella, de catorce hijas hermosas, hermanas, hoy estrechamente unidas alrededor suyo, para tejer el esplendido manto de riquezas con que, poco a poco, a medida que acelantase la tarea, va deslumbrando al Mundo atórito.

Pacíficamente poderosa, infunde, en su majestuosa tranquilidad, a los anvidiosos el respeto de su fuerza y ceteine con un gesto sus avances; y generosa, ofrece a los hijos de todos los países del orbe su liberal hospitalidad, con la vida fácil para los laboriosos que dedican sus esfuerzos a ayudar en su obra a cualquiera de sus hijas.

No faltan telares y cualquier tejedor, según sus aptitudes, puede elegir su sitio. ¿Sabrá, en las extensas y verdes praderas, cuidar con esmero las haciendas y rebaños productores de la lana que abriga y de la carne nutritiva que apetecen y piden a gritos las poblaciones europeas, amenazadas por el hombre? Si prefiere, con el arado que reluce, abrir en la tierra el surco profundo, nacerá el trigo, rubia melera de los suelos ricos.

Al pie de los Andes, otro cultivará la vid cuya fruta proporciona al trabajador la fuerza alegre, o bien en muchas partes, podrá con el hacha, beneficiar las selvas inmensas de ricas maderas, ahorro secular de la naturaleza benévola.

La corona de la República necesita por adornos pedrerías reglas, y no faltará quien las busque en las minas iragotables de las Cordilleras. Y a la par de las montañas, el océano y los grandes ríos propinarán sus riquezas al marino audaz y paciente.

El círculo familiar aumenta paulatnamente; otros hijos, pequeñuelos aún, se vienen juntando y crianco fuerzas, ofreciendo ya cada cual a la obra común su tributo de sevas y de llanuras, de costas y de montañas su clima áspero, unos, que produce los hombres vigorosos, otros su clima cálido, propicio al cultivo de las plantas tropicales útiles al hombre. Y atraídas insensiblemente en la órbita del astro fraternal, otras hermanas, mayores de edad, se juntarán con él, atrayendo a su vez a otras más, hasta formar la gran familia latina de la América del Sur, unida e invencible.